
Serie
Nuevas
Oportunidades
3
Un Lugar
por el que
Luchar
EMILY YOUNG

Un Lugar por el que Luchar

Serie Segundas oportunidades, 2

EMILY YOUNG



©EMILY YOUNG

Título original – Un lugar por el que luchar

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados.



Una sentencia de muerte dio comienzo a su amor. Ahora una pasión furiosa amenaza con consumirlos.

Sentenciada a la horca por matar a un soldado británico, **la escocesa Sienna Kimbal cree que lo ha perdido todo**. Hasta que un capitán inglés le da una salida… casarse con él y mudarse a América.

Una solución perfecta para Sienna, si no fuera porque vio como ese hombre mataba en el campo de batalla a su prometido.

Como hijo de un lord inglés y una india americana, **el capitán Dylan Ramsey está dividido entre dos mundos.** Aunque nunca podrá olvidar la visión de una mujer pelirroja que le atormenta desde muy joven. Por ese motivo cuando la ve en un campo de batalla en Escocia, solo piensa en salvarla y hacerla suya.

Ahora ambos deberán comenzar una nueva vida juntos, y tendrán que aprender a olvidar su pasado si quieren sobrevivir a los numerosos problemas a los que se enfrentan. Pero, ¿podrá Sienna dejar atrás el odio y el rencor que siente por el capitán Ramsey?

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Prólogo

Notas

Capítulo 1

Culloden Moor, Escocia 16 de abril de 1746

Sienna Kimbal se aferró a las crines de la yegua gris mientras rugían los cañones y el tembloroso animal se encabritaba y daba zarpazos al cielo con sus embarradas pezuñas delanteras.

—Madre de Dios —gritó Sienna. Estaba perdida en las turbias profundidades del infierno, mientras a su alrededor volaban los disparos y el acero chocaba contra el acero.

Las gaitas chirriaban por encima de la cadencia de los tambores. Los gritos salvajes de guerra de los clanes se mezclaban con los chillidos de los moribundos y el chasquido de los disparos de mosquete. Nubes de humo se arremolinaban a su alrededor, sumándose a la confusión de la niebla y la lluvia que caía. El hedor de la pólvora negra y la sangre le llenaba la nariz; podía saborear la muerte en el aire. Pero los ojos de Sienna no derramaron lágrimas; estaba conmocionada más allá del punto de llorar. Ni siquiera la constatación de la muerte de su querido primo podía traspasar el terror que se apoderaba de ella.

Sienna no estaba segura de cuánto tiempo hacía que se había cruzado con el padre Gabriel arrodillado junto a un Highlander herido. El sacerdote la había increpado y le había ordenado que huyera. ¿Pero huir adónde? La niebla le hacía dudar de la dirección y perdió la noción del tiempo. Pensó que debía de ser cerca del mediodía, pero sin el sol ni un reloj era imposible

saberlo.

Caleb había muerto. Las palabras resonaban en su cabeza, pero era difícil de creer. El rostro pecoso y hogareño de Caleb se inclinó mientras la agarraba por la cintura y la levantaba por encima de su cabeza. Caleb poniéndola a lomos de un gordo poni Shetland. Caleb agarrándola de la mano en silencio mientras caía tierra sobre la tumba de su difunto marido.

Caleb estaba demasiado lleno de vida para morir aquí, en este páramo húmedo y brumoso. Pero el padre Gabriel le había dicho que así era... que Caleb había muerto en los primeros minutos de la lucha, que le habían dado la extremaunción y le habían cerrado los ojos sin vista.

Su yegua bajó con fuerza sobre las patas delanteras y bajó la cabeza, expulsando espuma teñida de rojo por las fosas nasales.

—¡Quieta, Lady! ¡Tranquila! —tranquilizó Sienna, apretando las manos en las riendas. Quería desmontar e intentar guiar a Lady, pero temía que si se bajaba del caballo, perdería por completo el control sobre ella.

Un furioso enjambre de abejas silbó sobre la cabeza de Sienna y el vello se le erizó en la nuca. Instintivamente, se lanzó hacia delante sobre el cuello de Lady y clavó los talones en el costado de la yegua gris. La gallarda yegua se precipitó hacia delante, hundiéndose de rodillas en la turbia ciénaga.

Un hombre con un abrigo rojo entró tambaleándose en la línea de visión de Sienna, con la cara embadurnada de barro contorsionada por el miedo.

—¡Ayudadme! —gritó. Pero antes de que pudiera reaccionar, un enorme guerrero con falda escocesa asestó al soldado británico un poderoso golpe con su claymore, casi separándole la cabeza del cuerpo.

La sangre salpicó la capa gris de Sienna, que ahogó un grito. El escocés se volvió lentamente y la miró con ojos vidriosos. Por un segundo, creyó que podría volver el arma

espantosa contra ella, y un extraño aleteo en la boca del estómago la mareó.

—Por Dios y por Charlie —susurró.

—¿Peggie? —ronroneó el gigante Highlander. Se balanceaba sobre sus grandes pies y agitaba inquieta la claymore. Estaba casi desnudo; su peludo pecho desnudo y la tela escocesa MacDonnel estaban manchados de sangre—. ¿Peggie?

—No, muchacho —murmuró—. No soy tu Peg. —La enfermedad de la batalla se había apoderado de él; ella podía ver la locura parpadeando tras sus pálidos ojos azules—. Sólo soy Sienna Kimbal buscando a mis hombres —dijo en voz baja. El miedo hizo temblar su voz normalmente rica—. ¿Habéis visto a Cornac Shutherland o a Seamus MacDowell este día?

Él no pareció oír su pregunta. En su lugar, sacudió la cabeza como un demente y murmuró entre dientes:

—No vayas al páramo. Lord Murray lo dijo. Advirtió que el páramo de Culloden no era un lugar adecuado para que los montañeses se plantaran y lucharan. El terreno montañoso al otro lado del Nairn, eso es para nosotros, dijo. Pero Charlie no quiso escuchar. Él no, que Dios pudra sus codiciosas entrañas.

Los cañones tronaron, casi ahogando las angustiadas palabras del hombre.

—¿Habéis visto a mi parentela? —Suplicó Sienna—. ¿Seamus MacDowell?

—No. No. —Sacudió su enorme cabeza. Su pelo amarillo le colgaba hasta la mitad de la cintura; estaba enmarañado de sangre. Su ancha nariz aplastada estaba negra con manchas de pólvora. Sus ojos se entrecerraron peligrosamente—. ¿Estás con mi Peggie?

—No, no la conozco, Soy la chica de Seamus MacDowell —balbuceó.

—¡Vete, mujer! —bramó él. Blandiendo la claymore, golpeó con la hoja plana la grupa de su caballo. La yegua chilló y saltó hacia delante, casi descabalgando a Sienna, pero ella se aferró con cada gramo de fuerza y finalmente se enderezó en la silla.

La embestida del aterrorizado caballo las llevó por encima del cuerpo del inglés caído y hacia la niebla cada vez más espesa. Sienna oyó el ruido sordo cuando la pezuña trasera de Lady golpeó algo blando. Cerró los ojos y se aferró a su montura mientras intentaba razonar por qué había abandonado la seguridad de Inverness para verse atrapada en medio de una batalla entre el ejército hannoveriano y el del príncipe Charlie.

No había niebla ni lluvia al amanecer cuando había cabalgado fuera de la ciudad en un intento desesperado por encontrar al joven novio de su hermana Kenna. Kenna había estado de parto durante dos largos días y noches con el bebé de Cornac Shutherland. Kenna sólo tenía quince años y era delgada, apenas más que una niña. El bebé estaba encajado de lado; no podía nacer, y la comadrona había sacudido la cabeza con desesperación. Kenna había apretado las manos de Sienna hasta que creyó que sus huesos se romperían. Y cuando Kenna había suplicado ver la cara de Cornac, Sienna no pudo negar a su hermana su último deseo.

Ahora, incluso el sufrimiento de Kenna parecía lejano. ¿Podrían haber pasado sólo unas horas desde que había abandonado la cabecera de su hermana moribunda? Lady aminoró el paso al trote y Sienna abrió los ojos e intentó ignorar los disparos y los gritos de agonía a su alrededor.

—Ah, Lady, no soy más que una tonta —murmuró más para sí misma que para el tembloroso animal—. Si hubiera tenido el suficiente sentido común para mantenerme en el camino esta mañana, podría haberme dado cuenta de que un choque de ejércitos era inminente.

En lugar de eso, había abandonado la ciudad de Inverness por un camino rural poco transitado y había seguido una línea de árboles rezagados y diques de tierra a lo largo de la orilla del fiordo. El sombrío páramo de Drummossie, la tierra que algunos llamaban Culloden, se extendía gris y estéril hacia el este, pero al otro lado del agua, ella podía ver magníficas e imponentes montañas. Después de tantos días en las estrechas calles y la casa cerrada, le sentó bien volver a respirar aire fresco. En otras circunstancias, si no estuviera tan preocupada por su hermana y el resto de su familia, se habría alegrado de la excursión.

Al cabo de una hora de cabalgata, se había encontrado con tres montañeses de ojos salvajes en el breacán azul, verde y rojo de Murray: fofos, cansados hasta los huesos y medio muertos de hambre. La lástima por su difícil situación hizo que les diera la mayor parte de las tortas de avena que había traído para los suyos. Aunque ninguno de los Murray pudo decirle dónde estaban acampados los hombres del conde de Cromartie, todos le advirtieron que no se alejara cuando el ejército de Cumberland estuviera en el exterior.

Pero Sienna había seguido adelante obstinadamente, decidida a buscar a su cuñado y, si era posible, encontrar a su primo Caleb o a su padrastro, Seamus MacDowell. Ambos habían decidido ignorar las órdenes de su jefe y marchaban hacia el príncipe Charlie bajo el estandarte de MacDowell de Raasay.

No mucho después de haber dejado a los Murray, Sienna había pensado que su suerte había cambiado a mejor. Un muchacho que llevaba a pastar a dos vacas desgreñadas la había dirigido a un lugar boscoso en una hondonada cerca de las ruinas de una vieja casa de labranza. Allí había encontrado las cenizas aún calientes de las hogueras de un gran grupo de montañeses. Había sabido que se trataba de sus propios hombres y no de ingleses por las señales de que dormían de forma desordenada. Estos soldados no habían levantado tiendas; los que habían pasado aquí la noche se habían envuelto en mantas de lana y dormido sobre el suelo húmedo y desnudo. Y los únicos restos de comida que quedaban eran la cola, las pezuñas y los huesos de un ternero requisado.

Había estado siguiendo el rastro que habían dejado los hombres, hacia el sur, en dirección al río Nairn, cuando casi había sido atropellada por dos mensajeros enemigos. Huir de ellos la había adentrado en el páramo y, antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, la primera andanada de disparos había resonado en la llanura y se había dado cuenta de que estaba realmente en apuros.

Estaba casi paralizada por el miedo. Había hombres luchando y muriendo a su alrededor.

El sentido común le decía que si no la disparaban, alguien la bajaría de su caballo y se lo robaría. Sienna había perdido toda esperanza de encontrar a su padrastro o a Cornac. Lo único que quería era alejarse de la matanza, pero no sabía cómo.

Nunca se había sentido tan indefensa, tan presa del pánico. El hedor de los moribundos era lo peor. No era una delicada moza inglesa; había crecido rodeada de hombres y caballos. Había disparado a la caza y también la había desollado y destripado, y había cosido heridas cuando sus hombres se herían en el deporte o en la batalla. Había atendido a enfermos y ayudado a enterrar a algunos, pero nunca había estado en un lugar que apestara a muerte sin sentido. Cada bocanada de aire que respiraba le llenaba la cabeza de olor a azufre y agonía humana. El oscuro páramo de Drummossie era una pesadilla, tanto más aterradora cuanto que sabía que no despertaría.

—¡Bájate de ese caballo! —gruñó una voz áspera.

Sienna se retorció en la silla de montar para ver a un soldado hannoveriano interponerse en su camino y apuntarle a la cabeza con una pistola de chispa. Su capa roja estaba desgarrada: una manga colgaba suelta y vacía. Un gran tajo en la cara del hombre terminaba en una oreja que colgaba de una cuerda de piel.

—¡Abajo te digo, antes de que te mande al infierno! —gritó.

Ella no se paró a pensar. En lugar de eso, se lanzó de lado y bajó las riendas de cuero que arrastraba por la grupa de Lady y tiró con fuerza de la derecha. La yegua resopló y giró, arremetiendo con las patas traseras. Sienna oyó un grito y luego el dolor del soldado se perdió en la confusión cuando le dio la cabeza a Lady y el caballo se alejó corriendo entre la niebla.

Sienna se concentró en mantenerse sentada, segura de que en cualquier momento la pistola dispararía y sentiría el golpe de una bala de plomo atravesándole la espalda. Pero ninguna bala la alcanzó y siguieron galopando alocadamente, saltando por encima de cuerpos caídos y esquivando a hombres armados de ambos bandos. La capucha de su capa voló hacia atrás y las horquillas de su pelo salieron disparadas. Pronto su pelo, cuidadosamente trenzado, ondeó a su

alrededor como el de una ramera de taberna. Pero ahora no era el momento de preocuparse por el estado de su aspecto, no cuando su propia vida estaba en peligro.

Finalmente, las fuerzas de Lady empezaron a flaquear. Su respiración llegaba a grandes tragos desgarradores y sus piernas temblaban.

—Tranquila, tranquila —la tranquilizó Sienna—. Tranquila, niña. Whoa, mi dulce. —Aminoró la marcha del cansado animal y miró a su alrededor.

O se habían alejado de la escena de los peores combates, o la batalla estaba llegando a su fin. Pudo ver a dos hombres luchando a su izquierda, cuerpo a cuerpo, pero ninguno se fijó en ella ni en el caballo. A su derecha, un soldado británico demasiado joven para afeitarse estaba de rodillas llorando junto al cuerpo de un camarada moribundo. Y justo delante, dos adversarios se enfrentaban con las espadas desenvainadas.

El dragón británico, un oficial de hombros anchos con sombrero ladeado, botas negras hasta la rodilla y un abrigo rojo con encaje plateado, iba a pie. Su caballo herido yacía de costado detrás de él, luchando por levantarse. Los estridentes gritos de dolor del animal hicieron brotar lágrimas de los ojos de Sienna.

Frente al dragón enemigo había un fornido montañés con chaleco de cuero marrón y bonete escocés, blandiendo una espada ensangrentada. Estaba de espaldas a Sienna y su ropa estaba demasiado sucia para ser identificable, pero el contorno de su musculosa figura le resultaba familiar.

El escocés atacó, con el arma en la mano izquierda y la derecha levantando su targe, el pequeño escudo redondo de las Highlands que protegía su cuerpo contra la espada más ligera del inglés, con empuñadura de cesta. El oficial enemigo esquivó y bloqueó el golpe. Su sombrero salió volando y Sienna vio que llevaba su propio pelo, negro como el caldero del diablo, recogido en una cola en la nuca de su cuello aceitunado. Sus ojos eran tan negros como su pelo, unos fieros ojos paganos que podrían haber pertenecido a algún caudillo turco.

A Sienna se le subió el corazón a la garganta. El desmayo amenazó con dominarla. No podía estar segura pero... ¡Madre de Dios! ¡Era él! El escocés que se enfrentaba al engendro británico de Satán era su padrastro, Seamus MacDowell. Se tapó la boca con la mano y se obligó a contener el grito que le subió a la garganta.

Por un instante, estuvieron rodilla con rodilla, los músculos trabados, las espadas unidas como una sola. Luego se apartaron el uno del otro. Esta vez fue el inglés quien se lanzó hacia delante, moviéndose tan deprisa que Sienna casi se pierde la estocada. El acero sonó cuando Seamus respondió al golpe con su propia espada. Entonces desenvainó su puñal con la mano derecha y clavó un puñal hacia arriba en el vientre del inglés.

El tiempo pareció ralentizarse mientras Sienna miraba horrorizada en silencio. De la nada, una fina daga apareció en la mano izquierda del casaca roja. Giró y cortó hacia abajo la muñeca de la espada de Seamus, luego siguió con una poderosa réplica, clavando profundamente la punta de su cuchillo de acero en el pecho de Seamus.

Seamus se tambaleó hacia atrás, el peso de su caída le arrancó de la estocada mortal. Cayó sobre una rodilla mientras un río de sangre brotaba de su pecho. Giró la cabeza como para mirar por última vez el rostro de Sienna y entonces sus queridas y dulces facciones se aflojaron y se deslizó lentamente hacia el suelo.

—¡Seamus! —gritó Sienna.

La mirada de Dylan pasó del Highlander moribundo a la fuente del sonido. El instinto le dijo que había oído el grito de angustia de una mujer, pero no lo creyó. Ninguna mujer estaría aquí, en los restos del campo de batalla más sangriento que jamás había conocido.

La niebla y el humo de los cañones oscurecían su línea de visión; no podía ver más allá de una docena de metros. Sin embargo... Allí. Inconscientemente, apretó con fuerza la empuñadura de su espada y se esforzó por ver. Sí. Allí, sobre un caballo pálido, estaba sentada una mujer de largos cabellos rojizos y dorados. Tan quieta e inmóvil estaba que no parecía real. Tenía la cara

blanca y la mano congelada en el aire como un espectro inquietante.

Dylan parpadeó, medio esperando que aquel espíritu incorpóreo se desvaneciera. Pero cuando volvió a mirar, ella seguía allí, mirándole fijamente a través de la tierra empapada de sangre.

Su corazón empezó a latir con fuerza; su respiración se aceleró. Aparecieron manchas ante sus ojos mientras su mente luchaba por elevarse por encima de la confusión.

—Eres tú —susurró—. Eres tú.

Y entonces la niebla ondulante se tragó a caballo y jinete, envolviéndola con una nada blanca.

—Vuelve —suplicó—. Vuelve.

Corrió hacia el lugar donde la había visto, pero cuando llegó, sólo había agua estancada... ni siquiera la marca de una sola huella de casco para demostrar que ella no era una visión de su forzada imaginación.

Capítulo 2

Inverness 23 de abril de 1746

El capitán Dylan Ramsey estaba excesivamente borracho por segunda vez en su vida. Su primera experiencia con la bebida fuerte a los diecisiete años había producido resultados tan horrendos que había jurado no repetir el incidente. Se había aferrado a esa regla durante diecinueve años; esta noche la había roto con venganza.

No estaba solo en su consumo excesivo de potente whisky escocés. La mitad de los soldados del rey en esta casa pública de Inverness habían bebido más allá de los dictados de la razón. El mejor amigo de Dylan, el teniente Adam Hammond, estaba tan intoxicado que llevaba casi una hora intentando relatar la misma historia y no podía pasar de su frase inicial.

—Y... y... —Hammond se deslizó hacia delante sobre la mesa y se disolvió en carcajadas —. ¿Qué demonios era eso... el nombre de esa moza, St... St... ¿La... la... con la... nariz?

Dylan murmuró una respuesta incoherente y se bebió lo que quedaba de whisky de su copa de peltre. Alguien abrió la puerta exterior y una ráfaga de frío destripó la vela que había sobre la mesa frente a él. Una tabernera con el ceño fruncido volvió a encender la vela cuando Hammond se puso rígido en su silla y exigió otro trago.

El aire de la sala estaba espeso por el hedor de demasiados hombres sin lavar, cerveza

derramada y uniformes de lana mojada. Una pierna de cordero fibroso chisporroteaba en el asador del hogar abierto y el olor hizo que a Dylan se le revolviera el estómago. Nunca le había cogido gusto al cordero. Absurdamente, partió en dos una torta de avena mientras miraba fijamente a Hammond. Desde donde estaba sentado, parecía como si hubiera dos Adams. O eso o Hammond tenía un hermano gemelo.

—¿Tienes un hermano? —preguntó, su frase rota crudamente por un fuerte hipo.

Hammond rió como respuesta y pellizcó el trasero de la criada.

—Bebe, Dylan —le instó—. Mañana volveremos a la montura.

Así sería, meditó Dylan. Y él cumpliría con su deber para con el rey y la patria como correspondía a un hijo de lord Hensley, incluso a un hijo mestizo nacido en el lado equivocado de la manta. Durante unos días o semanas más, cumpliría con su deber...

...Dylan hizo una señal para pedir otro vaso de whisky. Pagaría un infierno cuando el barón Hensley se enterara de lo que había hecho. Dylan sonrió por primera vez en más de una semana. Su padre montaría en cólera cuando se enterara de que había renunciado a su comisión en los dragones, el honor que le había costado al viejo dos años de ingresos de sus propiedades.

Habría pocos hombres que no pensaran que Dylan era tonto.

La idea de que podía estar cometiendo el mayor error de su vida cruzó la mente de Dylan, pero se encogió de hombros. Un hombre tenía que hacer lo necesario para mantener su autoestima... y no podría vivir consigo mismo si continuaba siguiendo a comandantes como el carnicero Cumberland.

Estaba tan borracho como podía estarlo un dragoneante y aún mantenerse en pie, pero no había perdido todo el sentido de la razón. Había tomado su decisión respecto al ejército y se ceñiría a ella. Lo que le preocupaba más allá del punto de ruptura era la visión de la mujer que había visto en el fragor de la batalla en Culloden Moor.

Dylan se enorgullecía de su inteligencia, de su capacidad para superar los obstáculos de su nacimiento poco ortodoxo y hacerse un lugar entre los caballeros. Había sido condecorado por su valentía en el campo de batalla y se había ganado el respeto tanto de sus compañeros como de sus superiores.

Pero esta noche tenía miedo.

No había podido quitársela de la cabeza desde que se había desvanecido en la niebla. Cada vez que cerraba los ojos, la veía: tan real como si estuviera sentada en la silla de Hammond, frente a él. Más real que Hammond: había surgido una segunda cabeza. La mujer pelirroja era de carne y hueso.

También era un fantasma de su pasado... Un pasado que había creído dejar atrás hacía veintidós años.

Una pistola se disparó y Dylan se puso rígido, con la mano en su propia escopeta de pedernal. Cuando el fuerte chasquido fue seguido por un coro de risas socarronas, se permitió la indulgencia de hundirse de nuevo en su propia ensoñación.

No importaba cuántas veces atacara mentalmente el problema de la apariencia de la mujer, llegaba a la misma conclusión. Ella sólo podía ser producto de su imaginación, una ilusión.

Pero ella había estado allí. Y había sido tan sólida como la espada del escocés que casi le había matado.

Su cabeza dejó de dar vueltas y el mareo fue sustituido poco a poco por un dolor profundo y palpitante.

Tal vez le habían herido peor de lo que pensaba en Culloden, razonó. O tal vez le estaba creciendo algún tumor en la cabeza. Unos meses más y podrían llevarlo a casa, a Hensley Hall, y encerrarlo en la habitación de la torre hasta que la barba le colgara hasta las rodillas y los niños del pueblo chillaran burlas contra el loco de ojos salvajes.

Excepto que él nunca había sido capaz de reunir mucha barba, y su estimado padre sería tan propenso a internarlo en Bedlam[1] como a molestar su sueño nocturno o a avergonzar a sus hermanos de piel clara dando cobijo a un loco. Sus hermanos de piel clara. Walter y Hugh estarían encantados de que se volviera loco. Habían hecho de su vida hogareña una burla, y si les obligaba volviéndose loco tranquilamente, gritarían de alegría.

O darían su versión de los gritos de guerra indios.

Dylan cruzó las manos, cerró los ojos contra la luz danzante de las velas y se inclinó hacia delante sobre la mesa llena de cicatrices. Hammond parecía no haberse dado cuenta de que algo iba mal. Aún intentaba recordar su historia sobre Nora, la voluntariosa lechera con la que ambos habían tropezado una noche en Yorkshire, la chica con una nariz del tamaño y la forma de la silla de montar de su caballo.

Hammond estaba tan borracho como una cerda, pero era un camarada corpulento, tan buen hombre como cualquier dragón necesitaba a sus espaldas. Nacido él mismo ilegítimo, Hammond nunca le había echado en cara la sangre india de Dylan. De hecho, había mostrado poca curiosidad por la anterior vida de su capitán como salvaje corriendo semidesnudo por los bosques de las colonias americanas.

Pocas personas habían hecho preguntas, y las que lo habían hecho normalmente buscaban convertir a Dylan en el blanco de sus bromas. No era un error repetido a menudo por el mismo hombre.

El propio Dylan había relegado esa parte de su existencia tan atrás en la memoria que a veces parecía un sueño. Esta noche, su vida anterior volvía a posarse sobre sus hombros con un gran peso.

Había traído de vuelta su pasado.

Tan fuertes eran sus recuerdos que el hombre que había sido una vez amenazaba con

succionar el alma del British Dylan Ramsey que era ahora. Había luchado contra la marea durante días y noches.

Con un gemido de alivio, se rindió a sus temores y dejó que los olores y las vistas familiares de la naturaleza lo invadieran.

Ya no era el capitán Dylan Ramsey, hijo de lord Hensley y oficial de los dragones de Su Majestad. Ese hombre ya no existía.

Era Bruma en el viento, un hijo de los Shawnee, nacido en el Clan del Lobo, y a punto de soportar su última prueba de hombría: la búsqueda de su visión.

Para un varón Shawnee, esta prueba era la búsqueda espiritual más importante de su vida. Tenía catorce años, y ya había demostrado su valor seis meses antes enfrentándose a un mohawk en plena pintura de guerra en medio de un ataque al poblado shawnee. Había matado al valiente enemigo en un combate cuerpo a cuerpo y se había ganado el derecho a llevar una única pluma de águila. Pero nada de eso importaba si no sobrevivía a su búsqueda de la visión o si Wishemenetoo mostraba su desaprobación al no concederle un guía espiritual.

Bruma en el viento no se sentía especialmente valiente cuando comenzó el ritual. Durante días, había ayunado y rezado; había soportado la cabaña de sudor y bailado para la hermandad de guerreros junto con los otros dos muchachos candidatos a la virilidad. Había cantado los poemas que relataban la creación del mundo por el Creador y había entonado las canciones sagradas de su pueblo. Ahora estaba solo y debía encontrar su despertar espiritual o perecer en el intento.

El chamán le había indicado que se adentrara desnudo en el bosque y buscara un lugar elevado. Allí debía esperar y escudriñar su corazón hasta que le llegara una visión o muriera de hambre y sed. Tenía prohibido huir del peligro o gritar pidiendo ayuda. Se le prohibió emitir un sonido que no fuera una oración o un himno. El hombre santo le dijo que pensara en sí mismo como un recipiente vacío y que esperara pacientemente a que el espíritu del Todopoderoso lo llenara.

Bruma en el viento se había propuesto regresar a su aldea bajo la protección de un guía poderoso. Desde que era un niño pequeño, había esperado este momento. Se había preguntado si su guardián personal sería el espíritu del lobo, o un gran oso jorobado, o tal vez un águila planeadora.

Los hombres rara vez hablaban de su propia experiencia, pero cuando lo hacían era para relatar historias de bestias ardientes o búhos sabios. El tótem de Nutria Negra era un bagre de río; Cielo Matutino buscaba la sabiduría en el Espíritu del Alce. Viejo Dos Dedos afirmaba que su guía era una rana moteada. Bruma en el viento había pasado muchas noches en vela esperando que el Espíritu de la Rana pasara de largo. Dos Dedos era un mal cazador y tan perezoso como su desaliñada esposa. Cielo Matutino dijo que Dos dedos no tenía la culpa, porque un hombre protegido por una humilde rana tenía mala suerte para empezar y pocas esperanzas de que su vida mejorara alguna vez.

Peor que tener una rana o un insecto por guía espiritual sería no tener visión alguna. Un hombre sin la visita de un protector estaba condenado a ser un paria sin suerte. Ninguna mujer elegiría convertirse en su esposa, y pocos jefes de guerra incluirían jamás a un individuo tan inútil en una partida de exploración o en una incursión.

Y así Bruma en el viento había esperado y rezado, observando cómo el sol se elevaba sobre los árboles, cruzaba el cielo y se desvanecía lentamente en naranja y púrpura antes de desaparecer en el crepúsculo. Pasaron dos días sin la menor señal, los días más largos de la vida de Bruma en el viento. Al tercer día, redobló sus esfuerzos, empleando cada gramo de su fuerza para bailar y cantar, con la esperanza de atraer a algún espíritu pasajero. En ese momento, habría recibido con alegría a Conejo... incluso a Anequoi, la ardilla tonta.

Nunca se le pasó por la cabeza la idea de que pudiera mentir e inventarse una historia. Tal acción sería impensable. El castigo por tal traición era rápido y terrible: el destierro de la familia y de la tribu. Un muchacho sin moral no era digno de llamarse a sí mismo shawnee.

A la suave luz de ese tercer día, llegó la visión de Bruma en el viento. Tan clara, tan real, fue la visión que apenas podía creer lo que veían sus ojos. Un momento estaba solo en la cima de la colina rocosa, y al siguiente, su mayor deseo se había cumplido.

Excepto que nada era como él había esperado. No había ningún lobo gruñendo, ni ninguna noble águila aterrizando grácilmente a sus pies. En su lugar, vio a una mujer blanca, de piel clara y pecosa, con el pelo tan rojo como un zorro inglés.

No era un ángel celestial de los que hablaban los sacerdotes franceses: era una mujer viva, que respiraba. No era alta, ni tan rellenita como las mujeres blancas que Bruma en el viento había visto en el puesto del comerciante holandés. Su boca era ancha y llena, su barbilla demasiado firme para una disposición dulce, sus ojos grandes... no de un marrón profundo como los de su pueblo, sino de un marrón dorado.

Llevaba una falda larga y zapatos de cuero. La parte superior de su cuerpo y parte de su pelo estaban cubiertos por una única prenda gris con capucha. Y le miraba fijamente como si estuviera tan asombrada como él.

Estaba tan asombrado que olvidó que no debía hablar.

—¿Quién eres? —preguntó en algonquino, para repetir inmediatamente su pregunta en inglés—. ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que éste es un lugar sagrado?

Sus labios se separaron y sus ojos se entrecerraron. Por un segundo, pensó que iba a echarle la bronca. Mentalmente, hizo una mueca de dolor, preparándose para la avalancha de improperios que sabía que ella iba a verter sobre él. Entonces, de repente, su humor cambió. Una mirada de comprensión se dibujó en su rostro, y ella rompió en una sonrisa tan intensa, tan entrañable, que el corazón de él empezó a latirle con fuerza y se le quedó la respiración entrecortada en la garganta.

—¿Quién eres? —repitió.

La sonrisa de ella se convirtió en una risa burlona.

Indignado, corrió hacia ella y extendió los brazos para atraparla. No tenía ningún plan; no tenía la menor idea de lo que haría una vez que la tuviera, pero tenía que asegurarse de que era sólida y no una mujer de ensueño. Ella no se movió. Sus manos se cerraron en torno a ella y sintió el calor de su cuerpo vivo. Olió el aroma de una extraña hierba en su pelo y sintió la sedosa elasticidad cuando un mechón rozó su mejilla.

Ella le miró directamente a los ojos, y la conmoción del reconocimiento alegró su corazón.

Entonces ella se desvaneció.

Dylan Ramsey había llevado consigo la imagen, el aroma, el recuerdo de su cálido cuerpo desde entonces. Lo guardó cerca de su corazón cuando su madre murió y su padre blanco vino a reclamarle. Guardó el recuerdo de su visión cuando Hensley lo llevó al otro lado del océano y lo internó en un internado inglés. La recordaba el día que había recibido su comisión en los dragones, y la recordaba ahora.

Todos esos años no habían atenuado su imagen, y él nunca había dejado de buscarla. Había mirado los rostros de mil mujeres sin ver el único rostro que le perseguía. Hasta la batalla de Culloden...

Hasta que la había vuelto a encontrar, y una vez más ella había desaparecido tan rápida y misteriosamente como lo había hecho en la cima de aquel bosque hacía mucho tiempo.

Y ese enigma era la razón por la que estaba borracho esta noche. Eso era lo que inquietaba su corazón y su alma hasta que no pudo pensar en otra cosa. Al diablo con Cumberland y los dragones. Tenía que volver a encontrar a esa mujer.

Fuera ella real o un engaño, él tenía que saber la verdad.



Sesenta millas al norte, Sienna estaba de pie junto a la cama y miraba los rostros dormidos de su hermana Kenna y del hijo pequeño de Kenna. La luz del fuego jugaba a través de sus facciones, ocultando la palidez de Kenna y el agotamiento del bebé. Rezando en silencio por su continua recuperación, les puso otra colcha por encima y salió lentamente de la alcoba principal.

Kenna había protestado débilmente cuando Sienna indicó a los criados que la llevaran a la gran cama tallada, pero Sienna había insistido.

—Nuestro padre ya no la necesitará, y su habitación tiene la chimenea más grande de todas las alcobas de la casa. Él querría que te acostaras allí.

—Nuestro padrastro —la había corregido Kenna.

—Nuestro padre —insistió Sienna. Le dolía haber sido incapaz de recuperar su cuerpo en el campo de Culloden. Había regresado al día siguiente, pero los soldados ingleses la habían rechazado, diciendo que los traidores estaban siendo enterrados en fosas comunes.

Kenna y el bebé estaban vivos, y eso era algo por lo que estar agradecida. Cuando Sienna había llegado a Inverness, se había encontrado con que el niño de tres kilos se había enderezado y había salido a las manos de la comadrona, aparentemente sin haber empeorado por el largo y difícil parto de su madre.

En cuanto Sienna se enteró de que los hombres de Cumberland estaban asesinando a los jacobitas heridos, había sabido que tenía que sacar a Kenna y al joven Jamie de Inverness y llevarlos sanos y salvos a casa, a Glen Garth. Le había llevado cinco fríos y húmedos días de viaje, y Kenna había llorado la mayor parte del camino. Lloró por su padre y por Caleb, pero sobre todo, lloró por su marido, Cornac. Estaba huyendo por su vida, muerto en el campo de batalla o prisionero. Nadie podía decírselo.

Sienna esperaba que Cornac Shutherland siguiera vivo. Con Seamus y Caleb muertos, le necesitaban desesperadamente. Se había opuesto al matrimonio de su hermana alegando que tanto Kenna como Cornac eran demasiado jóvenes, pero nadie la había escuchado. Sin contar a su nieto, Cornac Shutherland era su pariente masculino vivo más cercano.

Sienna caminó por el oscuro pasillo de la vieja casa sin una vela. No la necesitaba. Éste había sido su hogar desde que tenía seis años y su madre se había casado con Seamus MacDowell. Muchos decían que la vieja casa de Glen Garth estaba encantada, pero si lo estaba, Sienna creía que los fantasmas debían de ser felices. Le había encantado este montón de piedra gris desde la primera vez que puso sus ojos en él.

Desde algún lugar, tal vez las cocinas, podía oír los gemidos de una mujer. Si Sienna se permitía pensar demasiado en Seamus, ella también estaría berreando. Sería difícil imaginarse a Glen Garth sin la estruendosa risa de su padrastro. Cruzó los brazos sobre el pecho y se abrazó con fuerza para aliviar el dolor. Había perdido a Seamus y Caleb el mismo día. Era suficiente para destrozarla si no se armaba de valor contra el dolor.

No podía permitirse el lujo de llorar a sus hombres; demasiados en la casa dependían de ella. Se tragó el nudo que tenía en la garganta. Por la mañana, tendría que llevar aparte a su hermano pequeño, Brodie, y decirle que su padre no volvería a casa.

Sienna entró en el sombrío gran salón. Junto al hogar, un viejo sabueso levantaba la cabeza y golpeaba el suelo de piedra con la cola para saludar. Sienna escrutó la sala, medio esperando ver tropas británicas cargando a través de la puerta más lejana, pero todo estaba quieto excepto por el quejido del perro. Cornamentas de ciervos muertos hacía tiempo, tapices descoloridos y armas antiguas se alineaban en las paredes. En lo alto, la cresta se perdía en la oscuridad. Nada parecía estar fuera de lugar.

Entonces se detuvo en seco y se le puso la piel de gallina en los brazos. Olía a tabaco... la mezcla especial de su padrastro. Se puso rígida al darse cuenta de la figura encorvada sentada en

la silla de respaldo alto cerca de la chimenea. A Sienna se le secó la boca.

—¿Seamus? —llamó.

—Caya, lass[2]. Sólo soy yo. —La profunda voz de su abuelo retumbó en la habitación.

—Abuelito. —Aliviada, corrió hacia él.

Cuando se acercó, él levantó su rostro arrugado y le sonrió. Sus ojos sin vista brillaban blancos a la luz del fuego.

—Sienna.

Ella le echó los brazos al cuello y lo abrazó.

—Me diste un gran susto —le confió—. Pensé...

—Creíste que era un fantasma —terminó él—. No, pequeña. —Le apretó la mano mientras ella se sentaba en el brazo de su silla—. No. Ojalá lo fuera. Incluso un fantasma os sería de más ayuda que un viejo ciego.

A Sienna se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca antes había oído a Grandda mencionar su aflicción. Incluso ahora, no había autocompasión en su tono

—Me eres más útil que una docena de jóvenes —insistió—. Eres el único que queda con sentido común por aquí. Glynis me dijo que ya habías ordenado a los criados que enterraran la vajilla de plata y llevaran las vacas a las colinas.

—Sí, eso hice. Tendremos a Sassenach arrastrándose por esta casa como pulgas en la espalda de un perro.

—La mayoría de los MacDowell no se levantaron por el Príncipe Charlie. Esperaba que los británicos pasaran de nosotros…

—Los parientes de Seamus te lo dirán muy pronto. Los escoceses tenemos debilidad por el oro inglés. No estaríamos donde estamos hoy con nuestros cuellos en el yugo de Jorge si nuestra

propia gente no nos hubiera vendido.

—Espero que no. —Acarició cariñosamente la calva cabeza de su abuelo—. Creía que estabas en la cama y durmiendo. No vi necesidad de despertaros por malas noticias.

—¿Cómo está Kenna?

—Débil pero no febril. Y el bebé está fuerte. Con una cama caliente y algo de comer, estoy segura de que se pondrán bien. —Su mano se apretó a la de él de nuevo—. ¿Has oído que Caleb...?

—Sí. Glynis me lo dijo. Dios se lleva pronto a los buenos.

—Eso dice mucho de lo que piensas de mí —bromeó ella con humor negro. Golpeó el bastón de madera de espino que apoyaba en su rodilla—. Eres fuerte, muchacha, tan fuerte como este viejo bastón que tenía de mi padre. Y has vivido lo suficiente para saber que los buenos y los malos mueren en la guerra.

—Yo estuve allí. Vi caer a Seamus. Vi al dragón atravesarle el pecho con una espada.

—Ach. Eso no lo sabía, dulzura. Lo siento por ti. Has tenido un caldo de dolor en tus años. Primero tu padre, muerto antes de que vieras la luz del día, y luego tu madre, mi propia hija Elspeth, y luego tu marido. Es una maravilla que no estés tan loca como la vaca de Angus.

—El príncipe Carlos me ha hecho poco bien, eso seguro —dijo ella en voz baja. Su marido, Iain, había cogido una agonía de camino a unirse a la fiesta del príncipe en septiembre del 41 y murió sin ver nunca a su soberano. Ella y Lain habían tenido otra terrible pelea por su partida; ella ni siquiera le había dado un beso de despedida. Había sido un final lamentable para un matrimonio lamentable—. Siempre lamenté que no hubiéramos tenido un hijo antes de que muriera. Ahora, supongo que es lo mejor. Tendré a Brodie

—Siempre has sido para Brodie más una madre que una hermanastra.

—Es tan querido para mí como Kenna, pero Dios sabe que es tan niña como lo fue mi

madre.

—¿No he dicho siempre que tu sentido común venía de tu padre? Quería mucho a Elspeth. Fue la única nena mía que vivió más allá del destete, pero siempre conocí sus defectos.

—Abuelo, prométeme que vivirás para siempre.

—No pensaba irme pronto.

—Bien. —Ella se deslizó hasta el suelo y apoyó la cabeza en sus piernas—. Estoy cansada, abuelo. Estoy cansada y hambrienta, y me duele demasiado como para llorar.

—Es la cama lo que necesitas, muchacha.

—No puedo dormir. Pronto amanecerá y hay demasiado que hacer. Tengo que contar nuestras reservas de comida y recoger los objetos de valor que se hayan perdido los criados. Tengo que...

—Tienes que dormir —dijo con firmeza—. Y es una orden. Lo que venga mañana no será peor por una buena noche de descanso.

—Sigo pensando en el campo de batalla. Sigo viendo la cara de ese dragón. Cada vez que cierro los ojos, yo...

—Un vaso de whisky lo curará. Un muerto es un muerto. Un inglés es como otro. No te servirá de nada odiar. Nunca lo volverás a ver, tan seguro como que nunca verás a Seamus MacDowell de este lado del paraíso.

—Tenía ojos negros de demonio, abuelo... el dragón que mató a Seamus. Era un oficial, pero no llevaba peluca. Su pelo era suyo, y era negro como el carbón. Si hubiera tenido una pistola, le habría disparado yo misma, el engendro asesino de Satanás.

—Y hubiera sido como dispararte a ti misma. Hiciste lo correcto, muchacha. Trajiste a tu hermana y a su bebé a salvo a casa. Ahora debemos prepararnos para lo peor, porque el puño del

alemán Jorge caerá con fuerza sobre las Tierras Altas. Y puede que los que cayeron en Drummossie Moor sean los afortunados.

Capítulo 3

Pasaron tres días y luego cuatro. Las horas diurnas de Sienna estaban llenas de trabajo y ansiedad. Despidió a los criados, despidiendo a todos los que tenían familia en las colinas por su propia seguridad, y cuidó ella misma de su hermana y del niño. De las mujeres, sólo Glynis se quedó. Era huérfana y Glen Garth había sido su hogar desde que tenía diez años.

El viejo Angus y los gemelos se quedaron. La rodilla maltrecha de Angus y su avanzada edad no le permitían caminar lejos ni cabalgar sin dolor. Tiempo atrás, las chicas guapas habían cantado canciones sobre sus atrevidas incursiones ganaderas y sus correrías por las fronteras inglesas. Ahora, se sentaba junto al hogar y se contentaba con gachas y recuerdos de compañeros muertos hacía mucho tiempo. Sienna no podría haber ordenado a Angus que se marchara más que a Fergus y Finley. Los hermanos eran apuestos hombres pelirrojos en la flor de la vida, de más de dos metros de estatura, con los hombros como bueyes y las manos como palas. Pero las mentes de los gemelos nunca se habían desarrollado y eran propensos a divagar y jugar como niños.

La hermana de Sienna, Kenna, seguía en cama, mostrando poca mejoría física o emocional. Se negaba a comer y estaba tan débil que apenas producía leche materna. Su hijo pequeño, Jamie, gritaba de hambre durante horas, pero Sienna temía complementar su dieta por miedo a que la leche de Kenna se secara por completo.

A pesar de los lamentos de Kenna y de sus constantes plegarias, su marido, Cornac, no llegaba. Ningún jinete llegó con noticias de él, aunque los refugiados corrían por Glen Garth derramando historias de horror. Las historias eran tan horribles y salvajes que Sienna no estaba segura de qué era verdad y qué un rumor distorsionado. Los alimentó y trató de no escuchar.

—Las tropas de Cumberland masacraron a los jacobitas heridos y dejaron sus cuerpos tirados como carroña en el campo de batalla.

—Los ingleses quemaron los cadáveres de nuestros hombres en grandes piras. También arrojaron a las hogueras a los prisioneros vivos.

—Inverness ha sido puesta a la antorcha y yace en cenizas humeantes.

—El príncipe Charlie ha sido asesinado.

—El príncipe ha escapado y ha reunido un ejército más numeroso.

—Las tropas hannoverianas están tendiendo un reguero de sangre y llamas por las Tierras Altas, asesinando a los soldados jacobitas que huyen y a los civiles con igual sed de sangre.

—El olor a humo y a ganado podrido recorre las colinas.

—El duque de Cumberland es la encarnación de Old Scat. Fabrican botas especiales para ocultar sus pezuñas hendidas.

—Carnicero Cumberland, le llaman. Se da un festín cada noche con la carne de los Highlanders.

Toma cada cuento con cuidado, le había aconsejado el abuelo de Sienna. Ella trató de recordarlo, mientras cada instinto le advertía que la llegada de tropas enemigas significaría el desastre.

Si Kenna hubiera estado en condiciones de viajar y el bebé hubiera sido mayor, Sienna habría llevado a su familia al sur, al lugar de nacimiento de su madre, y suplicado refugio a los

Stewart. En lugar de eso, salvó lo que pudo de su familia. Sentó al único hijo vivo de Seamus MacDowell, Brodie, en un robusto poni de las Highlands y le dio al niño de siete años una daga y una bolsa de cuero con monedas.

—Mantén el sol a tu izquierda por la mañana y a tu derecha al final del día —le dijo—. Debes ir hacia el sur hasta Fort William y luego más allá hasta la granja Stewart más cercana. Si alguien te pregunta, tu padre murió luchando por el rey Jorge.

—¡No! —replicó Brodie acaloradamente—. ¡No te dejaré, y no diré semejante mentira! Charlie es nuestro príncipe legítimo, y nuestro papá…

Abofeteó la cara del niño con tanta fuerza que la huella de su mano se levantó blanca en su mejilla. Durante un segundo, Brodie la miró con incredulidad y luego sus grandes ojos marrones se llenaron de lágrimas.

Sienna también quería llorar. Su pequeño hermanastro Brodie era el hijo que nunca había tenido. Había cuidado de él desde que su propia madre había muerto en el parto. Sienna nunca le había pegado en su vida, pero no era el momento de mostrar compasión. Tenía que hacer que el chico la obedeciera. Su vida estaba en juego.

—Escúchame —le dijo con dureza—. Eres un MacDowell y un soldado. Harás lo que yo diga. Y vivirás como tu padre querría que lo hicieras. Besarás los pies del alemán George si es necesario. ¿Lo entiendes?

Brodie se mordió el labio inferior y asintió, sus ojos enormes y llenos de miedo.

—Iré a por ti, Brodie En cuanto sea seguro, te traeré a casa. Te lo prometo. —Le rodeó con los brazos y le abrazó con fuerza.

Ya no podía contener las lágrimas.

—No me envíes lejos —suplicó—. Me portaré bien. Lo haré.

—Ahora eres el MacDowell de Glen Garth —le amonestó ella—. Pero aún no eres un

hombre hecho y derecho. Tienes mucho que aprender.

—Te quiero, Sienna —sollozó—. Quiero quedarme contigo y con el abuelo.

—Como tu padre quería quedarse contigo, pero no pudo —dijo Sienna con severidad—. Volveremos a estar juntos. Lo juro.

—Glynis dijo que ahora soy huérfano, como ella. Dijo que no eras mi verdadera hermana, sólo una hermanastra, y que no me tendrías aquí. Dijo que me enviarías para siempre a ser pastor o a ser aprendiz de tejedor.

—Glynis es una niña tonta —replicó ella—. Glynis tiene el sentido común de una gallina melancólica. Tú eres el hijo de mi padre y mi hermano. Hermanastro no significa nada entre nosotros, Brodie Además, no podría enviarte lejos para siempre. Ahora eres el dueño de Glen Garth. Serás el MacDowell de aquí cuando yo sea una anciana tostándome los dedos de los pies junto al fuego.

Esbozó una débil sonrisa, la sonrisa de su padre, y el dolor atravesó a Sienna. Mientras Brodie viviera, Seamus también viviría. Esperaba estar tomando la decisión correcta para ambos.

Llamó a su sirviente, Gran Fergus.

—Te confío a Brodie —le dijo a Fergus con atención—. Ve con él y protégele. Más que Dios, cuento contigo. No falles a tu pequeño jefe, Fergus. Porque si lo haces, los sabuesos fantasmas de Glen Garth te cazarán y te comerán, piel, huesos y sebo.

Le dio un último abrazo a Brodie y luego lo despidió en el desgreñado poni marrón con Fergus dando zancadas bajo la fría lluvia a su lado. Finley lloró a lágrima viva la marcha de su gemelo, pero Fergus estaba tan orgulloso de la anticuada claymore que llevaba atada al hombro que sonreía de oreja a oreja. Fergus podía ser lento de ingenio, pero su fuerza no tenía nada de malo. Tan fiel como el perro pastor blanco y negro que les seguía, Fergus protegería a Brodie con su vida.

No llevaban ni una hora fuera cuando la primera patrulla de dragones ingleses llegó a Glen Garth. Sienna estaba cambiando el pañal del bebé Jamie cuando oyó el primer disparo de mosquete. Echando al bebé en brazos de Kenna, se echó un viejo plaid sobre los hombros y salió corriendo de la casa.

Cuando llegó al patio, los soldados estaban rompiendo ventanas y gritando órdenes. Finley salió corriendo de la lechería con un ganso de mascota en brazos. Un dragón se abalanzó sobre él y agarró al ave que graznaba por la cabeza. Los ojos de Finley se dilataron de ira cuando el soldado procedió a retorcer el cuello del ganso.

—No... —empezó Sienna, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras, Finley agarró al caballo del dragón por la brida con la mano izquierda y clavó el puño derecho en el vientre del soldado. Otro dragón desenvainó su espada y galopó hacia ellos montado en un ardiente ruano. Sienna gritó. Se lanzó hacia delante, intentando bloquear la carga, pero el hombro del caballo la apartó y cayó pesadamente de rodillas.

Finley gimió cuando la espada del dragón le atravesó la espalda. El hombre volvió a golpear en medio de una ráfaga de plumas de ganso, y Finley cayó bajo los cascos de los dos animales. La sangre salpicó el menudillo del ruano.

—¡No! —gritó Sienna.

Un tercer jinete blandió una antorcha encendida y la lanzó a través de una ventana rota hacia la casa mientras aún más dragones montados entraban al galope en el patio.

Sienna se giró para enfrentarse al líder, un mayor con peluca y una brillante casaca roja con botones dorados.

—¿Qué está haciendo? —exigió—. Hay una mujer enferma y un bebé en la casa.

—Esta casa y estas tierras son propiedad del rey Jorge —respondió fríamente—. Confiscados por traición a la Corona. Usted está invadiendo.

Al darse cuenta de que era inútil seguir conversando con este tirano inglés, Sienna se dio la vuelta y corrió de vuelta a la casa. Un humo acre salía de las cenizas esparcidas por el suelo de piedra.

—¡Abuelo! —llamó—. ¡Sal de la casa!

El ladrido insistente de un perro se convirtió en un aullido agudo mientras el sonido de cristales rompiéndose y botas pisando fuerte llegaba desde el ala de la cocina. Olas de gélida sensación bañaron a Sienna mientras corría hacia la alcoba de su hermana.

—¡Kenna! Kenna! —gritó. Pero cuando abrió la puerta de golpe, la gran cama con dosel de Seamus estaba vacía, las mantas tiradas descuidadamente en el suelo.

Sienna echó un vistazo a la cuna; el bebé no estaba allí. Envolviéndose una manta en los brazos, volvió sobre sus pasos por el pasillo de piedra y casi tropezó con el cuerpo desparramado del viejo Angus. Yacía con la mirada perdida y las nudosas manos extendidas.

Se detuvo el tiempo suficiente para arrodillarse y tocar sus retorcidos labios. Cuando no sintió aliento de vida, se levantó de un salto y siguió corriendo.

—¡Abuelo! ¿dónde estás? —Bajó corriendo un tramo de escaleras retorcidas hasta su alcoba. Los soldados ya estaban allí, volcando los muebles y prendiendo fuego a las colgaduras de la cama. El pasillo del vestíbulo se llenaba rápidamente de humo.

—¡Alto! —gritó un hombre, pero ella no le hizo caso. Dejó caer la manta, se escabulló por una esquina y se escabulló detrás de un pesado tapiz, tomando la antigua escalera oculta que llevaba a la parte trasera de la casa. Sonaron más disparos desde el patio, pero para su alivio, cuando llegó a la puerta de popa, vio a Kenna y a su abuelo acurrucados bajo la lluvia. Kenna

apretaba contra su pecho un bulto que se retorcía.

—¡Sienna! —gritó Kenna—. ¡Un soldado se ha llevado a Glynis! Allí. —Señaló hacia el patio del establo.

Sienna sacudió la cabeza. Le flaqueaban las rodillas. Respiraba con dificultad y sentía que el corazón le iba a estallar en el pecho. No le importaba Glynis. Lo único que quería era arrojarse a los brazos de su abuelo y dejar que la protegiera de aquella locura.

Entonces Glynis chilló, y el lastimero grito de auxilio hizo que a Sienna le recorrieran escalofríos por la espalda. Glynis pertenecía a Glen Garth, y Seamus esperaría que Sienna la protegiera tanto como esperaría que cuidara de Brodie y Kenna. Tragándose su propio miedo, Sienna miró una vez más a su abuelo y corrió a través del aguacero hacia el viejo granero.

Glynis estaba de espaldas en un montón de heno, con las faldas y las enaguas desordenadas, y un drago de pelo amarillo encima de ella. Pataleaba y gritaba, luchando desesperadamente, pero a Sienna le resultaba evidente que el soldado era demasiado fuerte para ella. El corpiño verde de Glynis estaba rasgado hasta la cintura, y Sienna vislumbró un destello de carne desnuda mientras la doncella se agitaba y luchaba contra su atacante.

—¡Cierra el pico, zorra! —gruñó el soldado. Le dio un revés y se puso de rodillas, tanteando la parte delantera de sus calzones. Glynis sollozaba de dolor y de impotente espanto.

Sienna se irguió hasta alcanzar su metro y medio.

—¡Suéltela! —ordenó con su voz más regia—. No tienes derecho a abusar de mi sirvienta. ¿No tienes sentido de la decencia?

El dragoon se giró, hizo una mueca y luego se puso en pie.

—¿Soltarla? —Apoyó los puños en las caderas y devoró a Sienna con ojos hambrientos—. Te apetece tener algo de mí para ti, ¿verdad?

Detrás de él, Glynis se puso en pie y huyó por el pasillo central, desapareciendo por una

puerta en el extremo más alejado del establo.

—Soy una mujer respetable —respondió Sienna, dando un paso atrás. No se dejaría intimidar por esta sabandija inglesa, pero no era tonta—. Tócame y serás sometido a un consejo de guerra.

Volvió a reír y se abalanzó sobre ella.

Ella lo esquivó, pero la pared del establo se alzaba sólida frente a ella. Él extendió los brazos para atraparla, y ella se agachó hacia el único lugar al que al que podía ir: un box.

—Bonito. —Su grueso bulto bloqueaba la entrada—. Bonito y privado.

Con el corazón palpitante, Sienna retrocedió hasta sentir la pared del establo detrás de ella. Olía a lana sin lavar y a sudor agrio. Un diente delantero estaba torcido y su fina nariz británica llevaba una cicatriz en el puente.

La boca de Sienna se quedó tan seca como la harina de avena. Inconscientemente, sus dedos temblorosos se alzaron para aferrar el amuleto que había llevado desde que era un bebé. El oro liso se sentía cálido al tacto, y la sensación le dio fuerzas.

—Te arrepentirás de esto —le advirtió.

El dragoon la miró con desprecio, mostrando un espacio vacío donde antes había un diente y murmurando algo tan asqueroso que su miedo se desvaneció, dejando sólo una rabia al rojo vivo.

—Sassenach bastardo —le espetó.

Él se acercó a ella, paso a paso, haciéndola retroceder hasta la esquina sombría de la caseta.

Ella sacudió la cabeza.

—No hagas esto.

—Relájate. Puede que te encante el sabor del bacalao inglés.

Frenéticamente, Sienna estiró la mano detrás de ella, sus uñas raspando la madera astillada. No le suplicaría, se juró. No si eso significaba su vida.

Entonces sus dedos escrutadores rozaron un mango de roble y sus ojos se entrecerraron.

—Suéltame —susurró suavemente.

—Si te portas bien, quizá te tenga para mí solo. Si no... —se burló—, «tengo muchos amigos». —Su risa cesó bruscamente cuando ella sacó la horca con punta de hierro de detrás de su espalda y la blandió con ambas manos.

El capitán Dylan Ramsey detuvo su castrado alazán en la cresta de la colina y contempló Glen Garth. Se le retorcieron las tripas al oler el humo que salía de las ventanas rotas de la casa de piedra y oír los abucheos y los disparos dispersos.

Su lugarteniente, Hammond, subió su propio caballo junto a él y observó la escena de abajo.

—Parece que las tropas del mayor Ripton se nos han adelantado, Dylan. No hay necesidad de que interfiramos en su diversión. —Levantó una mano y la patrulla con cara de cansancio que iba detrás de él echó el freno a sus caballos.

El ceño de Dylan se ensombreció mientras observaba la columna de humo negro en espiral. Otra granja, pensó. Más mujeres llorosas y ancianos lastimeros. ¿Cuánta sangre y miseria haría falta para satisfacer a Cumberland? O ¿seguiría el duque quemando y saqueando hasta que las Tierras Altas fueran un páramo carbonizado?

Hammond maldijo en voz baja.

—Conozco esa mirada. ¿Por qué no rodeamos ésta?

Los ojos de Dylan se entrecerraron.

—Conoces nuestras órdenes tan bien como yo. Refuerce al Mayor Ripton y preste la ayuda que necesite.

Hammond hizo una mueca.

—No vuelques tu mal genio sobre mí. —Maldijo de nuevo, con gran imaginación—. Nuestros muchachos han estado en la silla de montar desde una hora antes del amanecer. Estamos todos mojados y cansados. ¡Maldito infierno! Hemos perseguido hostiles desde Inverness hasta el mar y de vuelta. Diablos, allí abajo no hay más que ovejas y unas cuantas mujeres.

Dylan sacudió la cabeza.

—Este asunto me enferma, pero órdenes son órdenes.

—Entonces, ¿por qué hacerlo? Sabes que no tienes barriga para esto de fregar.

Dylan clavó en su amigo una mirada gélida.

—¿Estás cuestionando mi...?

—¡Maldita sea tu valentía, hombre! Esto no tiene nada que ver con el valor. ¡Maldito Cristo! He cabalgado a tu lado durante diez años. ¿Quién sabe mejor que yo de qué estás hecho? No eres un cobarde. Me has salvado la vida más veces de las que puedo contar, pero el hecho es, Dylan, que siempre fuiste demasiado remilgado para tu propio bien. ¿Qué crees que los escoceses de Charlie estarían haciendo con las granjas inglesas y a las inglesas decentes si hubieran ganado en Culloden?

—Sí, te lo concedo. Pero soy un soldado, no un carnicero. En cuanto me den la baja, dejaré

todo esto atrás.

—Exactamente. Entonces, ¿por qué empujarte al pudín de Ripton cuando no hay necesidad?

—Mientras lleve este uniforme…

—Líbrame de un hombre honorable —replicó Hammond. Se giró en la silla de montar e hizo una señal a la tropa—. Listos cuando usted lo esté, señor —dijo sarcásticamente.

Las entrañas de Dylan se sentían como si se hubiera tragado vidrio molido mientras clavaba los talones en los costados del caballo castrado y dirigía la marcha por el tortuoso camino de ovejas sembrado de piedras hacia la granja. Estaba a varios cientos de metros de la casa cuando oyó la ráfaga de un mosquete y gritos.

—¡Allá va! ¡Detenedla!

Una mujer pelirroja salió corriendo del grupo de dependencias y se precipitó directamente en su camino. Detrás de ella, dos dragones a caballo se abalanzaron sobre ella.

—¡Detenedla! —se oyó gritar.

El soldado que iba en cabeza desenfundó su pistola y apuntó a la figura que huía. Dylan oyó el chasquido del cerrojo de pedernal y vio salir humo y fuego de la boca del arma. Obviamente, la bala no dio en el blanco, porque la mujer miró hacia atrás por encima del hombro y aceleró el paso.

A Dylan se le subió el corazón a la garganta. Había algo familiar en la chica... algo... Un zumbido peculiar sonó en sus oídos mientras la miraba fijamente.

El segundo dragón encañonó su pistola, y Dylan rompió su trance, espoleando a su bayo hacia delante.

—¡Alto el fuego! —gritó. Hammond y la patrulla le pisaban los talones; los cascos

tronaban detrás de él—. ¡Alto el fuego!

Estaba a sólo un caballo de distancia de ella cuando giró la cabeza y lo vio. Sus ojos se dilataron de miedo y se lanzó hacia la izquierda. Dylan dio rienda suelta al caballo castrado para interceptarla. El caballo giró en el aire y sus cascos delanteros la esquivaron por centímetros. Dylan se inclinó sobre la silla y la agarró por la cintura, levantándola del suelo y balanceándola frente a él.

Era toda dientes y uñas y puños voladores. Por un momento, pensó que le había puesto las manos encima a un tejón picado por una abeja. Su caballo se encabritó y dio zarpazos al cielo, la mujer le asestó un golpe en la barbilla y ambos se deslizaron de la silla y aterrizaron en el suelo en un montón de brazos y piernas.

Oyó el viento salir de ella con un silbido. Su cuerpo se puso rígido y luego se quedó inerte. Sus párpados se cerraron mientras se levantaba y se interponía entre ella y el dragón que saltó de su silla y corrió hacia ella, pistola en mano.

—Alto ahí —advirtió Dylan—. Es una asesina.

El recién llegado levantó una mano para apartar a Dylan, y éste agarró la muñeca derecha del dragón con un puño de hierro.

—No tan rápido —dijo.

El soldado dirigió una rodilla calzada hacia la ingle de Dylan. Éste esquivó el ataque y rebanó con la palma abierta la tráquea del hombre. El dragón se desplomó como un saco de grano, gimió una vez y se quedó inmóvil.

Más dragones salieron al galope de la casa. Hammond subió a caballo y dispersó a sus hombres para formar un escudo alrededor de Dylan mientras se volvía hacia la mujer inconsciente.

Arrodillado junto a ella, Dylan vio la firme elevación de su pecho mientras respiraba. Sus

párpados aletearon y él fue consciente de un dulce aroma a brezo que la rodeaba. Se le erizó el vello de la nuca al contemplar el rostro que había buscado durante tanto tiempo.

Era ella. Era la mujer de su visión... la misma que había visto en Culloden Field. Ella estaba aquí, y era tan real y estaba tan viva como él.

Deslizó un brazo bajo su cuello y la levantó hasta dejarla medio sentada. Su mano rozó su piel, y el contacto le envió una sacudida de electricidad por la columna vertebral.

—Mesawmi —murmuró reverentemente, utilizando inconscientemente el lenguaje de su infancia. A grandes rasgos, se traducía como «don del poder sagrado otorgado por el Creador». Pero hacía tiempo que había superado el punto de pensamiento racional.

Abrió los ojos. Eran grandes y de color marrón dorado... el color de la miel de melocotón. Y le abrasaron con fuego resentido.

—¡Quítame las manos de encima! —dijo ella. Luego parpadeó de nuevo, y su rostro palideció de ceniciento a alabastro—. ¡Tú! —acusó—. Eres tú, ¿verdad?

—¿Qué significa esto? —El discurso preciso del Mayor Ripton acuchilló la concentración de Dylan—. Detengan al prisionero.

Dylan miró a Ripton.

—Esta mujer... —empezó—. Asesinó a uno de mis dragones —terminó Ripton.

—¿Lo hizo? —Dylan se volvió para mirar la cara de la mujer—. ¿Hizo lo que dicen que hizo?

—Lo maté a sangre fría —dijo Ripton—. Le atravesó el pecho con una horca.

—¿Lo hiciste? —repitió Dylan, ayudándola a ponerse en pie. Todo esto estaba mal. No se suponía que fuera así. Él la había encontrado... pero ahora...

Ella se puso rígida bajo su contacto y retrocedió como si él fuera un leproso. Con la

barbilla levantada y los ojos brillantes por las lágrimas de rabia, le miró con furia.

—Sí, le maté con toda la razón —replicó—. Intentaba violarme.

El mayor se burló.

—Una historia probable. —Hizo un gesto a un soldado que estaba detrás de él—. Trae una cuerda. Le mostraremos la justicia del rey por asesinato.

—Incluso una acusada de asesinato tiene derecho a un juicio —dijo Dylan—. Tenemos un código de leyes y estamos obligados a cumplirlo.

Ripton le miró con disgusto.

—Muy bien, capitán. Como quiera. Enviaremos a esta perra asesina de vuelta a Edimburgo para ser juzgada. Y luego la colgaremos.

Capítulo 4

Castillo de Edimburgo Julio de 1746

Sienna ahuecó las manos y mojó agua del cubo cercano a la puerta de la celda. El olor del viscoso cubo de madera le daba más asco que el hedor a orina y miseria humana que la rodeaba en esta prisión, pero sabía que moriría sin líquido. Bebió, pensando en el agua clara y espumosa que brotaba de la colina detrás de Glen Garth... un agua tan fría y pura que le picaba la lengua. Pero ningún deseo podía cambiar su sabor ni eliminar los diminutos gusanos que nadaban en el fondo del recipiente.

Mi padre habría apaleado a cualquier sirviente lo bastante descuidado como para dar este pis de caballo estancado a los cerdos, pensó.

Se obligó a tragar saliva cuando la imagen del rostro de Seamus se materializó en su mente. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

¿Cuándo perdería el dolor de su muerte violenta?

Los soldados del rey Jorge la habían maltratado con rudeza, pero los moratones y los dolores se habían desvanecido. Aquí, en las entrañas del castillo de Edimburgo, los guardias la habían matado de hambre y golpeado, negándole incluso una bocanada de aire fresco. Nada le dolía tanto como la pérdida de su padre.

La emoción le oprimió la garganta.

¡Maldito fuera el dragón de corazón negro que había matado a Seamus! ¡Maldito fuera a una tumba profana! Dos veces la había agraviado, una cuando clavó aquella espada en su padre y otra cuando le impidió escapar de la persecución en Glen Garth. Si vivía, lo encontraría y se vengaría de Kimbal. Mujer o no, nunca descansaría hasta que él hubiera pagado el precio de una enemistad de sangre.

Ignorando las protestas de sus compañeras, Sienna apretó los dientes y cogió un segundo puñado del agua estancada, salpicándosela en la cara.

—¡Mírenla! —gritó Janey Shaw—. Poniéndose bonita.

—Sí, es una elegante. Mistress Sienna Kimbal, demasiado buena para los gustos de las putas comunes —llamó una mujerzuela pintada.

Una anciana desdentada de pelo gris y fibroso carcajeó y se dio golpecitos en la sien con un dedo sucio.

—Está loca como la mantequilla de mayo. Cree que va a cenar con el duque de Cumberland.

Sienna se retiró al rincón donde su capa de lana gris yacía extendida en el suelo. Éste era su espacio, una sección de la celda por la que había luchado y defendido con coraje y nervio. Le importaba un bledo lo que las otras mujeres de la celda dijeran de ella. Era la más pequeña en tamaño y peso excepto una. La gorda Janey Shaw aún llevaba el ojo morado que supuso pensar que la falta de altura de Sienna significaba algo.

En lo alto del muro de la prisión, un pequeño pozo dejaba entrar la única luz que brillaba en esta mazmorra subterránea. Apenas la luz del sol, decidió ella. Lo que se filtraba hacia ellos era más bien un débil reflejo del sol del mediodía de julio. A las cuatro, la cámara de piedra gris empezaba a oscurecerse, y con la noche llegaban las ratas y los ratones y todo tipo de alimañas

repugnantes.

Las ratas aterrorizaban a Sienna. Una noche, se había despertado para encontrar a una de esas criaturas mordisqueándole la rodilla. Había gritado lo bastante fuerte como para despertar a los muertos del campo de alfareros, pero al amanecer Janey encontró a la rata muerta contra la pared del fondo. Incluso en su miedo, Sienna había agarrado al roedor y lo había arrojado contra las piedras con la fuerza suficiente para matarlo.

Se estremeció interiormente al recordar aquella rata en particular y se frotó el vientre acalambrado. Era su ciclo de mujer y no el agua lo que le provocaba esta desdicha. Le dolía la espalda desde ayer y le palpitaba la cabeza. Ansiaba un baño caliente y ropa limpia. Mantenerse decente en este lugar era casi imposible. Sólo tenía unos pocos paños con los que atarse. Cuando se ensuciaban, no sabía lo que haría. Había cambiado su última moneda a la mujer del carcelero por comida, un trozo de jabón y los trapos menstruales.

No es que lamentara su tiempo de sangrado. Le daba una forma de llevar la cuenta de los interminables días y le demostraba una vez más que los soldados que la habían violado tan brutalmente en el viaje al castillo de Edimburgo no la habían dejado embarazada. Absurdamente, frotó el amuleto conocido como el Ojo de Bruma que colgaba de su cuello. Incluso a través de la capa de fea pintura azul que Sienna le había aplicado apresuradamente antes de huir de Inverness, el colgante de extraña forma la reconfortaba.

Según su abuelo, el collar era de oro macizo picto, tan antiguo que la historia de la pieza se había perdido en el tiempo. Lo único que quedaba era la maldición... quien posea el Ojo de Bruma será maldecido y bendecido. La maldición es que será alejado de su familia y amigos a una tierra lejana. La bendición es que se le concederá un deseo. Cualquier cosa que pidas la tendrás, incluso el poder de la vida y la muerte.

Bueno, la maldición sigue funcionando, pensó Sienna con ironía. Maté a un hombre para evitar que me agrediera sexualmente, pero acabé violada de todos modos. Así que la maldición

está activa, ¿por qué no la bendición?

Cuando era niña, le había encantado la historia del collar y había exigido a su madre y a su abuelo que se la contaran una y otra vez. Demasiado pronto, había aprendido que el Ojo de Bruma no era más que un cuento de hadas. Por eso seguía llevándolo, aunque sabía que la magia era una mentira. Cada vez que lo tocaba, le recordaba que todo lo que tenía en la vida era lo que podía tomar y retener para sí misma.

Tan fuerte era su creencia que no se desprendería del amuleto... ni por comida ni por bebida... ni por nada. Además, se recordó a sí misma, la posesión de algo tan valioso como una pieza de oro significaría su muerte. Alguien, guardia o compañera de celda, la mataría por ello.

Suspiró y continuó frotando la ficha entre sus dedos. Pronto oscurecería de nuevo, y ella pasaría las horas ideando formas originales de asesinar al dragón inglés. Su cuenta hasta la fecha era de cuarenta y tres. A veces tardaba varios días en decidirse por un nuevo castigo que añadir a su colección. Para superar lo que tenía, debía ser brillante e inventiva. Nada que no fuera el final más doloroso serviría para su mayor enemigo; cualquier otra cosa añadiría un insulto a la muerte de Seamus.

Ayer había decidido enterrar al diablo hasta el cuello en la orilla del Mar del Norte y esperar a que subiera la marea. Ésa había sido una de sus favoritas. Hoy, debía idear algo aún mejor.

A Sienna le dolía el estómago. Era algo más que su menstruación; estaba desesperadamente hambrienta. Anoche, los guardias habían traído un revoltijo de carne y verduras. Ella había dado una bocanada a su cuenco y lo había tirado todo al cubo común. No comería gusanos ni carne podrida, por muy voraz que estuviera. Ya había pasado hambre antes. Lo haría de nuevo antes que arriesgarse a morir con una corrida intestinal y la agonía de una intoxicación alimentaria.

Una joven puta había muerto así la primera semana que Sienna estuvo en prisión. Los

gritos de la mujer aún la atormentaban por la noche. No, había formas más fáciles de morir que comiendo carne contaminada, razonó. Pero ella no tenía intención de morir. Tenía intención de vivir, de encontrar a su familia y asegurarse de que estaban bien, y tenía intención de matar…

El repentino ruido de unas pesadas botas rompió su ensueño. Desconcertada, Sienna miró hacia la puerta de la celda. No había razón para que los guardias vinieran a esta hora, no a menos que trajeran a otra prisionera... o vinieran a llevarse a una.

Una llave de hierro rechinó en la cerradura y la puerta se abrió de un golpe.

—¡Sienna Kimbal! —llamó el guardián barbudo—. Se te convoca. ¿Puedes caminar o deben llevarte?

Ella se puso en pie y cogió su capa.

—¿Quién me busca?

—Cállate, mujer —le espetó—. Se os cita para responder por el asesinato de Lloyd Hedger, soldado raso, al servicio de Su Majestad. —bufó una gran bocanada de flema y escupió al suelo—. Que en paz descanse.

—Que se pudra en el infierno —replicó Sienna.

—No hables. —Hizo un gesto con la cabeza—. Por aquí.

Ignoró el alboroto de murmullos mientras salía de la celda. Un guardia cerró la puerta de golpe y con llave, luego cogió una antorcha encendida de un enchufe en la pared y le indicó el camino.

—Adelante —ordenó el guardián.

—¿Voy a comparecer ante un juez y un jurado? —preguntó ella. Se le secó la boca y se sintió desfallecer. A veces, durante su largo confinamiento, se había preguntado si moriría sin enfrentarse a cargos. Ahora, sabía que sólo moriría. Ninguna hija de un rebelde muerto

encontraría justicia en el castillo de Edimburgo... no hoy... quizás nunca. Sólo esperaba encontrar su final con el valor y la dignidad de un montañés.

El hombre barbudo le dio un brusco empujón.

—Cierra la boca o haré que te amordacen. —Por su acento, ella supo que era un Lowlander. No encontraría compasión aquí.

Intentando no mostrar su miedo, Sienna se echó la capa sobre los hombros y siguió al guardia por el húmedo y estrecho pasadizo y subió un tramo de empinadas escaleras de piedra. El guardián le pisaba los talones.

Atravesaron otro pasillo, otro tramo de escaleras que ascendían desde las entrañas del castillo. Cuando llegaron arriba, el guardián la agarró del brazo.

—Para aquí —le dijo. Señaló una puerta baja—. Ahí dentro.

—¿Qué está...? —empezó ella.

—Cállate, mujer —gruñó él. El guardia se colocó junto a la entrada y la guardiana siguió a Sienna al interior de la habitación.

La cámara exterior parecía una especie de despacho. No había ventana; la única luz procedía de un farol de aceite de ballena que colgaba sobre la mesa y un pequeño fuego en el hogar. Mientras Sienna escrutaba la habitación, una mujer corpulenta apareció en la puerta del otro extremo de la cámara.

La guardiana estaba sentada pesadamente en una silla de respaldo recto.

—Date prisa, Hattie. Es tarde.

—Por aquí —dijo la mujer, señalando a Sienna.

Ésta entró en la segunda habitación, obviamente un dormitorio, y la mujer cerró la puerta tras ellas.

—¿Qué pretendéis hacer conmigo? —exigió Sienna—. No me prostituyo para ningún hombre. Si tú...

—Shhh. Soy Hattie. —Hizo un rápido movimiento con la cabeza hacia la primera habitación—. Soy la esposa de ese bizcocho agrio de ahí fuera. Puedo decirte que no aguantará ninguna tontería tuya, muchacha. Quítate esa ropa asquerosa.

Sienna dio un paso atrás.

—¿Por qué?

—Un caballero ha pagado por ropa limpia, jabón y agua. Tienes un cuarto de hora para prepararte para el juicio.

Sienna exhaló bruscamente aliviada al fijarse en la palangana con agua y la toalla que había en un taburete junto a la chimenea.

—¿Qué caballero? —preguntó, quitándose la capa. ¿Qué debía lavar primero? se preguntó. Le picaba tanto la cabeza que temía tener piojos, pero no se había lavado del todo desde su arresto. El recipiente de agua era pequeño y el platillo de jabón de lejía suave parecía haber sido compartido por muchos bañistas—. ¿Quién ha pagado esto? —Se despojó del corpiño y la falda, y dejó caer al suelo sus harapientas enaguas.

—Hay cosas decentes para ti —dijo Hattie, no poco amable.

—¿Tienes un peine?

—Sí, pero no está pagado. No puedes quedártelo. Sólo te lo presto por la bondad de mi corazón.

Sienna se despojó de su ropa interior, se mojó las manos y cogió un poco del jabón fuerte y amarillo. Lo convirtió en espuma y se lavó la cara y el cuello, luego se frotó los pechos desnudos con la mezcla urticante.

—Ten la decencia de darme la espalda —la amonestó Sienna.

—Dios nos salve —espetó Hattie.

Sienna cerró los ojos y se entregó al lujo del agua y el jabón. Un cuarto de hora, había dicho Hattie. No sabía cuánta suciedad podría lavarse en ese tiempo, pero pensaba hacerlo lo mejor que pudiera. Bendito fuera el caballero, quienquiera que fuera. Sería mucho más fácil ser valiente ante el juez si no olía como una pocilga.

Sienna siguió frotando el agua limpia y jabonosa sobre su cuerpo desnudo con movimientos lentos.



Dylan Ramsey se sentó en un banco al fondo de la pista, sintiéndose extrañamente incómodo en su nueva vestimenta de civil. La culata le apretaba condenadamente el cuello y las costuras de su abrigo de satén azul le tensaban los hombros. Peor aún, era la única persona de calidad en la gran sala que no llevaba peluca.

Afróntalo, viejo amigo, pensó irónicamente. Estás tristemente pasado de moda. Cuando volviera a Hensley, mandaría coser al sastre de su padre. La realidad de su situación puso fin a sus ociosas cavilaciones.

Hensley. Recibiría el turno corto en Hensley una vez que su padre recibiera su carta explicándole que había renunciado a su comisión. Dudaba mucho que volviera a ser bienvenido en casa.

No es que se hubiera sentido nunca especialmente cómodo en casa de su padre... Sus hermanastros le habían despreciado por su ilegitimidad y su piel oscura, sus tres madrastras le

habían ignorado y su padre había dejado muy claro que era una decepción.

Tendría que plantearse seriamente qué iba a hacer con el resto de su vida, ahora que su carrera militar había llegado a un abrupto final. Hasta ahora, no había pensado en nada más que en salir de Escocia y alejarse del hedor de la sangre derramada y las cenizas humeantes. Aparte de esta maldita mujer...

Ella le había atormentado día y noche.

La razón le decía que esta rebelde de las Highlands no podía ser la mujer de su visión juvenil. Ella había aparecido de repente de entre la niebla en el campo de Culloden cuando él estaba cansado y enfermo del corazón por la batalla. Ella le había sorprendido y su mente le había jugado una mala pasada.

Era un hombre educado, no un salvaje supersticioso. Había dejado atrás las plumas, las pinturas de guerra y los tambores paganos. La única similitud entre esta mujer y la que había llevado en sueños era el color de su pelo. Tenía que ser la verdad, porque si no lo era, estaba en un problema mucho peor que la dificultad que tendría para intentar explicar su dimisión del ejército.

Debía haber abandonado Escocia el día en que le habían llegado los papeles de su liberación. No había motivo para venir a Edimburgo e indagar sobre el estado de su caso penal. Había llegado a ensillar su caballo y empaquetar sus pocas pertenencias, pero al final, había dirigido al animal hacia esta ciudad escocesa en lugar de a casa.

Pagarle el baño y una muda de ropa había sido simple caridad cristiana. Una vez que había aprendido su nombre y le habían contado las condiciones de los prisioneros en el castillo de Edimburgo, se había sentido obligado a ayudarla de alguna pequeña manera. Sinceramente, tenía que admitir que se había sentido aliviado de que su nombre no le hubiera tocado la fibra sensible. Sienna Kimbal. No significaba nada para él. No significaba nada... mientras evitara revivir el recuerdo de haberla tenido en sus brazos... mientras negara la brujería que le había atraído

involuntariamente a Edimburgo y a esta sala del tribunal.

Un juez con peluca pronunció la sentencia sobre el prisionero ante el estrado, y el condenado fue arrastrado maldiciendo y forcejeando contra sus captores. Alguien llamó al orden, una puerta se abrió a la izquierda de la sala y un guardián barbudo hizo entrar a una mujer maniatada.

La piel de gallina se erizó en los brazos y el torso de Dylan. Sus manos se cerraron sobre el respaldo del banco que tenía delante, agarrando la madera con tanta fuerza que sus uñas mordieron la desgastada superficie. Sentía opresión en el pecho y le costaba respirar.

No podía apartar la mirada de la esbelta figura femenina vestida con tosca ropa de casa. Supo que se trataba de Sienna Kimbal antes de que el alguacil pronunciara su nombre. No podía haber dos mujeres con un cabello tan glorioso. Los húmedos rizos rojizos y dorados escapaban de la sencilla gorra de lino para enmarcar su rostro y atrapar los últimos rayos de sol de la tarde que se colaban por una ventana enrejada de hollín.

El corazón de Dylan martilleó contra su pecho mientras una debilidad antinatural le inundaba. La idea de que lo que le ocurriera a Sienna Kimbal en los próximos momentos afectaría al resto de su vida resonó en su mente.

Se esforzó por oír las palabras del juez, pero los murmullos de la multitud las ahogaron. Dylan siguió agarrado al respaldo del banco mientras los colores y los sonidos se arremolinaban a su alrededor. Parecía que todos sus sentidos se habían multiplicado por diez. Podía oír el fuerte zumbido de las moscas, oler la ropa de lana sin lavar de los prisioneros que esperaban, ver la tenue mancha en el suelo de tablas anchas que podría haber sido sangre vieja. Y en lo más profundo de su alma, podía jurar que oía el palpitar de un tambor incesante.

Perdió la noción del tiempo. Se llamaba a los testigos, los abogados discutían y el juez golpeaba con su mazo contra una mesa de madera pulida. Y todo el tiempo Sienna Kimbal permanecía de pie, con la espalda recta y la barbilla alta, enfrentándose a sus acusadores. Cuando

las sombras se alargaron, los sirvientes vinieron a encender las velas. De repente,

Dylan sintió una ráfaga de viento frío. Sobresaltado, miró alrededor de la habitación, preguntándose quién había abierto una puerta exterior, y entonces recordó que era verano. Podía sentir el viento apretándole la piel y la ropa, pero cuando miró las velas, sus llamas ni siquiera habían parpadeado. Incapaz de soportar la tensión, se puso en pie de un salto y comenzó a avanzar. Entonces la voz del juez llegó tan clara y fuerte como un trueno.

—...tú, Sienna Kimbal, serás llevada al amanecer a la horca de Edimburgo y allí serás colgada del cuello hasta que mueras por el atroz crimen de asesinato. Y que Dios se apiade de tu alma.

Capítulo 5

Las cintas púrpuras del amanecer fluían por el cielo gris del este. Sería un día despejado, decidió Sienna, una de esas mañanas joya de luz brillante y aire dulce y centelleante que daban a los habitantes de Edimburgo una muestra de la gloria de las Highlands. De algún modo, sintió que habría sido más fácil morir en un día frío y nublado con promesa de lluvia. Era difícil mantener la cabeza alta y el temblor de su paso mientras se acercaba a la horca, sabiendo que nunca vería otra mañana... que nunca volvería a oler el brezo en flor... que nunca oiría la profunda voz de su abuelo a este lado del infierno.

El celador le había ofrecido un sacerdote y la oportunidad de confesarse por sus pecados. Ella se había negado. No convertiría su muerte en una mentira diciendo que lamentaba haber matado a aquel dragón en el granero de su padre. Sólo deseaba haber matado a los tres soldados que se habían burlado de ella de camino a la prisión. Ahora moriría con sangre en las manos y odio en el corazón. No se abrirían las puertas del cielo para Sienna Kimbal. Su obstinada voluntad la vería servir una eternidad en la cocina de Satán.

Al menos tendré compañía, pensó irónicamente. Seamus siempre había dicho que en el cielo habría pocos santos y que en el infierno sólo habría sitio para estar de pie. La verdad era la verdad, y los Kimbal no eran mejores que los MacDowell.

—Un poco brutos —había admitido Seamus, «ladrones de ganado y rebeldes, pero leales a sus familias hasta el último golpe de la eternidad».

La lealtad significaba vengarse de quienes les hacían daño, hombres o mujeres. Y la lealtad a la memoria de Seamus significaba enviar a su asesino a la tumba.

—Tal vez me encuentre cara a cara con ese maldito canalla inglés en el infierno —murmuró. Dejarlo vivo para que anduviera libre y se jactara de la muerte de Seamus sería un deber incumplido. Y ella siempre había sido una mujer a la que le gustaba terminar lo que había empezado.

—¡No hables! —gruñó el guardián. Le dio un empujón y ella se revolvió sobre él con una mirada tan negra que sus maldiciones de las Tierras Bajas murieron en su lengua y su rostro picado palideció.

Un cuervo de gran tamaño bajó revoloteando para picotear las sobras de los adoquines directamente en el camino del grupo de ejecución. Las plumas negras del pájaro brillaban como el ébano en la luz temprana mientras ladeaba la cabeza y miraba con los ojos redondos a Sienna. Uno de los guardias murmuró

—Bruja —en inglés.

El segundo se estremeció furtivamente.

Sienna sonrió ante su ignorancia. Le reconfortó saber que los guardias le tenían miedo.

—Si fuera una bruja, os enseñaría un truco o dos —respondió en un inglés perfecto—. Hombres valientes sois para temer a una mujer encadenada y a un pobre pájaro.

No esperaban que ella entendiera sus palabras. El gaélico era la lengua nativa de la mayoría de los montañeses, pero ella había tenido el beneficio de una educación formal; Seamus se había encargado de ello.

—Nunca se sabe cuándo tu sire de sangre puede llamarte a Londres —le había dicho con un guiño—. Nunca hace daño a una muchacha ser más lista que los hombres que la rodean.

Su señor de sangre. Casi se rió en voz alta. Él había mostrado poca preocupación por ella,

una vez cuando le había enviado una copa de bautizo de plata y otra vez cuando le había enviado el amuleto, y una última vez cuando ella había recibido una suma de dinero de los banqueros de Edimburgo el día de su boda. Cameron Stewart nunca había puesto los ojos en ella desde que había nacido. No la habría conocido aunque hubieran compartido banco en la misa dominical. Si el cariño y el amor importaban, Seamus MacDowell era su padre de sangre.

Miró de nuevo al cuervo, deseando tener un trozo de pan que arrojar a la audaz criatura. O un trozo de pan para ella misma, corrigió en silencio. No la habían alimentado aquella mañana. Iba a ir a la tumba con el vientre vacío y piedras frías bajo los pies.

Otros mejores que yo han muerto así, pensó. Tal vez era preferible ser una llorada que una que debe vivir una vida para siempre de luto. Aún así, quedaba mucho por hacer, y lamentaba amargamente no poder cuidar de Kenna y de las demás personas que dependían de ella. Su hermana era demasiado gentil, demasiado dulce para sobrevivir en una Escocia asolada por el ejército de Cumberland. Su cara bonita y su voz suave sólo la llevarían a la tristeza. Y el valiente y pequeño Brodie.. ¿Cuánto tiempo esperaría y vigilaría el camino para que ella viniera a por él como le había prometido? Era tan joven para estar a la deriva en un mundo duro sin nadie más que Fergus para guiarle.

¡Dios del cielo! ¿Por qué había luchado contra el soldado en el granero? Si se hubiera echado atrás y le hubiera dejado hacer de las suyas, aún podría haber sido libre para ayudar a su familia.

La idea autocompasiva pasó tan rápido como llegó. Lo que ella había hecho haría que los ingleses se lo pensaran dos veces antes de acorralar a una muchacha escocesa en un oscuro establo. Ella volvería a hacer lo mismo, si tuviera la oportunidad. Ella no era oveja que fuera mansamente al matadero. Era una Highlander, por Dios, y más les valía recordarlo.

De repente, oyó un estallido de vítores y gritos. Sobresaltada, Sienna levantó la vista para ver la plataforma de la horca que se cernía negra y ominosa ante ella. Un solo cuerpo vestido de

tartán colgaba de una cuerda. El condenado, un Mackintosh por el tejido de su kilt, ya no vivía; su cadáver crispado se balanceaba lentamente de un lado a otro para deleite de la multitud congregada.

—¡Así mueran todos los traidores a la Corona! —gritó un hombre con un anticuado bonete escocés.

—El Mackintosh bailaba bien, ¿verdad? —cacareó una anciana a su lado—. Todos bailan, pero unos bailan más alto que otros.

Un vendedor ambulante con una bandeja de esqueletos de pan de jengibre suspendidos de una cuerda alrededor de los hombros levantó su mercancía y gritó:

—¡Pasteles de la muerte! ¿Quién comprará mis pasteles de la muerte?

Una puta pintada se rió y le lanzó una moneda.

—¡Traigan el siguiente! —exigió mientras cogía una golosina recubierta de azúcar y le arrancaba la cabeza de un mordisco al esqueleto.

—¡Sí! —se hizo eco un panadero borracho—. ¡Queremos ver otro! ¿Dónde está la muchacha?

—¡Traigan a la mujer!

—¡Cuélguenla! ¡Cuelguen a la asesina!

Sienna se estremeció. Se agarró el labio inferior entre los dientes y lo mordió con fuerza, tratando de luchar contra el desvanecimiento que se había apoderado de ella. Tenía las manos sujetas a la espalda y temía perder el equilibrio y que la subieran como un saco de grano por los trece escalones hasta la soga. Las lágrimas llenaron sus ojos y parpadeó para apartarlas. No daría ningún espectáculo a esos engendros. Respiró hondo y siguió caminando. Bajo su corpiño, junto a su piel, llevaba su amuleto. El antiguo collar era una muestra vacía, tan impotente para ayudarla como lo había sido la noche en que murió su madre. Pero aun así, el peso familiar del

collar de oro la reconfortaba, y ella podía imaginar que el metal emitía un cálido latido.

Si tan sólo la leyenda fuera cierta, pensó; si tan sólo el Ojo de Bruma fuera portador de una bendición. Pero entonces oyó la voz de Seamus en el rincón más alejado de su mente. Si los deseos fueran caballos, los mendigos cabalgarían. Y supo que la desesperación la había vuelto tonta. No habría rescate milagroso. Había sido sentenciada a morir ese día, y moriría. Su única opción era recordar quién era e irse con dignidad. Al pie de la plataforma, un sacerdote de túnica marrón esperaba pacientemente.

—¿Quieres hacer la última confesión? —le preguntó. Su aliento olía a queso fuerte.

Sienna negó con la cabeza. No podía confiar en que su voz no se quebrara.

—Piensa en tu alma inmortal —advirtió con severidad—. ¿Te irás a la tumba sin arrepentirte?

Sienna puso el pie en el escalón inferior. En lo alto, una figura alta con capucha negra esperaba. Sólo sus ojos eran visibles a través de las rendijas de su máscara. Brillaban tan fríos como el cristal... tan despiadados como los ojos del cuervo.

—Arrepiéntete —entonó el sacerdote.

Con el pulso acelerado, Sienna se obligó a subir las estrechas escaleras de madera.

Cuando llegó a la plataforma, el verdugo le levantó una venda sucia.

—¡No! —dijo ella—. No me vendes los ojos. Quiero ver el amanecer.

—Como quieras.

Su voz rechinó en sus oídos como una bisagra oxidada. Mientras él le colocaba el áspero cáñamo alrededor del cuello, ella percibió un fuerte olor a whisky. Ah, pensó, así que incluso el cómplice de la muerte necesita algo más de valor para cumplir este trabajo.

Oyó un graznido y un cuervo voló y se posó en la barandilla de madera que rodeaba la

plataforma.

—¿Has venido a ver la representación de primera mano, verdad? —le murmuró al pájaro.

La multitud se lanzó hacia delante.

—¡Adelante! —gritó alguien.

—¡Cuélguenla! Colgad a la asesina! —gritó un hombre al pie de la escalinata. El sacerdote apareció junto al hombro de Sienna y comenzó una oración en latín. Ella se quedó mirando el floreciente amanecer, maravillada por las serpentinas de coral y malva y carmesí que teñían de oro las nubes. Su cabeza le pedía que hiciera caso al clérigo, pero su obstinado corazón se mantenía firme. Encontraré al asesino de Seamus y le haré pagar, pensó, aunque tenga que volver del infierno para hacerlo.

El sacerdote dio un paso atrás. Sienna miró fijamente a los ojos del verdugo y supo que había llegado su momento. El tiempo pareció detenerse para ella y una serena aceptación sustituyó al miedo y la ira que habían llenado su cuerpo y su mente. El lema del clan MacDowell resonó en su cerebro.

—¡Aguantad! —dijo claramente en gaélico.

—¡Alto! —gritó un extraño en inglés —¡Verdugo! ¡Mantente en tu sitio! Tengo un decreto de...

El resto de sus palabras se perdieron para ella en el rugido furioso de la multitud. ¿Por qué dudaba el verdugo? se preguntó. Un movimiento de su mano y la trampilla bajo sus pies se desplomaría. Pasaron los segundos, y el sudor se acumuló en su frente.

—Por el amor de Dios —gritó—. ¡Si va a colgarme, hágalo y acabe de una vez!

Entonces unas manos enguantadas levantaban la soga de su cabeza. Se le cayó la gorra y se le deshizo una trenza, pero permaneció de pie como una estatua, incapaz de comprender. Estaba preparada para morir como una Highlander. ¿Qué estaba ocurriendo?

Unas manos se cerraron sobre sus hombros y la hicieron girar. El estruendo de la turba era tan fuerte que no pudo oír lo que le decían. Algo duro la golpeó en el centro de la espalda. Vagamente, fue consciente de que la gente le lanzaba huevos, nabos y, una piedra le golpeó en el codo y el repentino dolor la sacó de su estupor.

Medio aturdida, Sienna miró la cara del hombre que había matado a Seamus MacDowell.

—Dulce Jesús —exclamó en gaélico—. Ya estoy muerta y en el infierno.

—¡Escúchame! —gritó en inglés—. Tengo una orden para tu liberación.

Ella se echó a reír. Esto sí que era el infierno.

—Tu sentencia ha sido conmutada por el exilio de por vida —dijo—. Siempre que te cases conmigo inmediatamente.

Un disparo de mosquete desde el pie de la escalinata hizo que los espectadores se alejaran de la horca. Una mujer gritó, un caballo se encabritó y sonó un segundo disparo. Los soldados salieron corriendo del castillo hacia la turba.

—¿Lo entiendes? —exigió el sacerdote, acercando su rostro cosido al de Sienna—. Si quieres salvar tu vida, debes unirte en matrimonio con este hombre. ¿Lo harás?

Ella negó con la cabeza.

—¿Eliges la muerte antes que el matrimonio? —preguntó el clérigo con incredulidad.

—No puedo —dijo ella.

—¿Estás casada con otro? —le preguntó su enemigo inglés. Ella volvió a negar con la cabeza.

El sacerdote tiró de su brazo.

—¿Estás ligada por votos a la iglesia? ¿Eres monja?

Ella se rió ante ese pensamiento.

—No.

—Entonces debes casarte conmigo o morir.

—No hay tiempo —insistió el sacerdote—. Ahora, ¿quieres...?

—Antes me casaría con el mismísimo Viejo Gorrón —replicó ella acaloradamente.

El sacerdote jadeó.

—¡Blasfemia!

Un huevo golpeó su pómulo derecho, se hizo añicos y salpicó a los tres. Sonó una salva de disparos y los alborotadores restantes se dispersaron. Unos cascos retumbaron sobre los adoquines mientras una compañía de dragones galopaba calle abajo.

El asesino de Seamus la sacudió.

—Pronto serás la novia del diablo si no aceptas…

—Basta ya. —El guardián barbudo se adelantó—. Ella ha tomado su decisión. Será colgada. ¡Verdugo! Cumple con tu deber.

—Ella está de acuerdo —declaró el inglés de ojos oscuros. La empujó hacia los escalones.

—¡No! —protestó ella— I dinna…

La abofeteó en la cara con la palma de la mano tan fuerte que le zumbaron los oídos.

—¡Piensa, mujer! —le espetó—. ¿Estás tonta? —Señaló el cuerpo del Mackintosh que aún colgaba de la cuerda. Un cuervo se había posado en el hombro del muerto y empezaba a picotearle la cara—. ¿Acabarás así, con los ojos...?

—No —dijo ella. Las lágrimas la traicionaron—. Me casaré —dijo entre sollozos entrecortados—. Aunque sólo sea para tener la oportunidad de enviarte primero al infierno.

—Me parece justo —respondió él—. Sacerdote, tiene el acuerdo de la mujer. Lea las líneas

del matrimonio.

—¿Aquí? Sin amonestaciones o…

—Aquí y ahora, sacerdote, antes de que esos huevos y piedras se conviertan en balas de mosquete. Porque no bajará esas escaleras hasta que nos haya hecho marido y mujer.

—¿Cómo te atreves? —espetó el clérigo—. Protestaré…

—Poco protestarás con el cuello roto, padre. ¡Las palabras! Esta plataforma es un blanco demasiado fácil.

—Le advierto —dijo Sienna suavemente—, no sé qué locura te ha poseído, pero espero que sepas esto, inglés: pretendo quitarle la vida.

—Y yo pretendo salvar la tuya. ¿Quieres o no, mujer? No te moverás de este lugar hasta que seas mi esposa legal.

—Te arrepentirás —replicó ella.

—Nos arriesgaremos, ¿verdad?

—Sí, lo haremos.

Y entonces el sacerdote comenzó a murmurar la ceremonia, y Sienna cerró los ojos e hizo las respuestas correctas con un corazón tan frío y muerto como los que yacían en el campo de Culloden.

Capítulo 6

-Arrogante bastardo de Sassenach —le injurió Sienna—. Asesinas a mi padre. Me golpeas cuando tengo las manos encadenadas y luego me obligas a pasar por la burla de una ceremonia matrimonial. ¿Y ahora esperas gratitud?

Dylan miró por encima del hombro a su recién adquirida da esposa y decidió que casarse con ella era lo más estúpido que había hecho en su vida. Los cuatro días transcurridos desde que la había rescatado de la horca habían sido un completo y absoluto desastre. Después de que la razón y la paciencia hubieran fracasado, había recurrido a atarle las muñecas juntas delante de ella y asegurarle los tobillos con una correa de cuero que pasaba por debajo del vientre del caballo. Aún estaba lejos de estar sometida, y sólo la amenaza de amordazarla con su cepo había puesto fin a sus gritos a cada escocés con el que se cruzaban para que la salvara de un secuestrador inglés.

No llevaban ni una hora en la silla esta mañana cuando había tenido que llegar a las manos con un patán fronterizo de ceño fruncido que pesaba como mínimo veinte piedras. No fue hasta que hubo desencabalgado al tosco tipo y presentado sus papeles matrimoniales que el gigante les dejó cruzar su granja en paz.

Los términos de la liberación de Sienna Kimbal de la pena de muerte habían sido claros. Debía sacarla de Escocia de inmediato. Si alguna vez regresaba, estaba sujeta a arresto y ahorcamiento. Ella había insistido en leer el escrito por sí misma, y parecía entender el inglés.

Aún así, le había suplicado que la dejara marchar. Cuando él se había negado, ella había volcado toda la fuerza de su ira contra él, y habían permanecido enfrentados desde que habían cabalgado fuera de Edimburgo.

—Sea lo que sea lo que planees hacer conmigo, lo lamentarás, te lo juro —le espetó ella.

Él frenó a su caballo.

—Mujer, te lo advierto. Ya he oído bastante de tu asquerosa lengua. Te he salvado la vida. ¿Puedes meterte eso en tu espesa cabeza escocesa? Te abofeteé, lo admito. No es un acto del que me enorgullezca, pero era la única forma de evitar que te suicidaras. Estabas histérica, y si no te hubiera hecho entrar en razón, serías comida para los cuervos.

—Sí —replicó ella—. Todo era un favor que me hacías. Y ahora intentarás convencerme de que tu espada atravesando a Seamus MacDowell fue también por mi bien.

Le dolía la mano para abofetearla de nuevo. Ni siquiera el sonido de su ronca voz de whisky, que le hacía estremecerse por dentro cada vez que ella abría la boca, le quitaba los nervios. No era hombre de utilizar la violencia contra las mujeres. Iba en su contra, y había sufrido muchos moratones en su vida por salir en defensa de alguna sucia flor de taberna. Pero esta mujer... Apretó los dientes con frustración.

—Asesinaste a un hombre mejor del que nunca tendrás la fortuna de conocer —continuó ella con evidente fruición en inglés. Al principio, se había contentado con murmurar en voz baja en gaélico. Luego, cuando se dio cuenta de que él no entendía ni una palabra de lo que decía, había cambiado a la lengua de su padre, libremente aderezada con un cadencioso rebuzno escocés y una salpicadura ocasional de coloridas expresiones locales.

—Demuestras ser más tonta con cada palabra que sale de tus labios —replicó él con exasperación—. Tu Seamus MacDowell estaba tratando poderosamente de matarme. Y estuvo a punto de conseguirlo. Debía parar a cada escocés que me encontrara en Culloden Moor y decirle: 'Perdone, ¿es usted mi futuro suegro?

Su puya dio en el blanco. Por un instante, su mirada se clavó en la de ella, y Dylan leyó la sorpresa en sus ojos grandes y líquidos. Sus labios se crisparon y casi se curvaron en una sonrisa.

—Sí, estuvo a punto de atraparte con esa parada, ¿verdad? —La sonrisa se apoderó de ella e iluminó su rostro con un resplandor casi sobrenatural—. Era un cauteloso con la espada, era nuestro Seamus.

Dylan aspiró y se dio la vuelta. ¿Qué era ese dominio que ella tenía sobre él? ¿Era brujería, como había murmurado el guardia que la llevaba a la horca? En un momento no quería otra cosa que ahogarle la vida y al siguiente... Se puso rígido en la silla de montar y descargó el peso de su ingle hinchada.

La deseaba... a este premio de guerra escocés. Quería arrancarle la ropa y tumbarla en un lecho de brezo. Quería ver por sí mismo lo que se ocultaba bajo la áspera tela casera. Podía ser pequeña, pero era toda una mujer. Sus pechos eran altos y firmes, su cintura lo bastante pequeña como para abarcarla con ambas manos. Su trasero redondeado... ¡Las heridas del corazón! Su trasero era tan dulce y curvilíneo como el de cualquier atrevida moza que ejerciera su oficio en el escenario londinense.

No podía pensar en otra cosa que en ver a Sienna orgullosa y desnuda, con todo ese pelo rojo y dorado alborotado alrededor de sus hombros desnudos, con los brazos en alto para darle la bienvenida.

Tragó saliva ante el espesor de su garganta.

La deseaba, pero ella se había esmerado en decirle lo que pensaba de él. Nunca había forzado a una mujer, nunca había tenido que hacerlo. Esposa o no, era demasiado viejo para cambiar sus costumbres. Ella debía venir a él, este pequeño pájaro rojizo, por su propia voluntad, los labios entreabiertos, los ojos pesadamente cerrados con sensual abandono...

—Suerte. Sólo fue suerte, no habilidad, inglés —dijo ella—. En un buen día, Seamus MacDowell te habría trinchado de popa a popa.

—Entonces tengo suerte de haberme encontrado con él en un mal día.

—Fue un error más grande de lo que crees. Desátame, Sassenach. Puedes quedarte con el caballo. Sólo déjame regresar a mi hogar y a mi familia. Tengo una enemistad de sangre que arreglar contigo, pero si tú...

—Basta. —Su compostura se esfumaba rápidamente. A la mayoría de las mujeres les gustaba como a él le gustaban. Se había encontrado antes con algunas enfadadas, pero una sonrisa y unas palabras razonables solían hacerlas entrar en razón. Con Sienna, todo lo que le decía parecía ser un acicate para ella—. No hay nada a lo que puedas volver —le explicó con más paciencia de la que sentía—. Tu hogar ha sido confiscado por la Corona. Las Tierras Altas yacen bajo la bota de Cumberland. Todo lo que tenías antes de la rebelión ha desaparecido para siempre. Acéptalo.

—Tengo una hermana, un abuelo y un hermano pequeño. Es sólo un niño, y le prometí…

—No puedes hacer nada por él. Si te atraparan en suelo escocés y él estuviera contigo, sufriría por tus actos. Cualquiera que preste ayuda a proscritos recibirá el mismo castigo.

—Mi familia...

—Tu abuelo y tu hermana estaban bien la última vez que los vi.

—¡Mentiroso! Tú dinna…

—Estaban en la granja, ¿no? —Se volvió y la fulminó con la mirada—. ¿Tu hermana era la chica con el bebé?

Sienna le devolvió la mirada con ojos tan fríos como el pedernal esmerilado.

—Sí, aún débil por el parto y abandonada a la lluvia como un perro callejero.

—Ordené que se resguardaran de la intemperie y les proporcioné escolta hasta un hogar leal a la mañana siguiente. —Miró hacia el estrecho camino que tenía por delante, recordando las

lágrimas que corrían por el rostro del anciano cuando le había preguntado a Dylan qué le ocurriría a Sienna.

—Esperas que crea...

—Cree lo que quieras, mujer. Pero no vuelvas a llamarme mentiroso. Tengo muchos vicios, pero mentir no es uno de ellos.

—¿El bairn de mi hermana? ¿Era un muchacho o una muchacha?

Maldijo con fuerza.

—Era un bebé. Un bebé llorón y con la cara roja. ¿Cómo demonios iba a saber si era un niño o una niña?

Ella frunció los labios y le miró astutamente.

—Una buena respuesta, pero que no prueba nada. ¿Qué hay de mi hermano, Brodie? Tiene siete años. Está a salvo con mi hermana, ¿verdad?

Dylan negó con la cabeza.

—No vi a ningún niño. Sólo al bebé. Lo siento, pero...

—Está bien —respondió ella—. Lo eché antes de que llegaran los soldados.

—Entonces, ¿por qué demonios me preguntaste…

—No hacía más que ponerte a prueba, Sassenach.

Sintió el calor de la sangre subiendo por su cuello y mejillas.

—Te dije que no era un mentiroso.

Ella asintió.

—Así fue. Así que lo hiciste.

Ella calló entonces, y Dylan cabalgó en paz durante la mayor parte de una hora. La

accidentada tierra fronteriza se estaba asentando más ahora. Las viviendas estaban más cerca unas de otras, y de vez en cuando se cruzaban con rebaños de vacas y ovejas. Estaban en suelo inglés, lo habían estado durante algún tiempo, pero él sabía que no debía relajarse. Este país había visto derramar demasiada sangre. Escoceses y británicos habían luchado por cada palmo de esta tierra, y antes de eso, sajones se habían enfrentado a normandos. Demonios, suponía que las legiones romanas habían luchado contra las tribus paganas a través de estas colinas y valles boscosos.

No eran romanos ni escoceses lo que le preocupaba hoy; eran forajidos. No es que los barones de los alrededores fueran a molestar a sus conciencias por un poco de caos y robo. Un hombre y una mujer viajando solos en buenos caballos eran siempre un objetivo en los caminos secundarios de Inglaterra, y si no se mantenía alerta, podía acabar en una zanja con los bolsillos vacíos y la garganta cortada.

La falta de sueño le estaba pasando factura y la cabeza se le partía. Se estaba haciendo viejo, supuso. Hace diez años, no había pensado en nada de pasar días sin descansar como es debido y luego pasar la noche de juerga con sus camaradas. Estaba cansado y hambriento. Otro arrebato de mal genio de su esposa, y juró que la ahogaría en el próximo estanque de la granja al que llegaran.

Sienna rompió el silencio entre ellos cuando el sol se hundía en el oeste y los árboles proyectaban largas sombras sobre el débil sendero lleno de surcos.

—Si hiciste lo que dijiste, si ayudaste a mi hermana, a mi abuelo y al niño, te dejaré vivir, inglés.

Su audacia le hizo reír.

—Eso es magnánimo por tu parte.

—Asesinaste a mi padre, pero fue justo. Fue una batalla, como tú dijiste. Y cualquier hombre haría lo mismo. Fui una tonta al culparte.

—Te llevó bastante tiempo llegar a esa conclusión.

—Sí. —Ella asintió solemnemente—. Es difícil razonar cuando se trata con un Sassenach. Es la forma más baja de escoria humana.

Justo delante, una bandada de urogallos salió de su escondite y estalló en el aire. Ambos caballos se agitaron y el de Sienna se encabritó. Dylan tiró con fuerza de las riendas de su montura para comprobar que el animal se desplomaba excitado y luego alargó la mano para tensar el lazo de plomo que sujetaba a su yegua.

—Tranquila, tranquila, muchacha —la tranquilizó.

Sienna se sentó en su silla tan erguida y tranquila como si estuviera atada a ella, como lo estaba, sin mostrar la menor expresión de miedo. La capucha de su capa había caído hacia atrás, revelando su gloriosa cabellera, y él quedó impresionado de nuevo por su parecido con la muchacha de su visión de hacía mucho tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó. Debería haber estado llorando. Pero no lo estaba. Seguía observándole con la ferocidad de un halcón de caza—. ¿Me considerarías peor si te dijera que mi madre era una salvaje, una india roja de América?

Su ceño se arrugó mientras consideraba esa idea por un momento.

—No —dijo finalmente—. Puede que por eso muestres algo de inteligencia. Para ser inglés. —Sonrió—. En verdad, debo decirte que la sangre derramada de mi padre aún yace entre nosotros. te odiaré hasta la tumba, pero no intentaré matarte... a menos que me obligues a ello.

—Es reconfortante saberlo.

—¿Qué esperabas? —Ella se encogió de hombros—. Vienes sin preguntar a mi país, asesinas a los que amo, y…

—Y salvé tu cuello. ¿No te sientes ni un poco en deuda conmigo?

—No. Lo que hiciste, lo hiciste por razones propias, no por mí.

—Eso no puedes saberlo.

Ella hizo una mueca.

—Todos los hombres actúan según sus propios deseos. Desde que Adán fue expulsado del Jardín del Edén, los hombres han hecho lo que han querido. Sólo cuando algo sale mal buscan a una mujer a la que culpar.

—No soy tu enemigo, Sienna. Soy tu marido a los ojos de Dios, de la iglesia y de la ley. Aunque te cueste entenderlo, no pretendo hacerte daño.

—Eso dices.

—Tenemos mucho que hacer. Si no podemos tener paz, ¿podemos hacer una tregua entre nosotros? —preguntó.

Sus ojos se entrecerraron de tal forma que sus espesas y oscuras pestañas ocultaron su expresión.

—¿Puedes retroceder en el tiempo? ¿Cambiar lo que ocurrió en Drummossie Moor?

—¿Tú puedes?

—No —admitió ella—. Pero lo haría si pudiera. Cambiaría mi alma inmortal por hacerlo. —Apartó la mirada para que él no viera las lágrimas que brotaban de sus ojos y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

Lo malo de la muerte era que era tan definitiva, pensó. Todo lo demás podía alterarse, suavizarse, hacerse de nuevo para convertir un mal en bien. Tantos de los suyos estaban muertos... su madre... su risueño primo Caleb... el pobre tonto Finley... Seamus... ¿Por qué estaban muertos y a ella la libró de la horca su mayor enemigo?

Si tan sólo su collar contuviera la verdad. O magia. Un deseo, prometía la leyenda, un

deseo para el portador, incluso hasta el poder de la vida y la muerte. ¿Pero qué desear? ¿La vida de su madre? ¿La de su primer marido? ¿La victoria del príncipe Charlie, o su muerte antes de que llevara a tantos buenos escoceses a sus tumbas profanas? ¿O los abandonaría a todos a su suerte y desearía a su pequeña Brodie a salvo en sus brazos?

Dejó que la brisa secara las lágrimas de sus mejillas y volvió a mirar al hombre que tenía su futuro en sus manos. Su espalda estaba rígidamente recta. Cabalgaba con la gracia de un verdadero jinete, sus manos firmes sobre las riendas.

Ella respiró hondo e intentó no pensar en sus manos. Siempre se había fijado en las manos de los hombres. Las manos de Dylan estaban limpias pero llenas de cicatrices y callosidades de años de sostener cueros y acero. Sus uñas eran inusuales para un hombre, recortadas cortas y pulcras. Sus palmas eran anchas, sus dedos delgados y poderosos. Sus pulgares eran anchos y cuadrados en la punta.

Las manos de un hombre decían mucho de su carácter, reflexionó. Las manos de Iain habían sido frías y secas, pero las de Dylan irradiaban calor. Se humedeció los labios con la lengua e intentó no preguntarse qué sentirían aquellos dedos nervudos contra su piel desnuda.

Mejor no permitirse esas imágenes licenciosas. Dylan Ramsey era un soldado, un inglés y su enemigo. No debía pensar en él en absoluto.

Aun así... Reprimió un escalofrío. Había algo más, algo que se le escapaba. Entonces recordó la forma en que él manejaba un arma, hábil y precisa. Sí, si tocara las manos de Dylan con los ojos vendados, sabría por el tacto áspero que era jinete y espadachín.

Desde el primer momento en que él le había puesto las manos encima en la granja, ella había sido consciente de su fuerza. Los soldados que la habían sujetado y forzado su voluntad sobre ella habían sido fuertes y brutales, pero Dylan Ramsey no era un hombre brutal. Por mucho que quisiera odiarle, tenía que ser sincera al respecto.

Si fuera un escocés en lugar de un Sassenach, ella podría haberlo buscado. Había un aura

de imprevisibilidad salvaje en él que llamaba al lado temerario de su propia naturaleza feroz de las Highlands.

Ella no había querido casarse con él, eso nunca. Por mucho que deseara tener hijos propios, nunca había deseado entregar su independencia a otro hombre. Los maridos traían demasiados controles. Una esposa ganaba respeto y posición, pero al hacerlo, rendía su propia voluntad a la de su señor y amo. Sienna había sido doncella, novia y viuda. Prefería enormemente la libertad de ser una mujer adulta, con derecho a tomar sus propias decisiones.

Le gustaban los hombres. En general, prefería estar en su compañía que en la de las mujeres. Le encantaba el sonido de sus profundas y estruendosas risas masculinas y la forma en que sus anchos hombros llenaban el umbral de una puerta. Encontraba su franqueza al hablar y sus maneras directas un alivio frente a la torpeza y los celos mezquinos de la mayoría de las mujeres. Disfrutaba del coqueteo juguetón y de la fácil camaradería que suponía conocer bien a un hombre de buen carácter.

Y no era inmune a los intensos placeres de hacer el amor. El sexo era lo único que nunca había fallado en su primer matrimonio. Y desde que enviudó, se había complacido dos veces con la comodidad de unos brazos fuertes y las delicias susurradas de una noche de abandono.

Ambos hombres estaban muertos ahora, se dio cuenta con un sobresalto. Y por primera vez, se preguntó si sería gafe. Hazme el amor y muere joven, pensó irónicamente. Su boca se curvó en una sonrisa. ¿Qué pensaría Dylan Ramsey de aquello? Si alguien se hubiera dado cuenta de lo que había hecho y con quién lo había hecho, quizá habrían empezado a llamarla la «viuda negra» como a Mary MacDonald, que se había casado y perdido a cuatro maridos en otros tantos años.

Quizá la bendición del Ojo de Bruma se había desvanecido, dejando sólo la maldición, musitó. Le vendría bien a su captor que volcara algo de su mala suerte sobre él.

Su estómago gruñó y ella se movió en la silla de montar, dándose cuenta de repente de una

sensación de vacío en su interior. Tenía hambre. El pan y el queso que habían compartido al mediodía parecían haber sido devorados hacía semanas. Siempre había tenido mucho apetito. Pasar sin comida decente había sido una de las peores cosas de estar en prisión.

Eso y preocuparse por si estaba embarazada de sus violadores... Suspiró aliviada. Ese terror al menos había quedado atrás. Su cuerpo se había curado y no se había quedado con la culpa de llevar un hijo de la vergüenza. Si ella hubiera estado en el camino de la familia... Sacudió la cabeza. Era inútil revivir el aterrador incidente o sus semanas de agonía mental posteriores. Sólo esperaba que lo que le habían hecho los soldados ingleses no le hubiera arruinado para siempre el acto de amor.

Había sentido rabia contra sus atacantes y deseos de venganza, pero se había sabido libre de culpa. Había luchado contra ellos con uñas y dientes y con todas sus fuerzas. La habían dominado sólo porque eran tres. Y lo que le habían hecho no tenía ninguna relación con la belleza natural del acto entre un hombre y una mujer dispuestos. Habían sido peores que bestias, y ella se había contentado con imaginar sus almas consignadas al infierno eterno.

Lo había hecho con lógica. Uno a uno, había llevado mentalmente a cada hombre ante un tribunal del clan. Ella había sido la única juez y jurado, pero había reproducido cada momento de la ofensa con todo detalle. Les había dado la oportunidad de hablar en su propio nombre y les había interrogado con el desapego de un abogado de Edimburgo. Una vez declarada su culpabilidad, había tardado días en tomar una decisión sobre la sentencia. La muerte, había decidido, sería demasiado fácil. Al final, les había despojado de sus almas inmortales.

Más tarde, se preguntó si el juicio imaginario había sido un acto de locura. Sus delirios habían sido tan reales que había podido olvidar las húmedas paredes de piedra y el hedor de las mazmorras. Pero demencia o cordura, su drama escenificado le había permitido dejar atrás su brutal violación. Los dolorosos recuerdos de su asalto ya no atormentaban sus sueños ni hacían que sus entrañas se retorcieran de dolor. Bien o mal, había encontrado su propia versión de la

justicia.

—Sienna.

Se sobresaltó cuando Dylan Ramsey la llamó por su nombre. Había estado tan perdida en sus propios pensamientos que se había olvidado de él.

Señaló un grupo de estructuras en una encrucijada más adelante.

—Hay una posada, el Vellocino Blanco. Hacen un sabroso pastel de pichón y las camas están libres de alimañas. Podríamos pasar la noche bajo su techo.

—¿Y?

—¿Preferirías entrar con las manos atadas como un criminal o pacíficamente como mi esposa?

Ella consideró su oferta.

—Desátame.

—¿Me das tu palabra de que no me cortarás el cuello por la noche ni intentarás escapar?

—Sí —aceptó ella de buena gana. Esto era la guerra. Cualquier soldado podía mentir a un enemigo sin perder el honor.

—¿Puedo confiar en ti, Sienna?

Ella lanzó una mirada de inocencia con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto. Como tú dices, soy tu prisionera y tu esposa. No tendría sentido que me arriesgara a tu disgusto.

—Esa es la parte que me preocupa —dijo mientras desmontaba y caminaba de nuevo hacia su yegua.

Sienna sonrió y le tendió las muñecas.

Capítulo 7

Sienna estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para comer el estofado de cordero y el pan caliente que le había traído la sirvienta. Estaba sentada sola en una pequeña mesa redonda en un rincón sombrío de la posada del Vellón Blanco. Dylan la había acompañado a una mesa, había pedido la comida y luego había salido a supervisar el cuidado de sus caballos. Por primera vez en meses, no estaba maniatada ni bajo estrecha vigilancia, y todos sus instintos le pedían que aprovechara esta oportunidad para escapar.

Su familia, su tierra natal la llamaban. Cada día y cada milla que Dylan y ella ponían entre ellos y Escocia le hacían más difícil regresar a sus amadas Tierras Altas. Pero sus fuerzas se habían agotado, su voluntad debilitada por los malos tratos de los guardias de la prisión y la fatiga de su cuerpo. No había dormido en una cama adecuada desde que los dragones habían asaltado la granja de Seamus; había pasado tanto tiempo sin comer decentemente que sentía las encías sensibles.

Incluso su mente parecía embotada e incapaz de responder. Deseaba desesperadamente volver a casa; quería cumplir su promesa de encontrar a Brodie Pero aún más, necesitaba bañarse y meterse entre sábanas de lino limpias y dormir durante veinticuatro horas seguidas.

Dylan le había dicho que Kenna y su abuelo habían salido sanos y salvos de la granja. Ella tenía que creerlo. No podía soportar la muerte de una persona más a la que quería.

¿Cuántas veces puede romperse un corazón y seguir latiendo? se preguntó mientras removía la comida humeante en su plato y mordisqueaba el pan. Hay que ser fuerte, había dicho su abuelo. Le había oído decir esas palabras en su sexto cumpleaños, la mañana en que su madre le había colgado el Ojo de Bruma del cuello y relatado la leyenda mágica que lo acompañaba.

Fue su abuelo quien la había tomado sobre sus rodillas y le había confiado el secreto familiar de que su padre no era en realidad Muireach Campbell, el primer marido de su madre, sino un pícaro llamado Cameron Stewart que ahora vivía en algún lugar salvaje de las colonias americanas. Este Cameron Stewart, le explicó el abuelo, le había enviado el collar y una suma de dinero para que la utilizara como dote nupcial cuando fuera una mujer adulta. Como la fecha de nacimiento de Sienna fue diez meses después del asesinato de Muireach Campbell a manos de un marido celoso, siempre había habido cuchicheos de criados sobre su legitimidad. Fue un shock saber que las habladurías eran ciertas y que ella era una bastarda en lugar de la primogénita de un rico laird; pero como nunca había conocido al primer marido de su madre, no podía llorar su pérdida como padre. Tampoco podía sentir nada por Cameron Stewart, otro hombre que se había visto arrastrado a la complicada red de la vida de su madre.

Debía ser fuerte. Su abuelo había dicho lo mismo la noche en que su madre murió al dar a luz, y de nuevo cuando murió el marido de Sienna.

La mansa Kenna. Las armas de Kenna eran su rostro rubio y los grandes ojos azules que derramaban lágrimas cuando se alzaba una voz en su presencia o siempre que estaba asustada o enfadada. La pequeña Kenna no necesitaba ser fuerte; siempre había otras dispuestas a serlo por ella.

Y yo siempre era la primera de la fila...

Desde el día en que nació, velé por ella. Luché en sus batallas y hablé por ella mientras lloraba lágrimas bonitas. Kenna siempre se ha parecido mucho a Madre, pero su bonita figura y sus rasgos son la única similitud. No tiene nada de la astucia de Madre ni de su férrea voluntad.

Sin embargo, el camino de Kenna siempre ha sido llano.

¿Por qué no podía haber sido la dulce? ¿Por qué la gente no había dicho la dulce Sienna? ¿Por qué siempre se da por sentado que haré lo que haya que hacer y guardaré mis lágrimas para la intimidad de mi propia almohada?

Estoy cansada de ser fuerte, gritó una voz en su interior. Quiero que alguien cuide de mí, para variar.

—¿Te apetece un poco de compañía, querida?

El fuerte olor a ron rompió la ensoñación de Sienna cuando un desconocido de cara picada le pasó el brazo por el hombro y le apretó el pecho.

Sin pensarlo, ella agarró su plato y le arrojó el contenido a la cara. Él bramó de rabia cuando ella saltó de la silla, cogió su cuchillo de comer y se encaró con él al otro lado de la mesa.

—¡No me toques! —gritó ella. Se puso de pie temblorosa con el cuchillo agarrado en la mano, pero tenía las rodillas ligeramente flexionadas y hacía equilibrios sobre las puntas de los pies como Seamus le había enseñado.

El hombre era grande y sucio, con una nariz ancha que se había roto tantas veces que había perdido toda forma. Era un gigante, tan alto que su cabeza calva y llena de cicatrices de viruela apenas despejaba las bajas vigas del techo. Vestía las toscas ropas de un vaquero y olía a oveja podrida.

En cuestión de segundos, la sala pública estalló a su alrededor. Un perro empezó a ladrar furiosamente, la camarera chilló y el tabernero llegó corriendo con un grueso bastón de roble en las manos. El patán intoxicado que la había abordado balbuceaba obscenidades mientras se limpiaba el guiso caliente de la cara. Rodeó a Sienna ominosamente, manteniéndose justo fuera del alcance de su cuchillo.

Detrás de él, varios camaradas se adelantaron, ululando de risa.

—¡A por ella, Harley!

Harley cerró un puño carnoso y dio una zancada hacia delante.

—Suelta el cuchillo, zorra.

Las palabras de Seamus MacDowell resonaron en la cabeza de Sienna. Fíjate en los ojos de un hombre, muchacha. Fíjate en sus ojos y sabrás lo que quiere hacer antes de que lo haga. Los ojos de Harley eran azul pálido, pequeños y como cerdos en su ancha cara.

Aspiró con dificultad.

—Tócame otra vez y haré que te arrepientas del día en que naciste —amenazó en voz baja.

Harley lanzó un golpe contra ella. Ella esquivó a un lado y levantó el cuchillo para alcanzarle en la parte inferior del brazo. Pero antes de que la hoja tocara su carne, alguien que venía por detrás la empujó a medio camino de la habitación. Golpeó el lateral de una mesa, recuperó el equilibrio y miró hacia atrás a tiempo de ver cómo Dylan descargaba un puñetazo en la mandíbula del borracho.

El posadero se puso delante de ella, impidiéndole el paso con su bastón. Alcanzó su cuchillo. Ella se lo entregó sin protestar y luego se agachó para ver qué ocurría.

Harley se echó hacia atrás, sacudió su enorme cabeza y parpadeó.

—Ha cometido un error —dijo Dylan en un tono bajo y razonable—. La dama con la que tiene dificultades es mi esposa. Admita su error, discúlpese con ella y salga de aquí mientras pueda caminar.

Una marea púrpura bañó el rostro picado de Harley. Soltó un rugido y se abalanzó sobre Dylan con unos brazos que podrían haber levantado a un buey. Dylan esperó hasta el último segundo y se apartó tan rápidamente que Sienna se quedó atónita. Y mientras lo hacía, alargó un

pie para hacer tropezar a Harley.

El hombretón se estrelló contra el suelo con fuerza suficiente para hacer sonar los platos de hojalata de las mesas, emitió un único gemido y se quedó inmóvil.

Dylan miró a los compañeros de Harley y sonrió.

—Pobre tipo. Ha bebido demasiado. Mejor llévenlo a algún sitio a dormir la mona. —Su voz era amistosa, pero su mano derecha bajó para apoyarse en la empuñadura de su espada.

Sin mediar palabra, dos de los hombres sujetaron los brazos de Harley mientras el tercero le agarraba los tobillos. Dylan arrojó una moneda de plata al posadero.

—Eso debería cubrir cualquier daño y pagar una ronda de cerveza para la casa.

El tabernero sonrió.

—Sí, señor. Así se hará. Y tiene mis disculpas. Dirijo una posada decente.

Sienna abrió la boca para comentar la calidad de una posada donde la gente común se sentía libre de ponerle la mano encima a una dama, pero antes de que pudiera decir una palabra, Dylan cruzó la distancia que los separaba con dos zancadas y la cogió del brazo.

—No diremos nada más sobre el asunto —le dijo al posadero, «mientras mi señora no haya resultado herida». La miró a la cara—. ¿Mi señora?

—No —respondió ella—. No me han hecho daño, pero...

Dylan asintió al posadero.

—Suficiente. Comeremos en nuestra habitación. Tenga la amabilidad de subir una botella de su mejor vino y abundante agua caliente para el baño. —Empujó a Sienna con firmeza hacia la escalera abierta.

—No fue culpa mía... —empezó ella.

—Calla, querida —dijo él—. Discutiremos eso más tarde. Continúa. Al final de la escalera,

la última habitación a la derecha.

Sus dedos agarraron el brazo de ella, no lo bastante fuerte como para hacerle daño, pero con demasiada firmeza como para soltarse.

—Debes escuchar mi versión de...

—Recuérdame que no te deje acercarte a una espada —le murmuró al oído mientras la empujaba escaleras arriba—. La empuñas como un asesino italiano.

Ella detectó un atisbo de sarcasmo.

—Me agredió —insistió ella—. Me estaba comiendo mi…

—¿No puedo dejarte sola cinco minutos sin que te metas en problemas? ¿Estabas planeando asesinar a éste también?

—¡Madre de Dios! —juró ella—. Sólo un inglés sería tan estúpido como para luchar contra un gigante con los puños en lugar de desenvainar la espada. ¿Qué derecho tienes a juzgar mi...?

—Silencio. Ya has causado suficiente conmoción por un día en la sala pública.

—No me crees. Ese cerdo asqueroso se tomó libertades conmigo. ¿Qué querías que hiciera? ¿Arrojarme a sus brazos?

—Estabas ocupándote de tus asuntos y él...

—Sí —respondió ella acaloradamente—. Lo estaba haciendo.

—Si dices la verdad, te debo una disculpa.

—Sí, eso debes hacer.

—Los hombres tienen la costumbre de atacarte sin motivo.

—Eso parece.

—Una coincidencia que esto ocurra mientras estoy fuera.

—¿Crees que se atrevería a tocarme con mi m...? —Empezó a decir marido, pero la odiosa palabra se negó a salir de su boca— ...contigo en la habitación —terminó diciendo—, pero no estabas y tuve que defenderme lo mejor que pude. Deberías haberle atravesado con tu espada.

Él se encogió de hombros.

—Muchos hombres merecen la muerte. Si me propusiera deshacerme de todos ellos…

—Un Highlander se avergonzaría de permitir que una mujer bajo su protección fuera insultada. Obviamente, vosotros los ingleses…

—Paz, señora. Si te sentiste ofendida, lo siento. Pero cuando entré y te vi a punto de trinchar a ese pobre hombre…

—Asumiste que era mi culpa, que soy una mujer que da la bienvenida a ser atacada por…

—No. Eso está lejos de la verdad. Pero no me gusta matar. He sido soldado la mayor parte de mi vida pero…

—Si le hubiera puesto las manos encima a una inglesa, ¿entonces qué? ¿Supón que hubiera sido tu madre?

—Ya te he dicho que mi madre no era inglesa, era india. Y no, si hubiera insultado a mi madre, no le habría matado por ello, a menos que me viera obligado a ello. —La miró bruscamente—. ¿Estás segura de que no estás herida?

—No.

—Si te hizo daño, le encontraré y…

—No. Estaba borracho y era grosero. Si no hubieras venido cuando lo hiciste, le habría enseñado algunos modales. Pero viniste en mi ayuda, y por eso supongo que debo agradecértelo.

—No te tomes la molestia.

Dylan abrió de un empujón la puerta a una estrecha habitación que contenía una cama

antigua, una chimenea, una única mesa de roble y una silla de respaldo recto. Encajado entre la cama de carteles y la diminuta chimenea había medio barril de madera. Las contraventanas interiores cubrían la única ventana. Para abrirla, alguien tendría que trepar por la cama y subirse a la silla.

Sienna entró en la destartalada habitación y Dylan la siguió. Las desgastadas tablas del suelo crujían bajo sus pies mientras ella se alejaba de él todo lo que podía sin subirse a los muebles ni trepar al barril. Ella se asomó al interior del recipiente. Estaba vacío salvo por un charco de agua en el fondo.

—Éste debe de ser el baño —dijo arrugando la nariz.

—Es sencillo, pero servirá —respondió él—. La habitación está bastante limpia y, como te dije antes, no hay bichos. Deberías estar agradecida de que no te haya puesto en la cámara común. Hasta doce extraños comparten las tres camas. El lado de las mujeres está tapiado por decoro.

—Sería mejor que me quedara allí.

—Creo que no. Permanecerás aquí donde pueda vigilarte. —Miró hacia la cama—. ¿Esperas que duerma allí contigo?

—A menos que prefieras la bañera.

—Prefiero mi libertad.

—Maldita seas, mujer. ¿No puedes darme una hora de paz? No me extraña que estemos en guerra con los escoceses desde que se inventó la rueda. Sois unos huraños y unos alborotadores. —Se quitó el abrigo y el sombrero y los arrojó sobre la cama.

—Este matrimonio no fue obra mía —dijo—. Me he acostado con tres hombres, todos por mi propia elección. Si esperas los derechos de un marido, te saldrán más caros de lo que crees.

Su expresión se suavizó.

—¿Es eso lo que te asusta, crees que te obligaré a...?

—Me obligaste a hacer votos matrimoniales.

—Para salvar tu testarudo cuello.

Ella le miró fijamente a sus ojos negros de demonio.

—Ningún hombre toma por esposa a su enemiga por caridad. Dame una explicación honesta y quizá lleguemos a un acuerdo.

Su piel adquirió un tono más oscuro, y Sienna supo que había tocado un nervio.

—Como he dicho antes, mis razones son mías. —Le puso una mano en el brazo y ella se apartó de un tirón—. No te haré daño, Sienna. Me he rogado a mí mismo que te mantendré a salvo. Lo último que querría es hacerte daño.

Ella quería creerle, pero la vida le había enseñado algo mejor. Ningún hombre actúa si no es en su propio interés. Ella no había seguido viva cuando otros a su alrededor morían por hacerse la tonta.

—Me hiciste más daño reteniéndome contra mi voluntad. Tengo un hijo que me espera. Debo volver a Escocia.

—No puedo dejar que hagas eso, Sienna.

Frisos de emoción recorrían su espina dorsal cada vez que él pronunciaba su nombre. Debía sonar extraño en sus labios. Su acento no era el adecuado.

En cambio, Sienna le salió más suave... más dulce de lo que nunca lo había oído pronunciar. Sentía la cara caliente, las rodillas débiles.

Estoy cansada hasta la muerte, pensó. Mi mente y mi cuerpo me están jugando una mala pasada. Tal vez me haya resfriado. Antes tuve fiebre; tal vez esté volviendo.

Pero ella sabía que no se trataba de una enfermedad corriente. Fuera cual fuera el hechizo

que el capitán Dylan Ramsey había lanzado sobre ella, no tenía nada que ver con unos intestinos débiles o un estómago revuelto. No se había encogido ante él porque le tuviera miedo, era el miedo a sí misma lo que la impulsaba. Le gustaba su tacto. Un poco de vino y un fuego cálido y podría descubrir que le gustaba algo más que el tacto de sus dedos.

—Si vas a Escocia, significará tu ejecución —aseguró él—. Me arriesgaré a eso.

Su ceño se arrugó en una mueca.

—Sobre mi cadáver.

—Espero que no.

—Estoy cansado, mujer. Quiero un baño, comida caliente y dormir. Puedes tumbarte en el suelo o sentarte en el barril, o puedes compartir la cama conmigo. No tengo fuerzas para nada más vigoroso que un buen descanso nocturno, incluso si estuvieras dispuesta… aunque supongo que no lo estás.

Ella sacudió la cabeza.

—Prefiero ir a la sala común. No tengo costumbre de compartir habitación con…

Él se rió.

—¿Con tu legítimo esposo?

—Todavía hay dudas sobre lo lícita que fue esa ceremonia.

—Más vale que sea buena. Me costó cada guinea que tenía y cada una que pude pedir prestada sobornar al juez para que te exiliara en lugar de…

—¿Pagaste por mi liberación?

—¿Acabo de decirlo?

Se hundió en la silla.

—¿Estás loco?

—Hay quien piensa que sí. —Los ojos de ella se abrieron de par en par y él levantó una palma—. No, te aseguro que mi irracionalidad no es peligrosa. Me asqueó lo que ocurrió después de Culloden. Toda mi vida he sido un soldado, pero nunca un carnicero. No podría hacer la guerra a los civiles, ni siquiera a los escoceses. He renunciado a mi comisión en los dragones. Me temo que he adquirido una esposa en un momento incómodo. No tengo la menor idea de cómo voy a mantenerte.

—¿Adónde me llevas? —Su fatiga la dominaba. Quería meterse en la cama y cerrar los ojos, pero no podía... todavía no.

—A la finca de mi padre. Dudo que encontremos mucha acogida allí, pero pedí dinero prestado a mis amigos y debo devolverlo. Tengo algunos ahorros y…

—Es un hombre rico... ¿tu padre?

—Sí. Es un barón, pero yo soy un hijo bastardo. Me dio su nombre y una educación. No puedo esperar más de él.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Eso es lo primero que tenemos en común, Sassenach. Yo misma nací en el lado equivocado de la manta. Por supuesto, mi madre fue lo suficientemente sabia como para ocultar el hecho. —Se acarició el collar que llevaba en la garganta—. Todo lo que tenía de mi padre era esto y…

Se interrumpió cuando alguien llamó con fuerza a la puerta.

—Agua caliente, señor —llamó una voz de mujer.

—Pase —respondió Dylan.

Una criada empujó la puerta y entró con dos cubos de agua caliente. Detrás de ella venía

un muchacho medio crecido, también con cubos.

—¿Tomará primero el baño o la comida, señor? —preguntó la muchacha.

—Tomaré el baño —respondió Dylan—. Traigan la comida y la bebida dentro de media hora. —Cuando los criados se fueron, miró a Sienna—. ¿Te gustaría tener la primera oportunidad con el agua?

—No esperes que me bañe contigo en la habitación.

Se rió entre dientes.

—Si crees que te voy a dejar sola aquí, estás loca. Saldrías por esa ventana y estarías en mi caballo antes de que me acabara una jarra de cerveza.

—Me niego a quitarme la ropa delante de ti —dijo indignada. El agua limpia era tentadora, pero ella no era tonta. Primero la vería bañarse, luego esperaría que se metiera entre las sábanas y le proporcionara entretenimiento.

—Lástima. El agua estará sucia cuando acabe. —Empezó a desabrocharse los botones del puño de la camisa—. Espero que no seas sucia por naturaleza. No soporto a una mujer impura.

—¿Impura? —Ella sintió que la garganta y la cara se le calentaban de vergüenza—. ¿Cómo te atreves a acusarme de tal cosa?

Él se rió.

—Admito que soy un fanático del baño. Es mi ascendencia salvaje. Los Shawnee se bañan todos los días, haga el tiempo que haga. En invierno, incluso los niños rompen el hielo para bañarse en los ríos y arroyos.

Aquello sonaba a cuento chino. Ella le miró fijamente, preguntándose si la creía tonta o si realmente decía la verdad sobre los indios que se bañaban en agua helada.

Empujó la cama delante de la puerta.

—Sólo para asegurarme de que no intentas escapar mientras estoy desnudo —dijo—. ¿Estás segura de que no quieres un baño?

—No —respondió ella obstinadamente.

Con un encogimiento de hombros, se echó la camisa de lino por encima de la cabeza y, antes de que ella se diera la vuelta, vislumbró las profundas cicatrices de color marfil que surcaban un musculoso pecho cobrizo. Los hombros de Dylan eran anchos y acordonados de músculos, su vientre plano, su cintura pulcramente afilada. Su pecho y sus poderosos brazos estaban casi libres de vello corporal, pero por encima de la cintura baja de sus calzones de piel de becerro, ella vio el sombreado definido de unos rizos negros.

—Lo menos que podrías hacer es fregarme la espalda —dijo.

Sienna se quedó mirando la pared de yeso que se desmoronaba y trató de ignorar el ruido del agua chapoteando que salía de la bañera.

—No me hace gracia —replicó.

—El agua aún está caliente, señora —se burló él—. Sienta bien quitarse el polvo del camino. Tengo jabón francés de verdad, perfumado con lilas. Una pena que te estés perdiendo…

—¡Basta! —Se dio la vuelta. Dylan estaba agachado en el barril de modo que no se veía más de él que cuando se había quitado la camisa—. No sé a qué juego estás jugando conmigo —gritó—. Estoy cansada y dolorida, y no me interesa lo más mínimo tu cuerpo desnudo.

Él sonrió perezosamente.

—¿Estás segura? No he tenido muchas quejas. —Levantó un brazo chorreante y se enjabonó el hombro—. No puedo decir de tu cuerpo, ya que aún no lo he visto, pero dudo que encuentre mucho de lo que quejarme.

—Me voy a la cama —dijo enfadada—. Me voy a dormir. Y si me tocas, te juro que sacaré tus negros ojos paganos de sus órbitas.

—Para ser tan pequeña, eres tan feroz como un Séneca.

—Lo que digo va en serio, inglés —amenazó ella mientras se quitaba los zapatos.

—Duerme. No te molestaré. Como he dicho antes, me gustan las compañeras de cama dispuestas. Eres mi esposa, y no podrás resistirte a mi encanto por mucho tiempo.

—¡No cuentes con ello! —Su risa le quemó los oídos mientras retiraba las sábanas y se arrojaba al colchón de plumas completamente vestida.

—Dulces sueños, esposa.

Cerró los ojos y levantó las rodillas, tapándose la cabeza con las mantas. Si él le ponía una mano encima, ella lo mataría. Con votos matrimoniales o sin ellos, no volvería a ser violada.

—Esta agua estará fría por la mañana —añadió.

—Maldito seas —murmuró ella. Pero las imágenes del cuerpo desnudo de su marido se alzaron tras sus párpados apretados para perturbar sus vacilantes intentos de conciliar el sueño.

Capítulo 8

Hensley Hall Surrey, Inglaterra

Diez días después, Dylan se enfrentó a toda la fuerza de la ira de su padre en la tranquila opulencia de la gran biblioteca de Hensley Hall. Dylan y Sienna habían llegado a la casa de campo del barón tarde la noche anterior, después de haber cabalgado bajo la lluvia durante una semana. Dylan había insistido en que ella desayunara sola en su cámara esa mañana mientras él iba a enfrentarse al viejo león en su guarida.

Los años habían añadido peso a la poderosa complexión de su padre. El pelo blanco como la nieve de Walter Ramsey le llegaba hasta los hombros, en flagrante desprecio de la moda actual, que dictaba que los caballeros se afeitaran la cabeza y llevaran peluca en todo momento. Sus ojos habían sido una vez de un azul penetrante; ahora la intensidad de su matiz se había desvanecido, pero no habían perdido nada de su fuego cuando estaba de mal humor.

Walter, el barón Hensley, acababa de lanzar su segunda diatriba. La primera había comenzado cuando Dylan entró en la habitación y había terminado con el destrozo de una delicada tetera china que Dylan calculaba que le habría costado el equivalente al sueldo de un mes como capitán de los dragones de Su Majestad.

—...¡cachorro bastardo desagradecido! —rugió su padre—. Mejor que nunca hubieras nacido que avergonzar el apellido Ramsey con...

Maldita sea, pensó Dylan. ¿Por qué le dejo despotricar así? Me hace sentir de nuevo como si tuviera dieciséis años.

Pero Dylan sabía por qué. Su herencia india le hizo enderezar los hombros y permanecer de pie mientras el veneno brotaba de los labios de su padre. La reverencia hacia sus mayores había sido criada en Dylan durante mil generaciones. Era hueso y tendón de su alma. Por mucho que quisiera liberar toda la fuerza de su propia ira contenida, se mordió las palabras y dejó que la inmundicia se derramara sobre él.

Moviendo sus pies calzados, Dylan permitió que su mirada se perdiera a través de los cristales de la vieja ventana abatible hacia los formales jardines de boj que se extendían sobre el emplazamiento de un priorato en ruinas. El rey Enrique, tocayo de su padre, había arrebatado Hensley a los monjes blancos hacía siglos y se lo había dado junto con un título de propiedad a un rico comerciante a cambio de una gran donación al tesoro de la Corona. Así, Martin Ramsey, un plebeyo se había convertido en el primer noble lord Hensley.

—Despreciable cachorro de piel roja. El peor error que cometí en toda mi vida fue otorgarte un nombre cristiano y una primogenitura.

Dylan no necesitó escuchar. Se sabía el discurso de su padre de memoria. ¿Cuántas veces había estado aquí y había escuchado esto? se preguntó.

En el pasado, normalmente había sufrido la indignidad con la espalda escocida por los azotes que su tutor, y en años posteriores el lacayo de su padre, Edgar, le habían administrado antes de que Dylan entrara en la biblioteca. Había sido un placer para Edgar asestarle vigorosos golpes en la espalda desnuda hasta que corría la sangre. Sus hermanos acortaban sus palizas gritando; él nunca lo había hecho. Guardar silencio era su único triunfo.

Dylan miró de nuevo a su padre, esperando a que el viejo barriera el tintero y los papeles del mueble de escritura de nogal con incrustaciones que servía al barón como escritorio. Y, como de costumbre, Dylan no se sintió decepcionado. Su padre hizo volar tinta, plumas, soportes y

pergaminos con una nueva ronda de maldiciones.

Ahora era el momento de las lágrimas de padre.

—Te traté como a un hijo. Te crié como si tu piel fuera blanca —proclamó el barón.

Y la vieja herida le dolió de nuevo, como Dylan había sabido que le dolería. Las palabras de su padre nunca dejaban de encontrar un punto débil en su armadura y cavar hondo.

Tragó saliva contra la constricción de su garganta. Soy tan blanco como tú, quiso protestar. Pero nunca lo había hecho.

En realidad, siempre se había avergonzado un poco de su piel oscura y sus ojos exóticos. Había deseado desesperadamente tener una nariz larga y estrecha como la de sus hermanos, pero la marca de su sangre shawnee era indeleble y se hacía más evidente cada año que pasaba.

Dylan respiró lenta y profundamente. Sólo unos minutos más y su padre empezaría a perder el aliento. Se repondría con unos cuantos insultos escogidos contra la madre india de Dylan antes de volver al pecado actual que tenía entre manos.

—... no sólo demostraste tu cobardía al renunciar a tu comisión en tiempo de guerra —continuó Walter—, sino que tienes la audacia de traer esa... esa... —Balbuceó, jadeando—. A esa puta escocesa de vuelta... y decirme que es tu legítima esposa.

Dylan parpadeó. Su torpeza desapareció.

—¿Qué has dicho?

—¡Una escocesa traidora! Una vulgar salvaje. No mejor que la zorra que te parió.

—Padre, cállese.

El rubor de vino de Oporto de la ira en el rostro del anciano se desvaneció, reemplazado por un blanco como la leche.

—¿Qué? ¿Qué? —Las palabras salieron en un susurro estrangulado.

—He dicho que se calle. Le debo cierto respeto porque es mi padre y un anciano. Eso es lo único que me impide aplastarle su fea boca.

—Te atreves... —La saliva brotó de sus labios—. ¿Te atreves a hablarle así a tu sire?

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. No tiene derecho a condenar a mi madre cuando su pecado de lascivia fue tan grande como el de ella. Y ciertamente no tiene derecho a impugnar a mi esposa.

—¡Cachorro traidor! —Walter tiró de un tirón de la campana—. ¡Edgar! ¡Edgar! —gritó, llamando a su lacayo.

Edgar saltó de su puesto ante la puerta de la biblioteca con más agilidad de la que Dylan hubiera supuesto que poseía.

—Sí, Su Señoría. ¿Qué ocurre?

Walter señaló a Dylan con un índice tembloroso.

—¡Azota a este cachorro desagradecido!

Dylan miró al alto y delgado lacayo y se rió.

—Yo no lo haría si fuera tú, Edgar —advirtió. A pesar de toda su determinación, Edgar era mayor que el barón, y hacía muchos años que no ponía la mano en algo más exigente que subir la gran escalera del vestíbulo.

—Dale una paliza —ordenó Walter.

Edgar se quedó clavado en el suelo, con la boca abierta.

—Tócame —dijo Dylan en voz baja al sorprendido lacayo—, y te arrojaré por la ventana al jardín de bojes.

—Fuera de mi casa —rugió su padre—. ¡Fuera, he dicho! Tú y tu ramera escocesa.

Dylan oyó una aguda respiración detrás de él y se volvió para ver a Sienna de pie justo

dentro de la habitación.

—Vuelve a mi cámara —le ordenó—. No hay necesidad de que escuches esto. Esto es entre mi estimado padre y yo.

—Ya no soy tu progenitor —proclamó su padre—. ¡Te repudio! Haré que borren tu nombre de la Biblia familiar. Por Dios, si a vosotros dos se os ocurre venir a extorsionarme, yo...

—¡Eso es mentira! —dijo Sienna acaloradamente—. Yo no pedí venir aquí. No sé por qué su hijo me trajo a este lugar. Pero no quiero nada de usted. Y por lo que sé de él, dudo que él tampoco.

—No te atrevas a hablarme, mujer —gritó el barón—. Edgar, sácala de...

—No la toques, Edgar —advirtió Dylan—. Te tirará por la ventana. —Se volvió hacia su padre—. No tengo intención de quedarme. Sólo he venido a recuperar algunas pertenencias personales, a arreglar el pago de algunos préstamos con mis propios ahorros y a despedirme. Me voy a América, y me llevo a mi mujer conmigo.

—¿Llevarme adónde? —gritó Sienna.

Él la fulminó con la mirada.

—Te he dicho que salgas de la habitación. —Volvió a dirigir su atención a su padre—. Veo que fue un error intentar tratar con usted racionalmente, así que seré franco. Quiero la escritura de la tierra que me dio mi madre.

—¿Ah, sí? —Su padre temblaba de pies a cabeza, y Dylan temía que al viejo le diera un ataque.

—Cálmese. No pido nada que no sea mío por ley. Si recuerda, le pedí la escritura cuando cumplí veintiún años. Me disuadió. Esta vez, no se saldrá con la suya. La tierra es mía por derecho.

Su padre se giró y abrió de un tirón las puertas superiores del armario de escritura, luego empezó a tirar papeles a diestro y siniestro.

—Quieres lo que ella te dio, ¿verdad? —espetó—. ¡Pues lo tendrás! ¡Y ni un penique más! Te eliminaré de mi testamento. Juro que lo haré. Serás desheredado a partir de este día. —Sus dedos se cerraron sobre un cilindro de hule enrollado, y lo sostuvo en alto—. El precioso legado de tu madre. Nada más que un páramo inútil. De poco te servirá, muchacho. Nada más que árboles y salvajes. —Hizo una mueca y tiró la escritura al suelo entre los dos.

Los ojos de Dylan ardían.

—¿Qué he hecho yo para que me odies tanto? —consiguió finalmente.

El barón se balanceó sobre sus pies y se agarró a la esquina del escritorio, soportando su peso. De repente, parecía viejo y cansado.

—Haces que me avergüence cada vez que te miro —dijo con disgusto—. Me recuerdas a ella y a un periodo de mi vida del que nunca he dejado de arrepentirme.

Dylan sentía una opresión en el pecho y le palpitaba la cabeza. La habitación se había vuelto congestionada y le costaba respirar.

—Lo siento, padre —dijo—. Parece que el mayor error fue suyo. Un error que me trajera a Inglaterra. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no me dejó con la gente de mi madre?

—Por tu sangre Gris —respondió el barón con voz ronca—. Porque pensé que la buena estirpe inglesa triunfaría sobre la bárbara.

—Basta —dijo Dylan—. No hay necesidad de continuar. —Se dio cuenta de que Sienna había venido a colocarse a su lado, y la agarró firmemente del brazo—. Nos despediremos de usted, señor.

—Por supuesto que lo haréis. Y si volvéis a poner un pie en Hensley, haré que os fusilen.

Dylan dio un paso hacia la puerta. Sienna se soltó de su agarre, corrió hacia atrás y recogió el cilindro de hule del suelo.

—Lo necesitarás si vas a América —dijo

—Lo necesitaremos —replicó él.

—Iros directos al infierno, los dos —les espetó Hensley cuando salieron de la biblioteca.

—Os guardaremos un buen sitio cerca del fuego —bromeó Sienna. Luego miró con el ceño fruncido a Dylan—. ¿Esta es la hospitalidad inglesa? —preguntó—. ¿Cuando nos llamáis salvajes?

—La idea que mi padre tenía de la hospitalidad —respondió él en voz baja mientras avanzaba por el pasillo, tirando de ella con él—. Siempre fue un hombre sentimental con sus hijos.



—Deja de hacerte la dormida —dijo Dylan—. Sé que estás despierta. Te he preguntado si puedo confiar en ti aquí sola el tiempo suficiente para asegurarnos el pasaje a Maryland en el Galway Maid.

Sienna se revolvió en la cama y abrió los ojos. Era cierto; ella había oído su pregunta. Pero había estado haciendo acopio de ingenio para tratar de enfrentarse a él.

Llevaban casi una semana en el puerto marítimo de Dover. Dylan había alquilado para ellos dos habitaciones en una casa particular a las afueras de la ciudad. El alojamiento era sencillo pero limpio, y Sienna no podía encontrar ningún defecto en la cocina de su casera.

Desde que había presenciado la airada escena entre Dylan y su padre en la biblioteca de

Hensley Hall, Sienna no podía evitar sentir cierta simpatía por el hombre al que aún consideraba su captor. Era obvio que, fueran cuales fueran sus razones para enredarse en su vida, Dylan Ramsey era un hombre complejo y básicamente decente.

—No puedes obligarme a ir contigo a América —dijo ella en voz baja. Estaba lo bastante cerca como para sentir su aliento en la mejilla. A pesar de lo desconcertante que era vivir en tal intimidad con su marido no deseado, él no había hecho ningún avance impropio hacia ella, y ella había empezado a confiar en él lo suficiente como para tener horas de sueño irregular por la noche.

—Eres una visión por la mañana, con el pelo suelto alrededor de los hombros y la cara toda suave como el rocío.

Escalofríos recorrieron su espina dorsal y se sentó, apretando la ligera colcha contra su pecho. Desvió la mirada hacia la ventana, donde se veían las cabeceras de los mástiles contra el azul huevo de petirrojo de un cielo matinal sin nubes.

Por un instante, los recuerdos de la violación la invadieron, y vio los ojos hambrientos de los soldados y oyó sus palabras soeces.

— No me engañes con esas mentiras —dijo ella. Dylan no era como los hombres que la habían herido. En el fondo de su corazón, ella lo sabía—. No soy una mujer hermosa, y ya he pasado la edad de creer tales tonterías.

—Sienna.

Él le tocó el brazo desnudo entre el codo y el hombro, y su escalofrío se convirtió en un torrente de sensaciones que ella se había jurado no permitirse sentir por este hombre.

—Sienna —repitió él.

Su nombre rodó por su lengua como miel caliente. No había ira en su discurso, ni lujuria desnuda. Dylan era inglés, pero no se parecía en nada a los soldados que la habían violado. No

pudo evitar que su mirada se desviara hacia su pecho desnudo... sus brazos musculosos y bronceados... su rostro intenso.

—Somos enemigos —murmuró.

—Nuestros países son enemigos. —Sus dedos delgados le acariciaron el hombro.

—Te odio. —Las palabras le salieron mal. Ella le odiaba, de verdad, pero su tono no habría convencido ni a un lerdo. Y Dylan Ramsey estaba lejos de ser un lerdo.

—Crees que sí. —Le acarició el pelo con movimientos ligeros como plumas, y unos molinetes bailaron en la boca de su estómago—. Esposa —susurró él—. No estoy hecho de acero.

—Sabías desde el principio que no te quería.

—¿No? —Él le enterró los dedos en el pelo. Ella quería decirle que dejara de tocarla. Quiso saltar de la cama y salir corriendo de la habitación, pero no lo hizo. Estaba tan sorprendida de que su tacto no la repeliera que esperó hasta que él le levantó un pesado mechón de pelo y le besó el cuello.

—No me tengas miedo.

No lo tenía. El miedo que había esperado no apareció. En su lugar, sintió lo que sólo podía ser deseo.

—Dylan.

—Sí —se burló él, y luego la besó de nuevo bajo la oreja. Sus labios eran cálidos y húmedos. Su mano se deslizó hacia abajo para acariciarle el hombro y la clavícula. Y cuando la acercó más a él, ella no tuvo fuerzas para resistirse.

—No... —empezó, pero el resto de sus palabras se perdieron cuando la boca de él se apretó contra la suya.

Su beso era tierno. Sus labios eran tan seductores como las mentiras del diablo.

—Esposa —dijo él—. Déjame amarte.

—Yo no... —Sus protestas se apagaron cuando se encontró inexplicablemente devolviéndole el beso. Ella suspiró, un suspiro largo y suave. Esto se sentía bien.

Había tenido tanto miedo de que la violación le impidiera volver a desear esto. Pero no había sido así.

Él besó las comisuras de su boca, su garganta y sus párpados. Ella rió, y él volvió a encontrar su boca. Supo que estaba perdida cuando la punta de su lengua separó sus labios.

De repente, Dylan ya no era el hombre que había asesinado a su padre o la había robado de su tierra natal. Sólo era un hombre deseable, y estaban juntos en una cama caliente en una mañana de finales de verano.

Hacía tanto tiempo que nadie la abrazaba así, tanto tiempo que no probaba el dulce néctar de los besos de un amante ni sentía sus manos sobre su cuerpo desnudo. Cerró los ojos y se entregó al placer, dejándose saborear por el calor aterciopelado de su lengua y la respuesta de su propio cuerpo hambriento de amor.

Sienna era vagamente consciente de rodearle el cuello con los brazos, de encontrarse beso a beso... de dejar que la empujara de nuevo contra el colchón de plumas... de sentir la longitud de su duro cuerpo presionando contra el suyo.

Su pelo negro cayó hacia delante para rozar la piel desnuda por encima de su turno.

—Hace cosquillas —susurró ella.

Él se rió y apartó el pelo, besando el lugar con los labios mientras su mano le acariciaba suavemente el pecho.

Ella arqueó la espalda y suspiró, recordando el placer de la boca de un hombre en sus

pezones... Recordando... Uno de los dragones la había mordido. Su pecho derecho aún mostraba la cicatriz de sus dientes. Pero Dylan no le haría daño.

Ella sabía que no lo haría, y necesitaba sus labios, su boca para borrar los recuerdos del horror.

—Bésame ahí, por favor —susurró ella.

—Eres una atrevida —se burló él. Pero hizo lo que ella le pedía, y estuvo bien. Ella sintió que su pezón se tensaba y se hinchaba. Sintió un calor enrollarse en la boca de su vientre.

Las lágrimas brotaron de sus ojos... lágrimas de alegría. Lo que aquellos hombres le habían hecho había terminado. No tenía que cargar con la vergüenza el resto de su vida.

Fuera de la ventana abierta, un pájaro trinaba. Una brisa cálida llevó el aroma del océano a la luminosa alcoba. Sienna cerró los ojos y bloqueó la fealdad y el dolor. La cabeza de Dylan se recostó contra su pecho y se sintió segura.

—Qué capullo tan dulce —dijo él.

De algún modo, su mano libre había encontrado el muslo desnudo de ella y estaba deslizando más arriba su camisón de lino. Ella se movió inquieta mientras una fría brizna de inquietud salía de la oscuridad de su mente.

Es Dylan, se dijo a sí misma. No pasa nada si me toca. Quiero que lo haga. Intentó concentrarse en el roce de la fina tela contra sus pezones palpitantes.

—¿Soy un marido tan repulsivo?

Ella le cogió la barbilla y se la levantó para poder besarle de lleno en la boca. Mientras se besaban, ella no pensó en los soldados.

—Hablas demasiado —dijo ella cuando se separaron para tomar aliento—. Si quisiera un marido, no sería uno que graznara como un cuervo desde el amanecer hasta el anochecer.

Era un besador excelente.

Sienna no era una muchacha inexperta. La habían besado chicos y hombres, algunos sobrios y otros borrachos como cubas. Dylan era un maestro. Su aliento era limpio, sus dientes sanos y sus modales correctos.

Besar a Dylan era como saltar desde un acantilado a las aguas iluminadas por el sol de Loch Shin. Al primer contacto se produjo una conmoción, pero a medida que el beso se hacía más profundo, crecían el misterio y la sensación de abandono. Su beso abarcó más que sus labios; barrió su cuerpo como una marea azotada por el viento. Y como permanecer bajo el agua demasiado tiempo, el beso de Dylan la hizo perder la noción de la razón.

Le acarició el pecho.

—Eres suave en todos los lugares adecuados, esposa. Te deseo. —Su voz se hizo más profunda hasta convertirse en un bajo y ronco rumor—. Te deseo, Sienna, más de lo que deseé a mi primera mujer... más de lo que jamás he deseado a ninguna mujer.

—No soy tu mujer —protestó ella, pero sólo un poco, porque él le había bajado el turno para dejar al descubierto su pecho redondo y sonrosado.

Ella gimió cuando él le pasó la lengua por el pezón.

—Dulce —susurró él, y la atrajo suavemente hacia su boca.

Qué bien. Se sentía tan bien. No le importaba si le odiaba. Hacía demasiado tiempo que ningún hombre había mamado de su pecho. Cerrando los ojos de nuevo, se tensó contra él, acariciándole los hombros y los brazos nervudos con las yemas de los dedos. Sintió su virilidad, dura e hinchada, presionando contra su pierna.

Le deseo, pensó. Lo deseo. Quiero que me haga el amor.

Entonces, la mano de Dylan rozó los rizos entre sus muslos y sus ojos se abrieron de golpe. Al instante, se puso rígida entre sus brazos.

—Te necesito, Sienna —dijo él roncamente—. He sido monje demasiado tiempo.

Ella sacudió la cabeza y las lágrimas se derramaron por sus mejillas mientras las burlas de los soldados resonaban en sus oídos. Recordó a un dragón, el líder. Su polla había sido enorme y de color rojo púrpura. Se la había clavado en seco, y el dolor...

—No puedo hacerlo —gritó, apartando a Dylan—. Por favor, no lo hagas.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Lo deseabas tanto como yo. —Se apartó de ella y se levantó de la cama. Enfadado, se dirigió a la silla y empezó a ponerse los calzones—. Hicimos votos juntos. ¿Creías que iba a dormir sola para siempre?

—No lo entiendes. —Ahora sollozaba, fuera de control.

—Tienes toda la razón, no lo entiendo. Hay un nombre para las mujeres que hacen lo que acabas de hacerme.

—Eso no es justo. Tú no...

—Ahórratelo.

Estaba más enfadado de lo que ella le había visto nunca.

—Escúchame sólo un minuto —suplicó ella.

—¿Para qué? ¿Más mentiras? —Su rostro se ensombreció—. ¿Me pediste que te besara o no? ¿Qué se supone que debía pensar?

—No eres tú —soltó ella—. Me violaron. Los dragones que me llevaron de la granja de Seamus al castillo de Edimburgo me violaron y…

—¿Qué? —Volvió a la cama y tiró de ella hacia sus brazos—. ¿Me estás diciendo la verdad? —La miró a la cara y su ceño se disolvió—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella se apoyó en su hombro y lloró. Él la abrazó hasta que pasó la tormenta de emociones, luego le secó las lágrimas de la cara con el dobladillo de su camisa.

—Que se vayan al infierno —murmuró.

—Ya lo hice —dijo ella.

La atrajo contra él de nuevo y la abrazó.

—Deberías habérmelo dicho.

—Creí que ya había terminado.

—Los habría matado de haberlo sabido. Los habría cazado y matado como los jabalíes en celo que son.

—¿En serio? —ella resopló.

—Maté a un hombre antes por violación.

—Te deseaba, justo ahora, pero... —Ella apartó los ojos y sus mejillas se calentaron—. Supongo que es demasiado pronto. Pensé que estaba preparada, pero...

—Deberías habérmelo dicho, Sienna. Habría ido más despacio. Pensé que...

—¿Me culpas?

—¿Culparte? ¿Por qué debería...?

—Conocí a una mujer que se ahogó en el lago cuando su marido la echó tras los ingleses…

—Conocí a un soldado que futtered una oveja, pero eso no significa que estoy a favor de los compañeros de cuatro patas. —Se levantó y caminó hacia la ventana, echando hacia atrás las contraventanas interiores y mirando hacia la calle de abajo—. No lo sabía, Sienna —dijo—. Te juro que no sabía que corrías ese peligro o yo mismo te habría llevado al castillo de Edimburgo.

Se deslizó por el extremo opuesto de la cama, se puso detrás de un biombo y empezó a vestirse.

—No puedo ir a América contigo —dijo.

—Puedes y lo harás. —Él se volvió hacia ella—. Hay poco para ti en Inglaterra, y Escocia sería una sentencia de muerte. —Se dejó caer en la silla y buscó sus medias—. Puede que aprendas a que te guste América, Sienna. Es una tierra nueva, sin los viejos odios.

—Todavía me quieres, a pesar de que los hombres han…

—Lo que pasó no tuvo nada que ver contigo. No fue culpa tuya.

—Nunca me has dicho por qué te casaste conmigo —le recordó ella mientras se asomaba por detrás del biombo.

—No, no lo he hecho. El por qué no es importante. Lo importante es que sigamos adelante con nuestras vidas. Quiero hacer un trato contigo, Sienna. Si aceptas vivir como mi esposa durante dos años, te dejaré ir después.

—En América. —Ella forcejeó con una hilera de pequeños botones.

—Sí. Allí estarás a salvo.

—Y durante estos dos años, ¿esperas que comparta tu cama y tus fortunas?

—Mi fortuna, sí. Tendremos que trabajar en la parte de la cama.

—Sí —respondió ella—. Ya lo veo.

—No más amenazas, y no más intentos de huir.

—¿Cuándo he intentado huir?

—¿Cuándo te he dado la oportunidad?

—Dos años es mucho tiempo —disimuló—. Tendría que pensarlo

—Estoy cansado de las peleas y de las discusiones. Creo que la oferta es justa. Dos años no es mucho pedir, después de lo que me ha costado tu liberación.

—Yo no te pedí tu ayuda —le recordó ella mientras salía de detrás del biombo.

—Pero te enorgulleces de ser una mujer que paga sus deudas.

—¿Quién te ha dicho eso?

Las comisuras de su boca se torcieron en una sonrisa tan perversa y dulce como la miel robada... una sonrisa que la hizo estremecerse por dentro.

—¿Sí o no, Sienna? ¿Tenemos un trato?

—¿Cómo sé que cumplirás tu parte del trato: que me darás la libertad cuando se acabe mi tiempo?

—Tendrás que confiar en mí —respondió.

—Sí, confiar en un inglés. —Salió de detrás del biombo.

—¿Y bien?

—¿Puedo pensarlo?

—No. Se me ha acabado la paciencia.

—Sí —respondió ella.

—Sí, ¿qué? Sí, mi paciencia se ha agotado, o sí, ¿tenemos un trato?

—Sí, seré tu esposa. —Sus ojos se abrieron de par en par con incredulidad cuando ella se puso de puntillas y le besó ligeramente en los labios—. Un beso de paz, Sassenach —dijo ella—. Para demostrar la buena voluntad que existe entre nosotros.

—¿Y a qué debo este repentino cambio de opinión? —le preguntó él con suspicacia.

—A la razón, simple y llanamente. ¿Por qué debería seguir luchando en una batalla que obviamente estaba perdida desde hace tiempo?

—Si no fueras escocesa y pelirroja, me resultaría más fácil aceptar este repentino ataque de lógica.

Ella se rió.

—Deberías alegrarte. Has ganado.

—Lo sé —dijo él—. Eso es lo que más me preocupa.

Capítulo 9

Cuando Sienna y Dylan habían subido a bordo del Galway Maid –un buque mercante con destino a Charles Town, Annapolis y Boston, con un cargamento de porcelana y aperos de labranza, ella había tenido la intención de mantener el trato que habían hecho en la cama del alojamiento de la viuda.

Pero había aceptado los dos años de matrimonio de Dylan después de haberle permitido imprudentemente libertades sexuales, y su propio deseo feroz por su abrazo había podido más que su sentido común.

Ahora, mientras los marineros desplegaban las velas y la primera ráfaga de viento llenaba los lienzos, la finalidad de lo que estaba haciendo la golpeó con fuerza. Los hombres ya habían echado el ancla. La proa del Galway Maid giró hacia el oeste. Delante de ellos había miles de millas de mar abierto; detrás quedaban Escocia y un niño afligida que vigilaba el camino a su llegada.

Le había hecho una promesa a Dylan Ramsey, pero también le había prometido a Brodie que vendría a por él. No podía cumplir ambas promesas. Su hermano pequeño la necesitaba; su abuelo y su hermana la necesitaban. Cualquiera que fuera el impulso irracional que Dylan había seguido cuando la había arrebatado de la horca, se le pasaría. Pronto se daría cuenta de que estaba mejor sin ella. En América, nadie sabría que había intercambiado votos matrimoniales con una rebelde escocesa. Podría elegir otra esposa, una que compartiera voluntariamente su cama y

fuera madre de sus hijos.

De buena gana... Era la buena voluntad lo que la asustaba. ¿Qué muchacha de las Tierras Altas podía sentir placer al contacto de un hombre que había asesinado a su padre? ¿Cómo podía haber olvidado que Dylan Ramsey era su mayor enemigo? Obviamente, su arresto, violación y encarcelamiento habían mermado sus sentidos. Ella pertenecía a los suyos. Era una Stewart de nacimiento, una MacDowell por lazos de corazón y la viuda de un Kimbal. Su deber era para con sus parientes escoceses, no para con un inglés con las manos manchadas de sangre. Costara lo que costara, ella debía regresar a su pueblo.

Con ese pensamiento en mente, Sienna se apartó del lado de Dylan. En la confusión de la navegación del barco, era fácil deslizarse entre un clérigo envejecido y su corpulenta esposa. Para cuando Dylan se dio cuenta de que se había ido, ella ya había puesto el gran palo mayor de roble entre ellos.

Dejando caer su capa sobre la cubierta, se quitó los zapatos y se encaramó a la barandilla. Detrás de ella, un marinero maldijo y gritó una advertencia. Sienna se equilibró sobre la madera pulida y trató de juzgar la distancia que la separaba de las agitadas olas de abajo. Por el rabillo del ojo, vio a Dylan precipitarse por la cubierta hacia ella.

—¡Sienna, no! —gritó. Ella se zambulló por la borda.

El agua se cerró sobre su cabeza, cálida y abrazadora. Su ropa la mantuvo a flote al principio, luego el material se empapó y se hizo pesado. Abrió los ojos y se dejó hundir, cada vez más. El casco del Galway Maid estaba cerca, muy cerca. La estela submarina del buque era fuerte y le resultaba difícil evitar ser arrastrada bajo el barco.

Cuando hubo utilizado la mayor parte de su oxígeno, nadó hacia la superficie con fuertes brazadas. Casi en la superficie... Al llegar arriba, aspiró otra profunda bocanada de aire, chapoteó salvajemente y gritó una mentira escandalosa.

—¡No sé nadar! ¡Ayúdenme! ¡No sé nadar!

Alguien se zambulló en el mar junto a ella y se dio cuenta de que era Dylan. Rápidamente, dejó de patalear y se dejó hundir de nuevo. Él fue tras ella y ella se apartó retorciéndose. El agua era oscura y sucia. Si podía poner unos metros entre ellos, él nunca la encontraría.

Su cabeza golpeó algo duro; por un momento, se sintió desorientada, luego se dio cuenta de que había chocado contra el casco del barco. Inmediatamente, nadó más hondo. Siguió nadando hasta que llegó al fondo mugriento.

Le dolían los pulmones, tenía los miembros cansados, pero aún no podía subir a tomar aire. Era demasiado pronto. Se obligó a contar los segundos.

Era una nadadora fuerte. Seamus le había enseñado a nadar en la corriente rápida de un río de montaña. Pero el peso de su ropa agotó su voluntad. Por fin, comenzó la lucha hacia la luz del sol, con la esperanza de poner el barco entre ella y Dylan, esperando que él creyera que se había ahogado y abandonara la persecución.

Boqueó en busca de aire, parpadeando para limpiarse el agua turbia de los ojos, y vio con consternación que el Galway Maid se acercaba. Dos marineros ya estaban en el agua y un tercero empujaba un barril por la borda. Miró a su alrededor buscando a Dylan, no lo vio, y se preparó para sumergirse de nuevo.

Antes de que pudiera dar tres brazadas, él apareció a un brazo de distancia de ella. Intentó esquivarle de nuevo, pero esta vez él le agarró un puñado del pelo.

—Maldita seas, Sienna. —La angustia en sus facciones se convirtió en ira, y ella supo que era inútil luchar contra su férreo agarre. Cerró los ojos y dejó que la arrastrara de nuevo hacia el barco. Un marinero nadó junto a ellos y la agarró del brazo. Cuando llegaron al costado del Galway Maid, el primer oficial estaba dejando caer una escalera de Jacob por encima de la borda.

Mansamente, Sienna se agarró a la cuerda que se balanceaba y trepó lentamente por el costado del barco. Había fracasado. Ahora debía sufrir la ira del capitán y de la tripulación, así

como la de su marido. Lágrimas de vergüenza nublaron su visión. Las apartó parpadeando cuando sus pies descalzos tocaron la cubierta calentada por el sol. Cabizbaja, desafiante, se enfrentó a la multitud hostil.

El reverendo rezaba en voz alta. Su regordeta esposa la señalaba y balbuceaba perogrulladas. Dos marineros se reían a carcajadas, otro miraba lascivamente su forma empapada por el agua, mientras un moreno pasajero sacudía la cabeza y murmuraba su disgusto.

Desde el alcázar, el capitán del barco y el primer oficial la miraban con odio. El capitán estaba tan furioso que tenía la nariz de color rojo fuego y temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Qué locura es ésta, mujer? —exigió—. No permitiré bedlamitas a bordo del Galway…

—Mis disculpas por el vergonzoso comportamiento de mi esposa, señor. —Dylan saltó de la barandilla, mojado y goteando—. La responsabilidad es mía. Me encargaré de que sea debidamente castigada.

—No quiero ninguna loca en este barco —espetó el capitán.

Sienna abrió la boca para dar una respuesta contundente, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Dylan la agarró y se la echó al hombro.

—¡Bájame! —exigió ella—. ¡Dylan! ¡Bájame!

Ignorando sus gritos de rabia y sus forcejeos, la llevó más allá del palo mayor hasta la escotilla más cercana y bajó los empinados escalones hasta un oscuro pasillo.

—He sido paciente contigo por lo que has pasado, pero mi paciencia ha llegado a su fin.

Le golpeó la espalda con los puños.

—¡He dicho que me bajes! —El miedo a que la golpeara la mareaba. No se dejaría golpear por un hombre, marido o no. Dylan la había golpeado en la horca y no volvería a hacerlo. No dejaría que abusara de ella, no si valoraba su vida—. ¡Dylan! ¿Qué estás haciendo?

Se detuvo ante la puerta de un camarote y la abrió de golpe. Un farol se balanceaba desde la viga. Por la pálida luz amarilla, Sienna vio a una moza de servicio de labio leporino que los miraba fijamente.

—¿Qué...? —jadeó

—¡Fuera! —bramó Dylan.

Con un chillido aterrorizado, la sirvienta huyó de la habitación. Sus zuecos de suela de madera martillearon por el pasillo.

—¿Por qué? —exigió mientras arrojaba a Sienna sobre la amplia caja de una litera superior —. ¿Por qué intentaste ahogarte? ¿Tan malo es estar casada conmigo?

Sienna se dio la vuelta y retrocedió hasta la esquina más alejada de la cama.

—Mantén las manos quietas —le advirtió.

—¡Santo cielo! —Se dio la vuelta, tropezó con un baúl abierto y se apoyó en la pared con un brazo—. ¿Por qué? ¿Por qué, Sienna? ¿Por qué, en nombre de todo lo sagrado, me atormentas de esta manera?

—No intentaba ahogarme.

—¿No? Hiciste una buena imitación. —Dio una patada al baúl—. ¿Por qué? ¿Por qué saltaste por la borda?

Ella tragó saliva.

—Quería que pensaras que me había ahogado.

—Su excusa sonaba tonta, incluso a sus propios oídos.

—Estás loca —replicó—. He arruinado mi vida y me he casado con una mujer que tiene lana por cerebro.

—Ya te dije que... —empezó ella—. No es que tenga lana por…

—Cállate. No digas ni una palabra. —Dio otra patada al baúl, esparciendo zapatos de señora y estancias por las cajas amontonadas—. Cualquier cosa que me digas está destinada a ser mentira.

—No. —Ella le miró a los ojos, luego bajó la mirada—. Era mi última oportunidad. Antes de América. Ye canna blame me. Tú harías lo mismo.

—Quítate la ropa —ordenó él con severidad.

El miedo que se había atenuado en su interior se encendió de nuevo.

—No seré golpeada y no seré violada.

—¿Golpeada? ¿Violada? —Hizo un sonido de desprecio—. ¿Te he pegado? Dios sabe que te lo mereces, pero ya te lo he dicho antes, no usaré los puños con una mujer. Y créeme, la violación es lo último que tengo en mente. Quiero que te quites esa ropa mojada antes de que te mueras y contagies a todas las almas de este barco.

—No me desnudaré para ti, Dylan Ramsey. Y si estoy tan débil que un baño en el puerto acaba conmigo, de todas formas no viviré hasta que lleguemos a las Colonias.

Él volvió a maldecir, y ella vio cómo la vena palpitante de su garganta se hinchaba con una ira apenas controlada.

—¿Ves esta habitación? ¿La ves?

—Sí —respondió ella con más valor del que sentía—. ¿Qué hay de ella?

Era un camarote pobre y mezquino con dos juegos de literas, una tabla desnuda colocada en un rincón a modo de mesa y un único farol de aceite de ballena. La litera en la que se sentó estaba apoyada contra el casco, y las tablas estaban húmedas y musgosas.

—Compartirás esta habitación con otras seis mujeres. No quiero ver tu cara en cubierta durante la próxima semana. Puedes comer aquí, dormir aquí, y atender a tu…

—Este lugar huele como un cubo de pescado. ¿Esperas que viva durante semanas con seis mujeres…

—Tienes suerte de tener una litera para ti sola. Me costó extra.

—¿Y tú? —le espetó—. ¿Tienes un camarote privado? Te juro que no estás encerrada en un armario maloliente con extraños desaseados.

Él se sonrojó.

—No puedo permitirme un camarote privado para nosotros, Sienna. El soborno que pagué para salvarte de la horca fue el salario de un año.

La desconsideración de su lengua la hizo recuperar la sobriedad.

—Lo siento —dijo—. No pretendía burlarme de ti por el grosor de tu bolsillo. Siendo un oficial de los dragones del rey, tú…

—No más. Eso ha quedado atrás. Soy simplemente Dylan Ramsey, un tonto que intentó…

Ella estornudó.

—¿No nos hemos insultado ya bastante por una mañana? Intenté escapar y fracasé. Ahora, cumpliré nuestro trato. Dos años y luego…

—¿Lo harás? —Él la miró con el ceño fruncido—. No puedo confiar en ti. Ya me lo has demostrado.

Ella se encogió de hombros.

—¿Tienes que guardarme rencor? Como he dicho, era mi última oportunidad. Ahora, estoy atrapada contigo. Sé nadar, pero no puedo caminar sobre el agua.

Dio unos pasos hacia la puerta y volvió a mirarla.

—No tienes ningún concepto del honor, ¿verdad? Romper tu palabra no significa nada.

—El honor es la palabra de un hombre —se burló ella—. Las mujeres no jugamos a juegos tan tontos. No tenemos el lujo de reglas inventadas. Cuando jugamos, es para mantenernos.

—Estás hablando en acertijos, Sienna. Todo lo que sé es que me hiciste la promesa de que vivirías conmigo como mi esposa durante dos años y has estado a punto de incumplirlo. Tus cosas están aquí, en algún lugar de este desorden. Cámbiate. Y si causas algún problema, te juro que te tendré atada y amordazada y metida en un barril en la bodega.

—Me parece excesivo —reprendió.

—Me has dejado en ridículo, mujer —respondió él con rigidez—. Si el capitán Daniels se hubiera negado a permitirnos permanecer a bordo, no habría tenido dinero suficiente para comprar pasaje en otro barco.

—Dije que lo sentía.

—Dices mucho, Sienna, pero quieres decir poco. Nos queda poco dinero para viajar a la frontera y empezar en América.

—Seguro que no esperas que me quede abajo todo el viaje. Moriré aquí abajo en este agujero del diablo que es un armario.

—No quiero verte y no quiero oírte. Aléjate de mí. Te lo advierto.

—Como quieras —respondió ella.

Salió de la cabina, maldiciendo en voz baja. Cuando ella había saltado por la borda del barco, él se había quedado atónito. No había soñado que ella se arriesgaría a morir para no cumplir su parte del acuerdo. La idea de que podría haberla perdido para siempre le estremeció hasta los huesos. Un escalofrío le recorrió.

Ella estaba destinada a ser suya. Estaban unidos espiritualmente. ¿Por qué ella no podía verlo? Desde que la había visto en su búsqueda de la visión, había sabido, en el fondo, que ella tenía su futuro en sus manos. Pero ahora que la había encontrado y había cambiado toda su vida

por ella, se negaba a desempeñar su papel.

Se acercó con fuerza a la borda del barco, agarrándose inconscientemente a la barandilla. Sus ropas aún estaban empapadas y el viento enérgico le daba escalofríos, pero no les prestó atención. Miró hacia el puerto, observando cómo los barcos anclados y los edificios se hacían cada vez más pequeños en la distancia.

—Te quiero, Sienna —murmuró—. ¿Por qué no puedes verlo? ¿Y por qué no puedes amarme un poco a cambio?



Como Sienna había temido, la mayoría de las otras mujeres que compartían su camarote se marearon rápidamente. En el segundo día de navegación, el Galway Maid se encontró con mal tiempo y el barco se sacudió y se balanceó como un corcho en un molino.

Sienna se puso de espaldas a la habitación e intentó acallar el olor a vómito y los sonidos de llanto. Nunca había estado en el mar, pero el balanceo del barco le recordaba el galope de un caballo. Si hubiera estado en cubierta con la brisa salada en la cara, en lugar de en este estrecho camarote, estaba segura de que habría disfrutado del viaje, incluso cuando las olas se convirtieron en olas blancas y el viento aulló a través de las velas.

La esposa del reverendo Stark era la peor de las compañeras de camarote de Sienna. Mistress Trumby y sus gemelos de catorce años enfermaban repetidamente, y la anciana Agnes Williams roncaba constantemente y sufría de flatulencias. Pero Margaret Stark se tumbaba boca arriba en la litera de debajo de la de Sienna y gemía y rezaba en voz alta durante horas y horas. Afortunadamente, su criada tenía un estómago más fuerte que el de su ama, pues la muchacha se mantenía ocupada corriendo arriba y abajo vaciando cubos de bazofia y limpiando la sucia ropa

blanca de su ama.

El agua goteaba por la pared del casco, humedeciendo las mantas de Sienna y resfriando a las gemelas Trumby. Cuando la sirvienta empezó a estornudar, Sienna no pudo soportarlo más. Abandonó el camarote y subió a cubierta.

Haciendo caso omiso de las miradas de los tripulantes, encontró un lugar apartado cerca de la popa del barco y dejó que el sol y el mar se llevaran las imágenes y los olores de la enfermedad. No llevaba allí ni una hora cuando Dylan se le acercó.

Giró la cabeza, intentando ignorar el estremecimiento de excitación que la recorrió al ver sus facciones bronceadas por el sol y sus penetrantes ojos oscuros.

Le pasó un brazo despreocupadamente por los hombros.

—¿No piensas ir a nadar, verdad? —preguntó sarcásticamente.

—Esta mañana no —respondió ella, sacudiéndose el brazo. Se negaba a verse arrastrada a otra discusión con él. Si se peleaban, ella sabía que él la mandaría abajo otra vez. Un día más de lamentos de Mistress Stark y Sienna sabía que perdería la cabeza.

—No estás enferma, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza—. No.

¿Por qué mirar a Dylan siempre le aceleraba el corazón? Los recuerdos de su tiempo juntos en el alojamiento de la viuda pasaron por su mente, y sintió que sus mejillas se calentaban al imaginárselo de pie ante la chimenea desnudo hasta la cintura. La amplia extensión de su pecho liso, los músculos hinchados de la parte superior de sus brazos y la forma en que su pelo desatado caía sobre sus hombros eran suficientes para hacer que una monja santa renunciara a sus votos.

Y ella nunca había sido monja.

Le apartó un rizo rebelde de los ojos y ella se estremeció ante el calor de su tacto.

Su mirada negra centelleó con picardía.

—Tranquila —la tranquilizó, como si fuera una yegua huidiza. Una lenta sonrisa reveló sus dientes blancos y parejos—. Paz, pequeña esposa. Te he traído un regalo.

—No necesito nada de ti —replicó ella bruscamente. Pero lo hizo. Que el cielo la ayudara, lo hizo.

—Confía en mí. Esto te gustará. —Rebuscó en un bolsillo y sacó una gorda manzana verde de verano—. Cómete esto —le dijo, ofreciéndoselo.

—¿Está envenenada? —Las palabras salieron antes de que ella pudiera guardar su lengua ácida, pero arrebató la fruta antes de que él pudiera retractarse de su oferta.

Él se acercó más, observándola con esos ojos de demonio que parecían arder en su piel.

—No debes preocuparte por eso. Si me llevas al asesinato, lo sabrás. Eres una mujer exasperante, Sienna Ramsey.

Sienna Ramsey. ¿Era ese su nombre ahora? No Kimbal, sino Ramsey. Qué extraño sonaba. Sacudió la cabeza. No estaría bien pensar demasiado en eso. Lo siguiente sería preguntarse por qué, si era una esposa, no estaba cumpliendo con los deberes de una esposa para con su marido.

—Algunos hombres me han llamado difícil antes, pero no les creo —respondió.

Le echó la capa con capucha hacia atrás y sus dedos le rozaron la sien. Ella se estremeció, pero no por el viento frío del agua. Entonces, una repentina ráfaga atrapó su gorro de lino, haciéndolo volar sobre las olas.

—Lo siento —dijo roncamente—. No era mi intención que perdieras la gorra.

Se quedó mirándole el pelo. Lo había trenzado en dos trenzas y las había enroscado alrededor de su cabeza como una corona. La gorra las había mantenido firmemente en su sitio, pero ahora el viento hacía estragos con los mechones rebeldes.

—Es sólo un gorro —dijo—. Tengo otro. —No era el sombrero del que hablaba y ambos lo sabían—. Me has proporcionado un generoso guardarropa y te estoy agradecida.

—Las otras mujeres... ¿son amables contigo?

Ella se rió.

—¿Amables? ¿Con un escocés?

Había pocas posibilidades de que eso sucediera. La abuela Williams hacía comentarios groseros cuando estaba despierta, y mistress Trumby había prohibido a sus hijas que hablaran con Sienna. En lugar de eso, se limitaban a mirarla con caras estúpidas y hoscas.

—Aún no hemos intercambiado golpes. —Ella le sonrió—. Como me pedís, me porto lo mejor posible.

—Procura seguir así.

Lustró la manzana que llevaba en la manga y la mordió. La fruta era ácida pero jugosa, y ella saboreó el agudo mordisco en su lengua. Él permaneció a su lado en silencio mientras ella terminaba la manzana, y su compañía le pareció extrañamente reconfortante.

—Guarda las semillas y las plantaremos en nuestra tierra —dijo.

—¿Crecen manzanas en América? —Nuestra tierra, había dicho. Nuestra tierra. La idea la emocionó—. ¿Cómo es? ¿La colonia de Maryland? He oído hablar de los hombres rojos y de los grandes árboles, pero sé poco más. ¿Tendrás ovejas y vacas? Soy una buena ordeñadora y bato la mantequilla más dulce que hayas probado.

—Hay grandes extensiones de bosque virgen —dijo—, con árboles tan altos y anchos como las torres de Londres. Y hay ríos claros y rápidos, y una bahía como nunca has visto. De la rica tierra crece trigo, y maíz, y tabaco. Hace mucho tiempo que yo mismo estuve allí, pero recuerdo cielos oscuros con bandadas de gansos y...

Sienna se encontró escuchando con avidez sus historias de la tierra salvaje. Durante minutos que se alargaron hasta convertirse en horas, estuvo junto al hombre que era su mayor enemigo y compartió su sueño de una tierra indómita al oeste... un lugar donde las aguas rebosaban de peces y la tierra hambrienta esperaba semillas de manzana. Y durante un rato, ambos olvidaron sus agravios y rieron juntos y hablaron como cualquier pareja de recién casados con destino a una nueva vida y un futuro brillante.



Muy al norte de Dover, en Escocia, en las afueras del asentamiento de Fort William, un niño pequeño observaba la carretera y se secaba las lágrimas de su rostro mugriento con el dorso de la mano.

—Sienna dijo que vendría a buscarnos. Lo prometió.

El gran Fergus se detuvo y se secó el sudor de su ancha cara. La roca en precario equilibrio sobre su hombro pesaba más que un ternero de seis meses, pero eso no le preocupaba tanto como la angustia del niño. Pensar le resultaba difícil. Era lento; lo sabía. Siempre lo había sabido. Y hacía tiempo que había renunciado a intentar resolver las cosas por sí mismo y se había concentrado en seguir órdenes.

Lady Sienna había confiado al pequeño jefe a su cuidado.

—Ve con él y protégelo —le había dicho—. Más que Dios, cuento contigo. —Ésas habían sido sus palabras. Fergus las había repetido una y otra vez en su mente. No le gustaba recordar el resto de lo que ella había dicho... la parte de los sabuesos fantasmas comiéndole la piel y los huesos. A Fergus no le gustaban las cosas que daban miedo, como los sabuesos y los embrujados.

Los muertos a secas no le molestaban. Había visto muchos muertos en su vida, más este último año que nunca. Pero había encontrado un buen trabajo cavando tumbas desde que llegaron a Fort William. No, los muertos no molestaban a nadie. Pero los fantasmas... Un escalofrío le recorrió sólo de pensar en ellos.

—¡Fergus! ¡A trabajar! ¿Crees que este muro se construirá solo? —gritó Artair Cameron.

También gritó más, cosas feas sobre que Fergus era tan estúpido como una roca, pero Fergus no hizo caso. Se limitó a dejar caer la piedra en su sitio y fue a coger otra. Le gustaba construir vallas de piedra. Todo lo que tenía que hacer era levantar y cargar. Alguien más listo le diría dónde poner las piedras. Fergus miró de nuevo a Brodie Era muy pequeño para ser el MacDowell de Glen Garth, pero Fergus supuso que crecería con el tiempo. Brodie era inteligente. Pensar nunca le molestaba y tampoco insultaba a Fergus.

Sería un laird al que un hombre podría estar orgulloso de servir.

—¡Chico! —gritó Artair—. Deja de lloriquear y trae aquí esa bolsa de agua.

Fergus frunció el ceño. Artair también era malo con Brodie. No le importaba que Brodie fuera el heredero de Glen Garth ni que su padre hubiera muerto en Culloden Moor. Había pagado a los parientes de Lady Sienna, los Stewart, por el contrato del muchacho, y ahora lo hacía trabajar duro. Brodie había llorado mucho cuando Artair había vendido su poni. Y Artair seguía amenazando con deshacerse del perro pastor de Brodie. Brodie estimaba mucho a ese perro. Fergus no creía que el chico pudiera soportar que Artair matara a su perro.

—Gran Fergus. ¡Gran Fergus!

Fergus miró hacia abajo. Brodie tiraba de su brazo. Fergus le sonrió y se inclinó para mirar al muchacho directamente a los ojos.

—Sí, pequeño laird, ¿qué pasa?

—Le ha pasado algo a Sienna —respondió el niño.

—¿Qué? —Fergus se quedó con la boca abierta. Se enderezó y miró a su alrededor—. ¿Qué le ha pasado a Lady Sienna? —preguntó asombrado. No veía nada raro. Lo único que se movía por el camino era un rebaño de ovejas.

—Ella dijo que vendría —insistió Brodie—. Ella lo prometió. Si no ha venido es porque algo va mal. Ella necesita nuestra ayuda, Fergus.

Fergus parpadeó. Artair estaba gritando de nuevo, pero no le hizo caso. Brodie había dicho que la dama necesitaba su ayuda.

—Nos vamos a casa —declaró Brodie—. A casa, a Glen Garth.

Fergus se mordió el labio inferior, intentando recordar si la señora había dicho algo sobre no volver a casa. Mientras lo estudiaba, Artair se acercó corriendo y le dio un revés a Brodie Una ola negra de ira se apoderó de Fergus.

—¡No! —gritó—. ¡No le pegues al niño!

Brodie se puso en pie. La sangre le corría por la barbilla y el labio se le hinchaba como la vejiga de un cerdo.

—¡Me voy a casa! —gritó desafiante.

—Harás lo que te digo, pequeño bastardo —dijo Artair. Golpeó con su puño cerrado la cabeza de Brodie

El brazo de Fergus bloqueó el golpe.

Artair se volvió contra él. Su mano se dirigió al puñal que llevaba en la cintura. El cuchillo se deslizó fuera de la funda de cuero con un siseo, y la hoja de acero parpadeó bajo el sol ardiente.

—¡Gran Fergus! —gritó Brodie

Fergus pretendía arrancar el arma de la mano de Artair. Pero el cuchillo le hizo un tajo en

el antebrazo, y el dolor le hizo reaccionar sin pensar. Cuando la niebla negra desapareció de su cabeza, Brodie tiraba de su pierna y Artair yacía contra la pared de piedra.

Artair no se movía.

Algo le decía a Fergus que Artair no se levantaría, ni entonces ni después.

Miró al chico.

—Le hice daño, Brodie. Le he hecho mucho daño. ¿Qué hago ahora?

Los pequeños dedos de Brodie se entrelazaron con los suyos.

—Vamos a Glen Garth a buscar a Sienna y al abuelo James.

Fergus volvió a mirar la forma desparramada de Artair.

—Le hice mucho daño.

—Era un hombre malo.

Fergus sintió un nudo en la garganta.

—¿No estás enfadado? —Brodie negó con la cabeza—. Hiciste bien.

—¿La señora no pondrá a los sabuesos fantasmas sobre mí?—

—No, no lo hará. Te lo prometo. —Silbó al perro pastor blanco y negro—. Vamos, Gran Fergus. Nos vamos a casa.

Capítulo 10

Annapolis, colonia de Maryland 24 de diciembre de 1746

Enormes copos de nieve blanca descendían perezosamente para empolvar los astilleros del barco, escarchar las barandillas y el bauprés, y yacían en montones espumosos entre los fardos y barriles apilados que se amontonaban en la cubierta. Sienna permanecía de pie en medio del barco, envuelta en su capa de lana, ajena al aire salobre y a los estridentes gritos de las gaviotas que se abalanzaban sobre ella.

Los pasajeros y la tripulación se agolpaban en la barandilla, mirando y señalando el grupo de edificios que había más allá de la plaza del mercado, y saludando a la gente en tierra. En medio de toda la agitación, Sienna se sentía tan sola y confusa como nunca lo había estado en la cárcel.

Por fin estamos aquí, pensó. Así que ésta es la colonia de Maryland a la que hemos llegado tan lejos. Habían pasado meses desde que el Galway Maid había zarpado de Dover. Desde entonces, la tripulación y los pasajeros habían soportado tormentas y becalmadas, cólera, sarampión y viruela. Una goleta pirata francesa les había disparado frente a la costa de las Canarias, y dos balandras españolas les habían perseguido durante días en las cálidas aguas del Caribe.

La enfermedad y la mala suerte habían hecho mella en los compañeros de camarote de

Sienna. La vieja Mistress Williams había abandonado el fantasma a medio camino del Atlántico; uno de los gemelos Trumby había muerto de fiebre, y la criada del reverendo Stark se había caído por la borda y había sido devorada por los tiburones un día fuera de Jamaica.

Sienna se había mantenido notablemente fuerte. Cuando había descubierto que Agnes Williams había traído dos vacas a bordo del Galway Maid, se había ofrecido voluntaria para cuidar de los animales y ordeñarlos mañana y noche. Se suponía que la leche abastecería la mesa del capitán, pero Sienna se aseguró de beber su parte. El aire marino le había estimulado el apetito y estaba constantemente hambrienta. La mayoría de las mujeres abandonaban el barco pálidas y con aspecto demacrado; ella había recuperado los músculos y las curvas que había perdido en las mazmorras del castillo de Edimburgo.

Escocia y la tragedia de Culloden parecían haber ocurrido hacía casi toda una vida. En tanto tiempo, su abuelo podría haber fallecido. Su hermana, o incluso Brodie, podrían estar muertos. Giró la mano con la palma hacia arriba y observó cómo los copos de nieve caían y se derretían allí. ¿Estaban las tumbas de sus seres queridos blancas con la nieve también? se preguntó. ¿O habían encontrado una forma de sobrevivir bajo el puño del carnicero Cumberland?

Miró alrededor de la cubierta pero no vio a Dylan. Probablemente seguía con ese marinero de cubierta, decidió. En Canarias, el Galway Maid había contratado a un nuevo tripulante, Beck Erikson, natural de Lewes, en la bahía de Delaware. El marinero había sido agricultor antes de hacerse a la mar y pudo responder a muchas de las preguntas de Dylan sobre las épocas de siembra y los cultivos en las colonias del Atlántico medio.

Dylan anotó detalladamente en un diario todo lo que Beck le había contado.

—Viví en América de niño —le había explicado Dylan en una de las ocasiones en que habían compartido unas horas juntos—, pero no sé mucho de agricultura aparte de lo que he leído en los libros. La gente de mi madre cultiva maíz y judías, pero los campos se consideran trabajo de mujeres. Los hombres Shawnee son cazadores y pescadores. Tengo mucho que

aprender si quiero convertirme en un agricultor de éxito.

Aparte de breves periodos en cubierta, y una vez cuando habían desembarcado en Jamaica, Sienna había visto poco a Dylan. No eran lo bastante importantes como para ser invitados a cenar a la mesa del capitán, y Dylan apenas podía acercarse al abarrotado camarote de las pasajeras para hablar con ella. Puesto que él dormía en el fo'-c's[3] le con la tripulación, ella no podía aventurarse allí aunque hubiera querido, cosa que no había hecho. Al menos, eso era lo que se había convencido a sí misma.

Aunque Dylan y ella habían tenido pocas oportunidades de estar juntos durante el viaje, sentía que le conocía mucho mejor que cuando habían zarpado de Inglaterra. Tenía una mente ágil, buen sentido del humor y una evidente pasión por aprender todo lo que pudiera ayudarle en su nueva vida. A pesar de sus diferencias, ella había encontrado mucho que admirar en su autocontrol y su fuerza.

Él la deseaba. Ella lo veía en su rostro; lo oía en su voz ronca. Lo leyó en su mirada oscura y penetrante que parecía abrasarle la piel más que el implacable sol que la cubría.

Él la deseaba, pero no la había forzado sexualmente. Era su legítimo esposo, pero no había utilizado su derecho sobre su cuerpo como un arma contra ella. Si lo hubiera hecho, ella habría podido reunir toda su voluntad para luchar contra él. Así las cosas, ella pensaba en él día y noche.

Él rondaba sus sueños.

Se descubrió a sí misma hilando inconscientemente fantasías que la hacían sonrojarse de color carmesí a la luz del día. Eran vuelos lascivos, descaradamente sexuales, de fantasías que ninguna mujer decente podría admitir haber concebido, ni siquiera con su marido.

Y habían empeorado desde el día en que el barco había anclado en Kingston, Jamaica, para aprovisionarse de agua y alimentos frescos. La mayoría de los pasajeros y la tripulación habían

bajado a tierra, y ella había aceptado la invitación de Dylan de pasar la tarde en tierra firme. Había empezado de forma bastante inocente.

Pero se había dejado llevar por la emoción de ver la ciudad isleña y se había comportado como una tonta. Incluso ahora, las alas de pájaro revoloteaban en la boca de su estómago cuando pensaba en la deliciosa comida y la botella de vino que ella y Dylan habían compartido en una pequeña posada con vistas al puerto.

Los colores vivos y los olores exóticos se arremolinaban en su cabeza cuando recordaba el sol ardiente, las palmeras meciéndose y el palpitar de los tambores africanos y las guitarras españolas. Había devorado la fruta fresca, el pan crujiente y el cerdo asado caliente que una sirvienta de piel morena les había traído, y luego había contemplado escandalizada cómo la misma muchacha se había despojado de la blusa y la falda y bailaba descalza con una enagua de flores escarlata y un corpiño que apenas le cubría desde el pezón hasta medio muslo.

La mujer, apenas más que una niña, había agitado su larga melena oscura y movido su cuerpo de formas que Sienna no habría creído físicamente posibles. Enormes anillos de oro colgaban de las orejas de la bailarina; sus pies marrones eran largos y estrechos, con las uñas pintadas de un rojo chillón. Sus ojos eran lánguidas rendijas, tan negras como el pecado, y cuando su mirada se encontró con la de Dylan, los labios de la trola dieron forma a una promesa tácita de perversas delicias.

El apetito de Sienna se había desvanecido de repente. El acalorado ritmo de cuerdas y tambores sonaba áspero en sus oídos. Los pimientos verdes y la cebolla que le habían parecido tan picantes y deliciosos se convirtieron en arcilla en su boca. Dylan no gritó ni metió monedas entre los pechos altos y erguidos de la bailarina como hicieron otros clientes, pero Sienna notó la aceleración de su respiración y el brillo depredador que había llenado sus ojos mientras observaba.

—Llévame de vuelta al barco —exigió Sienna.

—¿Tan pronto? No zarpamos hasta la marea vespertina —replicó él.

—Sin duda encontrarás algo o a alguien para llenar el tiempo —le espetó ella—. Estoy segura de que podrás tenerla por el precio de un vestido nuevo... o tal vez no tendrás que pagarle nada. Los dos parecíais…

Dylan se rió de ella.

—Estás celosa.

—¿De qué, si se puede saber? —Su voz era más alta de lo que había pretendido. La pareja de la mesa de al lado la miraba fijamente. Avergonzada, se levantó y huyó de la posada por unas puertas francesas abiertas que daban a un jardín.

Dylan la siguió, moviéndose más deprisa de lo que ella había previsto. La atrapó cuando sólo había dado unos pasos por el tortuoso paseo de baldosas rojas. La atrapó y la hizo girar, luego la tiró contra él y cubrió su boca con la suya y la besó con toda la pasión desatada que había despertado el baile de la jamaicana.

Sienna estaba demasiado aturdida para forcejear. Con una mano, Dylan tanteó su gorro y le soltó el pesado cabello. Con la otra, le apretó el centro de la columna, sujetándola con fuerza mientras su beso la abrasaba con la ardiente intensidad del sol de la isla.

Sabía a vino y a pimientos picantes, y olía a tabaco y a cuero y a hombre limpio y viril. Y había un aroma a algo más... algo que ella sólo podía definir vagamente como el aroma del calor carnal.

—Sienna —susurró roncamente—. Es a ti a quien deseo.

El deseo la atravesó.

Sabía que debía rechazar su grosero asalto. Gritar pidiendo ayuda... golpearle... Pero el aroma embriagador de las orquídeas era abrumador... la cadencia de los tambores demasiado irresistible... y el abrazo de él demasiado dulce.

El vino, pensó, el vino sin aguar era español y más fuerte de lo que estaba acostumbrada. Pero la palpitación de su corazón no era causada por el vino. Tampoco lo era el temblor de sus miembros.

Rompió el beso y la miró fijamente a los ojos. Y cuando volvió a inclinarse hacia ella, ella separó los labios para recibir el acalorado empuje de su lengua buscadora.

Él le pasó los dedos por el pelo, y cada roce hacía correr un nuevo río de emoción por sus venas. Y cuando él ahuecó su pecho entre sus fuertes dedos, ella sintió que se calentaba de deseo.

—Sienna... Sienna —murmuró él.

Ella levantó la mano y le acarició la mandíbula bronceada. Extraño, pensó, lo lisa que era para un hombre que hacía mucho que había pasado su tercera década. Pero la falta de barba de Dylan no le restaba atractivo; al contrario, ella encontraba su diferencia extrañamente irresistible.

De algún modo, habían recorrido los pocos escalones que conducían a una fuente de paredes de ladrillo. Dylan se hundió en la amplia repisa, tirando de ella con él. La hiedra crecía sobre los ladrillos musgosos, y las gotas de agua que salían rociadas de la boca de un delfín de mármol boca salpicaban la bata de Sienna. Él la estaba besando de nuevo. Ella se apoyó en él con la cabeza echada hacia atrás con deseo y los brazos alrededor de su cuello.

Es tan hermoso, pensó ella. Diablo negro inglés que es, tiene el rostro y la forma de un ángel caído.

—Eres mi esposa —le decía—. Mi esposa.

Había deslizado una mano bajo sus faldas. Sus dedos calientes y delgados acariciaron su pierna desnuda.

—¿Cuánto tiempo debo esperar? —le preguntó—. ¿Cuánto tiempo, Sienna?

Ella sintió los dedos de él rozar la cara interna de su muslo. Gimió e intentó apartarse, pero su cuerpo la traicionó. En lugar de eso, desplazó su peso para que los dedos buscadores de él

pudieran tocarla más íntimamente.

Volvió a besarla y ella cerró los ojos, atrapada en una lánguida red de placer erótico mientras él introducía dos dedos en su interior y la acariciaba suavemente. Suspiró, y las lágrimas se acumularon en las comisuras de sus ojos.

—Me deseas tanto como yo a ti —susurró—. Sienna, no puedo…

Y entonces oyó la risa gutural de una mujer. Endureciéndose, miró hacia la posada y vio a la bailarina bajando por el paseo del brazo de un marinero.

—Oh —gritó Sienna. Mortificada, se apartó de Dylan y dio la espalda a la pareja mientras intentaba atusarse el pelo y ponerse presentable. Dylan la rodeó con un brazo, pero ella se lo quitó de encima.

—No lo hagas —le suplicó—. No lo hagas peor de lo que es.

La risa de la muchacha negra se convirtió en estridentes carcajadas, luego se desvaneció cuando los pasos del marinero se hicieron más tenues.

—Sienna, eres mi esposa. No hay pecado en besar a tu marido —argumentó Dylan.

Ella se dio la vuelta y le culpó de su propia confusión y comportamiento licencioso.

—¿Crees que soy una vulgar mujerzuela que retoza con un hombre a plena luz del día en el patio de una casa pública?

Se rió entre dientes.

—Común no. Nunca común. Pero no puedes alegar que fuiste forzada.

—El vino se me subió a la cabeza —mintió ella, cogiendo su gorro de lino y atándoselo sobre el pelo—. No volverá a ocurrir, te lo aseguro.

—Oh, pero lo hará, mi pequeña gata infernal escocesa. Tienes demasiado amor dentro de ti para mantenerlo…

—¡Nunca! —había insistido ella—. Fue un error. No contigo, Sassenach. Y cuanto antes te des cuenta, mejor para los dos.

Ella había huido del jardín de vuelta a la seguridad del barco, y durante semanas después había mantenido las distancias con él. Pero no lo había olvidado. No... El recuerdo de aquel acalorado encuentro con Dylan permanecía tan caliente como la mantequilla en una sartén lamida por las llamas.

Había soñado con aquel patio una docena de veces. Soñado con las baldosas calentadas por el sol y el aroma de las flores tropicales... Soñado con el abrazo de Dylan y la sensación de su duro cuerpo encerrado con el de ella... Mientras estuvieron a bordo del Galway Maid, ella había podido esconderse de él, pero ahora que habían llegado a Maryland las reglas cambiarían. Estaría sola con él durante meses. Y no sabía cómo iba a evitar su exigencia de que fuera a su cama, o incluso si aún quería...

Respirando profundamente el aire frío, se echó hacia atrás la capucha y miró a su alrededor. El puerto de Annapolis era un lugar muy concurrido, a pesar de ser el día anterior a Navidad. Hombres, mujeres y niños bullían, gritando, maldiciendo y riendo. Perros y niños correteaban por el muelle de madera, desafiando a la gravedad y colmando la paciencia de sus mayores. Una yunta de bueyes se esforzaba bajo el peso de una carreta de ruedas altas mientras dos hombres negros luchaban por cargar un barril en un bote que ya cabalgaba bajo en el agua.

Sienna contó otras once embarcaciones de todos los tamaños y tipos en el puerto, algunas fondeadas, otras navegando hacia y desde el pequeño puerto. Mientras ella observaba, una tosca embarcación cortada con un solo tronco ahuecado y que ostentaba una sola vela remendada se interpuso en el camino del Galway Maid. Sienna estaba segura de que el viento y la marea arrastrarían al barco mercante por encima del bote de troncos, aplastando la carga de niños, cerdos chillones y gallinas del granjero. El primer oficial del Galway Maid bramó una orden; los marineros tensaron las cuerdas y el oficial hizo girar el gran timón a estribor.

Para gran alivio de Sienna, el Galway Maid esquivó a la embarcación más pequeña por la longitud de un remo. El granjero agitó el puño y maldijo, los marineros le devolvieron las maldiciones y la pequeña embarcación se deslizó hacia aguas abiertas.

—Estuvo cerca —dijo Dylan.

Sobresaltada, Sienna vio que había subido por su lado izquierdo sin que ella se diera cuenta.

—Te acercas sigilosamente a un cuerpo como un boyero —dijo ella, tratando de ocultar su temblor interior.

Él le subió la capucha por encima del pelo.

—Te estás mojando —replicó él.

Su voz profunda envió ondas de excitación por su espina dorsal, y a ella le costaba respirar.

—Estoy bien —protestó ella.

Él sonrió.

—No me gustaría que enfermaras en tu primera Navidad en Maryland.

—No me pongo enferma por unos copos de nieve. —Ella volvió a bajarse la capucha—. De lo que estoy harta es de este barco y de esas mujeres infernales en mi camarote. Incluso tu desierto me parecerá bueno.

Asintió.

—Y a mí. Huele este aire. Es tan limpio.

Ella olfateó

—Huelo a sal y a lona mojada.

—Cierra los ojos. ¿Qué más hueles?

Ella hizo lo que él le pedía.

—Alquitrán. No, hay algo más. Pino. Huelo pinos.

—¡Sí! Pino y roble, haya y…

Ella se rió.

—No se puede distinguir el olor de las hayas del roble, no tan lejos.

—Quizá no —convino él—, pero están ahí. Castaños y cedros, sauces y álamos. Más árboles que peces hay en el mar. Estoy en casa, Sienna. Que Dios me ayude, nunca pensé que me sentiría así. No veo la hora de pisar tierra. —Él tragó saliva y ella vio la cruda emoción parpadear en sus ojos—. Gracias a ti, estoy en casa.

Y yo no, pensó ella. Una oleada de tristeza la invadió, trayéndole recuerdos agridulces de los olores y sonidos familiares de Glen Garth.

—Hemos llegado a Maryland, pero no podemos partir hacia mi tierra en pleno invierno —continuó—. Allí no hay nada. Ni refugio para nosotros ni para nuestros animales. Partiremos en primavera. Por ahora, buscaré alojamiento para nosotros con Lord y Lady Kentington. El viejo conde es primo lejano de mi padre. Estoy seguro de que seremos bienvenidos en su casa. Fueron amables conmigo tras la muerte de mi madre. El capitán me dice que ambos estaban vivos y gozaban de buena salud la última vez que ancló en Annapolis.

—¿Será tan generoso este gran lord inglés si se entera que tu padre te ha repudiado? —preguntó Sienna. Su breve estancia en la finca del padre de Dylan aún le escocía, y no tenía ningún deseo de ir a otro lugar donde claramente no la querían—. Puede que no le complazca saber que tu esposa es una rebelde escocesa.

Dylan sonrió.

—Dudo que eso moleste a lord Kentington o a su señora. He estado fuera muchos años, pero una cosa puedo decirte. Maryland no es Inglaterra. Aquí las cosas se hacen de otra manera.

Los lazos de sangre, incluso los lejanos, se toman en serio.

—Como deberían ser en cualquier parte —estuvo de acuerdo.

—Lord Kentington tiene casi la edad de mi padre —continuó—, pero no se le parece en nada ni en disposición ni en comportamiento. Y su esposa, Leah, Lady Kentington, es medio escocesa. Estoy seguro de que le caerá bien. A todo el mundo le gusta.

Un marinero pelirrojo captó la atención de Sienna y, durante unos segundos, se quedó mirándole, perdiendo completamente la noción de lo que Dylan decía. El marinero se parecía tanto a Caleb de espaldas que los latidos de su corazón se aceleraron. Entonces la realidad la sorprendió en seco. No podía ser su grande y musculoso primo, el hombre que había arrojado sin ayuda de nadie a los tres hermanos MacDonald al lago; hacía tiempo que había muerto.

—...Kentington envía algunos de los mejores tabacos de la Colonia. Sé que puedo beneficiarme de sus consejos. —Dylan le tocó el brazo—. ¿Me estás escuchando?

—Haz lo que quieras entonces —murmuró ella—. Lo harás de todos modos.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos mientras la imagen del rostro pecoso de Caleb se formaba en el ojo de su mente. ¿Qué daría por volver a estar una hora con él? pensó. Caleb nunca había dejado de hacerla reír ni de levantarle el ánimo.

Dylan la agarró por los hombros y le dirigió una mirada larga y escrutadora.

—¿Tan mal te he tratado, Sienna?

—No —admitió ella.

—Tienes una coraza tan dura como un nogal —dijo él—. Pero rompe esa cáscara y la carne que hay debajo es dulce y tierna. Quiero ser yo quien encuentre ese tierno centro.

—A menos que te rompas los dedos en el intento —advirtió ella—. Porque no tengo intención de que me trague un Sassenach, entero o a trozos.

Pero más tarde, mientras seguía a Dylan por la pasarela y pisaba tierra firme, ocurrió algo extraño. El marinero que ella había tomado por Caleb pasó cerca de ellos y se estaba riendo, un rugido de alegría tan parecido al de su primo que ella se detuvo y miró al hombre con asombro.

Y entonces, dentro de su cabeza, oyó la voz retumbante de Caleb repitiendo las palabras que le había dicho en el funeral de su madre. Muerta está, Cally. Quiérela, recuérdala, pero no te arrastres a la tumba con ella. Porque si no saboreas cada bocado de vida que os queda, os burláis de vuestro Hacedor. El cielo o el infierno nos esperan a cada uno. Hoy, nuestro deber es vivir.

Dylan la cogió del brazo y la apartó del camino de una yunta de caballos.

—¿Sienna? ¿Estás bien?

Ella asintió, apresurándose a seguirle el paso. Caleb tenía razón. Cuando había bajado de aquel barco, había cortado la cuerda con su pasado. Llegaría el momento de volver a cruzar el mar y regresar con todos los que la esperaban. Pero por ahora, debía vivir lo mejor que pudiera. Si no lo hacía, se enfrentaría al desprecio de Caleb y tentaría la ira de Dios.

El infierno podría esperarla, reflexionó, pero por hoy, debía saborear cada bocado de la vida.



Como Dylan había predicho, se les ofreció hospitalidad en la gran plantación de lord Kentington en Chesapeake. Ni el conde ni su señora esposa estaban en la residencia, pero su hijo menor, el honorable Forrest Wescott, y su esposa, lady Kathryn Wescott, los recibieron como a parientes perdidos hacía mucho tiempo.

—Acabas de perderte a papá —dijo Forrest, estrechando la mano de Dylan con genuina

calidez—. Zarpó para Inglaterra no hace ni quince días. Es el último trimestre de mi hermano en Oxford, y padre quería ocuparse de algunos asuntos legales antes de ver a Brandon conseguir su piel de cordero.

Forrest era alto y bien parecido, de rizado cabello castaño y brillantes ojos azules, un caballero que Sienna suponía que estaría tan cómodo en la silla de montar de un caballo de sangre como aquí, en el salón de esta mansión ricamente amueblada.

De algún modo, en menos tiempo del que hubiera tardado en contarlo, Sienna se encontró sentada ante el fuego en el gran salón de la mansión, con los pies en un taburete y una taza de ponche navideño en la mano. Su anfitriona, la joven Kathryn Wescott, era una muchacha colonial de mejillas rojas cuyo evidente placer por tener invitados inesperados para las fiestas apenas podía contenerse.

Sienna no tuvo que hablar; Kathryn parloteaba tan alegremente como un duendecillo, haciendo preguntas sobre el viaje por el océano, ordenando a los criados que prepararan una habitación para Dylan y Sienna, acariciando a sus dos spaniels y riéndose de las bromas de su marido.

—¿Tu madre también fue a Inglaterra? —preguntó Dylan cuando pudo articular palabra.

Tanto Forrest como Kathryn-Kate, como ella pedía que la llamaran, parecían inteligentes, simpáticos y muy adecuados el uno para el otro. A menudo, uno empezaba una frase y el otro la terminaba, con lo que el primero se apoderaba del hilo argumental y corría con él. A Sienna le cayeron bien de inmediato, pero decidió que nunca antes había conocido a nadie que hablara tanto como esta pareja de recién casados.

—¿Madre? ¿A Inglaterra? —Forrest se rió y le guiñó un ojo a su esposa—. No…

Kate soltó una risita.

—Se ha ido a visitar a su familia. Nos casamos…

—En octubre —dijo Forrest—. Entonces los dos dijeron que deberíamos estar solos aquí. Pero…

—La Navidad no es Navidad sin invitados —intervino Kate—. Tenemos a mis hermanas y sus familias, y a papá y mamá, y a los vecinos que vienen mañana para…

—Para cenar —añadió Forrest—. Pero no es lo mismo que tener invitados en casa. Debéis considerar este como vuestro hogar hasta que el tiempo mejore y podáis partir hacia la frontera.

—Sienna es bienvenida a quedarse hasta que levantes tu casa, o cuando te venga bien —dijo Kate sin aliento—. Debe quedarse. La frontera no es lugar para…

Sienna levantó una mano.

—No podríamos imponérselo —dijo—. No por tanto tiempo. Sólo...

—Pero no es una imposición —insistió Kate—. En casa tenía cuatro hermanas y dos hermanos, y los primos. Forrest es un encanto, pero esta casa es demasiado grande para nosotros dos. Los criados realmente no cuentan. Sé lo nostálgica que estaba mi prima Mary cuando vino de Dublín el año pasado. Annapolis parecía el fin del mundo. Ahora, le encanta, y usted pronto sentirá lo mismo, señora Ramsey.

Dylan apartó con la mano a una criada que le ofrecía otra copa.

—Si su padre estuviera aquí…

—Tonterías —dijo Forrest—. Has venido a aprender sobre el tabaco, ¿no? No sé tanto como padre, pero nuestro capataz te enseñará la mayor parte de lo que sabe. Lo que necesites aprender, Jock puede enseñártelo.

—Lord Kentington dejó a Forrest a cargo de la plantación y de todos sus asuntos —dijo Kate—. Vosotros son de la familia, y hay cuatro, no, cinco dormitorios vacíos. Y tenemos todo este personal para cuidar de nosotros dos. Mi suegro se ofendería mucho si os mostráramos menos cortesía que él mismo.

—Tus padres fueron buenos conmigo cuando era niño —explicó Dylan—. Sólo pensé...

—Lo consideraré un insulto de la clase más grave si no aceptas la invitación de Kate —dijo Forrest—. Quédate, al menos durante la Navidad y la Noche de Reyes. Difícilmente podrás llevar a tu esposa a una posada pública. Están todas abarrotadas. Dentro de unas semanas, si se aburren con nosotros, podemos ayudarte a hacer otros planes.

Como nevaba con más fuerza que antes, Dylan no estaba en condiciones de discutir. Una hora más tarde, después de haber comido y compartido otra copa de vino con Forrest y Kate, un lacayo hizo subir a Dylan y Sienna a una espaciosa alcoba y al salón contiguo.

—¿Subo a una de las chicas para que ayude a la señora, señor? —preguntó el mozo. Dylan miró a Sienna.

—No. —Ella negó con la cabeza. Toda la tarde la había estado devorando con la mirada. Su mensaje era muy claro. Su paciencia había llegado a su fin—. Yo... puedo arreglármelas sola esta noche.

—Muy bien, señora. —Salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Dylan se sentó en la cama.

—Se siente algo más suave que mi litera a bordo del Galway Maid. —Palmeó la colcha de satén—. Acompáñame —dijo—. A menos que pienses dormir en una silla.

Se le puso la piel de gallina en los brazos. No pudo resistir una sonrisa mientras se acercaba al hogar y extendía las manos hacia el fuego crepitante. Ya había pasado la hora de consumar este matrimonio. Se preguntó cuándo había tomado la decisión y decidió que no importaba. Ella le deseaba tanto como él a ella.

Se volvió para mirar alrededor de la elegante cámara. La habitación era grande, con ventanas que daban a la bahía; al menos la vista sería del agua a la luz del día. Esta noche, la nieve se amontonaba en los alféizares y el aguanieve repiqueteaba contra los cristales.

Ella suspiró y le sonrió.

—Tus primos viven bien para vivir en las colonias —dijo, ganando tiempo. No sabía lo que acostarse con Dylan haría a sus planes de volver a casa. Estaba cansada de luchar contra él y contra sus propios deseos. A pesar del abismo que los separaba, Dylan era un hombre muy, muy atractivo.

Y ella había dormido sola durante mucho tiempo.

—¿Tienes intención de exigir tus derechos como marido? —le preguntó burlonamente.

—Sienna.

Él la miraba con esa mirada que parecía penetrar en sus pensamientos más profundos. Ella no podía quedarse quieta. Abandonó el fuego y se acercó a una ventana. No veía más que remolinos de nieve y oscuridad.

—Este juego se juega entre nosotros —dijo él.

—Sí —asintió ella—. Así es.

Su piel parecía demasiado tensa para su cuerpo. Le hormigueaban los pechos; sentía que las palmas de las manos le ardían.

—Y ahora...

—¿Y ahora qué? —La excitación la mareaba. Estaba sobria como una piedra, pero el suelo parecía balancearse bajo sus pies.

—Ahora es el momento de despejar el tablero y colocar las piezas para una nueva partida. —Cruzó la habitación y se colocó muy cerca de ella.

—¿Cuáles son las reglas? —Ella tragó saliva. Su corazón se aceleraba; cada respiración era un esfuerzo.

—Las inventamos sobre la marcha —dijo él. Le tocó la mejilla y ella se estremeció.

Él le rozó el labio inferior con el índice.

Su rostro se suavizó a la luz del fuego.

Bajando la cabeza, acercó sus labios a escasos centímetros de los de ella y deslizó los dedos por su pelo

—Sienna —murmuró.

Con un grito bajo, ella le echó los brazos al cuello y lo besó de lleno en la boca.

Capítulo 11

Su desmoronada resistencia se derritió en la llama incandescente de aquel beso febril. La calidez invadió el cuerpo de Dylan cuando él le levantó el peso de su cabello rojo dorado de la nuca, y sus labios recorrieron con besos calientes su cuello y su garganta.

—Sienna —susurró con voz ronca—. Quiero verte... toda tú. Déjame desnudarte. —Durante meses, había soñado con este momento, la había imaginado sonrosada y desnuda a la luz del fuego. Ahora que su sueño estaba a punto de cumplirse, quería que esta consumación fuera perfecta—. ¿Sienna?

Ella emitió un sonido ahogado que podría haber sido una protesta, pero no le detuvo mientras él empezaba a desabrocharle los pequeños botones de la nuca.

—Quítate el pelo —le dijo. La deseaba tanto que ya estaba agonizando. El olor de ella... el tacto de sus curvas cálidas y suaves era suficiente para ponerlo a cien. El crudo instinto le incitaba a tirarla al suelo y clavarle la polla en su dulce y húmeda hendidura, pero se obligó a mantener el control.

Si se precipitaba, perdería su voluntad. Y él deseaba complacerla casi tanto como satisfacer su propio y poderoso impulso.

Ella le miró a la cara.

—Por favor. Tienes un pelo tan bonito. —Besó su espalda desnuda y desabrochó otro

botón—. Quítate las horquillas. Deja caer tu pelo, Sienna.

Ella se estremeció.

Él le rozó el cuello con la punta de la lengua y ella inhaló bruscamente.

—Oh.

Olía a violetas. Aspiró profundamente, estremeciéndose.

—Quiero verte sólo con ese glorioso pelo.

Temblorosa, alargó la mano para soltarse una horquilla de marfil. Y cuando su collar se enredó en sus rizos, tiró de él con impaciencia. La desgastada cadena de plata se partió en dos y el colgante que siempre llevaba se deslizó hasta apoyarse en el hueco entre sus pechos.

Tocó el amuleto. Para su sorpresa, el metal estaba lo bastante caliente como para abrasarle los dedos.

—Se te ha roto el collar —murmuró.

Ella tiró del colgante y lo arrojó al otro lado de la habitación.

—Ya no lo quiero —dijo—. Poca suerte me ha traído. No son más que tonterías supersticiosas.

La giró en sus brazos y ella levantó la cara para encontrarse con su beso. Él sabía que debía ser tierno con ella, pero cuando su boca tocó la de ella, saltaron llamas entre ellos. Apretó los labios contra los suyos con fiereza, metiendo la lengua profundamente en su boca dispuesta y cerrando su mente a todo lo que no fuera el placer físico del sabor y la textura, y el olor a mujer de ella.

La aplastó con tanta fuerza que pudo sentir el calor de su cuerpo a través de las capas de su ropa. Le pasó una mano por la espalda y la estrechó más, amoldándola a él mientras su floreciente eje palpitaba de dolor.

Ella se aferró a sus hombros y susurró su nombre. Él la besó una y otra vez. Ella respiraba entrecortadamente.

Tanteó el último botón. Se oyó un pequeño chasquido cuando el hilo se separó. El botón golpeó el suelo de tablas anchas y rodó. Sienna no pareció darse cuenta. Estaba metiéndole la lengua en la boca y enredando los dedos en su pelo.

Le deslizó la bata por un hombro y luego por el otro. Ella lanzó un pequeño grito, profundo en su garganta. Le arrancó las enaguas y le agarró una nalga redonda mientras el pesado material se encharcaba alrededor de sus tobillos.

—Dylan... —susurró ella. El sonido de su nombre en sus labios casi le deshizo.

En un esfuerzo por ralentizar el ritmo, atrapó su mano entre las suyas, dándole la vuelta para poder besar el pulso en su muñeca.

—Te quiero, Sienna. Dios sabe por qué. Me has dado pocos motivos... pero te quiero.

Medio riendo, medio llorando, ella le tendió los brazos y él la atrajo hacia sí en otro abrazo. Volvió a besarle la boca y luego dirigió su atención al suave hueco entre sus pechos. Chasqueó la lengua contra su piel desnuda, y ella gimió de placer.

Levantó la mano y le cogió la cara entre las suyas, pasándole los dedos por la barbilla, la nariz y las líneas altas y afiladas de las cejas. Y mientras tanto, él la miraba fijamente a los ojos y saboreaba los dulces frisones de sensaciones que se instalaban en la boca de su estómago.

Dios sabía que amansar a Sienna le había llevado tiempo, y más resistencia de la que jamás había creído poseer. Pero esto valía cada noche solitaria que había pasado despierto deseándola. Ella era suya. Suya. Y ningún otro hombre volvería a tocarla.

Tiró de los cordones de seda que sujetaban sus estancias y liberó la rígida prenda. Ahora todo lo que había entre ellos era su camisón de lino.

Dylan se arrodilló y enterró la cara en sus pechos llenos. Sus manos los ahuecaron y

apretaron: las yemas de sus dedos acariciaron sus pezones hasta convertirlos en duros nudillos.

—Ah, mujer —murmuró. Había una inocencia en ella que lo volvía loco. Y sin embargo, al mismo tiempo, percibía una profundidad de pasión que nunca había encontrado en los brazos de otra mujer.

Ella cerró los ojos y gimió de anhelo.

—Tienes unos pechos preciosos —susurró él—. Unos pezones preciosos. —Besó primero uno, luego el otro, atrayendo cada tenso capullo entre sus labios y chupando hasta que ella se retorció de deseo.

El palpitar de su falo hinchado se hizo cada vez más fuerte. Apretó los dientes y deseó que su cuerpo obedeciera. Nunca había experimentado una tortura tan exquisita. Nunca había estado tan decidido a regalar a su compañera una plenitud total.

La luz del fuego parpadeaba, proyectando un resplandor dorado sobre su piel ligeramente satinada. Sus pechos eran altos y turgentes, los pezones perfectos rosados e hinchados. Él ahuecó un suave globo en la palma de la mano y se lo llevó a la boca. Ella se estremeció y se arqueó contra él. Sus manos revolotearon como pájaros, tocándole la cara y el pelo y rozándole los hombros.

Cayendo de rodillas, le acarició la espalda y le acarició las nalgas pequeñas y redondas. Había soñado con esto, pero su sueño no se había correspondido con la mujer que tenía entre sus brazos. Gimió mientras oleadas de deseo al rojo vivo inundaban sus venas. Quería llenarla con su semilla... marcarla como suya para siempre.

Sienna dio un pequeño grito y sus dedos se enredaron en su pelo. Susurrándole palabras de amor, continuó acariciándole los pechos con la lengua hasta que ella cubrió sus manos con las suyas, instándole a seguir.

—Más fuerte, más fuerte —gimió ella.

Él bajó la cabeza, mordiéndola suavemente con juguetones mordiscos de amor por el vientre y la curva de la cadera. Ella jadeó cuando sus labios rozaron los suaves rizos rojos sobre su hendidura.

—Por favor —murmuró—. Yo... no puedo.

—¿No puedo qué? —Tocó sus pliegues hinchados de amor y acurrucó la cara contra su calor húmedo.

—No puedo... si tú...

Deslizó un dedo dentro de ella. Estaba húmeda y lista para él.

—Dulce Sienna —dijo él, profundizando más.

Descaradamente, ella se abrió a sus dedos exploradores.

—Oh —jadeó ella—. Cómo puedo... Si tú ... ¡Oh! —Brillantes sensaciones la recorrieron y se sintió repentinamente desmayada.

—¿Te sientes bien? —le preguntó él—. Tengo algo para ti que te sentará mejor que eso.

Ella sintió que sus mejillas se encendían de vergüenza, pero no lo detuvo. No pudo. Le clavó las uñas en los hombros mientras estremecimientos de hambre sacudían su cuerpo. Estaba fuera de control. Nunca... nunca antes se había sentido así.

—Quiero probar tu dulzura —dijo.

Desesperada, miró hacia la cama. Sus labios rozaron su hendidura y ella jadeó.

—No —gritó de repente. Se sentía bien, se sentía maravillosa, pero...

Su lengua caliente acarició su punto más secreto.

—Que el diablo te coja —gritó ella—. Alcanzaré el clímax antes de que me lleves a la cama. —Sus dedos se aferraron a los abultados bíceps de él.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido de risa. Luego, poniéndose en pie, la estrechó entre sus poderosos brazos.

—Temía que quisieras decirme que no otra vez —dijo—. No soy hombre para forzar a una mujer, pero si me hubieras rechazado esta noche, te juro que no podría...

—No —respondió ella, riendo con él—. No te diré que no. Pero si no me das placer pronto, puede que te mate.

—Entonces debemos remediarlo —respondió él, llevándola a la cama.

Ella se agarró con fuerza a su cuello mientras él la dejaba caer contra las almohadas amontonadas y le cubría la cara de besos burlones.

Cuando él se apartó, ella sintió una sensación de pérdida y alargó las manos para detenerle.

—No me dejes —le suplicó—. ¡Ahora no! —¡Dios del cielo! Era una puta. Ninguna puta había exigido nunca la lujuria de un hombre con tanto descaro.

—Shhh, shhh—, susurró. —No iré lejos—. Estaba de espaldas a la chimenea, su rostro escarpado entre sombras mientras empezaba a desnudarse deliberadamente.

Atenta, ella observaba cada uno de sus movimientos. Y cuando él se quitó los calzones, ella respiró hondo y entrecortadamente, pero siguió sin apartar los ojos de él.

—¿Paso el examen? —le preguntó.

—Sí —respondió ella tras largos segundos. Estaba más que bien dotado, un gran caldo de hombre, largo y grueso, en perfecta proporción. Y estaba definitivamente excitado—. Ven a la cama, marido —susurró ella con voz ronca—. Quiero ver si funciona tan bien como parece.

Quería tocarlo y saborearlo... pasar las yemas de los dedos por sus muslos desnudos... sentir los tendones de hierro bajo su piel bronceada. Quería trazar el oleaje de sus hombros y acariciar la cresta de su clavícula. Y quiso acariciarle el vientre tenso y saborear el nido de vello

oscuro que había debajo. Quería que la llenara con su miembro erecto.

Él debió de leer el deseo en sus ojos.

—Eres una provocadora, mujer —dijo él.

Pero ella sabía que él estaba complacido. Ella rió suavemente mientras un nuevo entendimiento pasaba entre ellos, pero su pasión no había menguado. Su siguiente caricia lo demostró.

Estoy perdida, pensó mientras él presionaba su dura palma contra su lugar más sensible. El deseo se encendió y le hizo arder la sangre.

—¿Dónde estaba? —le preguntó. Deslizó provocativamente la mano por su pierna, por debajo de su camisón, y ella no pudo contener un gemido de placer.

—Dylan...

—Me gusta cómo dices mi nombre. —Bajó la cabeza y besó la curva interior de su muslo —. Bonito —susurró mientras movía los dedos entre sus húmedos pliegues.

—Oh... —Ella enterró la cara en su pelo espeso y limpio y le acarició los hombros desnudos. Su pelo negro era tan suave y sedoso... no áspero... Su piel era tan suave como la seda cruda. Y el aroma era sólo suyo.

Dylan introdujo dos dedos profundamente en su interior.

Sienna movió la cabeza de un lado a otro e intentó controlar la oleada de emoción que la recorría.

—Haces esto como si tuvieras experiencia —dijo sin aliento.

—¿La tengo? —Sin previo aviso, él se arrojó sobre ella, agarrándola por las muñecas e inmovilizándola contra el colchón. Durante el espacio de un latido, sintió un miedo irracional, pero entonces él rodó sobre su espalda, tirando de ella encima de él, y el terror retrocedió.

Es Dylan, se dijo a sí misma con urgencia. No me hará daño. No importa lo que haga o diga, estoy a salvo con él.

—Es tu juego, Sienna —dijo perezosamente—. Tú decides.

Si ella decía que no ahora, si se apartaba, él no la forzaría. Ella lo sabía en su corazón, y el saberlo le dio valor.

—¿Debo hacer yo todos los movimientos? —se atrevió. Inclinándose sobre él, le besó con un placer lento y exquisito.

Él gimió de excitación y la agarró por las caderas, instándola a moverse contra él.

—No pares —le dijo—. Tócame.

Sienna se rió. Sentarse a horcajadas sobre un hombre era una sensación nueva, y le gustaba. El dulce dolor entre sus muslos la estaba volviendo loca, y saber que él la deseaba tanto hacía que su excitación fuera aún mayor. Quería que volviera a besarle los pechos... pero esta vez sin el cambio entre ellos. Lentamente, se sacó la prenda y la tiró a un lado.

Le tocó el pecho desnudo.

—Eso sienta bien —dijo ella, inclinándose para que él pudiera alcanzarla con la boca. Su eje hinchado palpitaba caliente contra su pierna. Ella arqueó la espalda—. Bésame —le suplicó —. Bésame los pechos.

Él le lamió los pezones hasta que ella se retorció y gritó de deseo, luego atrajo un capullo duro y erecto entre sus labios. Brillantes colores bailaron tras sus párpados y se sintió arrastrada por un remolino.

—¡Ahora! ¡Ahora! —gritó él, levantando las caderas de ella con sus poderosas manos.

Ella lo tomó profundamente dentro, y él la llenó de un amor y una satisfacción que ella nunca había sabido que existían. Lentamente, él se retiró y se sumergió en ella con salvaje y

dulce abandono. Ella correspondía a su tumescente potencia empuje tras empuje mientras sus manos aferraban y acariciaban su cuerpo bañado en sudor. Juntos, subieron y bajaron en un himno primigenio de vida, dando y buscando la plenitud, encerrados carne con carne y alma con alma en una eternidad de arrobamiento.

Y cuando la tierra se desplomó bajo ellos, ella se aferró a él, de modo que el viento los arrastró a través del abismo y los dejó caer, tan ligeros como el cardillo, de vuelta a la realidad.

—Sienna, dulce Sienna —gimió él—. Dios del cielo, mujer... eres... eres... —Sus palabras se desvanecieron, perdidas en los húmedos besos que le dio en la cara y la garganta.

Ella rió y se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en su pecho y escuchando el latido lento y constante de su corazón.

—Lo harás, Sassenach, lo harás —bromeó ella.

—Te quiero —dijo él con voz ronca—. Más que a mi propia alma... te amo.

Ella suspiró y cerró los ojos. No quería pensar en el mañana. Sólo quería saborear el momento... la paz y la alegría absolutas de ser abrazada así.

—Nunca he conocido a una mujer como tú. —Con cuidado, enrolló un mechón de su pelo alrededor de su dedo—. Nuestra vida matrimonial comienza aquí —dijo en voz baja—. Aquí, esta noche.

—Shhh —respondió ella—. No me pidas que te prometa lo que no puedo dar. Esta noche es nuestra... Mañana... ¿Quién sabe lo que nos deparará el mañana?

—He pasado toda una vida huyendo de ti —admitió—. Pero ahora que te tengo, yo...

—Shhh —dijo ella, poniéndole los dedos sobre los labios—. No hables, Dylan. Sólo abrázame.

Y él la abrazó durante la larga y fría noche, hasta que los primeros rayos del alba púrpura

se derramaron sobre las aguas grises del Chesapeake y el primer canto de un ganso salvaje resonó por los campos invernales.



La mañana de Navidad se despertaron con el débil golpeteo de una criada. Pero cuando la criada entró unos segundos para traer una bandeja cargada de comida caliente y una tetera de té humeante, ignoraron la generosidad del desayuno. Dylan tiró de la colcha sobre sus cabezas y rodaron y se besaron y tocaron hasta que el juego se convirtió en pasión.

—¿Nunca estás satisfecho? —le preguntó ella—. Esto hace la tercera.

—Tenemos mucho que compensar.

—Dentro de lo razonable —se burló ella.

—¿Te estoy haciendo daño?

—No —gritó ella—. Es sólo que nunca he conocido a un hombre que…

—¿Estás dispuesta?

Su respuesta fue un beso que llevó a otras cosas y los mantuvo en reposo hasta que el sol estaba casi en lo alto. Finalmente, con los ojos pesados y los labios amoratados e hinchados de hacer el amor, se vistieron y bajaron a celebrar el resto del día con Forrest y su esposa.

A pesar de su anterior reticencia, Sienna se sintió atraída por Kate Wescott. A la mujer más joven parecía no importarle que la ropa de Sienna fuera sencilla y pasada de moda o que Sienna fuera escocesa.

—La ropa de Lady Leah te quedará como si estuviera hecha para ti —declaró Kate—. Sé que encontraremos un vestido adecuado para nuestro baile de Navidad.

Sienna se quedó de piedra.

—No podría ponerme...

—Tonterías —dijo Forrest—. Mi madre insistiría si estuviera aquí. Tiene mucho más en su armario de lo que jamás se pondrá. Hay un terciopelo verde que te convertirá en el brindis de Annapolis. Con ese pelo, Sienna, romperás corazones, te lo prometo.

—Siempre que recuerden que es mi esposa —murmuró Dylan.

—No he aceptado...—empezó Sienna.

—Silencio, mujer —ordenó Dylan con una sonrisa. Así, a pesar de sus argumentos, Sienna bailó toda la noche, no sólo en brazos de su marido, sino en los de su anfitrión y también en el abrazo de muchos de sus amigos y vecinos.

A nadie parecía importarle la política aquí en la colonia. Nadie le preguntó por el príncipe Charlie ni por la rebelión, y nadie bajó la mirada cuando oyeron su acento escocés. Hombres y mujeres por igual se mostraban cordiales, y ella no podía evitar responder del mismo modo.

Esa noche, ella y Dylan se retiraron a su habitación y pasaron la velada abrazados. No pensó en lo que vendría de su matrimonio ni en lo que pasaría cuando el invierno retrocediera y tuvieran que ir al oeste, al desierto. No pensaba en el futuro en absoluto. Vivía sólo para el momento, para los besos y las palabras de amor susurradas de Dylan.



En los días y semanas que siguieron, Forrest y Kate enseñaron a Sienna muchas cosas sobre la vida en la colonia de Maryland. En la magia de su felicidad, era fácil olvidar que Dylan era su enemigo jurado y que la vida en la finca de lord Kentington distaba mucho de cómo viviría como

esposa de un pobre plantador de tabaco.

La vida de Kate era un torbellino de deberes y placeres. Juntas, las dos jóvenes cabalgaban por los campos helados, visitaban a los numerosos parientes de Kate, exploraban las tiendas de Annapolis y compartían cenas nocturnas, partidas de cartas y risas con sus maridos.

Sienna veía poco a Dylan durante el día. Pasaba largas horas estudiando el cultivo del tabaco, discutiendo los méritos de los diversos cultivos y los problemas del envío del producto a Inglaterra. Inspeccionó las casas de premios del tabaco, los graneros de secado y las tierras destinadas a criar las plantas jóvenes de tabaco a partir de semillas.

—Necesito aprender todo lo que pueda —le explicó a Sienna cuando se quedaron solos en la cama. La atrajo contra sí y le acarició el pelo—. Forrest aprendió todo esto desde que podía sentarse a caballo. Yo hace mucho que pasé los treinta.

—Apenas eres una barba canosa andante —se burló ella.

—Soy viejo para estar empezando en tierra virgen. Por lo que recuerdo, tenemos algunas praderas, pero la mayor parte es madera alta. Forrest dice que hay un buen mercado para mástiles si puedo hacer flotar los troncos río abajo. Un mástil de roble blanco adecuado para el hombre de guerra de Su Majestad dará veinte libras.

—Kate y yo cabalgamos hoy hasta el cruce del río —dijo Sienna—. Nunca creerás lo que me contó.

Dijo que su suegra Lady Leah se baña allí todos los días, incluso en invierno. ¿Alguna vez...?

Dylan se rió entre dientes.

—Sí, me lo creo. Si alguna vez tiene la oportunidad de conocer a la esposa del conde, verá por qué. Es una dama poco corriente, por no decir otra cosa.

—¿Pero nadar en invierno? Debe de estar loca.

—No está loca. Es medio india.

—¿Qué? Eso no es posible.

Se rió.

—Todo es posible. Mírate, aquí en mi cama, tan acogedora como una marmota. Hace tres meses, ¿lo habrías creído?

—No. —Ella sacudió la cabeza.

Él le acariciaba la pierna de un modo que le dificultaba seguir la conversación. El deseo de Dylan por ella parecía insaciable, y ella lo deseaba tanto que a veces contaba las horas hasta que pudieran cerrar discretamente la puerta de su alcoba y dejar fuera al mundo. Algunos días, no podían esperar. Soltó una risita en voz alta al recordar lo cerca que habían estado el domingo pasado.

El ministro había venido a dirigir los servicios en la plantación por la mañana y a compartir la abundante cena de después. Pero entre las oraciones finales en el gran salón y la bendición de la mesa en el comedor, Dylan la había atraído hasta la mantequería, se había levantado las faldas y había realizado lo que sólo podía describirse como una hazaña extraordinaria antes de que el mayordomo los descubriera aún abrazados. Sólo la discreción del criado evitó un escándalo. Aún más chocante, ella era tan culpable del pecado de lujuria como Dylan, e igual de impenitente. A ninguno de los dos le importaba una higa que el buen clérigo hubiera esperado tanto su llegada que su sopa estuviera fría antes de llegar a probarla.

Estaba loca por el cuerpo de su marido. El pensamiento era inquietante, lo apartó y trató de recordar lo que Dylan le había estado diciendo.

—Dijiste que la mujer de Lord Kentington es medio india, pero seguro que no puede haberse casado con una salvaje.

—Lo hizo.

—Veo poco de indio cuando te miro —observó ella—, aparte del color de tu pelo y de tus ojos, y de tu piel oscura.

—Me has llamado diablo con bastante frecuencia. Hay un dicho aquí, mestizo: no sólo medio indio y medio blanco, sino también medio diablo.

—Eso parece razonable, aunque tu aritmética no cuadra.

Entonces él la besó, largo y persistente, de modo que las mariposas revolotearon en su interior y ella ya no deseaba bardear palabras con él. En lugar de eso, le devolvió el beso y apretó su cuerpo desnudo contra el de él.

Mucho más tarde, antes de dormirse, recordó su discusión sobre Lady Leah.

—Los grandes lores ingleses no se casan con muchachitas de piel roja —dijo ella—. Ellos. Pueden acostarse con ellas, pero…

—Lady Leah nació ella misma de sangre noble. Su padre era un conde escocés. Recuerda que le dije que era medio escocesa.

—Medio escocesa, dijiste, pero nada sobre la sangre india.

—No era importante.

—No, supongo que no. Pero de todos modos, estoy ansiosa por conocerla, a esta noble salvaje que nada en el río en invierno y dirige esta gran casa.

—Por lo que Forrest me cuenta, su madre está más interesada en su pueblo que en la plantación. Lord Kentington tiene buenos sirvientes. Y ahora que Forrest se ha casado con Kate, ella es la verdadera señora aquí.

—Mmm —dijo Sienna, acurrucándose a su lado—. Pero aún tengo que verla con mis propios ojos para creerlo.

—Lo harás —prometió él.

Pasó enero y luego febrero sin que Lady Leah regresara. Y a medida que se acercaba la primavera, Dylan estaba cada vez más ansioso por abandonar el asentamiento y viajar a su propia tierra.

—Sienna debería quedarse aquí con nosotros —insistió Kate—. Al menos hasta que tengas una casa. No puedes esperar que duerma en el suelo mientras cortas troncos para construir una cabaña.

—Eso es exactamente lo que espero —dijo Dylan. Miró a Sienna al otro lado de la mesa—. Te quiero conmigo —le dijo.

Se le hizo un nudo en la garganta. No se había imaginado que él la dejaría atrás. Seguían tan calientes el uno por el otro como lo habían estado desde que consumaron su matrimonio por primera vez.

—No es realmente seguro —dijo Forrest—. Hay rumores de disturbios con las tribus. Madre…

—La quiero conmigo —repitió Dylan—. ¿Sienna? —La miró a los ojos, y cualquier temor que pudiera haber tenido se desvaneció.

—Sí —convino ella, levantando su copa de vino en señal de saludo—. A cambio de un penique, a cambio de una libra.

—Entonces está decidido —dijo Dylan—. Partiremos la segunda semana de marzo.

—No sabes en lo que te estás metiendo —argumentó Kate—. El desierto no es Annapolis.

Sienna se rió.

—Y tampoco lo son las Tierras Altas. Estoy acostumbrada a las dificultades. Y si Dylan insiste en ser masacrado por salvajes, ¿dónde voy a estar sino a su lado?

Capítulo 12

La frontera de Maryland 15 de mayo de 1747

Dormiren el suelo tiene méritos en los que nunca había pensado, musitó Sienna mientras se acurrucaba más cerca del sólido calor de Dylan. Era muy temprano, todavía faltaba una hora para el amanecer según sus somnolientos cálculos. Y era el 15 o el 16 de mayo. Llevar un calendario no era tan fácil en este vasto desierto. Ayer, Dylan la había guiado hasta un parche de fresas silvestres maduras. Sí, definitivamente era mediados de mayo. Ya había pasado la época de plantar, pero aún estaban talando y quemando árboles para despejar el campo.

Rodó sobre su espalda alejándose de él y se quedó mirando el cielo azul aterciopelado que había sobre ella. Estrellas cristalinas brillaban en el dosel del cielo. Tan brillantes eran... En todas sus noches, nunca había visto estrellas tan cerca ni tan grandes y brillantes.

Dios, pero sería fácil olvidar Culloden, dejar que Escocia y su familia se desvanecieran como si nunca hubieran existido. Sería natural aceptar a este buen hombre como esposo, criarlo y amarlo, dar a luz a sus hijos y envejecer a su lado.

Ningún hombre la había encendido como lo hacía Dylan. Su tacto... ¡Infierno! Una mirada a esos penetrantes ojos negros de demonio, y ella se derretía por dentro.

La suya había sido una luna de miel a la altura de cualquiera. No, mejor que cualquier tiempo de amor y risas pasado por una novia y un novio. Él la había llevado a una tierra encantada de árboles gigantes, arroyos de agua pura y helada y ríos profundos y rápidos. Nunca se había tumbado sobre una hierba tan espesa y verde ni había respirado un aire tan dulce y vigorizante.

A veces pensaba que esta tierra era el Edén del que hablaba la Biblia. Todo era más grande que la vida aquí en este bosque de Maryland, incluso el hombre que la reclamaba como esposa. Cada día, parecía, él encontraba una nueva maravilla que compartir con ella: una cierva que bajaba al río a beber en la bruma de la mañana, un mapache que se sentaba sobre sus patas traseras y se lavaba el desayuno antes de comer, una puesta de sol de un naranja llameante y un púrpura tan colorido que parecía pintado sobre un lienzo gris azulado.

Dylan podía leer el suelo del bosque como si fuera un libro. Agachado, señalaba la más leve hendidura en la tierra cubierta de hojas y le informaba del paso de un animal.

—Aquí, ve esto —le decía—. Una osa y dos oseznos cruzaron por aquí justo antes del amanecer. Es vieja y le falta un dedo de la pata trasera izquierda, pero aún es ágil. Sus oseznos son fuertes y gordos. Mira aquí, por donde caminaron a lo largo de este tronco.

Conocía a cada pájaro por el sonido de su canto y podía imitar sus llamadas. Podía pescar sin anzuelo ni sedal, y atrapar conejos con unas cuantas vueltas de cuerda de corteza hecha a mano.

Una tarde, la había guiado hasta un árbol hueco caído por el viento lo suficientemente grande como para permanecer de pie en él. Pero no habían permanecido mucho tiempo en su cavidad. Se había estirado de cuerpo entero en la cálida cueva iluminada por el sol y la había subido a su regazo. Habían forcejeado juguetonamente hasta que ella estuvo sobre sus manos y rodillas y Dylan…

¿Alguna criada había sido tan feliz y minuciosamente swived en tantos lugares diferentes?

La educación de Dylan había sido mucho más extensa que la suya. Ella no había soñado que las plumas o incluso artículos tan comunes como las tartas de manzana pudieran ser objeto de usos tan licenciosos.

Dylan emitió un suave sonido en sueños y extendió una mano. En cuanto la tocó, se relajó. Su respiración se hizo más profunda y regular. Ella sabía que él se despertaría por completo al menor indicio de peligro, pero ahora no había nada más alarmante que el siseo del fuego y el ulular ocasional de un búho lejano.

Qué diferente habría sido este matrimonio si pudieran borrarse los últimos años, pensó Sienna. Si el príncipe Charlie nunca hubiera hecho su último intento de recuperar el trono y la batalla de Culloden nunca se hubiera librado... Si tantos de sus seres queridos no hubieran muerto bajo las armas inglesas... Si hubiera venido a Maryland y hubiera conocido a Dylan no como un dragón enemigo sino como el colonial que realmente era, le habría amado incondicionalmente.

Aun así, tuvo que admitir que Dylan no era el mismo hombre con el que se había visto obligada a casarse en el castillo de Edimburgo. Sus sentidos parecían más agudos, reía con más facilidad y su paso era más ligero. Se movía por el páramo tan silenciosamente como uno de los lobos que ensombrecían su campamento.

Dylan siempre se había comportado erguido, con el porte orgulloso de un militar; ahora, se movía con la seguridad de un príncipe heredero.

Incluso su forma de hablar, aún profunda y resonante, se había suavizado con un acento colonial desde que habían llegado a Annapolis. Ya no hablaba como un inglés. Y, a veces, ella incluso le había sorprendido cantando.

No escatimaba esfuerzos físicos. Día tras día, ella le había observado, desnudo hasta la cintura, blandiendo un broadax[4] y talando árboles. Tenía las manos ampolladas por el mango de roble; el sudor le corría por la espalda a chorros. Nunca se había quejado ni había aminorado el

paso. Cuatro hombres contratados habían venido con ellos desde la plantación de Lord Kentington, y Dylan había superado en trabajo a cada uno de ellos. Pero pronto habían aprendido que Dylan esperaba que se cumplieran sus órdenes. Era justo pero inflexible. Y si se exigía a sí mismo hasta el límite, también esperaba un día completo de trabajo de sus hombres.

Su piel se había oscurecido rápidamente al sol hasta alcanzar un bronce profundo, y cada gramo sobrante de carne se había desprendido, dejándolo como un Adonis ágil y nervudo que reía y amaba con un entusiasmo mayor del que Sienna hubiera creído posible.

Las líneas causadas por años de cuidados y cinismo habían desaparecido del rostro de Dylan. En su lugar, vio esperanza y el cumplimiento de un sueño.

—Deberías haber vuelto a las colonias hace años —le había dicho una tarde—. Aquí pareces más joven, más vivo de lo que nunca te he visto.

Él la miró atentamente con aquellos fascinantes ojos negros como el infierno y sonrió lentamente.

—Si hubiera vuelto hace años, no te tendría —le recordó.

—Ahora no me tienes —respondió ella.

—¿No te tengo? —Apoyó el mango de su hacha contra un árbol y le pasó una mano posesivamente por la espalda para acariciarle el trasero.

—Sólo durante dos años —le recordó ella, intentando soltarse. Había estado llevando una cesta de ropa al río para lavarla.

—Ya veremos —había dicho él, inclinándole la barbilla con la otra mano y tapándole la boca con la suya—. Ya lo veremos.



Sienna suspiró, recordando lo que había pasado con el lavado y lo tarde que había cenado aquella noche. Dylan era imposible... y maravilloso. Y ella era irremediablemente adicta a sus besos y al cariño que siempre les seguía.

Si tuviera la mitad del sentido común que Dios daba a una cabra, olvidaría la venganza, el deber para con la familia, la maldita rebelión del príncipe Charlie y todos los votos que había hecho para regresar a Escocia. Dylan le había ofrecido participar en su sueño, y no hacía falta una gran dosis de imaginación para saber que podría encontrar la felicidad como esposa y compañera de Dylan en este nuevo mundo.

Un lobo aulló cerca y Sienna se estremeció.

—Shhh —la tranquilizó Dylan—. No nos harán daño. Lo más probable es que la manada esté cazando ciervos. —La acercó, y ella se relajó y dejó que sus párpados se cerraran.

Aún estaba cansada de la larga jornada de trabajo de ayer. Había cargado ramas toda la tarde y ayudado a cavar la zanja para los cimientos de la cabaña. Había hecho rodar piedras y acarreado agua del arroyo para que bebieran los hombres sedientos. Había limpiado y cocinado para siete hombres, y en una hora o dos se levantaba y volvía a empezar. Pero esta mañana, en la oscuridad previa al amanecer, el sueño la eludió.

Inquieta, se dio la vuelta y se contoneó. Algo no le sentaba bien. Una extraña sensación punzante se extendió por su nuca. Inquieta, abrió los ojos y ahogó un grito de alarma. Más allá del fuego, en la negrura estigia del bosque, brillaban unos ojos rojos.

—Dylan. —Su nombre salió como un escueto susurro, pero ella lo sintió tensarse—. No pasa nada —dijo—. Es sólo un lobo.

A Sienna se le secó la boca de repente.

—¿Un lobo? ¿Sólo un lobo? —Se encogió contra él—. ¿No vas a dispararle?

—Sólo tiene curiosidad.

Mientras ella miraba, los ojos del animal se agrandaron.

—Dylan. —Se le puso la carne de gallina en los brazos.

—No nos hará daño. —Dylan se incorporó—. Saludos, hermano M'wai-wah.

La criatura dio unos pasos más cerca del fuego, y una enorme forma gris emergió de la oscuridad. Los dientes de Sienna empezaron a castañear. Las patas del lobo eran largas y sorprendentemente delgadas, su pelaje gris-negro. Pelos blancos salpicaban la gola de su cuello y rodeaban su hocico.

Un viento frío susurró entre los árboles. Un tronco en el fuego crujió, lanzando chispas al aire. Unos dientes blancos brillaban en la boca de la bestia.

—¡Dylan!

—Shhh. —Se movió para arrodillarse entre ella y el lobo—. M'wai-wah, ili klecheleche?

Durante un largo minuto, él y el lobo se miraron fijamente a los ojos. Lentamente, Dylan sonrió.

El lobo levantó una pata como para saludarles, y luego se dejó caer sobre sus ancas y emitió un quejido bajo, como de perro.

Dylan extendió ambas manos, abiertas para mostrar que no llevaba armas.

—¿Auween khackey? ¿Quién eres? —preguntó.

El lobo abrió la boca, dejando salir una lengua roja. Sus ojos eran amarillos ahora, tan brillantes como el oro fundido, y estaba lo bastante cerca como para que Dylan oyera su respiración.

Dylan estaba desconcertado. Le había dicho a Sienna que no había razón para tener miedo

del lobo, y normalmente eso sería cierto, pero este animal no se estaba comportando como debía. No parecía enfermo ni loco, pero los lobos solían ser tímidos con los humanos, y era el final de la primavera, una época en la que había muchos pájaros y animales jóvenes, lo que hacía que la comida fuera más fácil de conseguir para los depredadores.

Dylan cogió lentamente su rifle. No dispararía a menos que él o Sienna estuvieran en peligro. El instinto le decía que el lobo no atacaría, pero no podía estar seguro. Nunca había visto ni oído hablar de un lobo que se acercara tanto al fuego.

—¿Eres la mascota de alguien? —preguntó. El animal mantuvo el contacto visual.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Sienna.

Con un sobresalto, se dio cuenta de que había estado hablando en algonquiano... pensando también en él. ¿Cuánto tiempo había pasado, se preguntó, desde que había dejado de razonar en su lengua materna?

Mantuvo la mirada fija en los ojos amarillos. Finalmente, el lobo bajó la cabeza. Entonces Dylan miró hacia la segunda hoguera, en el lado más alejado del claro, donde dormían los obreros. No se movía ni un alma. Cuando miró hacia atrás, el lobo se había puesto en pie y se alejaba entre los árboles.

—Se está alejando —susurró Sienna.

El animal se detuvo, les devolvió la mirada y luego se alejó trotando. En segundos, desapareció entre la maleza.

Dylan notó que el viento, que se había levantado rápidamente, se había calmado. El fuego ardía sin cesar; las llamas parpadeaban débilmente. Necesitaría añadir más leña para mantenerlo encendido hasta el amanecer.

—Dylan.

Miró a Sienna. Estaba visiblemente agitada, y se preguntó si había sido egoísta al traerla

con él a la frontera.

—Te dije que estaba bien —dijo—. Probablemente sea una mascota.

—¿Un lobo mascota? —Parecía poco convencida.

Él se rió.

—Bueno, no es una explicación más extraña que tener uno salvaje que venga a sentarse junto a nuestro fuego.

—Hablabas indio, ¿verdad?

Ella seguía aferrada a su brazo, y a él le gustó la sensación. Cuando estaba cerca de Sienna, era difícil pensar en otra cosa que no fuera ella. Casi le abrumaba el deseo de protegerla, de compensar todo lo que había sufrido.

—Hablaste en indio.

Su insistencia le sacó de su ensueño.

—Supongo que sí —,aceptó él, abrazándola.

Era extraño cómo había visto su imagen hacía tantos años, cuando había salido a buscar a su guía espiritual. Que una mujer blanca apareciera en su visión, cuando él había esperado un oso, un halcón o un puma, había sido una gran prueba para él. Pero ahora que la había encontrado de nuevo, parecía tan parte de él como su brazo derecho. No importaban las tonterías que ella parloteara sobre volver a Escocia. Ella era suya. Nunca la dejaría marchar.

Besó la coronilla de su cabeza. Su pelo era suave y perfumado.

—No son los lobos ni los osos de lo que hay que cuidarse aquí en el bosque —dijo— son las bestias de dos patas. A menos que asustes a una cerda con su cría o te encuentres con un animal enfermo, te darán un amplio margen.

—Suena un poco a gaélico, tu lenguaje pagano, pero no sé ni una palabra.

La besó en la frente, luego se levantó y puso varios troncos en las brasas.

—No sé por qué empecé a hablar shawnee. He perdido la práctica. Mi padre me amenazó con azotarme por olvidarme de usar el inglés. Ni siquiera estaba seguro de recordar mucho algonquiano.

Se acercó más al fuego y le puso una mano en el brazo.

—¿Cómo lo llamabas?

—Algonquiano. Es una lengua utilizada por la mayoría de las tribus a lo largo del Atlántico y al oeste de los Grandes Lagos ingleses. Los iroqueses hablan su propia lengua, y también los cherokees en el sur. Pero la mayoría de los que estamos entre el océano y el río Misisipi hablamos algonquino. Cada nación tiene un acento ligeramente diferente, pero normalmente podemos entendernos lo suficientemente bien. Yo tengo algunas palabras en iroquoiano, al menos solía tenerlas, pero su habla no se parece en nada a la nuestra.

—Así que eres shawnee, pero hablas algonquiano.

—Mi madre era Shawnee —corrigió—. Ya te he dicho que soy mestizo. Ahora me gusta considerarme inglés.

Ella resopló.

—Preferiría que fueras Shawnee, creo. No he conocido a ninguno, así que no tengo problemas con ellos. —Miró ansiosa por encima del hombro—. ¿Crees que volverá el lobo?

—Lo dudo.

—Eso dices.

Se le antojó el acento de las Highlands de su voz ronca. Su venida siempre sonaba a peine y su espalda a bock.

—Piensa en la visita de ese lobo como una aventura. Algo que contar a nuestros hijos en

las noches de invierno, cuando estemos a salvo entre gruesos muros. —Sonrió al pensar en ella estrechando a su hijo contra su pecho.

—Dudo que haya niños.

—¿Por qué no? —preguntó él. Nunca había pensado en ser padre, nunca pensó en sí mismo como un hombre que pudiera sentar la cabeza. Eso había cambiado en Culloden Field. Ahora, no podía imaginar no tener hijos. ¿Por qué, si no, estaba labrando una plantación de selva virgen, si no era para dejársela a sus hijos e hijas?

—No tuve ninguno con mi primer marido. Y... —Se sonrojó débilmente—. Te dije que había...

—Otros hombres. —Él hizo retroceder una primitiva oleada de celos y esperó a que ella continuara.

—No tantos —dijo ella—. Al menos no voluntariamente.

Sacudió la cabeza.

—Lo siento. No era mi intención. La culpa no fue tuya. —Su pecho se apretó mientras una rabia negra surgía en su interior. Si hubiera adivinado lo que le esperaba, habría acompañado a los soldados a Edimburgo. Y de haberlo sabido después, les habría seguido la pista y les habría dado a cada uno una muerte lenta y dolorosa—. Lo que ocurrió antes de que nos casáramos no es asunto tuyo. Dios sabe que no he sido ninguna santa.

—Sólo quería decir que no creo que sea una yegua fecunda que se acelere con un bebé fácilmente.

—Te conseguiré un hijo, Sienna. Juro que lo haré. —Volvió a tomarla en sus brazos y la miró a la cara—. Yo tampoco tengo hijos que yo sepa, pero eso no significa que no podamos hacer una docena entre los dos. —La besó ligeramente en los labios—. Ven a la cama —la engatusó—. Pronto amanecerá.

Ella le siguió de buena gana hasta su saco de dormir y se tumbó en el círculo de su brazo. Él tiró de la manta de lana alrededor de ellos y le frotó la parte baja de la espalda.

—Me gusta dormir a tu lado —admitió ella—. Eres grande y cálido, y rascas bien la espalda.

—Adulador —dijo él—. Tengo algo para ti. —Había recogido el collar que ella había tirado en el dormitorio semanas atrás y lo había llevado a un platero para que le hiciera una cadena nueva—. Pensaba guardarlo hasta que la casa estuviera terminada, pero…

—¿Un regalo? ¿Qué es? —exigió ella.

Un aullido de lobo resonó en el claro y ella empezó a temblar de nuevo.

—Shhh —dijo—. No dejaré que nada te haga daño, Sienna. Te lo prometo. —Buscó su bolsa de cuero para disparar y rebuscó en su interior—. Toma. —Sacó un pequeño manojo de tela de terciopelo y se lo dio.

Ella desenrolló el terciopelo y el collar brilló a la luz del fuego.

—Mi amuleto —dijo sorprendida—. Se llama el Ojo de Bruma.

—Cuando el colgante golpeó los ladrillos del hogar, parte de la pintura se desconchó. Lo llevé a Annapolis y lo hice limpiar y ensartar para ti.

—Pensé que había desaparecido para siempre —dijo ella.

—El colgante es de oro macizo, pero supongo que ya lo sabías. El comerciante dijo que es más antiguo que cualquier cosa con la que haya trabajado. Pensó que las marcas que tiene podrían ser sarracenas. —Había querido comprarle unos pendientes de oro a juego con el collar, pero le habían salido demasiado caros—. ¿Lo sabías?

—No. —Su voz se ahogó de emoción—. No que era sarraceno. Mi madre me lo dijo que fue transmitido de madre a hija durante miles de años.

—¿Es una reliquia familiar, entonces?

—Sí, se podría decir eso. Es todo lo que tuve del hombre que me engendró. —Desabrochó el broche y se lo puso alrededor de la garganta—. Dije que ya no lo quería, pero...

—¿Por qué estaba cubierta de esa horrible pintura azul, una fina pieza de joyería de oro?

—Para evitar que los ingleses la robaran.

—¡Ay! Muy inteligente.

—Así es, Sassenach.

Ella se acurrucó contra él y él se puso blando por dentro.

—Algún día te compraré perlas —prometió.

—Me alegro de tenerlo de vuelta. Cuando me acordé de buscarlo, no lo encontré —admitió ella—. Pensé que alguna de las criadas podría haberlo cogido, y estaba demasiado avergonzada para decir nada.

—Lo cogí mientras dormías. No sabía que era valioso, pero sabía que siempre lo llevabas.

—Gracias. Es el regalo más bonito que me has hecho.

—El único regalo —corrigió—. Pero habrá más, Sienna. Confía en mí. Cuidaré de ti. Tienes mi palabra.

Ella deslizó la mano bajo su camisa de caza. El calor de la palma de ella contra su piel hizo que su ingle se tensara.

—No es tu palabra lo que quiero ahora —se burló ella.

—¿No? ¿Y qué es lo que quieres? —Bajó la cabeza y le besó la boca. Sabía más dulce que la miel silvestre.

Ella se rió y le rozó el pezón con la punta de los dedos. Él gimió mientras su polla se

endurecía y empezaba a palpitar.

—Tengo frío —susurró ella.

—No por mucho tiempo. —Acarició un pecho redondeado. Su piel era como el satén. Ya podía imaginarse a sí mismo introduciéndose en su suave y húmeda vaina, enterrándose profundamente en su interior y bombeando hasta que ella gritara de placer.

—Sí... sí —murmuró ella. Le besó los labios y ella abrió la boca para recibir su profunda caricia. Sus lenguas se encontraron y se separaron, luego volvieron a entrelazarse mientras ella enrollaba sus piernas desnudas alrededor de las de él—. Dios, pero no me canso de ti —gimió—. Te quiero.

—Dylan...

Él le cogió la mano y la llevó a su polla tumescente.

—Así —susurró—. Acaríciala. —Su suave mano se deslizó a lo largo de él, demorándose en la cabeza palpitante y deslizándose hacia abajo para explorar sus pesados sacos—. Sienna —murmuró.

—¿Me detengo?

—No... —Se retorció bajo sus caricias, pensando en lo afortunado que era. Sienna era una mujer sensual y una compañera de cama aventurera. Nunca dejaba de hacerle hervir la sangre cuando se burlaba así de él.

Ella se volvió hacia él, rodeándole el cuello con los brazos y levantando la cabeza para recibir sus caricias.

—Sienna. —Los latidos de su corazón se aceleraron y la urgencia en su ingle se hizo más intensa al tiempo que una ligera película de sudor brotaba sobre su piel. Ahora jadeaba; el ardiente olor a mujer de ella le estaba volviendo loco.

Sus dedos jugaban arriba y abajo de su vara.

Exhaló suavemente.

—¿Sabes lo que me estás haciendo? —La empujó hacia atrás y se arrodilló entre sus piernas—. ¿Estás preparada? —Se arrodilló sobre ella, frotando la punta hinchada de su falo erecto contra su hendidura húmeda y sedosa.

—¡Sí! ¡Sí! Lo quiero —respondió ella.

Su primera embestida fue dura y profunda. Atrapó sus caderas arqueadas y la levantó. Ella estaba tensa y caliente, y sus ansiosas súplicas le dieron fuerzas para hundirse aún más. A lo lejos, un lobo aullaba, pero los sonidos del bosque se perdían en el acalorado frenesí de su mutuo éxtasis.

Capítulo 13

Isla de Skye, Escocia Mayo de 1747

Cornac Shutherland entró al abrigo del porche saliente y sacudió la lluvia de su raída capa. Iba vestido con un desgastado calzón de lana y una camisa casera de color indistinto. No llevaba falda escocesa ni cuadros de ningún tipo. El tartán había sido prohibido bajo pena de muerte.

Nada más que muerte y destrucción reinaba hoy en las Tierras Altas, musitó Cornac. Por las entrañas del diablo, había olido su ración de ganado sacrificado y hombres en llamas. No pegaría un ojo de sueño honesto hasta que hubiera dejado atrás las costas de Escocia.

—Kenna —llamó suavemente—. Soy yo.

—¿Cornac?

—Sí, el mismo.

Su joven esposa se levantó a su encuentro, y él se avergonzó de lo raído que estaba su vestido. La falda estaba quemada en dos sitios y rasgada a lo largo del dobladillo; su corpiño había visto días mejores.

—¿Lo conseguiste? —preguntó ansiosa—. ¿El pan?

—Sí, y un poco de queso para acompañarlo. La suerte quiso que MacCrimmon necesitara

ayuda para castrar a mis dos potros. Aquí hay suficiente para que nos dure hoy y mañana. Estaremos en el barco al día siguiente. Donald prometió que nos daría raciones diarias.

Cogió el pan y se metió un poco en la boca con avidez.

—Guardaremos el queso para Jamie —dijo. Apartando la manta, le mostró la cara dormida de su hijo—. Creo que hoy sus mejillas parecen más llenas, ¿no?

Cornac apretó los dientes y se dio la vuelta, mientras la sangre caliente ruborizaba su piel clara. El mundo estaba al revés cuando un Shutherland tenía que mendigar un jornal para alimentar a su mujer y a su hijo.

—Anoche cogí leche para el bebé. Lo haré de nuevo esta noche.

—Robada —acusó ella en voz baja—. Tomada de la vaca de MacCrimmon en la oscuridad de la luna.

—Silencio —le advirtió él—. Hago lo que debo, Kenna. —Había hecho algo peor que robar un poco de leche para traerlos sanos y salvos desde la granja de Seamus MacDowell. Había asesinado a dos hombres para escapar después de haber sido capturado por las tropas hannoverianas, y había vuelto a matar antes de llegar al lugar donde se escondían su mujer y su hijo pequeño. Había evitado morirse de hambre comiendo carne de caballo cruda, y había despojado a escoceses muertos de sus zapatos y ropas. Y ahora, como último recurso, se había vendido a sí mismo y a su mujer en servidumbre durante tres años para comprar el pasaje a Canadá.

—No pretendo culparte. Es sólo que no dejo de pensar en mi abuelo y en Sienna. Sienna nos culparía por dejar atrás al abuelo.

—Tu hermana no tuvo que escuchar el llanto de un bebé hambriento, ¿verdad? Ella no durmió en cuevas sin fuego ni pasó días sin un mendrugo de pan. —Agarró los hombros de Kenna y la atrajo contra sí—. Hago lo que puedo, mujer, para salvarnos a los tres.

—Pero Sienna…

—No quiero oír nada más sobre tu hermana. Se ha ido, que Dios la tenga en su gloria. Ahorcada en el castillo de Edimburgo.

Kenna empezó a llorar en silencio.

—Para... —Cornac le suplicó—. ¿Crees que quiero hacerte más daño del que ya te han hecho? Pero debes afrontar la verdad. Lo que estamos haciendo es por nuestro pequeño Jamie. Tendrá un nuevo comienzo en Canadá. Allí nadie sabrá ni le importará en qué bando luché en Culloden Moor.

—Sienna puede estar muerta, pero el abuelo... No tenías derecho a dejarlo de pie junto a la carretera el verano pasado. Y todavía está Brodie, esperando en algún lugar a que vayamos a buscarlo. Es sólo un chiquillo.

—Tu abuelo era viejo y ciego. Su tiempo había pasado. Él lo sabía. Nos instó a seguir adelante sin él, ¿verdad? Si lo hubiéramos traído con nosotros a Skye, ¿crees que algún hombre aceptaría su contrato? No tenemos dinero para pagar nuestro pasaje, y mucho menos el suyo.

—Sienna le prometió a Brodie que vendría por él. Deberíamos haber intentado encontrarle.

—Lo siento tanto como se puede sentir por el hijo de Seamus MacDowell, pero tu hermana hizo la promesa, no tú. Brodie MacDowell no es nuestra responsabilidad. Él debería ir a los MacDowell por caridad. Él es su sangre. Seamus no era para ti más que un padrastro.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Yo... No quiero... ir... a través del océano... a una tierra extraña llena de salvajes —sollozó.

Cornac maldijo en voz baja.

—Ya hemos hablado de esto una y otra vez. ¿Preferirías verme ahorcado por traición y a

nuestro hijo con los sesos aplastados sobre alguna roca?

—¡No! ¡No! —gritó ella—. Yo sólo...

—Sólo rezarás por el alma del viejo, y por el muchacho, y te embarcarás conmigo hacia las Colonias. Es en el futuro de Jamie en lo que debemos pensar ahora. Y la única oportunidad para nosotros es Canadá.



Una semana más tarde y a miles de kilómetros al oeste, al otro lado del Atlántico, en la colonia de Maryland, la hermana de Kenna, Sienna, estaba metida hasta los muslos en el río viendo cómo los obreros ponían tejas en el tejado de una nueva casa de troncos. Nathan cortaba a mano cada teja de cedro y Joe las liaba y las llevaba a la escalera para que Dylan y el negro libre, Isaac Walker, las clavaran en su sitio. Ya habrían terminado, le había dicho Dylan, si los otros dos trabajadores no se hubieran asustado y se hubieran escabullido por la noche.

—Los indios son malos por aquí —había dicho Isaac cuando se descubrió que los jornaleros habían huido. Isaac se había frotado la calva y había mirado señaladamente a Joe—. Claro que no tengo que preocuparme como otros de que me arranquen la cabellera. —Joe tenía el pelo largo y de color blanco como la seda de maíz—. He oído decir que las cabelleras amarillas dan mucho dinero en Canadá.

Dylan puso fin rápidamente a las bromas.

—Basta de hablar así —dijo con severidad—. No hemos visto ni un solo indio, ni pacífico ni hostil. Os he contratado a todos para terminar el trabajo. Al huir, esos dos han perdido su salario.

Sienna se agachó y dejó que el agua limpia del río le lavara la espuma del pelo. La temperatura era fresca, pero no incómoda, y Dylan le había traído una planta a la que llamaba soapwort y le había enseñado a machacar las raíces para hacer champú.

Ella estaba familiarizada con las hierbas y flores que crecían en las Tierras Altas, y a menudo las había utilizado con fines medicinales. Dylan conocía docenas aquí en las Colonias de las que ella nunca había oído hablar.

—Mi madre conocía cientos de plantas silvestres útiles —le había dicho — . Muchas son medicina femenina, y otras nunca me molesté en aprenderlas. No hay boticas en el bosque. Emparejaría a un chamán Shawnee contra un médico europeo entrenado cualquier día. Los shawnee, y especialmente sus primos, los delaware, pueden curar más heridas con raíces y hierbas que la mayoría de los cirujanos ingleses con bisturíes y sierras para huesos.

Sienna volvió a mirar la cabaña con orgullo. Era pequeña, sólo una habitación y un pasillo en la planta baja, y una habitación larga en el segundo piso, pero había escalones de verdad y cristales de ojo de buey en las ventanas. Una chimenea de piedra cubría la mayor parte del extremo norte. Había una chimenea enorme abajo y otra más pequeña arriba. La cima era empinada, las paredes de troncos y el tejado de listones de cedro pulcros.

Los suelos eran de tablas anchas de pino, aserradas en Annapolis y transportadas hasta allí a un gran coste, junto con una mesa de nogal, cuatro sillas de respaldo recto, un arcón de seis tablas y un somier. Algunas ollas básicas, un asador de hierro para el fogón de la cocina y vajilla de peltre habían sido traídos en carreta de bueyes. Como Dylan le había dicho más de una vez, estaban empezando con lo justo. Pero él le había asegurado que cuando tuviera tiempo para comerciar con las tribus por pieles y traer una cosecha, empezarían a acumular seguridad financiera.

—No es que la tierra no sea mía —le había explicado—. La poseo directamente a través de la Corona, no por permiso de ningún gobernador real. Mi padre se esforzó por asegurarse de que

el regalo de mi madre estuviera a salvo de manos codiciosas. El rey le debía un favor a mi padre. Al darnos la tierra directamente, Su Majestad satisfizo una vieja deuda sin gastar un chelín de su propio dinero.

La tierra... Sienna volvió la cabeza y miró hacia el este, a lo largo del río. Su propiedad corría en esa dirección más allá de lo que ella podía ver; corría en todas direcciones más allá de lo que ella podía imaginar. Miles de acres de bosque, arroyo, colinas y praderas pertenecían a Dylan... y a ella también, supuso. Suficiente tierra para avergonzar a muchos laird de las Highlands o lords ingleses. Suficiente tierra para sentirse libre de reglas y vecinos pendencieros.

Suspiró con pesar. No era realmente suya porque no tenía intención de quedarse con Dylan. Él pertenecía aquí; ella no. ¿Dónde estaban los campos abiertos de brezo? ¿Las cabañas de piedra de los campesinos y los rebaños de peludo ganado de las Highlands? ¿Los castillos y las hondonadas encantadas? Maryland era demasiado grande, demasiado verde y sí, incluso demasiado salvaje para una escocesa.

Lo que daría por oír llorar ahora al bebé de Kenna, pensó... o incluso por oír a su hermana quejarse de algo. Echaba mucho de menos a su familia.

Absurdamente, se puso el amuleto en la garganta.

—Es cierto que he sido maldecida... pero ¿dónde está tu bendición?

Una hurraca sonó desde el lugar de la casa. Cuando se volvió, Dylan la estaba saludando.

—¡Hemos terminado! —gritó—. ¡Ven a encender el primer fuego!

El primer fuego... Otro ritual para asegurar la suerte para la casa. Ya habían enterrado un nuevo y reluciente chelín bajo el umbral de la puerta principal y colgado herraduras sobre cada entrada. Dylan había pensado que las herraduras eran una superstición tonta, pero Isaac estaba de acuerdo con Sienna.

—Una casa nueva necesita protección contra las brujas y otros espíritus malignos —había

dicho—. Mi abuelo era un hombre educado, pero lo creía. Si es lo bastante bueno para él, lo es para mí.

Lo había dicho en broma, pero las herraduras sobre la puerta eran habituales entre la gente que ella conocía. Se habría sentido extraña si no las hubieran colgado. Iba con el viejo dicho de que los invitados debían salir siempre de casa por la misma entrada por la que habían entrado, y el que insistía en que el primer visitante el día de Año Nuevo debía ser un hombre y no una mujer. Si una mujer entraba primero por la puerta, la gente en casa pensaba que eso significaba que la esposa y no el marido gobernaría el hogar hasta el año siguiente.

Isaac había subido a la escalera para clavar las herraduras, con el lado abierto hacia arriba, para evitar que la suerte se cayera, antes incluso de que se colgaran las puertas.

—No merece la pena tontear con brujas —dijo—. Aquí fuera, en el gran bosque, ¿quién sabe qué guaridas puede haber?

Sienna no estaba segura de los fantasmas, pero había visto una bruja con sus propios ojos. La vieja abuela Kimbal podía quitar verrugas y curar quemaduras de la noche a la mañana. Y también tenía el don de la vista. La gente de kilómetros a la redonda solía traer a sus recién nacidos para que ella los bendijera. La abuela era cristiana, de eso estaba segura. La abuela nunca dejaba de rezar antes de cada imposición de manos. Pero su religión era de las antiguas, y la Abuela tenía poderes con los que pocas personas nacían. Fantasmas, tal vez sí o tal vez no, pero Sienna sabía de brujas. Además, se dijo a sí misma, las herraduras no harían daño, y podrían hacer bien.

—¡Sienna! —gritó Dylan—. ¿Vienes? —Ella cerró los ojos y volvió la cara hacia el sol. La verdad era que odiaba abandonar el río. El sonido del agua corriendo era relajante para sus oídos. La luz del sol era cálida y la música del canto de los pájaros llegaba de todas direcciones. Aquí, por primera vez en semanas, había podido apartarse de todo el duro trabajo y perderse en sus pensamientos.

—Estoy desgarrada —dijo con un suspiro—. Estoy desgarrada por quererle y saber que no puede durar. —Pero una parte de ella deseaba que pudiera durar... deseaba que su vida pudiera empezar de nuevo aquí, en este río limpio y fresco.

Enderezando los hombros, abrió los ojos, agarró un grueso mechón de su pelo y exprimió el agua de él.

—Ya voy —le gritó.

El fondo arenoso se sentía bien bajo sus pies descalzos mientras se volvía hacia la orilla. Tendría que ponerse otra falda y otro corpiño; éste estaba empapado, pero…

—¡Santa Madre de Dios!

Viniendo directamente hacia ella, a menos de veinte metros, había un bote lleno de salvajes emplumados.

—¡Dylan! —gritó.

La canoa de corteza de abedul salió disparada hacia delante, abriéndose paso entre Sienna y la orilla del río. Arrodillado en la proa había un hombre de piel cobriza que llevaba poco más que un trozo de piel de ciervo alrededor de los lomos. Llevaba la cabeza rapada salvo por una cresta de gallo de la que colgaban varias plumas de águila. Llevaba un remo en las manos, pero un largo rifle yacía apoyado contra el costado de la embarcación.

Detrás de él, en el centro, Sienna vio a una mujer india de edad indeterminada, con un rostro tan bello como el de una madona de mármol rosado, vestida toda de rojo con una diadema de cuentas blancas adornada con plumaje de plumas blancas y negras. También iba armada con un rifle.

El remero de la popa de la barca era el de aspecto más fiero de todos. Tenía la cara pintada con barras amarillas y llevaba el pelo negro largo y suelto alrededor de los hombros tatuados. Alrededor de su cuello colgaba una ristra de garras de oso, y su chaleco de cuero con flecos

llevaba trozos de pelo que Sienna temía que fueran cabelleras humanas. En sus orejas brillaban adornos de hueso, y un alfiler de plata se clavaba en la suave parte inferior de su nariz.

Hundió profundamente su remo en el agua y la canoa se deslizó hasta detenerse. Dijo algo en indio a sus compañeros, y el hombre de proa cambió su remo por el rifle.

Sienna se quedó helada.

—¡Dylan! —volvió a gritar.

La india le sonrió y levantó una mano, con la palma hacia fuera.

—No tengas miedo —dijo en un inglés perfecto—. No queremos hacerte daño.

Sienna estaba tan sobresaltada que no podía hablar. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que los indios podían oírlo.

—¿Quién...? —empezó. Su voz se quebró y lo intentó de nuevo—. ¿Quiénes sois?

La sonrisa de la india se ensanchó y sus ojos oscuros centellearon.

—Había oído que Ko-nah había tomado una esposa de las Tierras Altas.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par con asombro. ¿Había oído algún rastro de rebuzno escocés?

—Soy Sienna Kimbal —dijo. Luego se corrigió—. Sienna Ramsey. No conozco a este Connor.

La dama de la canoa se rió.

—Ko-nah Ain-jeleh. En shawnee significa Bruma en el viento. Es como llamamos a tu marido, Dylan Ramsey. Pluma de Luna te saluda, Sienna Ramsey.

Sienna tragó saliva.

—¿Pluma de Luna? ¿Ese es tu nombre? —Le quedaba bien. Un nombre hermoso para una

mujer hermosa. No era tan joven como Sienna había pensado en un principio. Cuando la miró de cerca, pudo ver una pizca de escarcha gris en su pelo negro como la tinta, y había pequeñas líneas de expresión alrededor de sus ojos. Pero su cara... Sienna nunca había visto una perfección tan ovalada. Es cierto que su nariz era fuerte y sus ojos débilmente rasgados como los de alguna reina oriental, pero su piel era de seda rojiza y sus rasgos de un equilibrio exquisito.

Asintió con la cabeza amablemente y Sienna perdió el miedo. Pluma de luna irradiaba confianza. A pesar de sus salvajes compañeros, era natural creer que esta mujer venía en son de paz.

—Ven a tierra —dijo Sienna. No estaba segura de cómo se daba la bienvenida a los indios, pero Dylan lo sabría—. ¿Puedo ofrecerle algo de comer? —Alimentar a los invitados debe ser algo universal... al menos si comían los mismos tipos de comida que los ingleses y los escoceses.

Pluma de luna le dijo algo al remero en la popa de la canoa. Éste frunció el ceño pero dirigió la embarcación hacia la orilla.

Sienna chapoteó tras ellos, consciente de repente del aspecto que debía tener, el pelo mojado y encrespado, la ropa empapada. Qué buena anfitriona soy para recibir a nuestros primeros visitantes, pensó.

—¡Pluma de Luna! —Dylan corrió hacia la canoa con los brazos abiertos—. ¡Pluma de Luna! Kitate. Chee-tun-ai, me alegro de verte.

Los hombres acercaron la ligera embarcación lo más posible a la orilla, luego uno bajó y levantó a Pluma de luna en brazos. La dejó ligeramente sobre la hierba y volvió para ayudar al valiente que llevaba las garras de oso a varar la canoa.

—Sienna. —Dylan le cogió la mano y la ayudó a subir a la orilla—. Nos honra la visita de Lady Leah. —Pasó un brazo alrededor del hombro de Sienna—. Sienna... Pluma de luna es Lady Leah.

—¿Con cuál de los dos nombres debo llamarla? —preguntó Sienna.

Pluma de luna se rió.

—Llámame como quieras. Leah servirá si Pluma de luna se siente incómoda en tu lengua. Pero aquí, en la tierra de mi madre, no necesita el título de Lady.

—Pluma de luna es la esposa de Lord Kentington —explicó Dylan—. Le dije que su padre era un conde escocés.

—Mi madre era Shawnee —dijo Pluma de Luna—. Sólo con los ingleses me inclino ante los deseos de mi marido y sigo sus costumbres. Aquí ésta sólo es…

—Una mujer de paz —gruñó el guerrero rapado—. La mujer de la paz de los Shawnee.

Dylan sonrió.

—Una gran dama en cualquier lengua. Nos complace darle la bienvenida a nuestro hogar.

Cualquier duda que Sienna pudiera haber tenido sobre la identidad de Pluma de Luna se extinguió rápidamente cuando los obreros se quitaron los sombreros e inclinaron la cabeza en señal de saludo a su señora.

—Lady Leah —dijo Isaac—. Me alegro de verla, señora.

—Y a ti, Isaac —respondió ella.

—Su señoría. —La nuez de Adán de Joe subió y bajó mientras se agarraba la gorra.

—Señoría —repitió Nathan.

Pluma de Luna les respondió amablemente, llamando a cada uno por su nombre, y preguntando por la familia de Isaac.

—Su hijo y su esposa fueron muy amables con nosotros —dijo Sienna cuando los jornaleros dieron un paso atrás—. Me temo que nos aprovechamos de su hospitalidad durante varios meses este invierno.

Pluma de luna sonrió.

—Forrest me escribió. Me alegro de que recordara sus modales. Si hubiera hecho menos, lo habría regañado severamente. ¿No es su mujer un tesoro?

—Me gustó mucho —respondió Sienna. Se preguntó por qué Dylan no le había dicho que Lady Leah vestía como una salvaje y vivía en el bosque. Era todo muy desconcertante. Pero ahora no había tiempo para preocuparse por eso. Sacó los alimentos que había pensado servir para la comida del mediodía y puso agua a hervir sobre el fuego.

En pocos minutos, ella, Dylan y sus invitados estaban sentados bajo un gran haya, sorbiendo tazas de té humeante. Sienna había ofrecido sillas, pero los indios las rechazaron. En su lugar, los cinco se sentaron en el suelo. A los indios, decidió Sienna, les gustaba mucho el preciado azúcar en su té.

—El té es una costumbre a la que esta mujer se aficionó en Inglaterra —exclamó Pluma de luna tras un intercambio de regalos y agradecimientos apropiados. Había obsequiado a Dylan con un magnífico cuchillo con un tallado mango de hueso y una funda y un cinturón de cuentas. Sienna había recibido una hermosa cesta tejida con agujas de pino. Dylan, a su vez, había regalado unos cuernos llenos de pólvora para los hombres y una pequeña pistola francesa bañada en plata para la mujer de la paz...

—Me temo que no puedo ofreceros nata ni limón —dijo Sienna—. Aún no tenemos vaca, y el limón es demasiado caro para que nos lo podamos permitir.

Pluma de luna se rió.

—La leche es otra de las costumbres europeas a las que no me he adaptado. Me parece... —Expresivamente extendió las manos—. Más bien repulsiva.

—Tenía la intención de venir al pueblo tan pronto como la casa estuviera terminada —dijo Dylan, cambiando de tema—. He oído muchos rumores de disturbios entre las tribus y quería

saber qué pensaba usted al respecto.

El shawnee con el collar de garras de oso, el hombre llamado Kitate, frunció el ceño. No había hablado desde que habían abandonado la canoa. Ahora dijo:

—No es prudente que construyas una casa en este lugar. —Sienna notó que su inglés era bueno pero muy acentuado.

Pluma de Luna esperó hasta que hubo terminado.

—Mi hijo dice la verdad —estuvo de acuerdo—. No es el momento de cortar esta tierra para plantar tabaco.

—La tierra es mía —insistió Dylan—. Mía por mi madre y por la propia mano del rey.

El ceño de Kitate se volvió más oscuro.

—La tierra no se puede poseer. De tu madre vinieron los derechos de caza, no el derecho a talar el bosque.

—El rey Jorge... —argumentó Dylan.

—El rey Jorge está muy lejos —dijo Pluma de luna—. Sus mocasines nunca han caminado por estos senderos. No tiene la sangre del pueblo, no es Shawnee. El rey inglés no importa.

—Tú, Bruma en el viento, has regresado a nosotros —dijo Kitate—. Pero no vienes como nuestro hermano. Vienes como uno de ellos.

—Se acerca la guerra entre el hombre rojo y el blanco —dijo el segundo guerrero—. ¿Qué bando elegirás, Bruma en el viento? ¿Lucharás contra los de tu madre...?

Los rasgos de Dylan se volvieron tan duros como los de Kitate.

—La mitad de mí es Shawnee —dijo—, y la otra mitad es inglesa. La mujer de la paz conoce mi corazón. Estoy dividido entre madre y padre.

—Mi padre era escocés —corrigió suavemente Pluma de luna—. No inglés. Mis hijos son

más europeos que Shawnee. Los más cercanos a mí tienen piel pálida y ojos claros, pero siempre supe que mi lealtad estaba con la gente de mi madre.

—Mi madre también era shawnee —dijo Dylan—. Honro su memoria y nunca levantaría una mano contra los Shawnee o los Delaware.

Pluma de luna le dirigió una mirada larga y pensativa.

—Si me dejan a mí y a los míos en paz, seré un amigo para ellos —añadió Dylan—. Pero construiré una plantación aquí. Quiero conservar lo que es mío.

Moonfeather le entregó a Sienna su copa, y cuando se inclinó hacia delante para cogerla, su amuleto se deslizó de su húmedo corpiño. Al instante, la mirada de Pluma de Luna se fijó en el colgante. Sus ojos se abrieron de par en par y respiró con un jadeo audible.

—Así que —murmuró.

Cohibida, Sienna agarró el collar. ¿No había oído algo sobre los regalos de los indios? Si a Pluma de luna le gustaba el Ojo de Bruma y lo quería, ¿qué debía hacer? Lady Kentington había sido buena con ellas, pero tampoco quería hacer daño a Dylan regalando el collar. Rápidamente, volvió a guardar el amuleto bajo su ropa.

—¿Le apetece más té, Lady Kentington? —preguntó para disimular su angustia.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Pluma de luna.

—Lo tiene desde que era niña —dijo Dylan—. Es un recuerdo familiar. Ahora, sobre esta tierra... No tengo intención de prohibir a los Shawnee que la crucen, que pesquen y cacen aquí. Yo…

Pluma de luna no se distraería.

—¿Quién te dio el collar, esposa de Bruma en el viento?

Sienna respondió con rigidez.

—Fue un regalo del hombre que me engendró, Cameron Stewart.

—Así es. —Pluma de Luna se puso en pie y sonrió—. El círculo está cerrado —dijo misteriosamente.

Confundida, Sienna miró a Dylan. Parecía tan desconcertado como ella por el comentario de su invitada.

—Ven a la aldea y habla con los ancianos, Dylan Ramsey —dijo Pluma de luna—. Habrá una reunión del alto consejo la noche de la próxima luna llena. Deberías oír lo que ha ocurrido entre los Shawnee y los blancos en los años transcurridos desde que te fuiste. —Miró directamente a la cara de Sienna—. Si alguna vez lo necesitas, acude a mí, Sienna Ramsey. Dos días de camino a lo largo del río. Esta mujer sería tu hermana.

Los dos valientes se levantaron de un salto.

—No hay necesidad de que os vayáis —dijo Dylan—. Podemos hablar...

De repente, Pluma de luna le agarró las manos y se acercó a él.

—Presta atención a mis palabras. La guerra entre ingleses y franceses se acerca a esta tierra. Esta mujer teme que los ríos corran rojos de sangre.

—Si llega la guerra, ¿los Shawnee estarán con los ingleses o con los franceses? —preguntó Dylan.

Pluma de luna se encogió de hombros.

—Cuando el halcón y el águila chocan, los pájaros pequeños se dispersan.

—Deben elegir entre ellos. Los franceses sólo quieren pieles y convertir a las tribus al cristianismo. Los colonos ingleses han venido para quedarse. Han echado raíces aquí. No se les echará —replicó Dylan—. Los franceses no pueden ganar. Si los Shawnee eligen el bando equivocado…

—Algunos de los míos temen más a los colonos ingleses que a los soldados —replicó Moonfeather—. El soldado viene con cañones y disparos, pero el granjero hunde profundas raíces en la tierra.

—Podemos aprender a vivir juntos: ingleses e indios —argumentó Dylan—. Te has pasado la vida haciendo la paz. Debes creer en esa posibilidad.

Pluma de Luna suspiró.

—Para lograr una paz duradera, ambas partes deben estar de acuerdo. Mientras el indio reclame tierras que el inglés quiere, no puede haber fin a la lucha.

—No puedes echar toda la culpa a los blancos, Pluma de Luna. Tus mayores enemigos, la nación iroquesa, estaban aquí mucho antes de que el primer europeo pusiera un pie en América.

—¿Mis enemigos? —Ella sacudió la cabeza—. Crees en tu corazón que eres inglés, Dylan Ramsey, pero tu madre te llevó bajo su pecho. Ella te dio la vida. Es su herencia la que corre más fuerte en ti. No puedes volver la cara a tus hermanos y hermanas Shawnee.

—No me avergüenzo de mi herencia india.

—Entonces te he ofendido —dijo ella—. Eres un buen hombre y no le ofrecería ningún insulto.

El rostro de Dylan se sonrojó bajo su bronceado.

—Los ingleses y los shawnee no tienen por qué estar enfrentados —dijo—. Aquí hay tierra suficiente para todos.

—Sí —respondió ella—. Así lo creen mi marido y mi padre. Pero cuando ésta mira al fuego sagrado, ve las llamas de la guerra y oye los pasos de un pueblo que pasa. —Ella le soltó las manos—. Percibo un cambio en ti, Dylan Ramsey —dijo en voz baja—. Algo ha sucedido.

Él no respondió. Sienna miró de uno a otro. La advertencia de Pluma de luna había sido

ominosa, pero ahora... Un escalofrío recorrió a Sienna.

Los ojos de la mujer de la paz se oscurecieron hasta convertirse en charcos de obsidiana líquida, y cuando volvió a hablar, lo hizo en lengua india.

—Na-nata Ki-tehi —susurró.

Hubo más, pero pronunciado en voz tan baja que Sienna apenas podía oírla, y mucho menos comprender.

—¿Estás segura? —preguntó Dylan.

—Sí —dijo Moonfeather, cambiando de nuevo al inglés. La mirada feérica abandonó su rostro y sonrió—. Ven a la aldea —dijo. Luego se dio la vuelta y caminó hacia el río, seguida por sus hombres. Tras unos pasos, se detuvo y miró hacia atrás—. Gracias por el té, y no olvides traer a su esposa cuando venga al fuego del consejo. Hay mucho que me gustaría saber de ella.

—¿Qué te dijo? —preguntó Sienna mientras los indios guiaban la canoa hacia aguas profundas y comenzaban a remar río arriba contra la corriente. Pluma de Luna se volvió para saludar y Sienna le devolvió el saludo—. Qué mujer tan extraña —murmuró.

—Confía en ella —dijo Dylan—. No importa lo que venga, recuerda que puedes confiar en ella. Es una gran dama y la mujer más sabia que he conocido.

—¿Qué te dijo? —repitió Sienna—. Justo antes de irse... cuando habló en indio.

Él emitió un pequeño sonido de incredulidad.

—No tiene ningún sentido.

—¿Qué no lo tiene?

—Ella me dijo que mi nombre Shawnee ya no es Ko-nah Ain-jeleh- Bruma en el viento. Mi nuevo nombre es Na-nata Ki-hehi-Corazón Guerrero.

Sienna rió entre dientes.

—Ella puede cambiar los nombres de la gente, ¿verdad?

—Es una mujer de paz. No hay un equivalente en inglés, pero es una líder espiritual y política, no sólo de una tribu, sino de toda la nación Shawnee. Una mujer de paz nace, no se nombra, y nunca hay más de una en una generación. Ella bien puede darme un nombre si lo decide.

—¿Tan poderosa es?

Asintió.

—Ella podría hacer matar a un gobernador real con un movimiento de su mano. Ella podría declarar la guerra o ponerle fin. Es una cosa india. No espero que lo entiendas.

—Te lo tomas en serio, ¿verdad?

Su boca se tensó hasta convertirse en un fino tajo.

—Es extraño, cierto —dijo—, pero me gustaría intentar entenderlo. Al principio te llamaba Ko-nah. ¿Quién te dio el nombre de Dylan? ¿Tu madre?

—No. Mi padre me llamó Dylan, por su abuelo. Bruma en el viento era mi nombre de niño. Deberían haberme dado uno nuevo cuando recibí una visión y completé mi iniciación a la virilidad.

—Y por alguna razón, no lo hiciste.

—No. Mi iniciación fue... algo irregular. Normalmente, un niño tiene una visión del animal que se convertirá en su guía espiritual, su protector. Mi nombramiento se pospuso. Entonces murió mi madre y mi padre me llevó a Inglaterra.

—Y hoy, Lady Kentington, Pluma de Luna, ha decidido darte un nuevo nombre.

—Una locura, ¿verdad? Nunca se le da un nombre de hombre a un guerrero que no tiene un espíritu guía apropiado. —Hizo una mueca—. Te dije que no lo entenderías. —Dylan le pasó

un brazo por los hombros—. ¿Qué te parece si encendemos el fuego y empezamos a trasladar nuestros muebles al interior? Dormiremos bajo nuestro propio techo esta noche.

—¿Irás a la aldea Shawnee?

Su humor volvió a ser sombrío.

—Tendremos que hacerlo. Hay un viejo sendero de guerra que cruza nuestra tierra. Si surgen problemas, me temo que estaremos en medio de ellos. Realmente no puedo disponer del tiempo ahora, pero tan pronto como nuestra primera cosecha esté dentro y el establo esté terminado... sí, cabalgaré hacia el oeste hasta la aldea y oiré lo que el consejo tiene que decir.

—Dijo que en la próxima luna llena.

—Se habla de guerra total entre los indios y los ingleses desde antes de que yo naciera. Si las noticias son buenas, no hará daño esperar a oírlas.

—¿Y si son malas? —preguntó Sienna.

—Pronto sabremos la verdad.

Capítulo 14

La visita de Pluma de Luna preocupó tanto a Sienna que sólo disfrutó un poco al encender el primer fuego en la cabaña y al colocar los muebles en su sitio. La cena fue venado y trucha asados, complementados con verduras frescas, tortas de avena y compota de manzana hecha con manzanas secas traídas de Anápolis.

Dylan y Sienna se sentaron juntos a la mesa disfrutando de una taza de té tardía después de que Isaac y los demás hubieran subido la escalera al desván para dormir. Dylan llenó una pipa de tallo largo con tabaco cultivado en Maryland y dio una calada pensativa.

—¿Por qué no quieren los shawnee que construyas una plantación aquí? —le preguntó, expresando la duda que le había preocupado toda la tarde.

—Estamos al borde de un terreno de caza privilegiado. Si construyo aquí, temen que vengan otros colonos y les expulsen de sus tierras.

—¿Lo harán?

Observó cómo el humo se enroscaba hacia arriba desde la cazoleta de su pipa.

—Sí.

—Entonces estamos perjudicando a los indios con lo que hacemos.

—No hay forma de detener el asentamiento, Sienna. Este verano o el próximo, empezarán a surgir cabañas a lo largo del río. Si no estamos aquí para establecer nuestra reclamación, los

ocupantes ilegales intentarán instalarse en mis tierras. Es difícil encontrar terrenos baratos a lo largo de la bahía. Siguen llegando de Inglaterra, Irlanda y Escocia. La mayoría son hombres pobres decididos a cultivar una parcela propia; han hecho grandes sacrificios para venir a las Colonias y no se les negará la tierra.

—¿Pero los Shawnee los culparán junto con los otros, aunque tengan una escritura legal?

—Sí, lo harán. Ellos no ven la propiedad de la tierra como nosotros. Piensan que la tierra pertenece a Dios. Los hombres y las mujeres sólo tienen el uso de ella.

—¿Se pondrán en pie de guerra?

—Espero que no. —Dejó su pipa—. Lo dudo. Pluma de luna hablará mucho a favor de la paz. Pero aún así... hay algo que necesito que veas. —Le hizo un gesto para que se acercara a la chimenea—. Sólo escúchame. No discutas. Lo que tengo que mostrarte puede salvarte la vida algún día.

Desconcertada, ella le siguió hasta el hogar.

—La piedra está caliente. No te quemes —le advirtió—. Mira por la chimenea y hacia la izquierda.

Ella hizo lo que él le indicaba y vio lo que parecían estrechos escalones de roca que sobresalían de la esquina trasera de la chimenea.

—No veo...

—Más alto.

A la altura de los hombros, demasiado alto para que lo viera cualquiera que estuviera de pie en la gran sala, había un saliente encajado en el lateral de la chimenea.

—Es un escondite —dijo.

—En nombre de Dios, ¿qué...?

—Es para ti —dijo él—. Para ti y para nuestros hijos. Hay sitio para que os escondáis. Hicimos la chimenea lo suficientemente ancha a propósito para que hubiera un compartimento oculto. Si el fuego está encendido cuando tengas que subir, te calentarás un poco, pero no deberías hacerte daño. No se lo digas a nadie. Nadie lo sabe excepto Isaac y yo.

Ella ignoró la parte sobre los niños. Tener un bebé era lo último que quería ahora. Un bebé la ataría a Dylan para siempre. Y ella no podía entregárselo para siempre... por mucho que lo deseara.

—¿Por qué querría esconderme en una chimenea?

—Baja la voz. Recuerda que sólo hay una capa de tablas del suelo sobre nosotros. Alguien podría estar despierto en el desván. El agujero para esconderse es inútil si alguien más se entera del secreto.

—¿De quién se supone que debo esconderme?

—Es un seguro, por si alguna vez atacan la plantación.

—¿Crees que los Shawnee van a atacarnos?

Sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. No te habría traído aquí si no creyera que la sangre india de mi madre nos protegería de los Delaware y los Shawnee. Pero siempre hay hombres fuera de la ley. Blancos o rojos, no son diferentes de los asaltantes en Escocia. Forrest me advirtió que desertores del ejército quemaron una granja en la Costa Este. Asesinaron a un hombre y a su esposa y robaron el ganado y los esclavos. Aquí estamos aislados. No tenemos que preocuparnos por los piratas como en las plantaciones de la bahía. Pero no hay vecinos a los que pedir ayuda. Quiero que tengas una forma de sobrevivir si algo malo sucede.

—¿Y tú? ¿Te esconderás allí también?

Su mandíbula se tensó.

—Si estoy aquí, estaré luchando o muerto. Pero si hay problemas, podría estar fuera cazando o cortando árboles. No siempre estaré al alcance del oído. —La apartó de las llamas—. No intento asustarte —dijo bruscamente—. Pero he visto demasiada violencia para…

—¿Como si yo no hubiera visto la mía? —Ella pensó un momento—. Querré un perro grande como protección.

Él asintió con la cabeza.

—Ya he hecho una oferta por dos cachorros de mastín de Forrest, una vez destetados. Nunca lo dijiste, pero esperaba que te gustaran los perros.

—Sí, me gustan. Teníamos un perro pastor en casa que era tan listo como la mayoría de los hombres. Lo envié con Brodie. —Por un instante, la cara manchada de lágrimas del niño se formó en su mente. Lo apartó y volvió a mirar a Dylan. Su expresión era sombría.

—Debería haberte advertido a lo que venías. Si tienes miedo de quedarte aquí…

—¡María y José! —exclamó ella—. Los lobos entran en nuestro campamento. Los indios aparecen de la nada y nos dicen que el río se va a convertir en sangre. Luego me enseñas este agujero en la chimenea y me dices que me esconda cuando vengan las bestias. ¿Cómo no va a tener miedo una mujer sensata?

Las nubes se arremolinaron en el fondo de sus ojos oscuros.

—¿Quieres volver al país de la bahía, a Annapolis? No pondré tu vida en peligro a menos que...

—No. —Aferró la carne cálida y sólida de su mano, maravillada por el estremecimiento que la recorrió. ¿Qué había en este Sassenach que le hacía olvidar el sentido común y la lealtad a su familia y a su país?

—Te quiero aquí, Sienna —admitió—, pero...

—Ya basta —dijo ella, luchando contra el deseo de acariciarle la mejilla bien afeitada. Dylan sólo necesitaba afeitarse dos veces por semana, pero nunca dejaba que se le viera la barba incipiente en la cara. A ella le gustaba eso.

Se acercó más y le rodeó el cuello con los brazos.

—Después de todas las piedras que he cargado por ti... después de todo el trabajo que hemos puesto en esta casa, ¿crees que voy a huir? —le preguntó roncamente—. Dos años te he prometido, y dos años tendrás. No soy una cobarde, lo juro.

—Nunca pensé que lo fueras. —Se sentó en la silla y la atrajo hacia su regazo—. Te quiero. —Se inclinó para besarla tiernamente en la boca—. Quiero mantenerte a salvo —añadió tras el siguiente beso. Le frotó la nuca con dedos fuertes... movimientos lentos y provocativos que la marearon por dentro.

—Dylan. No deberíamos —susurró ella, forcejeando sólo un poco. El calor de la palma callosa de él le sentaba de maravilla en sus músculos doloridos, y ella no quería que él parara—. Uno de los obreros podría bajar a...

Le rozó el labio inferior con la punta de la lengua, e incluso cesaron sus protestas simbólicas. Ella le rodeó el cuello con los brazos y separó los labios con impaciencia cuando él volvió a besarla. Su lengua tocó la suya y ella jadeó ante la sensación.

De repente le costaba respirar.

Se aferró a él, dejando que le llenara la boca con su lengua, deleitándose sensualmente con su sabor y su aroma. Y con cada beso, se olvidaba cada vez más de dónde estaban y de que podrían ser interrumpidos por uno de los obreros que bajaba a responder a una llamada de la naturaleza.

Él deslizó una mano buscadora bajo sus enaguas y le acarició el muslo por encima de la media. Ella suspiró y luego tiró del tanga de cuero que le ataba la cola mientras él acurrucaba la

cara en su pecho. Le encantaba tocarle el pelo.

—Deberías haber nacido muchacha, con un pelo tan bonito —bromeó. Las hebras se deslizaban entre sus dedos, tan suaves como el terciopelo negro.

—Creo que no —dijo él—. Haríamos una extraña pareja.

Ella se rió.

—No quería decir que fueras femenino, aunque tienes unas piernas bonitas. Me gustaría verte con falda escocesa.

—Llevé taparrabos hasta los catorce años —dijo él—. Eso es lo más cerca que pretendo estar de llevar falda.

—Una falda escocesa difícilmente es una falda —le amonestó ella.

—No me vas a arrastrar a una batalla esta noche —dijo él, levantando la cabeza y besándole la punta de la nariz.

—Eres insaciable —replicó ella, pero no pudo contener la risa de su voz. Y no pudo evitar que se le acelerara el pulso. Acurrucada contra él, se sentía tan mareada como una recién casada.

—Lo admito —dijo con un guiño diabólico—. No me canso de ti. Cuando hoy te vi lavándote el pelo en el río, quise quitarme la ropa y unirme a ti. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Mmm —murmuró—. No es demasiado tarde para ir a nadar.

—¿Nadar? ¿En la oscuridad, con lobos e indios salvajes? —Ella frunció los labios—. Estás loco, incluso para ser inglés.

Él se rió de nuevo, un profundo y retumbante sonido de satisfacción que hizo saltar el corazón de ella. Le besó la garganta y luego empezó a desabrocharle el cordón del corpiño.

—¿Por qué tenéis que envolveros las mujeres en semejante maraña de ropa? Es suficiente para volver loco a un hombre.

Arriba, en la alcoba de los trabajadores, crujió una tabla y alguien tosió.

Sienna se puso rígida y miró hacia arriba.

—Dylan, alguien se ha despertado.

—Están profundamente dormidos.

—Si bajaran, ¿qué pensarían?

—No bajarán.

—Pero...

—Shhh. —Suspiró mientras le cubría la mano con la suya—. ¿Ves lo que me has hecho? —Apretó los dedos de ella contra su tensa prenda. Su eje palpitaba caliente contra su carne.

—¿Es eso todo en lo que piensas?

—No... no todo. —Él le susurró al oído una sugerencia escandalosa, y los ojos de ella se abrieron de par en par con asombro.

—Qué vergüenza —susurró ella—. Al menos déjanos meternos en la cama. —La idea de que alguien pudiera bajar y pillarles en circunstancias íntimas era excitante, pero también inquietante. Realmente no quería que Joe la viera con las faldas subidas hasta los muslos y el corpiño desabrochado. Al menos esperaba que no lo hiciera.

Dylan besó la parte superior de su pecho expuesto.

—Te quiero cerca de la luz del fuego, para poder ver tu cara cuando te penetre... cuando esté muy dentro de ti.

Lo deseaba... deseaba sus manos sobre ella... deseaba que la llenara con su eje duro y penetrante.

—Dylan —jadeó—. Llévame a la cama.

Otro ataque de tos resonó en la cámara superior. Dylan maldijo suavemente mientras ella se ponía rígida en sus brazos y se cubría el pecho con la mano.

—No puedo —dijo ella.

Él gimió.

—Sienna, por favor.

—Me temo que ellos...

—Shhh, amor. —Le besó el cuello y la oreja, pero el hechizo se rompió.

—Aquí no —dijo ella.

—¿Dónde, entonces?

Ella se subió la bata por encima del pecho y se levantó.

—Yo también te deseo —admitió.

Se puso en pie.

—Mira lo que me has hecho —dijo. Se miró los calzones—. Apenas puedo caminar en este estado.

—Saldré fuera contigo si quieres —sugirió ella audazmente—. ¿Nadarás conmigo en el río?

—Sí, lo haré.

Él se rió y la agarró por la cintura, levantándola y dándose la vuelta.

—Estoy loco por ti, mujer. No tengo intención de dejarte marchar... ni en dos años... ni en dos vidas.

—Bájame —protestó ella débilmente. En realidad, sus rodillas eran como gelatina y no estaba segura de que la sostuvieran lo suficiente como para caminar a lo largo de la habitación.

Quería arrancarle la camisa y tocarle el pecho desnudo. Quería saborear las duras crestas de su cuerpo, probar la sal de su piel.

Todavía riendo, se la echó al hombro y la sacó por la puerta a la fresca noche de mayo.

—He dicho que me bajes —susurró ella.

Sonidos de ranas e insectos llegaban del bosque y del río. No había ni un soplo de viento, y si la temperatura era inferior a la del interior de la cabaña, no era suficiente para incomodarla en su estado de desnudez.

Dylan posó ligeramente los pies en el suelo a cien pasos de la casa.

—Mira ese cielo —dijo, señalando hacia arriba con una mano mientras con el otro brazo la sujetaba contra él—. Mira esa luna.

Sienna levantó la vista, maravillada. El disco pálido y brillante era más grande de lo que nunca lo había visto, tan cerca que casi sintió que podía estirar la mano y tocarlo.

—La llaman luna Shawnee —dijo—. Hace que los senderos del bosque brillen como el día. Cuando la luna brilla así en los cielos, los Shawnee viajan de noche. Se abalanzan sobre sus enemigos y capturan bellas doncellas. —Su rica voz había adquirido una nota burlona, y ella se unió a su juego.

—¿Crees que alguno de estos guerreros Shawnee me llevará esta noche? —preguntó inocentemente. Ella no miraba a la luna; le miraba a él.

Él se rió.

—Eso podría arreglarse. —Dejó que su mano se deslizara por el hombro de ella y se cerrara alrededor de sus dedos—. Ven conmigo —le ordenó.

Ansiosa, ella le siguió a través del claro abierto hasta el río, y luego río abajo, por el sendero de ciervos que seguía la orilla. La superficie del río parpadeaba con el reflejo de la

brillante luna; las estrellas brillaban con el calor de mil velas. Bajo sus pies, el musgo era tan suave como cualquier alfombra, y el aire olía a pino, a cedro y a flores silvestres.

—Esto debe de ser el sabor del cielo —murmuró. Habían pasado muchas noches aquí junto al río, pero ella siempre había permanecido cerca del fuego. Ahora se sentía embriagada.

—Echaba de menos el cielo del bosque en Inglaterra —le confió—. La luna brilla allí, pero no es la misma luna. No puede ser. —Señaló un grupo de estrellas—. Allí están los Hermanos, y allí está la Osa Mayor... y allí... —La voz de Dylan se volvió ronca por la emoción—. Allí está el Puente Estelar de las Almas.

Se detuvo y la atrajo hacia el círculo de sus brazos.

—Quiero que estés conmigo el resto de mi vida —dijo con voz ronca—. Y cuando muramos, quiero que nuestras luces brillen una al lado de la otra en el Puente Estelar para que las vean nuestros nietos y sus nietos. Te quiero a mi lado, Sienna... por toda la eternidad.

Antes de que ella pudiera responder, antes de que pudiera decirle que no, él la besó. Y el calor de aquel beso lo alejó todo de su mente excepto el deseo. Temblorosa, le permitió que la desnudara. Pieza a pieza, le fue quitando la ropa hasta que ella se alzó orgullosa frente a él, con el pelo desatado, vestida sólo con una polvareda de luz de luna.

—Ahora tú —le dijo. El dolor entre sus piernas se hizo más intenso. Cuando él se quitó la camisa y las botas, ella se dejó caer de rodillas y acarició suavemente su duro vientre y la mata de pelo negro rizado a lo largo de la cintura de sus calzones.

Su rápida respiración la hizo atreverse, y encontró las ataduras en la parte baja de su espalda.

—No te muevas —le dijo—. Quédate donde estás y déjame hacerlo.

Apretó los labios contra su vientre, sintiendo la textura de su pelo contra sus labios. Él olía a limpio, sin rastro de sudor... sólo un sutil aroma de honesta masculinidad que despertó algo

salvaje y primitivo dentro de ella.

—Sienna... —él gimió.

Ella bajó los dedos, trazando las líneas de sus lomos, burlándose suavemente de la creciente tumescencia. Luego deslizó los calzones sobre sus esbeltas caderas, de modo que su duro tallo ya no estaba encajonado en la prenda.

—Sienna.

—¿Te toco? —preguntó ella—. ¿Te complace si hago esto? ¿Y esto? — Ligeramente, ella rozó la longitud de él con lentas y sensuales caricias. Él emitió un sonido de desesperación, y ella le bajó los calzones por encima de las rodillas—. Debes ayudarme —le recordó ella. Obedientemente, él se quitó primero una pierna y luego la otra—. Tus medias —le dijo ella.

Él le tendió una mano, pero ella negó con la cabeza. Qué hermoso era a la luz de la luna, pensó, un gran demonio bronceado de hombre. Su pecho ancho y musculoso; los hombros nervudos y los brazos macizos; la pulcritud de sus caderas; sus piernas bien formadas. Y su vara... Ella sonrió y humedeció las puntas de dos dedos con la lengua.

—¿Qué se siente mejor? —le preguntó, acariciando su forzado falo. —¿Cuando hago esto? ¿O así? —Ella se inclinó más y separó los labios.

—Mujer —gruñó él—. Un segundo más y yo...

Ella no podía responder con palabras... estando ocupada en ese momento con otros menesteres, pero el gemido de placer de él le hizo estar segura de que lo aprobaba. Otras partes funcionaban tan bien como unos dedos hábiles, decidió ella.

Sus manos se enredaron en su pelo y jadeó cuando ella lo atrajo hacia su boca.

Dylan se estremeció e intentó agarrarla por los brazos para tirar de ella contra él, pero ella fue demasiado rápida. Apartándose, se echó a reír y saltó al río. En el espacio de un latido, oyó un segundo chapoteo. Se sumergió y nadó hacia aguas más profundas.

Cuando salió a la superficie, él estaba frente a ella. La agarró por los hombros y la besó. Ella le rodeó la cintura con las piernas y se echó hacia atrás en sus brazos para que él pudiera encontrar sus pechos con la boca.

Se sumergieron juntos y salieron riendo. El agua del río estaba más caliente que el aire, pero no tanto como la piel de ella... ni tanto como su erección.

Se apretó contra ella, buscando ferozmente la entrada a su hendidura. Pero ella no se dejaría atrapar tan fácilmente. Se apartó y se sumergió, dejando que la corriente la arrastrara. Salió a tomar aire, riendo tan fuerte que se le llenó la boca de agua.

Él la agarró y la arrastró chapoteando hacia los bajíos. Con el agua hasta la cintura, se pusieron de pie, mezclando miembros y almas mientras sus besos juguetones se hacían más profundos y febriles. Y cuando ninguno de los dos pudo esperar un instante más, ella cerró los ojos y renunció a toda resistencia.

Él entró en ella con toda la gloria de un amanecer primaveral, y sus risas se convirtieron en gritos de placer. Cada embestida la acercaba más al borde de la plenitud. Deseaba desesperadamente prolongar el acto, asegurarse de que le complacía tanto a él como a sí misma, pero su necesidad no se negaría. El éxtasis estalló en su interior.

Para su sorpresa, Dylan continuó moviéndose y Sienna se encontró respondiendo a sus apasionadas caricias. Rápidamente, su excitación creció hasta que, una vez más, abrasadores temblores de éxtasis luminoso sacudieron su cuerpo.

En la orilla más alejada, una cierva, que se acercaba al río para beber, se quedó inmóvil y los miró fijamente.

Sienna no vio nada más que a Dylan. No oyó nada más que sus susurrantes palabras de amor, y no le importó nada más que esta noche de exquisita felicidad iluminada por la inquietante magia de la luna del bosque.

Capítulo 15

Pasó una semana, y luego dos. Con cada día, ella y Dylan parecían acercarse más. Sienna nunca se había sentido así. Dylan era un amante maravilloso, pero su afecto por él iba mucho más allá del deseo sexual. La hacía reír y compartía planes y sueños con ella como lo haría con un amigo íntimo. Cuando le miraba a los ojos, veía respeto, incluso admiración. Y supo que, en otro tiempo y en otro lugar, le habría prometido su alma inmortal.

El trabajo en la plantación continuaba desde el amanecer hasta el crepúsculo. Sólo el domingo se reservaba como día de culto y descanso. Su marido, le sorprendió descubrir, era un hombre de profunda fe espiritual. Comenzaba cada sábado por la mañana con una oración y una breve lectura de una Biblia bien gastada.

Dylan había retrasado los planes de construir un establo y había puesto todo su empeño en construir varias cabañas más pequeñas para los trabajadores en el lado más alejado del claro.

—Para que puedas tener tu intimidad detrás de las cortinas de nuestra cama —se había burlado de ella.

Hacía varios días, otro barco había remontado el río desde la bahía, trayendo más enseres domésticos y el préstamo de media docena más de sirvientes de enlace de la plantación de lord Kentington. Forrest Wescott también había enviado dos caballos de montar y una yunta de bueyes por la ruta terrestre.

—Un hombre con algo de orgullo devolvería los caballos y los bueyes —había dicho

Dylan la tarde en que habían llegado—. Dios sabe cuándo podré devolver el favor.

—No puedes hacerlo —susurró Sienna—. Tirarle el regalo a la cara sería convertir en enemigo a un buen amigo.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo—. Pero no descansaré hasta haber saldado mis deudas.

—Eres un hombre orgulloso y generoso —había añadido ella—. Quizás necesites esta lección para aprender a recibir además de a dar.

Él había fruncido el ceño y le había gruñido algo, luego se había apresurado a ver a los preciosos animales debidamente confinados.

Entre los nuevos sirvientes había dos matrimonios. Las mujeres, Franny Simms, esposa de Hob Simms; y Phoebe Smyth, esposa de Simon el carpintero, tenían ambas experiencia en cocinar y atender las necesidades de grandes grupos de hombres.

Franny medía casi dos metros, era sencilla de cara y escasa de pelo. Sobresalía por encima de su agrio y delgado marido. Phoebe era de estatura mediana, con el pelo rizado castaño oscuro y unos risueños ojos verdes. El hijo pequeño de Phoebe, Jasper, era la imagen de su madre. Jasper era demasiado pequeño para andar, pero se las arreglaba para conseguir cualquier cosa que se le pusiera por delante arrastrándose hasta el objeto y tirando pacientemente de él con manos regordetas y manchadas de suciedad. Le estaba saliendo el segundo diente y pasaba gran parte de su tiempo royendo cualquier cosa o persona que pudiera capturar.

Sienna estaba encantada de volver a tener la compañía de las mujeres y de verse aliviada de las pesadas tareas. Era bueno hablar de pequeños asuntos domésticos y volver a oír la risa cantarina de un bebé. Incluso los leñadores de cara dura se ponían tontos alrededor de Jasper y competían por ver quién ponía las caras más tontas para diversión del niño.

Ayer, ella y Phoebe habían plantado un huerto en una pequeña zona despejada. Habían

marcado las hileras con cuerda y cultivado la zona cavada a mano con azadas y luego con los dedos, sacudiendo los terrones de hierba y las raíces de los árboles que habían quedado del nuevo arado. Con cuidado, Sienna había sembrado semillas de nabo, rábanos, alubias rojas, maíz y calabaza. El maíz, como Dylan había sugerido, se plantó al estilo indio en colinas de 15 centímetros de altura.

Ella y Phoebe habían tenido un conflicto de opiniones sobre cuántos granos debían ir en cada colina, pero Phoebe se mantuvo firme.

—Uno para el gusano, uno para el cuervo. Uno para Dios, y uno para crecer —insistió—. Cuatro granos en total. —A Sienna le resultó imposible discutir con semejante lógica colonial y aceptó arriesgarse a poner una semilla más en cada montículo.

En el borde del jardín, Sienna había indicado a Joe que cavara un hoyo para plantar su primer árbol frutal, un retoño de pippin dorado que Kate había enviado envuelto cuidadosamente en un paño húmedo.

—¿Sabes hacer tarta de manzana? —había preguntado Dylan cuando Sienna se había esmerado en apisonar el pequeño árbol y regarlo adecuadamente.

—Sí —había respondido ella—. Sé hacerlo. —Pero no había añadido que para cuando la primera manzana se hinchara en la rama, ella estaría muy lejos, al otro lado del mar, en Escocia.

Esa mañana, había echado un rápido vistazo a su jardín, admirado el pequeño y robusto manzano, y dejado los preparativos para la comida del mediodía en las hábiles manos de Franny y Phoebe. Cogiendo su nueva cesta india de agujas de pino, Sienna había seguido el sendero de caza a través del bosque hasta el prado para coger alguna fresa de maduración tardía. Phoebe afirmaba tener un talento poco común con el pan y la repostería, y Sienna quería que preparara pastel de bayas para la cena.

Cuando Sienna llegó al lugar cerca del río donde Dylan le había mostrado los parches de fresas silvestres, sólo encontró unas pocas, y ésas se las comió. La soledad era maravillosa

después de haber estado tanto tiempo con un grupo; el sol era cálido y el campo estaba hasta las rodillas de flores silvestres.

Los relajantes sonidos del agua corriendo aumentaron su pereza, y no pudo resistirse a quitarse los zapatos y las medias. Una vez descalza, fue imposible resistir la tentación de sentarse en las rocas tostadas por el sol y sumergir las piernas en el fresco río. Mientras contemplaba la brillante superficie azul verdosa, una gran garza azul desplegó sus alas y se elevó en el aire en la orilla más lejana.

—¡Sienna!

La llamada de Dylan irrumpió en su apacible ensueño. Se volvió y saludó. Salió de la sombra de los altos robles y entró en el prado.

—¡Aquí estoy! —respondió ella, saludando de nuevo.

Debería haberle guardado algunas fresas, pensó mientras los recuerdos de una cita que habían tenido al final de la tarde en este mismo lugar le hacían subir la sangre a las mejillas.

Él se dirigió hacia ella, con su pelo negro como el cuervo brillando bajo la luz del sol, y ella se puso toda blanda y nerviosa por dentro. Dylan había estado cortando madera toda la mañana, y estaba desnudo hasta la cintura, vistiendo nada más que sus calzones y sus pesadas botas. En una mano llevaba un broadax de acero y en la otra, su sombrero ladeado.

—Llevo cinco horas blandiendo este hacha y tú estás pasando el día como una condesa. —La picardía iluminó sus ojos de diablo, diciéndole que estaba bromeando.

—¿Te apetece un chapuzón? —le preguntó mientras él se acercaba.

Él sonrió.

—No sé si tendría fuerzas para volver al leñero después de nadar contigo.

—Cobarde.

—Llámame cobarde, ¿quieres?

—Sí.

—Veremos quién es el cobarde. —Apoyó el hacha contra una roca y puso su sombrero sobre un afloramiento plano de esquisto.

Sienna se encaramó y se puso en marcha hacia él, luego se detuvo cuando oyó un sonido inusual: el débil tintineo de las semillas agitadas en una calabaza seca. Al instante, se le erizó el vello de la nuca.

—¿Qué es eso...? —Se interrumpió cuando el terror convirtió sus miembros en madera.

Una enorme serpiente marrón rojiza con una cabeza plana de color óxido y marcas en forma de bandas triangulares ondulaba por la roca suelta y arremetió contra el brazo de Dylan.

Sienna gritó.

La serpiente se enroscó y volvió a golpear.

Sienna vislumbró unos colmillos relucientes en la boca abierta. Dylan saltó hacia atrás, agarró el hacha y despachó a la serpiente con tres rápidos golpes.

—Jesús y María —exclamó.

La serpiente era tan gruesa alrededor como su brazo y más larga que la altura de un hombre. Decapitada y cortada en tres trozos separados, la horrible criatura continuó retorciéndose y retorciéndose, haciendo feos dibujos con su propia sangre contra la roca. El extraño vibrar continuaba desde la sección cercenada de la cola, no exactamente igual pero lo suficientemente cerca como para que ella se diera cuenta de que era la serpiente la que había hecho el ruido que había oído.

Saboreando aún la amargura metálica del miedo en su boca, Sienna se arrojó contra el pecho de Dylan.

—Santos mártires —gritó—. Eso estuvo cerca. —Se aferró a él con tanta fuerza que podía oír los latidos de su corazón.

Pensar en lo que podría haber pasado la ponía enferma. La mano de Dylan había estado a escasos centímetros de la boca bostezante de la criatura, de aquellos colmillos curvos y relucientes.

—¿De qué tipo era? —preguntó—. ¿Era venenosa?

Dylan la apartó suavemente, tiró el hacha al suelo y retrocedió varios pasos.

—Es una cabeza de cobre —dijo en voz baja.

Ella se estremeció. El tono de su voz respondió a su pregunta. Intentó decir algo, pero tenía la boca demasiado seca. Se lamió los labios y consiguió decir:

—Gracias a Dios que no nos ha mordido a ninguno de los dos. No puedo...

Extendió el brazo derecho. A medio camino entre la muñeca y el codo, en la parte exterior, había cuatro pequeñas manchas de sangre.

—Te alcanzó.

—Dos veces.

—Madre de Dios. —Esto era una pesadilla. En cualquier momento se despertaría y descubriría que estaban a salvo en su cama—. ¿Qué debo hacer? —Sonaba sin aliento, como si hubiera estado subiendo una cuesta empinada—. ¿Corro a la casa a pedir ayuda?

Dylan sacudió la cabeza.

—No, quédate. —Se puso de rodillas y luego se tumbó de cuerpo entero en la hierba.

No pudo contener un pequeño gemido de susto.

—Aún no me estoy muriendo —espetó—. Necesito quedarme quieto para evitar que el veneno llegue a mi corazón. —Con la mano izquierda, sacó su cuchillo de la vaina de cuentas—.

Desabróchame el cinturón y átelo con fuerza justo por debajo del codo —ordenó—. Luego usa la punta del cuchillo para cortar hendiduras directamente sobre las mordeduras.

Le desató el cinturón y sacó el arma afilada con manos temblorosas.

—¿Cómo te sientes? —Poniendo el cuchillo entre sus dientes, ella envolvió el cuero alrededor de su brazo y lo anudó una vez.

—Arde como el infierno, pero mi mente sigue despejada. Si me desmayo, acuérdate de aflojar el cinturón cada cuarto de hora. Demasiada presión y podría perder el brazo. —Hizo el nudo con más fuerza—. Ya está bien —dijo mientras ella retorcía la atadura—. Ahora haz los cortes.

Apretando los dientes, Sienna colocó la hoja de acero sobre su brazo. La razón le decía que lo que estaba haciendo era peligroso y temerario. Un cuchillo utilizado para cirugía debería pasarse por el fuego... para ahuyentar a los demonios y cortar el dolor. Debería tener jabón y vendas, hombres que lo mantuvieran quieto mientras ella hacía lo que debía hacer. Pero un instinto más antiguo la impulsó a actuar antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Hazlo! —le ordenó Dylan.

Sienna tragó con fuerza. La zona alrededor de las mordeduras ya se estaba oscureciendo e hinchando. La sangre brotó cuando ella presionó el afilado acero contra su carne. El primer tajo fue más profundo de lo que ella quería, pero Dylan no se inmutó.

Las lágrimas nublaron su visión y las apartó parpadeando. La segunda incisión fue más fácil. El veneno amarillo brotó a ambos lados del pinchazo cuando ella hurgó en la herida.

—Dos más —dijo.

Dylan maldijo, pero se armó de valor. Para cuando llegó a la última picadura, su brazo estaba rojo y ella temió ponerse enferma.

—Listo —dijo ella. Dio un suspiro de alivio. Cuando le miró a la cara, vio que sudaba

profusamente.

—Ahora corre a buscar a Isaac —ronroneó Dylan. Puso la boca contra las heridas sangrantes y empezó a intentar succionar el veneno.

—Déjame hacer eso por ti —pidió.

—No. Ve a buscar ayuda.

—¿Vas a morir? —Aún parecía imposible. Un momento, él estaba riendo y burlándose de ella, y al siguiente...

Escupió otra bocanada de sangre.

—No si puedo evitarlo.

—Puedo hacerlo —dijo ella.

—¡Maldita sea, mujer! Por una vez, haz lo que te digo. Corre.

—No te me mueras, bastardo. ¡No te atrevas! —Ya sin poder contener las lágrimas, se dio la vuelta y corrió por el prado hacia el sendero que llevaba a la casa a través del espeso bosque.

Estaba a diez metros de la línea de árboles cuando oyó los primeros disparos y luego un grito de mujer, seguido de cerca por un largo y prolongado chillido sobrenatural. Se detuvo, corrió unos pasos más y volvió a detenerse.

Sonaron otros dos disparos de rifle.

Miró hacia atrás por encima del hombro y se adentró en el bosque. A mitad del sendero, oyó las pisadas de alguien que corría a toda velocidad. Apartándose del sendero, se agachó al abrigo de un cedro dañado por el viento.

Otro grito estremeció el aire. Entonces la desgarbada forma de Franny atravesó el bosque. Su vestido estaba ensangrentado y rasgado hasta la cintura. La mitad de su cara había desaparecido. Pisándole los talones venían dos salvajes aullando.

Sienna observó horrorizada cómo el guerrero que iba en cabeza, un hombre enorme con la cara pintada de blanco y negro para parecerse a una calavera, lanzaba un tomahawk contra espalda de Franny. La bondwoman gimió, se tambaleó hasta ponerse de rodillas y luego cayó de cuerpo entero sobre el suelo del bosque. El mango del hacha temblaba mientras Franny se retorcía de agonía.

Con un salvaje grito de triunfo, el valiente pintado saltó hacia delante y plantó un pie mocasín en la columna vertebral de la moribunda. Franny lanzó un gemido burbujeante y sus ojos se pusieron en blanco hasta que Sienna no pudo ver más que blanco. Agarrando un puñado de la escasa y canosa cabellera de Franny, el indio le tiró cruelmente de la cabeza hacia atrás hasta romperle el cuello, y le asestó un tajo en la frente con un cuchillo de carnicero de catorce pulgadas.

Sienna cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Franny estaba inmóvil y el monstruo con cara de calavera bailaba alrededor de su cuerpo blandiendo una estera de pelo carmesí.

Sienna contuvo la respiración y permaneció inmóvil. El olor a hojas machacadas y a miedo llenó sus fosas nasales. Percibió un sabor salado en la lengua y luego se dio cuenta vagamente de que era su propia sangre. Al explorar el interior de su boca, descubrió que se había mordido el interior de la mejilla, pero, extrañamente, no sintió dolor. No sentía nada en absoluto; estaba entumecida por todas partes.

Entonces el segundo guerrero, un indio vestido con un taparrabos azul y un alto plumaje rojo en la parte posterior de su cabeza rapada, apuntó directamente hacia ella y soltó un aullido de triunfo. Al instante, ambos indios se abalanzaron hacia su escondite.

Ella se levantó de un salto, giró y corrió entre los árboles. Aullando como lobos, corrieron tras ella. Ella no prestó atención a los palos y zarzas, ni a los troncos caídos y la maleza. Sienna se levantó las faldas y huyó como si la persiguieran los sabuesos del infierno.

Las ramas le rasparon la cara y le desgarraron el pelo. Esquivó por debajo de las ramas

bajas de los árboles y sorteó obstáculos. Aspiró bocanadas de aire mientras sus pulmones pedían oxígeno a gritos. Y cuando vio por delante las gruesas ramas de un bosquecillo de cedros, se lanzó de cabeza hacia él. Agachándose por aquí y por allá, se arrastró y arañó para adentrarse en la maraña de árboles de hoja perenne.

Sólo cuando se detuvo para tomar aliento recordó que seguía empuñando el cuchillo de Dylan. Cuando se dio cuenta de lo que sostenía, casi se rió a carcajadas.

No estaba indefensa.

El cuchillo le daba fuerzas. La esperanza la inundó y empezó a pensar en lugar de limitarse a reaccionar por primera vez desde que había visto a Franny huir por el sendero del bosque. Se obligó a respirar profunda y tranquilamente, y escuchó.

Los gritos habían cesado. En su lugar, oyó el zumbido de las voces de los hombres y el chasquido de las ramas. Bajó la mirada hacia sus engorrosas faldas y cortó el cordón de su bata sin dudarlo un instante. Quitándose la prenda de los hombros y por encima de las caderas, la dejó caer al suelo. A continuación, cortó los cordones de sus enaguas, dejándola vestida sólo con su camisón y sus medias.

No temía ser violada. Ya la habían violado una vez, y sabía que moriría antes de dejar que los hombres volvieran a ponerle las manos encima de esa manera. Tenía los medios y la voluntad para quitarse la vida si se veía acorralada contra la pared. Pero estaba lejos del suicidio. El feroz legado de milenios de guerreros de las Tierras Altas tamborileaba en su sangre. Era escocesa, por Dios. Y si perdía su vida ante estos bárbaros pintados, sería a un alto precio.

Sus pies desnudos estaban magullados y heridos. Una astilla tan gruesa alrededor como una pluma sobresalía de su empeine. Se la sacó de un tirón y se pellizcó la carne para sofocar la hemorragia. Ignoró las punzadas. ¿Qué era una pequeña molestia cuando la vida de Dylan y la suya propia pendían de un hilo?

Él no estaba en la granja. Ella le había dejado en el prado, junto al río. Estaba dolorido,

cierto, pero era fuerte. Bien podría sobrevivir a la mordedura de serpiente, incluso sin ayuda. La partida de guerra no podría matarlo si no lo encontraban. Todo lo que tenía que hacer era alejarlos de la pradera. Simplemente tenía que escapar en dirección contraria. Y cuando ellos se hubieran ido, ella encontraría el camino de vuelta a Dylan, lo cuidaría hasta que estuviera sano, y...

Las ramas se separaron a un brazo de distancia y el indio del taparrabos azul retrocedió al abrigo del gran cedro. Tenía uno de los brazos levantados mientras trataba de liberar su crestado copete rojo de una rama enredada. Estaba maldiciendo al árbol, al menos eso le pareció a ella. Ella no podía comprender nada del extraño dialecto que murmuraba.

Con los ojos muy abiertos, miró fijamente su espalda expuesta.

Durante no más tiempo que el parpadeo de un ojo, le miró fijamente. Entonces clavó el cuchillo de Dylan con todas sus fuerzas, hundiéndolo en la carne del salvaje, justo a la derecha de su columna vertebral. Por derecho, sus costillas deberían haber desviado el golpe, pero en su precipitación, ella había girado la hoja de modo que el acero se deslizó entre sus huesos.

Se puso rígido, jadeó y se desplomó hacia delante. Su peso estuvo a punto de arrancar el brazo de Sienna de su hueco, pero sus dedos se trabaron en el mango de hueso y el arma se liberó.

Miró conmocionada a su enemigo caído.

—Que Dios me perdone —susurró en su gaélico nativo.

Y como Lázaro resucitando de entre los muertos, el indio se incorporó bruscamente y movió la cabeza en su dirección. Tenía los ojos desorbitados y le corría sangre por la comisura de los labios. Se retorció y se arañó el vientre. Antes de que ella pudiera mover un músculo, su brazo salió disparado y unos dedos ensangrentados se aferraron a su muñeca.

Ella lo acuchilló con el cuchillo. Él gritó y ella se apartó. Un grito de respuesta llegó desde

la izquierda. Sienna no esperó a ver si su víctima estaba viva o muerta. Se zambulló de nuevo en el agujero por el que se había arrastrado para llegar a este lugar. Unas ramas se estrellaron tras ella.

Entonces, un grito de rabia desenfrenada le dijo que Cara de Calavera había descubierto a su compañero. Siguió adelante, encontró una brecha en la espesura e irrumpió de nuevo en el bosque abierto.

Empezó a correr en serio. Insegura de la dirección, olvidando la precaución, dejó de razonar. Se concentró en poner un pie delante del otro y en no dejar caer su cuchillo. Y cuando oyó el grito de guerra que se elevaba justo detrás de ella, se le unió un coro de aullidos adicionales procedentes de ambos lados.

Sienna corrió con más fuerza.

Capítulo 16

Sienna corrió hasta que pensó que su corazón estallaría por el esfuerzo. No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo, pero sabía que su ritmo se ralentizaba y que los cazadores se acercaban a cada paso. Cara de Calavera estaba a veinte metros detrás de ella, chillando como un demonio del infierno y blandiendo su tomahawk alrededor de su cabeza pintada. Dos salvajes más se acercaban por su derecha. No sabía cuántos había a su izquierda, pero estaban más atrás.

Una puntada en su costado se había convertido en un atizador al rojo vivo que se clavaba más profundamente en sus órganos vitales cada vez que su pie golpeaba el suelo. El sudor y la sangre de los arañazos de la cara le corrían por los ojos y amenazaban con cegarla. Sus dedos habían aferrado el cuchillo de Dylan tanto tiempo y con tanto fervor que ya no podía sentir la empuñadura de hueso en su mano.

Sus plegarias se habían reducido a una letanía desesperada consistente en una sola palabra, pronunciada una y otra vez con cada exhalación estrangulada.

—Dios... Dios... Dios... —Fijó los ojos en un solo objeto, un árbol, una rama caída o un montón de hojas. Todo lo que tenía que hacer era correr unos metros más. Y cuando alcanzaba ese objetivo, su mirada buscaba otro, y ése se convertía en su premio.

Aún así, sabía que no podía seguir corriendo. Debía volverse y luchar.

Pero, ¿dónde? ¿Cómo?

Un remolino de gaitas sonó en su cabeza. Por un instante, olió el humo y oyó los cañones de Culloden Moor. La locura... La locura la atrajo como un espejismo de agua espumosa a una mujer que se muere de sed. Sólo tenía que ceder al canto de sirena de la melodía del gaitero y podría descansar junto a los Highlanders caídos. Podría reír de nuevo con todos aquellos seres queridos y sentir el roce de la mano de su madre en la mejilla.

En lugar de eso, forzó sus cansadas piernas a una ráfaga de velocidad, saltó por encima de un paraje podrido y se lanzó por debajo de una rama baja para encontrarse en el prado de fresas silvestres.

Miró a su alrededor asombrada, luego tropezó y estuvo a punto de caer. Había creído que estaba alejando a sus torturadores de Dylan. En lugar de eso, había garantizado su descubrimiento y su muerte.

—¡Yi-yi-ya-yee! —gritó Cara de Calavera.

Miró hacia atrás por encima de su hombro. Estaba tan cerca que pudo ver el grabado de su anillo de plata en la nariz. Sus fosas nasales estaban acampanadas; sus encapuchados ojos de ébano encapuchados brillaban con sed de sangre.

La derrota cortó sus tendones y la bañó en una marea negra y asfixiante. No podía escapar del sabueso infernal de Satán. Sienna abrió la boca para lanzar su grito de muerte y vio cómo Cara de Calavera tropezaba y se desparramaba de cuerpo entero sobre la hierba.

Su propia risa agridulce dio alas a sus pies. Se apartó de un salto y empezó a correr de nuevo. Justo delante, a menos de cien metros del linde del bosque, un roble gigante se alzaba sobre el mar de flores silvestres. ¡Allí! Allí podía detenerse y plantar cara con un sólido muro a su espalda y la espada de acero de Dylan en la mano.

Apenas oía los gritos de guerra a su derecha. Si tan sólo pudiera llegar a la seguridad del árbol...

Un mosquete hizo estallar la serenidad de la soleada pradera. Ni un latido después, Sienna oyó el inconfundible quejido de una bala de plomo. De repente, un guerrero con el rostro cubierto de rayas apareció frente a ella. Vio el resplandor de una púa de marfil mientras un garrote dentado se lanzaba hacia su cabeza.

Corriendo demasiado deprisa para detenerse, Sienna se arrojó al suelo y rodó, esperando sentir en cualquier instante el golpe aplastante del arma salvaje. En lugar de eso, el indio gritó y desapareció de su campo de visión. Se pasó una mano por la cara. Y cuando volvió a mirar, una forma semidesnuda se alzaba sobre ella con un hacha en la mano.

Ella le lanzó un tajo a las piernas instintivamente, luego se dio cuenta de que de alguna manera, en medio de su caída, había perdido el agarre del cuchillo.

—¡Ponte detrás de mí! —le ordenó Dylan.

Ella cerró los ojos y volvió a abrirlos. ¿Había salpicado antes pintura roja sobre su pecho desnudo?

—¡Ponte detrás de mí! —repitió.

Sobre manos y rodillas, intentó obedecer. Su rodilla golpeó algo duro en la hierba aplastada. Recogiendo el cuchillo, se escabulló detrás de él. Sonó otro mosquete. Más indios se abalanzaron sobre ellos. El broadax de Dylan cortó una terrible hilera de venganza.

—¡Atrás! —le ordenó.

Un indio lanzó un tomahawk. Le falló a Dylan por un pelo. Había indios a su alrededor.

De alguna manera, el roble estaba detrás de ella. Dylan seguía en pie, pero sus fuerzas flaqueaban claramente. Un hombre con un cuervo disecado en la cabeza se abalanzó sobre el costado de Dylan. Ella pinchó al indio con su cuchillo. Dejó escapar un gemido, luego le agarró el brazo e intentó arrancarle el arma de los dedos. Dylan cayó de rodillas. Cuerpos aceitados de piel cobriza se arremolinaron sobre ellos, y la negrura se apoderó de ella.



Algo húmedo goteó por la cara de Sienna. El estruendo de los cañones la hizo abrir los ojos. El destello de un relámpago cercano la hizo cerrarlos. La lluvia. El salpicar de las gotas se convirtió en agujas. Gimió e intentó moverse, pero no pudo. Sentía los párpados como lastrados por monedas de plomo.

Alguien estaba llorando.

Se obligó a abrir los ojos y descubrió que estaba sentada en el suelo. Sus muñecas estaban fuertemente sujetas a la rueda alta de una carreta de bueyes y sus tobillos estaban atados. El viento ascendente arrastraba el fuerte olor de la madera carbonizada. Llovía tan fuerte que era difícil ver a más de unos metros de distancia. Pero ella sabía que las figuras que se movían en la penumbra eran indios.

Ella tenía frío. Empapada hasta los huesos. Le dolía tanto la cabeza que le era imposible pensar. Algo... algo. Tenía que recordar.

Los lamentos persistían. Un bebé. Sonaba como el llanto de un bebé. Pero cómo... Jasper. ¿Era Jasper el que lloraba? Sienna trató de concentrarse, pero el día estaba muriendo rápidamente y la fuerza creciente de las ráfagas de viento doblaba pequeños arbolitos y hacía caer hojas y escombros por el claro.

¿Por qué no iba Phoebe a consolar al niño? se preguntó. Era una buena madre. Sienna no oyó nada más que el viento y la lluvia... y el sonido de sus propios dientes castañeteando.

Dylan. ¿Dónde estaba Dylan? Quiso gritar su nombre, pero incluso al separar los labios, supo que era inútil. Ella le había visto caer. Le había visto caer. Estaba tan muerto como todos los demás. Simplemente era demasiado cobarde para admitirlo.

Una imagen manchada de pintura surgió de la lluvia, a centímetros delante de ella. Cara de calavera. Las líneas blancas se habían corrido, y los círculos alrededor de cada ojo se habían convertido sólo en manchas, pero ella lo reconoció por el aro plateado de la nariz y la pronunciada protuberancia en el caballete de la nariz que delataba una vieja rotura, curada hacía tiempo.

—No morirás tan fácilmente, Pelo de Fuego—, dijo en un inglés mal acentuado. Ella no respondió, se limitó a mirarle fijamente.

—Corres bien para ser mujer.

—Sí —respondió ella desafiante—. Mejor que tú.

Él la golpeó tan fuerte que su cabeza se golpeó contra los gruesos radios de la carreta.

—Cállate —gruñó—. O Ohneya la cortará. —Se golpeó el pecho—. Ohneya amo. Esclava. Obedece al amo o muere.

Ella cerró los ojos. ¿Habría sido sangre lo que goteaba por su barbilla? se preguntó. ¿Había...?

Él le pellizcó el brazo cruelmente.

—¡Ohneya! —le gritó. Ella le fulminó con la mirada—. Ohneya —repitió él—. Dilo.

—Ohneya —murmuró ella. Tenía el labio hinchado y sentía la mandíbula como si se la hubiera partido al golpearla.

—Hmmph. —Entonces su expresión se volvió socarrona. Levantó la mano izquierda. En ella, sostenía lo que a ella le pareció un trozo de hígado de ternera. Sonriendo, dio un mordisco y masticó ruidosamente.

—No para mujer —dijo—. Para guerrero.

¿Habían sacrificado a los bueyes?

—O-wa-rough —dijo—. Rong-we ka-hon-ji. —Luego volvió a reír—. Enemigo valiente; come espíritu del enemigo, hace fuerte a Ohneya.

—Púdrete en el infierno —respondió ella.

Ohneya la golpeó de nuevo. Entonces otro guerrero le llamó en la gutural lengua india. Ohneya respondió brevemente y luego se alejó decididamente.

Sienna exhaló un largo suspiro y elevó una plegaria silenciosa por las almas de los asesinados por la partida de guerra. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y se mezclaron con la lluvia. Se negaba a pensar en Dylan. Ni en su muerte, ni en lo que podrían haberle hecho después de que hubiera dejado de respirar. Por sí misma, estaba más allá de preocuparse. Nada de lo que Ohneya pudiera hacerle o decirle podría herirla más de lo que ya le dolía por dentro.

Lo peor de la tormenta pasó, pero siguió lloviznando. Los indios encendieron una pequeña hoguera frente a las cabañas inacabadas que Dylan había estado construyendo para los fiadores. Sienna creyó contar más de veinte guerreros, pero no había señales de ningún otro cautivo. Los asaltantes reían y hablaban entre ellos, y asaban lo que parecía el anca de un caballo sobre las brasas antes de enrollarse en mantas.

No entendía por qué los indios habían optado por hacer un campamento húmedo en lugar de dormir dentro de la casa. Aquella parte del claro estaba a oscuras. No veía luz por la ventana, no oía sonidos de actividad. Era desconcertante. No sería tan difícil de razonar si no le doliera tanto la cabeza.

No recordaba haber sido golpeada. Entonces, ¿qué le pasaba y cómo se había herido?

Jasper. Luchó contra el impulso de caer en la inconsciencia. ¿Quién cuidaba del bebé? Estaba vivo. Le había oído llorar. Casi deseó haberle pedido a Ohneya que la dejara atender al bebé. Esperaba que no lo hubieran dejado tirado bajo la lluvia. Una sospecha más oscura rondaba en un rincón de su mente, pero no se permitió imaginar esa posibilidad. Seguramente los indios mostrarían piedad hacia un niño indefenso. Si no lo habían matado durante el ataque, debían de

tener la intención de hacer lo correcto con él.

Pasaron minutos y luego horas. Nadie se acercaba a ella y nadie se revolvía. Le pareció que dormía durante breves lapsos de tiempo. En el lado más alejado del claro, oyó que dos indios se llamaban, pero estaban demasiado lejos para que pudiera verlos en la oscuridad. Algún tiempo después, oyó ulular a un búho, pero no estaba segura de si era un pájaro de verdad o alguna señal.

De repente, se puso totalmente alerta al sentirse observada. Temerosa, miró a su alrededor, tensando sus ataduras. Y para su sorpresa y alivio, las húmedas ataduras de cuero de su muñeca izquierda se aflojaron.

Sabía que debía intentar escapar, pero la abrumadora impresión de unos ojos mirándola fijamente era desconcertante. Contuvo la respiración y miró atentamente entre las enmarañadas sombras del bosque... y oyó un leve crujido de ramitas.

La piel de Sienna se erizó cuando la silueta de un lobo se materializó desde la oscuridad, justo más allá del carro. Su cordura vaciló cuando unos ojos familiares y brillantes parpadearon en rojo, captando el reflejo de la luz del fuego.

—Tú —susurró—. Vete.

La criatura se agachó y se acercó sigilosamente hasta que ella pudo oír su pesada respiración. Quiso gritar, pero no se atrevió.

¿Podría ser el mismo lobo que se había acercado a la hoguera antes de que Dylan terminara la casa? ¿Era una mascota como él había sugerido, o había venido a darse un festín con los muertos o los vivos?

—Vete —suplicó.

—Sienna. —La voz de Dylan era arrastrada y débil, pero ella le reconoció al instante.

—¿Dylan?

—Aquí. En... en la rueda del carro.

Por un momento, eso la confundió.

—Pero yo... —empezó ella. Entonces se dio cuenta de que estaba atado a la rueda del lado opuesto. ¿Había estado allí todo el tiempo?—¿Estás vivo?

—¿Has perdido el juicio, mujer? ¿Te parezco un ángel?

Ella casi se rió. Luego se puso sobria, recordando su mordedura de serpiente... recordando cómo le había visto por última vez, abrumado por el enemigo

—¿Cómo de mal estás? —Tiró frenéticamente de las ataduras de sus muñecas, liberó su mano izquierda y empezó a trabajar en la otra.

—No importa.

Hombres. Estaban todos tan locos como bedlamitas, decidió ella.

—¿Cómo que no importa? Claro que importa. —Ella se retorció y escarbó en el cruel nudo de cuero crudo, pero el latigazo aguantó, cortando más profundamente en su muñeca.

—Mi brazo... está tan hinchado alrededor como mi pierna.

Renunció a las ataduras de la muñeca y se concentró en soltarse los tobillos.

—Espera —dijo—. Iré hacia ti. —Dio una fuerte patada y la última correa se rompió. Todavía sujeta a la rueda por la mano derecha, se retorció bajo el carro y se esforzó por tocarle —. Estoy aquí —susurró—. ¿Puedes...?

Unos dedos cálidos la rozaron y ella se agarró a ellos. Dylan gimió.

—Oh. Es tu... —Ella no terminó. Era su brazo malo. Sus dedos estaban hinchados más allá de lo imaginable—. ¿Es malo el dolor? —Ella sintió un estremecimiento recorrer su mano.

—No tan malo —dijo él.

Ella sabía que mentía.

—Deberías haberte escondido —dijo ella rápidamente—. No deberíais haber intentado luchar contra ellos.

Él soltó una risita desdeñosa.

—Tú tampoco lo hiciste tan mal —dijo—. Para ser un Highlander.

—Dylan, yo no... —Se le hizo un nudo en la garganta.

Cuando había pensado que estaba muerto, cuando había esperado morir en cualquier momento, había podido mantener cierto control. Pero ahora que se había enterado de que estaba vivo y posiblemente moribundo... Se llevó su pobre mano a la mejilla e intentó contener los sollozos.

—Me equivoqué —admitió—. No te quise cuando pude... y ahora ... Oh, Dylan, no me dejes. —Le besó la palma de la mano y encontró la carne desgarrada y rasgada—. Por favor —le suplicó—. No te me mueras.

—Sienna. Escúchame. —Su tono era repentinamente frígido.

—Estoy casi libre —interrumpió ella—. Te soltaré y escaparemos. Cruzaremos el río y…

—Sienna.

Suavemente, habló. Pero cada palabra era un cuchillo clavado en su corazón.

—No lo digas. Nos iremos juntos —insistió ella.

—No puedo caminar.

—Claro que puedes caminar. Te ayudaré...

—No. Haz lo que te digo. Por una vez, Sienna. No hay mucho tiempo.

—El lobo ha vuelto —dijo ella. Ella no prestaba atención a lo que él decía. Quería que

escapara sin él. Pero eso era una locura—. ¿Viste al lobo, Dylan?

—Lo veo. Ha estado aquí desde la tormenta.

—Sólo déjame soltar mi otra mano…

—Sienna. No puedo caminar y tú no puedes llevarme.

—Pensaré en algo —sollozó ella—. Arrastraré…

—Quiero que te desates y vayas a la casa —continuó él, como si ella no hubiera hablado —. Intentaron quemarla, pero la tormenta apagó el fuego. Escóndete en la chimenea. No salgas, oigas lo que oigas. Espera hasta que la partida de guerra se haya ido, luego ve a la aldea Shawnee y encuentra a Pluma de Luna.

—¿Ir a la aldea? Cuando los Shawnee vinieron aquí y…

—Estos no son Shawnee, Sienna —dijo con dureza—. Son iroqueses, mohawk para ser exactos, bajados de Nueva York en busca de cabelleras y botín. Los iroqueses son enemigos de sangre del pueblo de mi madre.

—Pero Kate me dijo que los iroqueses tienen un tratado con el rey Jorge. Son amistosos…

—Kate es una tonta si cree eso. Los iroqueses han pasado los últimos trescientos años tratando de convertir en esclavos a los delaware y a los shawnee. Son amistosos por sus propios intereses. Y masacrarán a los colonos o soldados ingleses con tanto entusiasmo como a los franceses. Ve con los Shawnee. Estarás a salvo con ellos.

—Esperas que te dej…

—Lo espero.

—No. —Era impensable.

—No puedes hacer nada por mí salvo vivir.

—No quiero vivir sin ti —susurró entrecortadamente—. Todo el mundo está muerto.

Hombres, mujeres, todos están muertos.

—Pero nos mantuvieron vivos —argumentó ella—. ¿Por qué...?

—Nos mantuvieron por deporte. No tienes mucho tiempo. Si huyes, te rastrearán, pero nunca te encontrarían dentro de la chimenea. Ahora, métete en ese maldito agujero entre los ladrillos y quédate allí.

—No puedo dejaros —suplicó ella—. ¿Por qué debería...?

—Entiendo un poco de mohawk, Sienna. Al amanecer, pretenden dirigirse al norte, a sus propios cotos de caza. Pero antes de partir, pretenden quemarnos a los dos en la hoguera.

Capítulo 17

Era media tarde del día siguiente antes de que Sienna se aventurara a salir del agujero en la chimenea. Estaba dividida entre el desconocimiento del destino de Dylan y el pavor abrumador de encontrar su cuerpo mutilado esperándola. Tenía los pies hinchados y le dolían tanto que apenas podía caminar sobre ellos, y la sed y el hambre la acosaban.

No había oído ningún sonido humano desde hacía muchas horas. En lo alto, un ruiseñor se posó en la chimenea y gorjeó un estribillo descarado. Sienna no podía esperar más. Con la respiración contenida, bajó al hogar ennegrecido y se arrastró por el suelo de la gran sala.

La puerta estaba abierta. Temblorosa, Sienna se obligó a salir. Ningún grado de autocontrol pudo detener el único grito que arrancó de su garganta cuando vio a los buitres revoloteando alrededor de los cuerpos desparramados en el patio.

—¡No! —gritó—. ¡Déjenlos en paz! —Corrió hacia los carroñeros, agitando los brazos como una loca. No paró de correr hasta llegar al río y vadearlo. Se arrodilló y bebió, intentando ignorar el escozor de sus pies.

Entonces se dio cuenta de que no había visto nada que se pareciera a una estaca de tortura. Riendo histéricamente, volvió sobre sus pasos, .yendo de cuerpo en cuerpo, identificando a cada hombre. Encontró los restos mutilados de Joe e Isaac y los del marido de Phoebe. Pero no había ni rastro de Jasper ni de su madre... ni de Dylan.

Corrió hacia el carro. En el lado donde la habían atado estaban los restos de las correas de cuero que la habían sujetado a los radios de la rueda. En el lado de Dylan, no vio más que tierra embarrada y huellas frescas de cascos mezcladas con las marcas de los mocasines y las hendiduras más profundas de los tacones de las botas de Dylan. Y a poca distancia, vio lo que parecía una única huella de pata.

La mente de Sienna dio vueltas. Dylan no podía andar. ¿Era posible que los mohawks se lo hubieran llevado a caballo? ¿Significaba eso que habían cambiado su plan de quemarlo... o significaba simplemente un retraso en la ejecución?

Ella no podía aceptar esa posibilidad. Por la razón que fuera, su marido estaba vivo, y seguiría vivo hasta que ella viera su cadáver con sus propios ojos.

Fue al pozo y se inclinó para bajar el cubo... y encontró al bebé Jasper.

La rabia la devolvió a la plena cordura. No tenía fuerzas para enterrar a todos los muertos, pero que la condenaran si dejaba a Jasper en el fondo del pozo. Levantarlo le llevó casi una hora. Finalmente, cuando todo lo demás falló, utilizó una rama para hacer un lazo abierto en el extremo de la cuerda del cubo y enganchó una diminuta pierna.

Lo envolvió en los restos de su capa y le hizo un nido profundo en el jardín. La manzana pippin serviría de lápida y las rocas mantendrían a los carroñeros alejados de sus restos. Intentó rezar, pero sus palabras sonaban huecas. Un niño inocente no necesitaría sus plegarias para encontrar la misericordia de Dios. Al final, encomendó su alma al Señor y cantó una vieja nana escocesa que a Brodie siempre le había gustado oír a la hora de dormir.

Luego se dispuso a arrastrar a la gente de Dylan al interior de la casa. Casi anochecía cuando hizo rodar al último por el alféizar. El relleno de garrapatas de plumas proporcionó la yesca, sus muebles restantes el combustible. Utilizando pedernal y acero, encendió una chispa. Cuando la cabaña estuvo ardiendo, se dio la vuelta y empezó a seguir el río hacia el oeste.

Pluma de Luna le había dicho que el campamento estaba a dos días de marcha; a Sienna le

llevó tres y medio. No había podido calzarse, así que había recorrido la distancia descalza. Y para cuando un cazador shawnee la encontró, estaba fuera de sí por la fiebre y el agotamiento.

Sienna sólo era parcialmente consciente de que un hombre la había sacado de los bajíos del río y la estaba llevando al pueblo. Y cuando el rostro de Pluma de luna se cernió sobre el suyo, Sienna no estaba segura de si era real o un sueño.

—Nos atacaron —susurró con voz ronca—. Mohawks. Dylan... dijo... Dylan dijo que... eran mohawks.

—¿Está vivo? —preguntó Pluma de luna.

Sienna asintió.

—Creo que sí. Dijo que iban a quemarlo, pero no lo hicieron.

—¿Se lo llevaron cautivo? —preguntó la mujer de la paz.

—Sí. Vi huellas de pezuñas en el barro. No podía caminar. Le mordió una serpiente.

—¿Sabes qué mohawks eran? ¿De qué tribu? ¿Te dijo Dylan algún nombre?

—Ohneya. Un hombre se llamaba Ohneya. Creo que era el líder.

—Ohneya. —El ceño de Pluma de Luna se frunció—. He oído hablar de Ohneya. Es un jefe de guerra... un hombre que ha tomado muchas cabelleras.

—Sí. Lo vi tomar otra.

—¿Cuántos muertos? —preguntó Pluma de luna.

—Todos ellos... —Sienna le cogió la mano y le miró a la cara. —Incluso Jasper. Era un bebé... Estaba llorando, y entonces... Sacudió la cabeza—. No está bien. No es un bairn wee.

La india se tocó la mejilla.

—No —convino en voz baja—. Está mal hacer daño a un niño, blanco o rojo. Los niños

pertenecen al Creador. —Sus grandes y líquidos ojos marrones brillaban de humedad—. ¿Estás segura de que Na-nata Ki-tehi-Dylan no fue asesinado? ¿No podría haberse perdido su cuerpo?

—No. Tenemos que encontrarle antes de que…

—Convocaremos un consejo —le aseguró Pluma de luna—. Ahora, debes comer y dormir. Tus pies están malheridos. Descansa ahora, estás con amigos. Cuidaremos de ti.

—Pero Dylan —insistió Sienna—. Dylan está...

—Él es Shawnee —dijo Pluma de luna—. Nos pertenece y cuidamos de los nuestros.

Sienna perdió la noción del tiempo. Llegó la noche y luego la mañana... ¿o era la tarde? Podía ver el juego de la luz del sol sobre el duro suelo de tierra de la cabaña. Durmió en una cama amplia y mullida. Y cuando se tumbó de espaldas y miró hacia arriba, un techo de corteza se curvaba agradablemente sobre ella.

Cualquier temor que pudiera haber tenido de estar indefensa entre los indios pronto se desvaneció. Unas manos suaves le metieron sopa en la boca y la cubrieron con una manta ligera por la noche. Rostros ansiosos de piel cobriza la miraban cada vez que abría los ojos; algunos viejos y arrugados, otros jóvenes. Pero todos los rostros sólo mostraban compasión. No podía entender las palabras suaves y ceceantes, pero no necesitaba ningún traductor para saber que sus visitantes le ofrecían consuelo.

Al principio, Sienna fue consciente de una agonía palpitante en sus pies que disminuyó cuando alguien los bañó y frotó ungüentos en las ampollas y llagas. Oyó las seguridades de Pluma de Luna de que se pondría bien, y llegó a aceptar el ritmo constante de los tambores por encima del sonido apresurado del río.

Durmiendo y despertando, Sienna olió los olores desconocidos de las hierbas secas y el contenido de las misteriosas cestas que colgaban del armazón de la cabaña. Deliciosos olores de tortas de maíz cociéndose sobre rocas planas se colaban por la puerta abierta. Parecía que lo

único que hacía era comer y dormir, arrullada por el ritmo de la pacífica aldea. ',

Hasta que abrió los ojos y se encontró con un hombre blanco de pie junto a ella, sosteniendo su amuleto. Sienna se sentó como un rayo.

—Tranquila, tranquila, niña —le advirtió. Soltó el collar y retrocedió—. No te haré daño —dijo.

Casi enterrada bajo el fino hablar de un caballero inglés, Sienna oyó el acento escocés de las Highlands.

—¿Quién eres? —preguntó.

El hombre sonriente ya no era joven; su pelo se había vuelto de un gris hierro y su rostro estaba delineado por la experiencia. Pero sus hombros aún eran anchos y seguía siendo lo bastante apuesto como para atraer la mirada de una mujer.

—¿Te conozco? —preguntó.

Pluma de Luna entró en la wigwam y cerró la solapa de la puerta.

—Alguien especial ha venido a conocerte —dijo.

—Ya lo veo —dijo Sienna, deslizando las piernas por el lateral de la plataforma. Estaba decentemente vestida, se alegró de descubrir. En lugar de su raída camisa había un vestido de algodón azul huevo de petirrojo con una enagua azul más oscura—. Lo que me gustaría…

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el desconocido—. Sé que eres la esposa de Dylan Ramsey, pero ¿cuál es tu nombre de soltera y dónde naciste exactamente?

—¿Qué te importa? —respondió ella.

—Tu madre. ¿Quién era ella?

—No tengo ningún deseo de entrar en tu juego —replicó ella bruscamente. Algo no iba bien. Nerviosa, miró a Pluma de luna. Dylan había dicho que podía confiar en Lady Kentington,

y los propios instintos de Sienna estaban de acuerdo.

La mujer de la paz sonrió tranquilizadora.

—Na-nata Ki-tehi, a quien llamas Dylan, me dijo que tu collar era una reliquia familiar. ¿Sabes de dónde procede?

Sienna cogió el amuleto. Se sentía curiosamente cálido al tacto, casi vivo. Extrañamente, la sensación no era inquietante, sino que la hacía sentirse segura.

—No entiendo por qué estás tan interesado en mi colgante.

—El Ojo de Bruma —dijo el caballero—. Tiene un gran poder; me pregunto si te das cuenta de cuánto.

Ella le miró a la cara. Sus mejillas estaban manchadas de lágrimas.

—El Ojo de Bruma es oro picto —continuó—. Según la leyenda, debe transmitirse de madre a hija. Sólo deseo que me digas si procedía de la familia de tu madre de…

—Fue un regalo de nacimiento del hombre que me engendró —espetó ella—. Un hombre al que nunca he visto, pero que me deseaba el mal.

—No —respondió él roncamente—. Eso nunca.

—Si tanto sabes del collar, entonces debes saber que está maldito —dijo Sienna.

—Y bendecido —añadió Pluma de luna.

Sienna se puso rígida de resentimiento.

—He visto poco de la bendición.

El hombre le cubrió la mano con la suya.

—La bendición consiste en que se te concederá un deseo. Cualquier cosa que pidas la tendrás, incluso el poder de la vida y la muerte.

—¿Quién eres? —preguntó Sienna, apartando su mano—. ¿Y cómo puedes saber tanto de mis asuntos?

—Soy Cameron Stewart —dijo él—. Y tú eres la niña que me dio la muchacha más bella de todas las Tierras Altas, mi prima, Elspeth Stewart.

—¡Mientes! —Sienna sintió que la sangre se le escurría de la cara. —No puede ser.

—Lo es, niña —dijo él—. Por el alma de mi madre, juro que es verdad. Eres el bebé que Elspeth y yo concebimos, y que ella trajo al mundo y crió sola.

—Mientes. Mi madre no se llamaba Stewart cuando me concibieron —protestó Sienna acaloradamente—. Mi madre era la esposa de otro.

—No la esposa, sino la viuda —corrigió Cameron—. Y corría el riesgo de perder todo lo que tenía en favor de la familia de su marido porque no había heredero legítimo.

—¿Me dices que el tuyo fue un matrimonio por amor? ¿Entre tú y tu prima? —Para Sienna era bastante fácil creer que su madre pudiera hacer algo así: siempre fue una pieza fácil con la vista puesta en su propio beneficio. Elspeth había enviudado joven, dio a luz a Sienna diez meses después del funeral de su marido, se casó con otro y lo enterró antes de convertirse en la esposa de Seamus MacDowell. Kenna había nacido en algún punto intermedio. No era hija de Cameron Stewart ni de Seamus. De dónde había salido su hermana, Sienna nunca había tenido el valor de preguntárselo a su madre.

—Prima segunda, muchacha. No eres el resultado de un incesto, sólo de dos viejos amigos que querían corregir un error y evitar que una dama perdiera su hogar.

—Haciendo un bastardo.

Cameron se rió entre dientes.

—Palabras duras, muchacha. Palabras duras. Los Shawnee tienen una forma más amable de hablar.

—Eso es cierto —dijo Pluma de luna—. Entre mi gente, no hay hijos ilegítimos. La descendencia viene a través de la madre. El clan y el parentesco se cuentan por sangre materna. Los padres van y vienen, pero las madres son tan fieles como la lluvia.

Fue el turno de Sienna para burlarse.

—Está claro que nunca conociste a Elspeth. Era fiel a sí misma.

—No seas tan dura con ella —dijo Cameron—. Siempre fue una muchacha alegre. Pero se preocupaba por sus hijos. Cuando supe de tu nacimiento, envié el collar y la plata para tu crianza. Me ofrecí a llevarte, pero ella se negó. Dijo que eras suya y que se quedaría contigo.

Sienna sacudió la cabeza con incredulidad.

—Con todo este amor entre vosotros, ¿nunca pensaste en casarte tú con ella? —preguntó sarcásticamente.

—Tenía una esposa en ese momento—, respondió él.

—¿Así que la engañaste como mi madre engañó a su difunto marido?

Cameron se rió.

—Su marido tenía poca necesidad de lo que compartíamos. Y en cuanto a mi esposa, Margaret y yo nos casamos cuando yo tenía dieciséis años y ella... Bueno, basta con decir que ella era mayor y que fue un matrimonio de conveniencia.

—Conveniente para ti, supongo —replicó Sienna—, si pudiste olvidar tus votos tan fácilmente y hacer un hijo con alguien como Elspeth Stewart.

—Mi esposa era una buena mujer que tuvo la desgracia de nacer diferente. Nuestro acuerdo fue honesto y…

—Ella y tu padre llevaban muchos años sin compartir cama cuando fuiste concebida. —Pluma de luna intervino con delicadeza.

—¿Cómo sabes tanto de sus asuntos? —preguntó Sienna a la mujer de la paz.

—Basta decir que lo sabe —dijo—. No tengo secretos para Pluma de Luna.

—Así que debo aceptarte como mi padre perdido hace mucho tiempo —dijo Sienna—. Milagrosamente restaurado a mi lado en mi hora de necesidad, aquí en el desierto. Es cosa de cuentos de hadas para niños.

—Pero es cierto.

Se burló.

—¿Y tú pasabas por aquí en su carruaje... desde Londres?

Él suspiró.

—Tienes derecho a estar disgustada. Es mucho oír, y por lo que dice Pluma de luna, has pasado por un calvario terrible. Me fui de Londres antes de que nacieras. Tengo varias plantaciones en la bahía. Vine a las Colonias para estar cerca... de la familia.

—Sé del amuleto —dijo Pluma de luna—. Sabía que querría verlo. Le escribí poco después de conocerte.

—Habría venido antes —dijo Cameron—, pero estaba en Williamsburg en viaje oficial. Acabo de recibir el mensaje.

—Ahora que me has visto, ¿ahora qué? —preguntó Sienna. Era imposible pensar en este hombre como su padre. Ella conocía el nombre de Cameron Stewart desde hacía años. Había sabido que él la había engendrado. Pero Seamus MacDowell era su verdadero padre y nada podía cambiar ese hecho.

—No soy tan tonto como para esperar que caigas en mis brazos, muchacha —dijo él—. Nos separan demasiados años. Debería haber acudido a ti, o al menos haberte escrito. No lo hice, porque no sabía si tu madre te había dicho la verdad o no. Si tenías una vida plena, no quería

interferir. Ahora, al parecer, puedo serte útil de verdad.

—El consejo ha decidido no declarar la guerra a los Mohawk —dijo Pluma de luna—. Al menos, no todavía. Me dirijo al norte con mercancías comerciales a la aldea Mohawk. Si Dylan está vivo, es posible que podamos pedir un rescate por él. Tu padre insiste en venir conmigo.

—¿Te refieres a intentar recuperar a Dylan? —preguntó Sienna.

—Sí. —Pluma de luna asintió.

—Pero te estás poniendo en gran peligro.

—Lo hace —asintió Cameron—, pero no tanto como crees. Pluma de luna es la mujer de paz de los Shawnee.

—Dylan me lo dijo —dijo Sienna—. Pero cómo...

—Incluso los mohawk respetan su poder. Y... —Frunció los labios pensativamente. —Supongo que también la temen un poco.

Sienna miró de uno a otro. Se le acababa de ocurrir un pensamiento.

—No sé si a Dylan le quedará algo de plata para usar como rescate —comentó—. Invirtió hasta el último centavo en herramientas y suministros para la plantación. A menos que pudiera reunir dinero por el valor de la tierra...

—No debes pensar en el costo —le aseguró Pluma de Luna—. Na-nata Ki- tehi es Shawnee. No abandonamos a los nuestros. Lo traeremos de vuelta pacíficamente, o nos pintaremos la cara y tomaremos el tomahawk. Si vive, le encontraremos.

—¿Y si ya está muerto? —preguntó Sienna—. Entonces buscaremos venganza.

Sienna asintió. Éste era el código de las Tierras Altas, un modo de vida que ella comprendía muy bien.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó.

—Te quedarás aquí —dijo Cameron—. No estás totalmente recuperada de tus heridas.

—Dylan es mi marido. Debo ir.

—No —dijo Cameron bruscamente—. Eso no es posible. Si no quieres quedarte aquí, puedo hacer que te acompañen a mi casa.

—Me voy —insistió Sienna.

—Si su corazón le dice que debe venir —argumentó Pluma de luna—, entonces debe hacerlo.

—Maldita sea —dijo—. No puedes llevarla a territorio iroqués. Ella no tiene concepto de…

—Sí, pero yo sí —dijo Sienna, recordando el rostro pálido y frío de Jasper—. Conozco bien a los hombres como Ohneya. Pero iré, con vosotros o por mi cuenta.

Cameron cruzó los brazos sobre el pecho.

—Digo no y no otra vez. Esto es un mal negocio. No asumiré la responsabilidad de poner en peligro la vida de Sienna.

—Aprecio cualquier ayuda que puedas prestar para devolver la libertad a mi marido —replicó Sienna—. Pero los riesgos que decida correr son asunto mío. Permíteme recordarte que no tienes autoridad sobre mis actos, y si deseas que nuestra relación sea algo más que pasajera, dejarás de...

—Ella sobrevivió a la incursión —dijo Pluma de luna—. Si viaja con nosotros, estará bajo mi protección y la de la nación Shawnee.

—Las dos sois de la misma clase —aseguró Cameron—. Mujeres testarudas y obstinadas.

Pluma de luna se rió.

—¿Y cuándo has amado tú a otro tipo de mujer?

Capítulo 18

Glen Garth, Escocia Junio de 1747

Gran Fergus se agachó y se echó agua en la cara, luego levantó el cubo y bebió larga y profundamente. Brodie se quedó de pie, con los brazos en alto, observándole e intentando no llorar. A Brodie le dolía la barriga; no recordaba haber tenido tanta hambre. Habían cenado un pollo hacía dos días, pero había tenido que compartir su ración del ave flaca con su perro, Lance. Durante todo el día, a medida que se habían acercado a casa y el campo se le hacía más familiar, Brodie había pensado en su hogar y en todo lo bueno que el cocinero prepararía para comer. Glen Garth. Glen Garth. Las palabras habían sonado una y otra vez en su cabeza. Pero ahora que él y el Gran Fergus estaban aquí, nada era igual a como lo recordaba.

La casa de piedra se alzaba tan negra y vacía como la cáscara podrida de la nuez del otoño pasado. Ninguna voz llamaba desde el patio, ningún caballo relinchaba y ningún perro ladraba para darle la bienvenida.

Cuando habían llegado a la casa, Brodie había corrido y se había asomado al interior quemado del salón y había gritado llamando a Sienna. Su nombre había resonado espeluznantemente por las ruinas, haciéndose cada vez más tenue hasta que sólo fue un susurro. Había llamado una y otra vez hasta que el Gran Fergus se asustó y empezó a murmurar sobre

fantasmas.

A continuación, Brodie se había apresurado a ir a los establos. Estaban vacíos, sin caballo ni vaca ni montura. Las pocilgas estaban abiertas y quietas. Ni un solo ganso silbaba ni una paloma revoloteaba en el patio.

—¿Dónde está Sienna? —había preguntado Brodie al Gran Fergus. —¿Dónde están Kenna y el abuelo? ¿Dónde está tu hermano, Finley? ¿Dónde están todos los criados?

Fergus no había contestado. En su lugar, se había dirigido a la campana de la esquina de la casa. La cuerda se había quemado, pero la campana de bronce colgaba donde había estado desde los tiempos del gran Rob Roy. Sin decir nada, Fergus recogió un adoquín roto del paseo y se lo entregó a Brodie Luego cogió a Brodie por la cintura y se lo subió a los hombros.

La campana sólo había sonado en tiempos de problemas. Esto era un problema. Hasta el Gran Fergus podía darse cuenta. Brodie cogió la roca con ambas manos y golpeó la campana tan fuerte como pudo.

Doce veces golpeó el metal y doce veces repicó la campana. Doce por los doce apóstoles de Cristo, dijo Big Fergus. Luego volvió a sentar a Brodie en el suelo, y se sentaron junto al pozo y esperaron hasta que las sombras de la tarde proyectaron dibujos sobre el recinto desierto.

Brodie quería preguntar a Big Fergus qué debían hacer si no venía nadie. Quería saber dónde dormirían y qué encontrarían para comer, pero sabía que pensar no era tarea de Fergus. El propio Brodie era el laird de Glen Garth y el jefe del clan MacDowell. Fergus era más que un sirviente; era un hombre de armas, que había jurado seguir las órdenes del laird MacDowell mientras viviera. Pero de ningún hombre de armas, especialmente del Gran Fergus o de su hermano gemelo, Finley, se podía esperar que tomara decisiones.

Brodie se frotó los ojos con el dorso de los puños mugrientos. Desde que habían dejado a Artair Cameron junto al muro de piedra inacabado, él, Fergus y Lance habían tenido un propósito. Volvían a casa. Pero ahora que habían llegado a Glen Garth, no era su hogar. Brodie

sabía que era demasiado grande para llorar, pero la idea de dormir otra noche en la carretera sin cenar era suficiente.

De repente, las orejas de Lance se levantaron y su cola empezó a moverse. Dejó escapar un ladrido agudo y se puso a dar vueltas por la casa.

—¡Lance! ¡Lance! —Brodie se levantó de un salto y corrió tras el perro. El gran Fergus tronó tras él, con la claymore desenvainada y preparada. Al doblar la esquina, Brodie vio una figura familiar que caminaba hacia él con un nudoso bastón de nogal en la mano.

El anciano avanzaba despacio pero con paso firme, golpeando el suelo delante de él mientras caminaba. Lance gimoteó de emoción y corrió en círculos a su alrededor.

—¡Abuelito! —dijo Brodie— ¡Abuelito! —Se lanzó contra las rodillas de su abuelo, casi haciéndole perder el equilibrio.

—¿Brodie? ¿Es ese mi Brodie?

Brodie lloró y rió e intentó hablar, todo al mismo tiempo. El gran Fergus se sintió tan aliviado de ver a su viejo maestro que cruzó los brazos sobre su ancho pecho e hizo una giga de las Highlands sin la ayuda de un gaitero.

—Ah, muchacho, ¿quién te trajo a casa? —preguntó el abuelo, cuando la excitación se hubo calmado lo suficiente como para que pudieran volver a hablar.

—Fui yo —declaró Big Fergus, radiante de orgullo—. Big Fergus. Cuida del pequeño laird, me ordenó la señora. Y lo hice.

—Lo hizo —coincidió Brodie—. Dormíamos en los setos y nos escondíamos de los soldados ingleses durante el día y caminábamos por la noche. Cuando tenía hambre, Fergus cazaba un ave y lo cocinaba al fuego.

—Artair Cameron era un hombre malo. Era malo con el joven laird, así que le pegué —explicó Big Fergus—. Volvimos a casa, a Glen Garth. Gritamos. No encontramos ni un alma.

Pensamos que tal vez estaban todos muertos.

—No, no todos muertos —dijo el abuelo.

Brodie pensó que la voz de su abuelo sonaba cansada.

—Sienna prometió que vendría a buscarme —dijo—. Ella mintió.

—No fue culpa suya, muchacho —dijo el abuelo bruscamente.

—Vigilé el camino. Todos los días vigilaba, pero ella nunca vino. —Brodie apretó la mano collosa de su abuelo.

—Hay mucho que contaros de lo que pasó. Los soldados vinieron y nos quemaron. Pero eso puede esperar —dijo el abuelo—. Imagino que a vosotros dos os vendría bien un tazón de buenas gachas de avena.

—Sí, señor —dijo Gran Fergus. Luego se tiró de la oreja—. ¿He hecho bien? ¿Traer al pequeño laird a casa?

El abuelo alborotó el pelo de Brodie

—Lo hiciste bien, Fergus. Y tú, Brodie. Estoy orgulloso de los dos.

El pecho de Fergus se hinchó.

—Quiero decírselo a Finley. ¿Has visto a Finley?

—Tu hermano ha muerto. Murió defendiendo Glen Garth, abatido por los dragones.

El gran Fergus puso cara de asombro.

—¿Muerto? ¿Mi Finley muerto?

—Sí, muerto y enterrado. El padre John dijo las palabras sobre su tumba.

Fergus sacudió la cabeza.

—Finley es mi gemelo. Nacidos juntos, mueren juntos, decía siempre mamá.

—No —dijo el abuelo—. Finley cumplió con su deber, y tú también lo harás. Sienna te dijo que vigilaras al joven amo, y así debes hacerlo. Debes ser mis ojos y mi fuerza, Fergus. Soy viejo y estoy ciego, pero soy todo lo que le queda a Brodie.

El vientre de Brodie tuvo una sensación de vacío, peor que el hambre.

—¿Está Sienna muerta como mi padre? —preguntó—. ¿Los soldados la mataron a ella y también a Kenna?

—No, no —dijo el abuelo. Se aclaró la garganta y Brodie levantó la vista para ver que también estaba llorando. Nunca había visto llorar a su abuelo; no sabía que los ciegos pudieran llorar.

—Los mismos dragones ingleses que quemaron Glen Garth y asesinaron a Finley se llevaron a Sienna. Pensé que estaría muerta, pero justo la semana pasada, Robert Gunn vino a la cabaña del pastor donde vivo para traerme un saco de harina de avena. Tu hermana tuvo el sentido común de enterrar un poco de plata antes de que vinieran los ladrones británicos. De todos modos, Robert me dijo que su primo, Tormod Gunn, el bajito que nunca creció bien, estaba en Edimburgo. Los ingleses querían ahorcar a Sienna, pero no lo hicieron. En lugar de eso, la hicieron casarse con un inglés, Dylan Ramsey. Recuerda ese nombre, muchacho. Dylan Ramsey.

—¿Volverá a casa? —Quería preguntar por Kenna y el bebé, y por Glynis y los demás, pero estaba terriblemente hambriento y cansado.

—Conozco a Robert Gunn —dijo Fergus—, pero no conozco a Tormod. ¿Es pequeño?

—No mucho más alto que Brodie aquí presente. Es un enano —explicó pacientemente el abuelo. Siempre se tomaba su tiempo para responder a las preguntas. Era lo que más le gustaba a Brodie de su abuelo.

—Una vez vi a un hombre pequeño. Era gitano —dijo Fergus—. ¿Tormod Gunn es gitano?

—No —dijo Brodie No quería que Fergus empezara a preguntar sobre gitanos. Una vez

que Fergus empezara con los gitanos, seguiría hasta el anochecer—. Tengo hambre, abuelo.

—Yo también —replicó Fergus—. Podría comerme una artesa de gachas de caballo.

—Una palangana es todo lo que conseguiréis de mí —contestó el abuelo—. Será mejor que volvamos a la cabaña. Mañana nos espera un largo día.

—¿Haciendo qué? —preguntó Brodie

—Vamos a Inglaterra a buscar a tu hermana —dijo.

—¿A Inglaterra? —Brodie miró sorprendido al anciano—. ¿A Sienna o Kenna?

—Sienna, por supuesto. Kenna se ha ido con su hombre. No volverá. Nos ha dejado a nuestra suerte. No debes culparla, muchacho. Los tiempos son perversos, y cada uno debe hacer lo que le dicte su corazón.

—¿Nos vamos a Inglaterra? —preguntó Fergus—. ¿A ver al rey Jorge?

—A encontrar a Sienna —corrigió Brodie—. ¿Podremos encontrarla?

—No moriré hasta que os ponga en sus brazos. Tenedlo por seguro —dijo el abuelo—. Se ha casado con el hijo de un lord inglés, el barón Hensley. El párroco que celebró el matrimonio tendrá el nombre y el lugar de la parroquia natal de Dylan. Iremos primero a Edimburgo y luego a Inglaterra.

—¿Hasta Inglaterra? —murmuró Brodie—. Es muy lejos, ¿verdad?

—Sea tan lejos como el infierno, poco importa. —Los dedos del abuelo acariciaron el pelo de Brodie—. Hasta que tocasteis la campana, pensaba quedarme en esa cabaña hasta morir. Pero veo ahora que Dios aún tiene trabajo para mí. Glen Garth está acabado, pero tú acabas de empezar, Brodie MacDowell. Dondequiera que esté tu hermana y lo que sea que le depare su futuro, ella te hará un lugar. Ella se encargará de que obtengas el aprendizaje adecuado y te convertirá en un buen hombre del que tu padre, que en paz descanse, estaría orgulloso.

Brodie suspiró aliviado y sonrió. Si Sienna estaba viva, todo iría bien. A ella le gustaba tomar decisiones. Todo lo que tenían que hacer era encontrarla, y los tres podían hacerlo. El abuelo lo había dicho, y era lo bastante mayor como para saberlo todo.

—Vamos, Lance —llamó a su perro. Y se agarró tan fuerte como pudo a la mano de su abuelo mientras se daban la vuelta y caminaban lentamente de vuelta a una cena caliente.



En Penn's Colony, a un océano y un mundo de distancia, Dylan echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca en un intento de saciar su sed con agua de lluvia. Era mucho más de medianoche y estaba atado a un tronco de árbol en el límite del campamento nocturno de los mohawks.

La lluvia había empezado hacía poco y, hasta el momento, no había conseguido agua suficiente para humedecer el interior de su boca. La fiebre había pasado; la mordedura de serpiente le había dejado débil y desorientado, pero la hinchazón de su brazo había bajado.

Cuando los mohawks se habían enterado de que Sienna había escapado, se habían enfadado tanto como un nido de avispas. Dylan había temido que los indios la rastrearan hasta la cabaña, pero otra tormenta justo antes del amanecer había cubierto cualquier rastro de su paso. La tormenta había estropeado tanto la mañana de la partida de guerra que habían decidido no quemarlo de inmediato, sino esperar hasta llegar a la seguridad de su propia tierra. Como no podía caminar, lo habían montado en un caballo. La noche anterior habían degollado al caballo y asado en la hoguera porciones selectas.

Nadie había pensado en alimentar al prisionero. Y nadie le había traído agua. No había bebido nada desde que el caballo había nadado en un río y había perdido pie en las rocas, casi ahogándose ambos. El caballo había sido un animal de sangre fina, pero él se habría comido su

carne con gusto, si le hubieran dado la oportunidad.

Según sus cuentas, llevaba tres días viajando con los mohawks. Durante ese tiempo, le habían golpeado, desnudado y quemado con la boca del cañón de un arma al rojo vivo, todo para diversión de sus captores. Y en algún lugar del camino, el dragón inglés, el capitán Dylan Ramsey se había perdido, dejando en su lugar a un valiente shawnee llamado Na-nata Ki-tehi.

Los iroqueses eran muy hábiles en el arte de infligir dolor a un hombre. La muerte después de una agonía tan exquisitamente administrada sería bienvenida. Dylan no esperaba vivir; su esperanza era morir bien con una canción de muerte en los labios y el triunfo en el corazón.

Sienna había escapado. Atado a la rueda del carro, mordido por una serpiente y herido, había conseguido salvar a la mujer que amaba... la mujer que se había convertido en todo su mundo. Su esposa... su amante... su guía espiritual...

Unos ojos brillaron en la oscuridad, y Dylan supo al instante que era el lobo que había estado siguiendo a los incursores mohawk desde que habían abandonado el claro de la plantación.

—Tú otra vez —murmuró Dylan. Será mejor que te vayas lejos de aquí o acabarás formando parte de un desayuno mohawk. Obviamente, el viejo lobo se había unido al grupo por alguna razón.

El lobo se acercó más.

Dylan parpadeó e intentó comprender la lógica de que una criatura salvaje se acercara voluntariamente a su único enemigo mortal. Entonces uno de los mohawks gimió en sueños y Dylan giró la cabeza hacia el sonido. Cuando miró hacia atrás, el lobo había desaparecido.

Dylan esperó, totalmente alerta. La lluvia caía con más fuerza, lamiendo su cuerpo como un baño caliente. Inclinó la cabeza y dejó que el delicioso líquido se deslizara por su garganta.

Sienna está a salvo. Si ella vive, yo también.

Con la mente tranquila, se sumió en un sueño apacible y soñó con el prado de fresas y con Sienna... soñó con el aroma de su pelo y el sabor de sus labios manchados de bayas... y con la sensación de su piel desnuda y sedosa apretada contra la suya.

Capítulo 19

Pluma de Luna se demoró otros dos días antes de conducir a Sienna, Cameron Stewart y seis guerreros fuera de la aldea Shawnee. Los pies de Sienna aún estaban delicados y Pluma de Luna tenía serias dudas de que la escocesa pudiera hacer el viaje hasta el poblado mohawk cercano al gran lago que los ingleses llamaban Ontario.

Enterarse del destino de la partida de guerra fue una suerte que pensó que sólo podía haber llegado como una bendición directa de Inu- msi-ila-fe-wanu, el gran espíritu que es abuela. Pluma de Luna había oído hablar de Ohneya, el mohawk que según Sienna la había capturado y aterrorizado, pero los iroqueses eran tan numerosos como las hojas de los árboles. Había muchos pueblos mohawk. Como los shawnee estaban actualmente en paz con los iroqueses, ella podría haber ido al primer poblado iroqués que viera y preguntar por el paradero de Ohneya. Pero tenía poca fe en que hubiera recibido una respuesta sincera.

En su lugar, averiguó el nombre y la ubicación del campamento de Ohneya a través de un guerrero lenape llamado Lachpi que había nacido junto al gran océano salado de la desembocadura del río Delaware. Lachpi se había alejado cada vez más hacia el oeste a medida que su pueblo moría a causa de las enfermedades de los hombres blancos y él veía cómo se fragmentaba su cultura. El verano pasado se había convertido en el marido de una viuda shawnee y en miembro del clan de Pluma de Luna por matrimonio.

Dos años atrás, antes de que Lachpi hubiera conocido a su futura esposa, él y su hijo adulto

habían estado comerciando con pieles de castor al norte de Lancaster. Este mismo mohawk Ohneya había atacado a Lachpi, había robado las pieles y se había llevado al hijo de Lachpi a su aldea. Lachpi los había seguido hasta el campamento, pero era demasiado tarde para salvar a su único hijo. Ahora, Lachpi estaba ansioso por guiar a Pluma de Luna hacia el norte, al pueblo mohawk.

—Si buscas vengarte con sangre, puede que éste no sea el momento. —Le había advertido Pluma de Luna—. Esta mujer va en son de paz para intentar negociar el regreso de un prisionero.

—La memoria de un padre es larga —replicó el hombre—. Una deuda debe ser pagada. Tienes la palabra de Lachpi de que no te fallará. A cambio, este hombre tendría tu palabra. Si hay que matar a Ohneya el Mohawk, déjame hacerlo por ti.

—Una mujer de paz no busca la violencia —respondió ella suavemente—. Las tormentas vienen antes que el arco iris.

Ella había asentido ante eso, le agradeció su información y aceptó que Lachpi fuera con ellos al dominio de los mohawk.

La animosidad entre los shawnee y la nación iroquesa se remontaba a cientos de años atrás, desde que los iroqueses habían reclamado por primera vez el enorme trozo de tierra situado en el centro de los cotos de caza de las tribus de habla algonquina.

La poderosa Confederación Iroquesa, formada por los seneca, cayuga, onondaga, oneida y mohawk, se había dado cuenta de la importancia militar de establecer fuertes lazos con los holandeses, los ingleses y los franceses a principios del siglo XVII. Los iroqueses habían utilizado su poder político y a sus nuevos amigos blancos para conquistar o destruir a las tribus indias vecinas que les rodeaban. Los moheganos habían sido completamente destruidos; la patria tradicional de los delaware estaba ahora en manos inglesas, vendida a los británicos por los iroqueses, que nunca tuvieron derecho a reclamar los cotos de caza a lo largo del río Delaware. Y ahora los iroqueses intentaban extender su dominio al corazón del territorio shawnee, la región

del río Ohio.

Pluma de luna sabía que si no llegaban a tiempo, Dylan encontraría una muerte espantosa. Aun así, había esperado a que Sienna cobrara fuerzas y a su propio sentimiento interior de que era el día y la hora adecuados para su partida.

Su voto contra la guerra había evitado que los miembros del consejo shawnee pasaran la cuerda negra de wampum y buscaran venganza con el tomahawk y el rifle largo. El ataque en la plantación de Dylan había sido más que un ataque a un colono inglés; había sido un insulto descarado contra los shawnee. La tierra de Dylan era terreno de caza Shawnee. Ignorar la incursión significaría aceptar la dominación iroquesa; impugnar la afrenta podría significar una guerra larga y sangrienta no sólo contra los mohawk, sino contra toda la Confederación iroquesa.

Pero si una mujer de paz shawnee podía ir al poblado mohawk, recuperar al prisionero y exigir disculpas y un pago simbólico a los iroqueses sin ser ella misma masacrada o hecha cautiva, entonces la tambaleante paz se mantendría un tiempo más.

Pluma de Luna miró de nuevo a Sienna. La muchacha respiraba con facilidad y no tenía problemas evidentes para mantener su lugar en la fila. Mañana, el ritmo sería más rápido, pero Pluma de Luna había dicho en voz baja a sus hombres que empezarían despacio y recuperarían tiempo a medida que Sienna demostrara su habilidad.

Aliviada de que todo estuviera bien, dejó que su mente se deslizara de nuevo a la conversación que había tenido con Cameron la noche anterior. Recordaba cada palabra y movimiento con claridad cristalina.

—¿Qué posibilidades de éxito tenemos? —había preguntado Cameron.

Ella había extendido las manos y se había encogido de hombros.

—Una posibilidad.

Él se había mostrado escéptico.

—Le das mucha importancia al honor iroqués.

—Algo. Ellos sí conocen el honor, no el honor inglés ni el escocés, ni siquiera el honor Shawnee, pero somos más parecidos de lo que incluso tú te das cuenta.

—Esto no me gusta —dijo—. Lo siento por Dylan y por Sienna, pero no hay necesidad de que vosotros dos mueran tratando de recuperarlo.

Se rió suavemente.

—¿Quién fue el primero en decir que se iría?

Cameron sacudió la cabeza.

—Eso es diferente. Soy un anciano. Me duelen las articulaciones por la mañana, y si cabalgo demasiado tiempo, la espalda me mata. He tenido una larga vida, una buena vida. Es poco lo que he hecho por esta hija. Se lo debo.

—Eres un pícaro, cierto —respondió Pluma de luna—. Tienes un poco gris alrededor de las orejas, tal vez, pero aún no demasiado viejo para buscar aventuras. Estás aburrido. El Chesapeake es demasiado manso para ti.

Él sonrió, y ella volvió a ver por qué Cameron Stewart había roto el corazón de tantas mujeres.

—Este viaje os dará a los dos tiempo para ver en el alma del otro.

—Deberías haberle contado el resto —dijo.

Pluma de Luna hizo una pausa en el embalaje de su botiquín y lo miró.

—¿Acaso le he mentido a Sienna?

—No. —Emitió un sonido exasperado—. Sólo que no le dijiste toda la verdad.

—Los Shawnee tienen un dicho: 'La verdad es un cuchillo con el filo afilado. Ten cuidado donde lo clavas'.

—Eso no es shawnee, es chino —aseguró él.

Volvió a encogerse de hombros y se rió.

—La sabiduría tiene muchas caras. Es mejor que no lo sepa todo a la vez.

—Ella tiene derecho.

—No. —Ella sacudió la cabeza—. El derecho debe ganarse. Ella tiene el Ojo de Bruma. Debe demostrar que es digna.

—Lo he dicho una y otra vez. Eres una mujer testaruda y obstinada. Tu hermana Anne nunca fue tan difícil.

—¿Soy más testaruda que incluso mi hermana Fiona?

—Sí. Lo eres, y lo sabes.

—Y tú eres un hombre de razón.

—Sí, lo soy —convino Cameron—. Pero aún me irrita que me llames por mi nombre de pila.

—Te he llamado...

—No vamos a desenterrar viejos malentendidos. Eres es abuela y yo bisabuelo. Ambos necesitamos que nos examinen la cabeza por adentrarnos voluntariamente en tierra iroquesa.

Metió un paquete de trillium seco en la bolsa de piel de nutria y ató bien los cierres. Era cierto que ya no era una mujer joven, pero el señuelo de un sendero desconocido que conducía al peligro aún le producía una excitación juvenil en el corazón. Tenía un buen marido y unos hijos cariñosos que comprendían que podían ser parte de su mundo, pero no todo. Si no regresaba de esta misión, lo lamentarían, pero no la culparían por haber ido.

—Soy la mujer de la paz —dijo simplemente—. ¿Quién más podría hacer esto?

—Podríamos contactar con Mountain Standing de los onondaga. Él podría intentar

negociar.

—A su debido tiempo. Mientras tanto, podrían atar a Dylan a una estaca, quemarle los ojos con carbones calientes y envolverle las entrañas...

Cameron maldijo.

—Sólo digo en voz alta lo que ambos pensamos —respondió ella en voz baja—. Aunque, si pretenden prolongar la tortura, dejarían sus ojos para el final, para que pudiera…

—Basta. —Su boca se tensó y sus ojos adquirieron un tono acerado—. No soy cobarde, pero ya sabes cómo odio la tortura.

—Estamos recogiendo la cosecha de tu siembra —dijo ella—. ¿Es ésta la última? ¿O también has esparcido hijas en el Lejano Oriente?

—Corté el Ojo de Bruma en cuatro pedazos cuando eras una niña. Cuatro partes del todo. Sólo puedo pensar que hay cuatro hijas. —Se pasó los dedos magros por los ojos—. He amado a muchas mujeres, Pluma de Luna. Esa ha sido mi maldición y mi bendición.

Un frío escalofrío la recorrió y lo miró fijamente a los ojos.

—No crees que volverás esta vez, ¿verdad? —le preguntó. Inconscientemente, la pesada rebaba de su habla infantil se había colado en su voz.

Intentó reírse de su repentino temor.

—Me gusta estar preparado para cualquier posibilidad. He redactado un nuevo testamento. Sienna estará provista, sobreviva o no su marido.

—El oro inglés no puede hacerla feliz.

—¿Niegas que la riqueza de Brandon te ha hecho tu vida más fácil, y la de tu tribu?

—La herencia de mi marido me ha proporcionado muchas cosas, pero el legado de mi madre me ha dado más.

—La mayoría de las mujeres cambiarían su alma inmortal por ser la amada esposa de Lord Kentington.

—Sí, puede que sea así —convino ella—, y mi corazón es suyo, pero mi alma nunca ha estado en venta. Tú me lo enseñaste.

—Un minuto más y estaremos todos llorando como marineros en el funeral de un contramaestre. No estoy de acuerdo con tu decisión, pero guardaré tu secreto un tiempo más.

—Cuando llegue el momento de que lo sepa, si llega, se lo diré yo mismo a Sienna.

Extendió la mano y se la puso en la mejilla.

—Te quiero, Lassie. ¿Te he dicho alguna vez cuánto?

—Lo has hecho —respondió ella—. Pero puedes repetirlo tantas veces como quieras. —Ella le sonrió y esperó que su escalofrío anterior no fuera una premonición de una angustia por venir.

Pluma Luna no sintió nada de ese temor esta mañana. Todas sus dudas habían sido apartadas de su mente. Era demasiado tarde para considerar lo que podrían haber hecho; ella había tomado una decisión. Seguiría sus instintos hasta que rescataran con éxito a Dylan o hasta que la misión estuviera perdida. Y si ella o Cameron o incluso Sienna debían morir en el intento, entonces ya estaba escrito en el camino estelar y nada podría evitarlo.



Sienna permaneció despierta mirando las estrellas mucho después de que Pluma de Luna y Cameron Stewart se hubieran dormido. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente se negaba a dejar de trabajar el tiempo suficiente para que pudiera relajarse. Habían pasado tantas cosas

desde que ella y Dylan habían reído juntos junto al río. Primero su mordedura de serpiente, luego la masacre, y ahora este hombre que decía ser su padre.

Supuso que debería convocar afecto o incluso resentimiento hacia él desde lo más profundo de su ser, pero no pudo. Sus emociones estaban agotadas.

Una sombra se movió entre los árboles. Detrás de ella, un halcón nocturno llamó. El sonido fue respondido.

Mentalmente, Sienna contó las figuras dormidas a su alrededor. Seis. Siete, si se incluía a sí misma. Dos indios vigilaban. Uno de ellos era el feroz Kitate que había venido con Pluma de Luna a visitar la granja en mayo. Dylan le había dicho que Kitate era el hijo shawnee de Pluma de Luna, nacido antes de que ella se casara con Brandon, Lord Kentington. Sienna podía ver poco parecido entre el curtido guerrero y su madre. Rara vez hablaba o sonreía.

Sienna se sentía a gusto con Pluma de Luna, pero no con Kitate, que observaba cada uno de sus movimientos con ojos negros de pesados párpados. No le caía bien, y él no hacía ningún intento por ocultar su desconfianza hacia ella.

Los otros shawnee eran Ake, un indio alto de piel clara y boca ancha; un hombre bajo y corpulento que respondía al nombre cristiano de Joseph; un curtido guerrero de pelo canoso llamado Pukasee; y Koke-wah, un muchacho de unos dieciséis años. Koke-wah caminaba directamente detrás de Sienna durante la marcha del día, y una vez, cuando ella había estado a punto de tropezar, él la había cogido del brazo, le había sonreído tranquilizadoramente y la había estabilizado. El sexto miembro de su guardia era un valiente de Delaware llamado Lachpi. Nunca le había dicho nada a Sienna, pero se reía con tanta facilidad que le recordaba a su primo Caleb, y ella no podía evitar sentirse atraída por él. Lachpi era el otro hombre que montaba guardia con Kitate.

Sólo le habían dado una pequeña mochila para llevar. Cada uno de los guerreros iba cargado con un pesado fardo de mercancías, pero eso no había ralentizado la marcha. Había

empezado la mañana confiada en su capacidad para caminar tanto y tan lejos como cualquiera, pero para cuando se habían detenido a dormir, estaba luchando por mantener el ritmo.

A última hora de la tarde, Joseph había señalado el rastro de la partida de guerra mohawk. Dylan estaba vivo y seguía con ellos, le había asegurado Cameron.

—Pretenden llevárselo a su campamento de origen —había dicho su padre.

—¿Seguro? —le había preguntado Sienna. No se había perdido la mirada de advertencia que Pluma de Luna le había lanzado al escocés mayor.

—Nada es seguro con los indios —había admitido—. Pero ahora está vivo. Me jugaría el pellejo.

—Podrías hacerlo —había dicho Pukasee sin rodeos—, y varios de los hombres se habían reído.

Intentó despejar su mente, pero sólo podía pensar en Dylan. Deseó haber intentado que se soltara de la rueda del carro... haber insistido en que intentaran escapar por el río, o al menos esconderse juntos en la chimenea. ¿Por qué había seguido su plan?

Ahora lo había perdido, junto con todos los demás que le habían importado...

No. No podía pensar así... no lo haría. Ella fijaría su mente en el hecho de que él estaba vivo y que intentarían rescatarlo. Seguramente, Pluma de luna no vendría hasta aquí si no pensara que tenían muchas posibilidades de éxito. Si era tan importante como la consideraban los Shawnee, ¿no respetarían también su posición los iroqueses?

Sabía que iba a la deriva... suspendida en el crepúsculo entre la conciencia y el sueño. Su respiración se hizo más profunda y, por un instante, pudo oler el dulce perfume de las fresas silvestres y sentir el cálido sol en la cara.

—¡Sienna! Sienna, aquí tienes.

La voz de Dylan... resonando a través del tiempo.

Ella extendió la mano, y los fuertes dedos de él se cerraron en torno a los suyos... reales y vivos.

—¿Estás ciega, mujer, que no puedes ver esos maduros de ahí?

Ella le miró fijamente a la cara.

—¿Dylan?

Riéndose, él la cogió por la cintura y la dejó caer sobre la hierba alta y suave. Y el recuerdo la poseyó... arrastrándola de vuelta a una tarde preciosa en la que todo el mundo se extendía ante ellos...

Capítulo 20

—Dylan —protestó ella entre risitas—. ¿Cómo voy a recoger fresas contigo tumbado encima de mí?

—Excusas, excusas —bromeó él, sentándose a horcajadas sobre ella y apoyando su peso en los codos, de modo que su cara quedó a centímetros de la de ella... tan cerca que ella pudo leer la luz parpadeante del deseo en sus ojos.

Él sonrió, una sonrisa perezosa y desgarradora que hizo que las alas de pájaro revolotearan en la boca de su vientre. Intentó zafarse de él, pero lo único que consiguió fue aplastar la hierba bajo ella, llenando su cabeza con el dulce y familiar aroma del heno recién cortado.

—Canalla —le acusó—. Prometiste ayudarme a llenar mi cesta, y no has hecho otra cosa que comerte las que recojo. —Sus faldas se levantaron indecentemente por sus rodillas, y ella podía sentir la dura longitud de él presionada contra ella—. Das un mal ejemplo, paseándote medio vestido. —Sólo llevaba botas y calzones; su camisa y chaleco habían sido desechados en algún lugar del prado—. Mis criadas se pasan la mitad del tiempo intentando verte desnudo hasta la cintura, todo musculoso y lleno de jengibre.

Se rió.

—¿Qué criadas? No me había dado cuenta de que te había proporcionado ninguna, esposa.

—Bueno, no harían nada si las tuviera. Se supone que un amo debe ser viejo y enjuto, con

piernas como palos de escoba y brazos tan fibrosos como cordero viejo. —Suspiró, admitiendo en secreto para sí misma que era ella quien lo observaba, que no podía apartar los ojos de él. Acéptalo, se dijo a sí misma, estás prendada de tu propio marido.

Arrancó una flor de trébol y se la pasó lentamente por el labio inferior.

—Sí que tengo unas piernas bonitas —convino—. Creo que encargaré unas medias para lucirlas la próxima vez que nos inviten a casa del gobernador. Quizá en un naranja brillante.

Ella soltó una risita, imaginándoselo con medias naranjas y unos delicados zapatos de caballero en lugar de las botas militares que tanto le gustaban.

—No —dijo ella—. Tus pantorrillas ya son suficientemente atractivas sin adornarlas como un pavo real en celo.

Él se concentró en hacerle cosquillas en el labio con el tallo de trébol.

—Tienes opiniones fuertes para ser una esposa —dijo.

Ella hizo un último intento inútil de escabullirse, luego se rindió y se relajó.

—Matón —acusó ella.

—Por una vez, te tengo donde quiero —se regodeó.

El calor de la tierra bajo ella era reconfortante, y el sol brillante en su cara la hacía tan feliz por dentro que le daban ganas de ponerse a cantar en la amplia extensión de ranúnculos dorados.

—¿Es más grande el cielo aquí en Maryland? —preguntó—. No recuerdo haberlo visto nunca tan alto ni tan ancho en las Highlands. O tan azul...

Él le trazó el labio superior con el trébol, y goteó. Ella se lamió el labio.

—Deja eso —le dijo.

Él retiró obedientemente el trébol ofensivo y lo sustituyó por sus labios, besándola con tanto fervor que ella estaba segura de que el suelo se balanceaba y la alfombra de flores silvestres

se arremolinaba a su alrededor, toda rosa y azul y púrpura.

—Mmm —murmuró cuando rompió el beso para respirar—. Tienes una boca hecha para besar, Sienna Kimbal Ramsey.

Ella saboreó su gusto, dejando que sus ojos se cerraran. Él era, decidió ella, un amante muy exigente. No es que a ella le importara... Le parecía excitante y maravilloso que él la deseara tanto.

—¿Todos los hombres Shawnee son tan... tan atentos con sus esposas? —le preguntó mientras le frotaba la mejilla con la palma abierta, maravillada por la suave textura de su rostro curtido.

Él se rió.

—No puedo hablarte de todos los hombres Shawnee, pero hacer feliz a una esposa se considera vital en un guerrero honrado del pueblo de mi madre.

Estaba jugueteando con los cordones de su corpiño, y su tacto lento y deliberado provocó escalofríos de anticipación que le subían y bajaban por la espina dorsal.

—Creo que me gusta esa costumbre —dijo ella suavemente.

—Eres tú —respondió él—. Nunca me había sentido así por otra mujer. Tú me haces sentir así, Sienna.

—A mí me pasa lo mismo —confió ella—. Me haces sentir más viva de lo que nunca he estado.

Se inclinó tanto que las puntas de sus narices se tocaron, y la diablura centelleó en sus ojos.

—Los hombres Shawnee aprecian a sus esposas —pronunció solemnemente—. Y ésta es una de sus prácticas amorosas secretas que vuelven locas a las mujeres. —Le frotó la nariz con la suya y ella soltó una risita como una niña de doce años.

—Pero hemos venido a recoger fresas —le recordó ella. Ella había recogido algunas, junto con violetas y flores silvestres. Su cesta había rebosado de flores, incluso antes de que se le cayera.

—Así es, mujer. —Se acercó y desenterró una rolliza fresa carmesí del montón esparcido en el trébol junto a su cesta volcada—. Tan roja como tus labios —musitó, y luego utilizó la baya para seguir las curvas naturales de su boca—. Me temo que he hecho una mancha —dijo, y luego le tocó el labio inferior con la lengua—. Lo arreglaré.

Sus dedos buscadores encontraron la turgencia de su pecho mientras le lamía los restos de zumo de bayas de los labios.

—Ummm, qué bien —susurró, tratando de alcanzar otra fresa.

Sus manos no se quedaban quietas. Intentó no pasar los dedos por su pelo... luchó y perdió la lucha por no enredar los dedos entre sus espesos mechones oscuros y tirar de él más cerca mientras su boca encontraba su pezón y se burlaba de su carne dispuesta hasta hacerla gemir de pasión.

Se tensó contra él, arqueando descaradamente la espalda para amoldar sus caderas y muslos a los de él... ayudándole a subir aún más sus faldas. Su respiración agitada despertó la lascivia que había en ella, y recibió sus besos penetrantes con la boca abierta, chupando su lengua dura y clavando las uñas sobre la superficie de sus pezones hasta que estuvieron tan hinchados de amor como los suyos propios.

Tomó otra baya y goteó el jugo en el hueco de su garganta, luego lamió cada gota. Ella jadeó. Y cuando él acercó la boca a su otro pecho y empezó a mamar con más fuerza, ella se retorció salvajemente, mordisqueándole el cuello y el pecho con los dientes, palpando su miembro palpitante y liberándolo de los confines de sus calzones.

Él gimió y un sofoco de calor la inundó. Sus manos estaban haciendo cosas maravillosas... Su boca... su boca...

—No pares —susurró ella con voz ronca.

Él se rió y se agachó más.

—Quédate quieta, mujer —le ordenó—. Hay más jugo de bayas que debe ser lavado de tu cuerpo.

Ella quiso abrir las piernas para recibir sus duros empujones, pero el atrevimiento la tentó, y se recostó entre las violetas silvestres y contempló las nubes en lo alto. Sus labios rozaron su vientre y ella se estremeció de anhelo.

—Has sido muy traviesa —murmuró él—. Tardará tiempo en lavarse...

Ella respiraba entrecortadamente. Olas de arrobamiento amenazaban con inundarla, pero las contuvo observando a un halcón que volaba en círculos y subía cada vez más alto en el prístino cielo azul. Sus entrañas ardían. Ella podía sentir la humedad acumulándose allí. Su lengua cálida y burlona... sus manos... la estaban volviendo loca.

—Por favor... —le suplicó—. ¿Qué quieres?

—Ya lo sabes —gimió ella.

—Dilo.

Ella miró de lleno su rostro orgulloso, con sus ojos negros de demonio, su nariz ancha y saliente, sus pómulos altos y cincelados y su barbilla cuadrada; luego, más abajo, sus hombros anchos y su pecho nervudo, bronceado por el sol y abrillantado por una tenue capa de transpiración. Sus brazos llenos de cicatrices abultaban de músculos; sus manos eran lo bastante fuertes como para blandir un broadax de acero durante horas y horas, pero lo bastante suaves como para hacer que su cuerpo temblara de deseo.

—Dilo —le ordenó.

Escalofríos corrieron bajo su piel cuando permitió que su mirada acariciara el hueco de su

tenso vientre, la oscura sombra de vello bajo su ombligo y la gloria de su erecto órgano masculino.

—Quiero que me ames —susurró.

Ella se abrió para recibirle con la misma naturalidad con que las flores que les rodeaban abrían sus pétalos al sol, tomándole con alegría, compartiendo la belleza y la pasión de la lujuria simple y salvaje. Ella se aferró a él, gritando con ansioso abandono y dando rienda suelta a la ferocidad primitiva de su propia pasión abrasadora.

Una y otra vez, se corrieron juntos, hasta que el placer recorrió sus venas en una marea de éxtasis.

Entonces, él se recostó en la hierba alta y la arrastró hacia abajo con él, y ella escuchó el perezoso zumbido de las abejas y la melodía del canto de los pájaros. A lo lejos, Sienna podía oír el suspiro del río y el susurro de las hojas del roble solitario que se alzaba cerca del centro del prado.

—¿Te he hecho feliz, Sienna? —preguntó.

—Te revolcaste en mis bayas y las machacaste todas —dijo ella.

—Así fue. —Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro—. Y supongo que tengo manchas de zumo por todas partes.

—Así es.

—Sólo hay una forma de arreglar eso —dijo él—. Y depende de mi cariñosa esposa...

Ella se rió.

—Dame un rato para descansar y entonces... tal vez...

—Tomaré eso como un juramento solemne —dijo él, colocando la mano de ella sobre la parte de él que hacía poco se había relajado y ahora adquiría una nueva firmeza.

—Te deseo —dijo ella.

Él emitió un gruñido fingido y fingió morderle el cuello.

Ella puso la mano en su pecho y se acurrucó cerca de él.

—Abrázame —le suplicó—. Abrázame así y no me sueltes nunca.

—Sienna, yo...

—Sienna. Sienna, despierta.

Era la voz de un hombre, pero ya no la de Dylan. Confundida, parpadeó. Aún podía sentir los brazos de su marido a su alrededor, pero la sensación se desvanecía rápidamente. Ella no quería que se detuviera.

—Sienna, es hora de irnos.

Cameron se inclinó sobre ella y la sacudió suavemente.

—Estoy despierta —dijo ella. Pero no lo estaba, no realmente. Había estado soñando, y el sueño era mejor que la realidad. Quería quedarse allí, en el prado, con Dylan. En lugar de eso, se levantó, se echó la mochila al hombro y ocupó su lugar en la fila.

Caminaron en una oscuridad casi total, siguiendo un estrecho sendero de caza que a Sienna le pareció inexistente. Siguieron avanzando mientras las estrellas parpadeaban, una a una, y un malva púrpura se extendía por el cielo oriental.

A media mañana, pesadas nubes se habían acumulado sobre sus cabezas. Sienna se concentró en poner un pie delante del otro. No podía olvidar su sueño... ni la abrumadora sensación de los brazos de Dylan rodeándola.

¿Le he perdido para siempre? se preguntó. Empezó a sentir las mismas ligeras náuseas que había experimentado la mañana anterior. Tragó saliva, decidida a no ceder a su debilidad.

¿Sería posible? Sus pechos estaban inusualmente sensibles, pero luego le dolía todo el

cuerpo. La falta de apetito y los mareos ocasionales podían ser signos de embarazo, o podían ser sólo los resultados persistentes de su terrible experiencia.

Había sospechado que podía estar embarazada de Dylan antes de abandonar el campamento Shawnee, pero no había dicho nada a Cameron ni a Pluma de Luna. Si lo adivinaban, podrían enviarla de vuelta, incluso ahora.

Ella deseaba un bebé desesperadamente. Si Dylan estaba muerto, le daría algo suyo a lo que aferrarse, alguna parte de él que pudiera conservar.

¿Cómo podía haber cambiado tanto en tan poco tiempo? Se había convencido a sí misma de que un hijo la ataría a Dylan... le impediría regresar a Escocia y cumplir con su deber para con su familia. Eso no era cierto. Un bebé le daría algo por lo que vivir... alguien a quien apreciar. Recordaría a Dylan cada vez que mirara el rostro risueño de su hijo.

—Sienna. —Cameron le tocó el brazo.

—Oh. —Ella dio un respingo.

Él sonrió.

—Estabas a punto de seguir caminando sin nosotros. Paramos a comer —dijo.

Pensó que estaba demasiado cansada para tener hambre, pero no se lo admitiría ni dejaría que Pluma de Luna, una mujer lo bastante mayor como para ser su madre, caminara más que ella.

Para su sorpresa, el indio delaware Lachpi la guió por una empinada colina cubierta de maleza hasta una cueva. Joseph y Pukasee ya estaban allí. Habían encendido un fuego y estaban asando sobre él algún tipo de ave salvaje.

Agradecida, Sienna se hundió contra una pared lejana. El suelo era de roca desnuda, pero a ella no le importaba. Cameron fue a la parte trasera de la cueva y regresó con un vaso rebosante de agua fría.

—Hay un manantial ahí detrás —dijo—. Bebe esto.

Ella cogió la ofrenda y bebió. El agua era clara y dulce, la mejor que había probado nunca.

—Gracias —dijo.

El resto del grupo se agachó alrededor del fuego y empezó a compartir la carne. Kitate parecía tan taciturno como siempre, pero los demás reían y hablaban. Se sentía extrañamente a gusto con aquellos guerreros indios semidesnudos. Ni uno solo la había mirado con lujuria en los ojos ni le había ofrecido ninguna afrenta. En cambio, no le habían mostrado más que buen humor y amabilidad, incluso cuando estaba segura de que estaba ralentizando la marcha.

Ake y Joseph empezaron a hablar en voz baja en la lengua india. Koke-wah, el niño, vino a sentarse cerca de Sienna. Sonrió tímidamente pero no habló.

—Koke-wah es un hombre nuevo —dijo Pluma de Luna—. Éste es su primer viaje desde que se hizo adulto.

El color tiñó las mejillas bronceadas del joven.

—Completó su prueba de hombría hace sólo unas semanas —explicó Pluma de Luna.

Koke-wah habló en voz baja en algonquiano y la mujer de la paz tradujo.

—Koke-wah quiere que sepas que el oso es su tótem. Le ha pedido a su espíritu guía que te proteja a ti también.

—Gracias —dijo Sienna.

Koke-wah agachó la cabeza y se sonrojó, luego susurró algo más a Pluma de luna.

—Tienes un admirador —dijo Pluma de luna—. Koke-wah quiere saber si tienes alguna hermana soltera. Parece que está pensando en tomar una esposa.

—Dile que he dicho que es demasiado joven para casarse —respondió Sienna.

El chico obviamente lo entendió, porque se contoneó incómodo, luego hizo ademán de

levantarse, estirarse y caminar hacia la boca de la cueva.

Cameron ocupó su lugar y se sentó con las piernas cruzadas, junto a Sienna.

—Espero no haber herido sus sentimientos —dijo.

—Ya se le pasará. —Frunció los labios—. Me gustaría hablar contigo —dijo—. Independientemente de lo que pienses de mí, hay cosas que necesitas saber.

Al instante, ella se puso rígida.

—Aprecio tu preocupación, pero no deseo...

—Paciencia —dijo Pluma de luna, viniendo a sentarse con ellos—. Tenemos tiempo para hablar. Descansaremos aquí hasta que oscurezca. La lluvia se acerca y nadie verá nuestro fuego. —Le dio a Sienna un muslo cocinado—. Come. No podrás seguirnos el paso si no comes.

Sienna mordió la carne. Incluso sin sal, estaba deliciosa. Tenía más hambre de lo que pensaba, pero aun así, no dejó de notar la significativa mirada que pasó entre Cameron y Pluma de luna.

—Parece que vosotros dos sois viejos amigos —dijo ella.

—Lo somos —asintió él.

Sienna deseó que Cameron no fuera tan encantador. Era difícil que le cayera mal, y ella lo deseaba. La había abandonado cuando era un bebé. Ahora no necesitaba un padre. Era demasiado tarde para que tranquilizara su conciencia.

—Cameron ha sido mi amigo desde que tengo memoria —dijo la india—. Era una niña pequeña cuando me contó por primera vez la historia del Ojo de Bruma. ¿Nunca te has preguntado por qué te fue dado?

Lo había hecho, pero no lo admitiría. No se lo pondría fácil a ese hombre que se había metido a la fuerza en su vida, que quería más de lo que ella podía darle.

—Era de mi madre —dijo Cameron—, y de su madre antes que ella. Siempre transmitido a través de las hijas, durante dos mil años y más.

—Un collar mágico —añadió suavemente Pluma de luna en su cadencioso inglés. —Una cosa de gran poder, llegado hasta ti desde hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven e inocente.

—Oro picto —continuó Cameron—. ¿Tú...?

—No creo en cuentos de hadas —dijo Sienna rotundamente.

—Entonces, ¿por qué guardaste el collar? —preguntó—. Es de oro macizo. Podrías haberlo vendido en cualquier momento.

—No podía vender el Ojo de Bruma más que su brazo derecho —comentó Pluma de luna —. Sientes el poder que hay en él, ¿verdad? —preguntó.

Sienna miró a Pluma de Luna. Se sentía atraída por esta misteriosa mujer, pero seguía siendo un enigma. Era desconcertante oír el inconfundible acento de las Tierras Altas en Pluma de Luna, y no podía quitarse de encima la sensación de que se habían conocido antes. Pero eso era imposible. Sienna siempre había creído que las colonias americanas estaban llenas de bestias salvajes. Encontrar a una dama tan importante en un poblado indio estaba más allá de su comprensión.

—Debes creer lo que te decimos —pidió Pluma de luna.

—Me doy cuenta de que tenéis buenas intenciones, pero la leyenda sobre el Ojo de Bruma no es más que un cuento. No es cierta. Es un antiguo y hermoso collar, nada más —dijo Sienna.

—Está bendito —insistió Pluma de Luna—. A los que poseen el collar se les concede un deseo, cualquier deseo, incluso hasta dar la vida o…

Sienna se levantó.

—¡Ya basta!

Se quitó la cadena por encima de la cabeza y la arrojó al regazo de Cameron.

—Toma, te la devuelvo —dijo—. No la quiero. No me ha dado más que dolor.

Él negó con la cabeza.

—No puedo cogerlo, Sienna. Te pertenece a ti. A mi verdadera hija. Me lo pidió mi madre, y pienses lo que pienses de mí, ella era tu abuela. Llevas su sangre y su fuego. Os habríais gustado, tú y mi madre. —La volvió a apretar contra su mano.

—A donde vamos —dijo Pluma de Luna—, es un lugar de peligro. Puede que necesites el Ojo de Bruma. Puede marcar la diferencia entre tu supervivencia y…

El amuleto palpitó en su mano. Quiso tirarlo al suelo, pero no pudo. Lentamente, volvió a ponérselo alrededor del cuello.

—Lo guardaré por tu... por el bien de mi abuela. Pero tienes que saber que cualquier poder que pudiera haber poseído, ahora ha desaparecido. Intenté usarlo cuando murió mi madre. Me senté con ella y vi cómo moría en el parto... cómo la sangre de su vida brotaba de su cuerpo. Entonces invoqué el poder de su precioso collar, y no funcionó. Mi madre murió igual. —Unas lágrimas calientes le escocieron los ojos y parpadeó para apartarlas—. Como ves, ya no creo en la magia. Y a veces... a veces, ni siquiera estoy segura de creer en Dios.

—Él es lo suficientemente real —le aseguró Pluma de Luna—. Y no importa lo que creas, Él nunca dejará de amarte.

Capítulo 21

Era la primera semana de julio, según los cálculos de Dylan, cuando el sendero de los ciervos se ensanchó hasta convertirse en un camino bien trillado. Sus captores mohawk habían hecho una pausa a media mañana para volver a pintarse la cara y el cuerpo con rayas rojas y negras, y Ohneya había modelado su espeluznante cara de calavera con la ayuda de un espejo de señora robado de una granja holandesa.

Del cinturón de Ohneya colgaban cabelleras frescas; tres marrones, una rojiza y otra rubia ceniza. El hedor revolvió el estómago de Dylan. Dos días corriendo bajo el ardiente sol del verano con sólo un breve ahumado sobre una hoguera hacían que la curación fuera pobre.

No había presenciado la muerte del granjero holandés, su esposa y sus sirvientes, pero había oído los gritos de las mujeres y el llanto incesante de un bebé. El bebé seguía llorando cuando la partida de guerra se había alejado. Dylan se preguntó si una muerte rápida no habría sido más misericordiosa para el infante.

Un mohawk llevaba sobre sus hombros a un prisionero, un niño de rostro dulce de seis o siete años. El niño no había llorado ni pronunciado una sola palabra, pero su mirada estaba vacía. Dylan le había susurrado en la parada de la mañana, pero no recibió ninguna reacción. O el pequeño cautivo no entendía el inglés o la conmoción de lo que había visto le había causado la pérdida temporal de la lucidez.

Dylan iba muy cargado con el botín tomado de la granja y la cabaña aislada que la partida

de guerra había destruido una semana antes, pero no tuvo problemas para seguir el ritmo de los mohawk. Había recuperado las fuerzas en los largos días de marcha y, a pesar de los esfuerzos de sus captores por matarlo de hambre, había conseguido arrebatarle suficiente carne para no sufrir.

Sí, meditó, era el último de junio o el primero de julio. La primera parte de la marcha forzada había sido nebulosa; no podía estar seguro de cuánto tiempo había estado fuera de sí. Pero había contado los días desde que su mente se había despejado. El 3 de julio, decidió. Bien o mal, le daría una fecha a partir de la cual razonar.

Ohneya se detuvo en seco y vació su rifle en el aire. Sus compañeros se apresuraron a imitar a su líder, y Dylan encontró la andanada de disparos casi ensordecedora. A la derecha, fuera del alcance de la vista, una salva de mosquetes respondió y luego los vítores resonaron entre los árboles.

El grupo de guerra empezó a cantar a pleno pulmón. Alguien sacó un pequeño tambor de mano; otro valiente golpeó la parte plana de un tomahawk contra la culata de su rifle. Una mujer que llevaba un brazo cargado de leña apareció del bosque. Dejó caer su leña y se colocó detrás del último valiente, bailando de un lado a otro y dando palmas al compás del tambor. Ohneya caminaba orgulloso al frente, sacando pecho, con la barbilla levantada y los grotescos rasgos pintados inmóviles.

El sendero se adentró en un barranco, luego subió una pendiente áspera para abrirse en un claro. Dylan sintió que su corazón se desplomaba al divisar la alta empalizada que rodeaba el poblado mohawk. Dobles muros de troncos verticales afilados a puntas mortales seguían el curso circular de un río de corriente rápida. Otro río, o un segundo cauce del primero, entraba por la derecha, de modo que la empalizada estaba rodeada de agua salvo por una estrecha franja de hierba que sobresalía por delante. Esa lengua de tierra estaba custodiada por un muro triangular de troncos sin entrada visible. Cientos de pinchos de madera de diversas longitudes estaban clavados en la tierra en ángulo, para formar una barrera alrededor del perímetro de la ciudad

fortificada y para vigilar la aproximación por tierra.

Mujeres y niños salieron corriendo de los maizales. Los hombres vadearon el río, saludando y profiriendo gritos de bienvenida. Ohneya y sus guerreros fingieron no oírlos y continuaron con su feroz canto mientras la partida de guerra avanzaba hacia la aldea. Más gente salió de la empalizada y se agrupó alrededor de los valientes que regresaban.

Dylan observó en silencio cómo una mujer de piel oscura con un vestido azul corría hacia Ohneya y le abrazaba. Un niño gritó:

—Ra-ken-iha. —La palabra mohawk para «padre».

La partida de guerra llegó al cruce y comenzó a vadear el tramo de río frente a la empalizada. El agua helada le llegaba a Dylan hasta el pecho, pero el fondo era de grava y ofrecía un firme apoyo. Seguía desnudo, pero la rápida corriente le sentaba bien mientras se llevaba el polvo y las llagas del viaje. Aprovechando el río, y sin saber cuándo volverían a darle agua, bajó la cabeza y bebió. Un indio detrás de él le golpeó en el centro de la espalda con la culata de su rifle. Dylan fingió tropezar y se sumergió, deleitándose con el agua fría y cristalina.

Otro indio agarró la correa de transporte de Dylan y tiró de él hacia arriba. Dylan volvió a su sitio en la fila y trató de no mostrar emoción cuando una niña medio crecida con trenzas le salpicó un huevo en el pecho desnudo. Al instante, un grupo de niños burlones le rodeó. Un chico se abalanzó sobre él y le azotó en las nalgas con una navaja; otro le arrojó una piedra que rebotó en su codo.

Los perros corrían ladrándole y luego se acercaban para gruñirle y chasquearle los tobillos. Pateó al animal más cercano. Una anciana apartó a los perros con un palo y, cuando los animales huyeron aullando, utilizó el palo para intentar hacerle tropezar. Dylan saltó el palo y se echó a reír, desatando una avalancha de improperios verbales por parte de la bruja y otros gañanes.

Cuando la procesión se acercó a la veta de troncos, Dylan vio que un muro cortina ocultaba la entrada. Tuvo que agacharse y colarse por una puerta baja, y luego zigzaguear por un estrecho

pasadizo hasta la empalizada exterior. Dos puertas reforzadas daban acceso al poblado, que cubría más de un acre de terreno. Hileras de casas largas cubiertas de corteza se extendían en patrones precisos dentro de una tercera valla de estacas de dos metros de altura entretejidas firmemente con lianas.

Un anciano ciego, tan viejo que Dylan no podía adivinar si era hombre o mujer, estaba sentado a la sombra de una choza fumando en pipa mientras los bebés jugaban en el polvo a sus pies. Los pavos rascaban en busca de insectos y un búho domesticado giraba la cabeza para mirar fijamente cuando pasaba la partida de guerra.

La aldea de sus enemigos mohawk olía sorprendentemente como los pueblos shawnee de su infancia.

Dylan se tragó el nudo que tenía en la garganta. Tantos años borrados en un instante. Un niño pequeño salió corriendo de una casa y fue rápidamente arrebatado a los brazos de una bonita mujer iroquesa que podría haber sido la madre de Dylan.

No podía entender la mayoría de las ásperas frases iroquesas, pero algunos significados permanecían en las sombras de su memoria, remanentes de las historias de cautiverio de un abuelo entre los cayuga. Prisionero. Inglés. Matar.

El jefe de guerra, Ohneya, había dejado de cantar. Ahora se jactaba en voz alta de sus hazañas mientras atravesaba a grandes zancadas una calle de tierra ancha y empedrada, y luego les condujo más allá de otro grupo de longhouses con efigies de lobos. En medio del pueblo había una gran plaza abierta con un poste calcinado en el centro. Dylan vio a tres tamborileros cerca de la estaca de tortura. Un hombre tocaba un ritmo repetitivo en el tambor de tronco hueco, mientras que otros dos ocupaban sus puestos junto a un gran tambor redondo de agua con una cubierta de piel pintada y estirada.

En el extremo más alejado del claro se alzaba una imponente casa larga de troncos. Sentados sobre esteras delante de la estructura había un solemne grupo de ancianos iroqueses

elaboradamente vestidos. Ohneya dio una vuelta completa a la plaza en lo que Dylan sólo podía suponer que era una muestra final de su procesión triunfal antes de detenerse frente a los dignatarios.

Un hombre canoso con un abrigo militar rojo y un alto sombrero de castor se puso en pie y empezó a hablar al grupo de guerra, obviamente elogiando a Ohneya y a sus seguidores. Los aldeanos se agolpaban cerca, vitoreando cada vez que el sachem hacía una pausa en su oratoria.

De repente, un cuervo chilló y una figura encorvada con una máscara de madera tallada salió corriendo de la casa comunal. Iba vestido todo de negro con una peluca roja de crin hasta la cintura. La máscara, pintada de rojo y negro, era una grotesca caricatura sobredimensionada de un rostro humano con ojos redondos y exagerados, nariz ancha y dientes horribles.

Los espectadores se encogieron y guardaron silencio. Sólo el grupo de guerra y los hombres y mujeres de las esteras parecían no verse afectados por la extraña aparición.

El curandero miró directamente a Dylan y agitó un sonajero de caparazón de tortuga.

—¡O-neg-we-a-sa! —siseó.

La palabra resonó en el cerebro de Dylan. Sangre. El enmascarado volvió a sacudir el sonajero y clavó su bastón de oficio, un palo pintado de negro con la talla de un cuervo en la parte superior, en la tierra blanda. Dejó el bastón temblando allí y comenzó un curioso vaivén de lado a lado alrededor de Dylan. Dio dos vueltas, luego sacó un puñado de cenizas, aparentemente de la nada, y se las arrojó a Dylan a la cara.

Dylan había cerrado los ojos cuando el curandero le había lanzado las cenizas. Ahora los abrió y devolvió la mirada al rostro que se ocultaba tras la máscara.

Un niño empezó a llorar y se lo llevaron a empujones. Mientras los dos se movían entre la multitud, la gente murmuraba. Una mujer gritó el nombre Jit-sho, y otra palabra mohawk que Dylan reconoció que significaba chamán.

El curandero, que ahora Dylan suponía que debía de ser este Jit-sho, acercó el rostro tallado al suyo y susurró ominosamente.

Dylan invocó todo su vocabulario mohawk.

—Jit-sho, wah-et- ke-a —respondió—. Wah-et-ke-a o-ne-soh-rono. —Jit-sho, ¡eres un demonio feo!

El curandero saltó hacia atrás como si le hubieran golpeado y un murmullo recorrió el grupo de guerra. Ohneya giró sobre sí mismo y golpeó a Dylan en la cara con la parte plana de su tomahawk. Éste cayó de rodillas. Ohneya balanceó el arma sobre su cabeza para asestarle un golpe mortal.

El viejo alto jefe del alto sombrero de castor habló.

Ohneya se detuvo en mitad del balanceo, murmuró algo en mohawk y se dio la vuelta. Dylan se puso en pie y escupió sangre de su labio partido.

—¿Cómo es que un inglés habla en la lengua de nuestros hermanos los cayuga con voz shawnee? ¿Y cómo es que conoce el nombre de nuestro honorable chamán, Jit-sho?

Dylan sabía que su acento era atroz. Le sorprendió que alguien le entendiera.

—Mi padre es inglés —explicó—. Mi madre era hija de los shawnee. Junto a su chimenea, aprendí algo de su lengua de una que había sido cautiva de los cayuga.

—Así es. —El líder canoso se volvió hacia la mujer que estaba a su lado y le dijo algo en mohawk. Ella le devolvió el susurro. Miró a una segunda mujer sentada dos posiciones más abajo, a su derecha—. ¿Egh-ni-ta?

Ella asintió.

—Madre Shawnee —dijo en mal inglés—. Hijo shawnee.

El curandero escupió una objeción, pero el viejo jefe negó con la cabeza.

—Eres shawnee —le dijo a Dylan—. Ahora veamos si eres un hombre. —Miró a Ohneya —. Hazle un guantelete —dijo—. Veremos si fluye más fuerte la sangre materna o la paterna.

Gritos estridentes resonaron en las gargantas de hombres y mujeres por igual mientras los mohawk se apresuraban a formar una doble línea por el lado izquierdo de la plaza abierta. Armados con trozos de leña, látigos y garrotes de guerra, se reían y burlaban de él, agitando sus armas y desafiándole a pasar entre ellos.

Alguien cortó las correas que sujetaban la mochila a la espalda de Dylan y el pesado fardo cayó al suelo. Hizo fuerza contra las correas de cuero que le ataban las muñecas a la espalda, pero se mantuvieron firmes. Ohneya le empujó hacia la columna aullante. Sólo los hombres habían ocupado sus puestos en el juego, pero las mujeres no se perderían nada del deporte. Se abalanzaron sobre él, gritando insultos y señalando groseramente.

—Quiero sus calabazas —le gritó en inglés la mujer de Ohneya.

—¿Y el resto? —replicó el jefe de guerra—. ¿Te lo arranco, mujer?

—¡Sí! —Sus compañeras chillaron de risa—. Te haré con ella una bolsa de tabaco —prometió ella.

—Corre rápido y recto —le aconsejó el sachem.

La esposa de Ohneya se abalanzó sobre Dylan y le golpeó fuertemente en las costillas con la culata de su mazo de maíz de madera.

—Corre bien—, repitió. —Si lo haces, te quemaremos en la hoguera.

—Y si no lo haces —dijo Ohneya—, te despellejaremos vivo y luego te quemaremos hasta que tus ojos se asen como castañas en un fuego de invierno.

Dylan miró de nuevo al jefe. El miedo le había abandonado y se sentía extrañamente tranquilo, casi como si estuviera viendo a otro hombre enfrentarse al guante mohawk.

—¿Cómo se llama, señor? —preguntó.

—Oso Bailarín.

Dylan asintió con respeto.

—¿Cómo es que no conoce a nuestro líder? —siseó el enmascarado—. ¿Y quién eres tú, un esclavo marcado por la muerte, para interrogarle? ¿Qué utilidad tiene un muerto para los nombres?

Dylan miró fríamente al curandero.

—Entre los shawnee, conocer el nombre de un hombre te da poder sobre él. ¿No es así, Jit-sho, poderoso chamán de los Mohawk?

—¿Quién te ha dicho mi nombre? —La fea máscara se balanceó arriba y abajo como si el hombre que había detrás temblara de rabia.

—Tengo un poderoso guía espiritual —respondió Dylan—. Quizás aprendí tu nombre...

—¡Ya basta! —dijo Jit-sho—. No eres nada y morirás como nada.

—Te equivocas —respondió Dylan en voz baja—. Soy Na-nata Ki-tehi, Corazón Guerrero de los Shawnee, y enseñaré a los iroqueses a morir como un hombre.

Sienna movió su mochila y miró nerviosa a su alrededor. Aquella mañana, no mucho después de que hubieran iniciado la jornada, había visto un enorme lobo parado en el sendero frente a ella. Lachpi, la Delaware, caminaba a la cabeza de la columna. Cuando la bestia apareció sin previo aviso, justo delante de ellos, ella había intentado gritar una advertencia. Para su consternación, ningún sonido salió de su garganta, y entonces el animal saltó hacia los árboles y desapareció tan

silenciosamente como había llegado.

Se había estremecido tanto que se detuvo en seco y señaló con el dedo. Para su consternación, Lachpi afirmó que no había visto ningún lobo, y tampoco nadie más.

—Estás cansada —dijo Koke-wah.

Ake había hecho una broma.

—La mujer blanca ve lobos detrás de cada arbusto. —Nadie se había reído.

—Fuera lo que fuera, se ha ido —dijo Pluma de luna.

Habían reanudado la marcha. Durante varias horas, Sienna escudriñó el sendero y el bosque. Casi se había convencido de que tenían razón, de que estaba cansada, cuando vio al mismo lobo agazapado en una roca que dominaba el barranco que estaban atravesando.

—Allí —había llamado a Pluma de Luna, señalando.

—¿Qué? ¿Qué has visto? —preguntó la mujer mayor.

—Un lobo. Estaba justo ahí. ¿No lo viste? ¿Ninguno de vosotros lo vio? —había preguntado a Cameron y a los demás.

Pukasee negó con la cabeza. Joseph miró a Kitate, y el moreno frunció el ceño y murmuró algo a sus compañeros de Shawnee.

—No vimos nada —dijo Lachpi.

—No me equivoco —insistió Sienna—. Vi a un lobo observándonos.

—Los lobos son curiosos por naturaleza —dijo Cameron.

Pero mientras seguían adelante, Sienna no podía evitar preguntarse si su mente le estaba jugando una mala pasada.

Al mediodía, Pluma de Luna pidió un descanso junto a un arroyo. Comieron carne seca y

bayas, y un poco de pescado capturado la noche anterior. Sienna se lavó y secó los pies en el arroyo. Ahora estaban completamente curados, duros y callosos por los días de marcha. Se sentía fuerte, como si pudiera caminar tanto como cualquiera. Pero entonces, sentada a la sombra, se quedó dormida y soñó con el gran lobo.

La niebla la rodeaba, haciendo irreal el bosque. Podía oír el ulular de las gaitas y el rugido de los cañones. Sin embargo, de algún modo, cuando las ramas se separaron, el rostro que apareció no era humano, sino el de un lobo gris. Intentó gritar, intentó correr, pero se quedó helada. Impotente, observó cómo el animal se acercaba y la miraba a los ojos.

Por un momento, tuvo la extraña sensación de que el espectro fantasmal le hablaría, y se encontró esperando oír lo que diría.

—¿Qué? ¿Qué pasa, hermano? —preguntó, no con la voz sino con la mente.

Y la respuesta volvió de la misma manera, no en palabras, sino en un pensamiento curiosamente palpitante.

—Na-nata Ki-tehi. Corazón Guerrero. Está en grave peligro. Préstale tu fuerza.

—¿Qué fuerza? —suplicó ella en silencio—. ¿Cómo puedo ayudarle? ¿Cómo...?

Parpadeó. Una aguda conciencia se extendió por su cuerpo. Era consciente del peso de sus miembros, de la textura de la grava bajo su pierna desnuda, de la brisa que besaba su mejilla. Miró rápidamente a su alrededor, intentando adivinar cuánto tiempo había perdido, pero debían de ser sólo unos segundos. Pukasee seguía raspando el tabaco de su pipa, y Pluma de Luna se lamía las migas del labio como había estado haciendo antes.

Sienna tenía miedo de mencionar el sueño. Aterrorizada, estudió cada recodo del sendero, cada sombra en busca de la imagen del lobo, pero éste no regresó.

Pasaron minutos, luego una hora. Pensó que su locura había pasado cuando los latidos de su corazón se normalizaron y su ansiedad empezó a desvanecerse. Caminaba detrás de Joseph

con su padre siguiéndola. Entonces, bruscamente, tropezó en el sendero y cayó de rodillas, haciendo que todo el grupo se detuviera.

Su padre fue el primero en llegar hasta ella. Le pasó un brazo por los hombros para ayudarla a levantarse, pero ella lo apartó.

—No —balbuceó—. No.

Se cubrió la cara con las manos e intentó apartar el sueño de vigilia que la consumía.

Esta vez no estaba dormida. Estaba completamente despierta, pero ya no podía ver a Joseph, a Pluma de Luna y a los otros que habían estado caminando delante de ella.

En su lugar, vio un campo de tierra dura bajo un sol abrasador. Los tambores retumbaban en su cabeza, ahogando todo menos los feroces gritos de los indios.

Alcanzó a ver a Dylan. Corriendo. Corriendo. Sintió golpes en los brazos... en la espalda. Algo se enredó alrededor de sus tobillos y cayó al suelo.

—¡Dylan! —gritó. Una película roja nubló sus ojos. Sintió el peso de un objeto pesado golpear su cabeza.

—¡Sienna! —La voz venía de lejos. No era la voz de Dylan, así que la ignoró.

—¿Dylan? —Ella ya no podía verle por la sangre. A ciegas, extendió ambas manos.

Y lo encontró.

Sus manos agarraron las de ella y se aferraron.

—Sienna. —Como había sucedido con el lobo, ella le oyó en su mente, no con sus oídos —. Sienna, ayúdame.

—Estoy aquí —respondió ella, aferrándose a sus dedos—. Estoy aquí.

Y entonces, un extraño rostro rojo y negro rodeado de una mata de pelo rojo carmesí se asomó a ella. Cada vez más cerca, hasta que llenó su visión y sintió que el agarre de Dylan

empezaba a debilitarse.

—¡Dylan! —gritó. Entonces él se escabulló y la negrura estigia se apoderó de ella.

Capítulo 22

Dylan tropezó y cayó de rodillas bajo un torrente de golpes. Casi cegado por su propia sangre, luchó contra un dolor atroz y contra la arraigada aceptación india de su propio destino.

Así es como termina, pensó. Me estoy muriendo.

Negras nubes de humo y ceniza se arremolinaron en su campo de razón. Otro objeto se estrelló contra su cabeza. Siguió luchando, pero el corazón le había abandonado.

No hay vergüenza en tener una muerte honorable, entonó la voz estoica de su cerebro. Una muerte de guerrero, una muerte que los iroqueses cantarán en las largas noches de invierno.

Entonces habló otra entidad, no tan fuerte como la primera, pero totalmente convincente. Era una voz que sólo había oído una vez, hacía mucho tiempo, durante su visión juvenil.

—¡Abre los ojos, Na-nata Ki-tehi!

Dylan no tuvo fuerzas para oponerse a aquella orden. Abrió los ojos y miró directamente a la cara de un lobo gris.

Con la fuerza bruta de un relámpago, una tormenta de fuego saltó entre ellos. Y en el rayo dentado de energía, Dylan sintió el contacto de Sienna y la oyó gritar su nombre.

Y le arrebató las ganas de morir.

Con un último y poderoso impulso de fuerza, se puso en pie entre los aullidos sedientos de

sangre de la turba. Las ataduras de sus muñecas se rompieron y cogió un garrote de las manos del guerrero mohawk más cercano y dejó al hombre sin sentido con su propia arma. No fue hasta que el valiente estaba cayendo cuando Dylan se dio cuenta de que había derrotado a Ohneya.

Dylan tuvo poco tiempo para regodearse. Todavía había más iroqueses gritando por su sangre. Con un grito de triunfo, se lanzó contra ellos.

El elemento sorpresa le proporcionó los preciosos segundos que necesitó para recuperar la razón. Saltó hacia delante, bloqueando el descenso del asta de una lanza, dando un codazo al joven que la empuñaba y girando a la izquierda para pinchar a otro guerrero en la boca del estómago con el extremo del garrote nudoso.

Golpe. Giro. Agacharse. Balancear. Dylan se movió por el cambiante canal del guantelete con la venganza de un héroe griego, ajeno a la paliza que estaba recibiendo... hasta que llegó al extremo de la línea y no hubo más oponentes a los que enfrentarse.

Miró desconcertado a su alrededor y entonces divisó la estaca de tortura. La alcanzó en tres zancadas, apoyó la espalda en el sólido poste de roble, levantó las manos por encima de la cabeza y desafió a todos con un escalofriante grito de guerra shawnee.

Al instante, la multitud dispersa convergió sobre él en nudos de furia indignada.

—¡Matadle! —gritó una mujer.

—¡Hizo trampa! Cogió el garrote de guerra de Ohneya!

—¡Muerte al perro Shawnee!

Un anciano canoso agitó el puño hacia el cielo.

—¡Quemadle!

El chamán enmascarado se escabulló de la multitud enardecida.

—¡Huelo a brujo! —gritó, agitando su bastón de oficio—. Vimos al prisionero caer de

rodillas. Ningún mortal podría levantarse contra tales probabilidades. Sólo uno aliado con los demonios podría saltar y completar el guantelete. Les digo, ¡esto es asquerosa brujería Shawnee!

—¡Quemen al demonio! —Un indio se tambaleó hacia delante con la cara hinchada y el antebrazo doblado de forma antinatural—. Yo, Rax-aa, vi fantasmas a su alrededor. ¡Yo encenderé el fuego!

—¡Mi marido! ¡Mi marido está muerto! —gritó la esposa de Ohneya. —¡Es un brujo! Sabía el nombre de nuestro chamán, ¿verdad? ¿Quién sino un brujo lo sabría?

Ohneya yacía gimiendo en el polvo, obviamente todavía muy vivo, pero el hecho no apagó el ardor de su esposa por la cabellera de Dylan.

—¡Mirad a vuestro jefe de guerra! —se lamentó—. Mira a tu líder caído. ¿Dejarán los mohawk vivir a semejante brujo?

Jit-sho agitó su sonajero de caparazón de tortuga ante Dylan.

—¡Ni-yoh el Creador clama por la sangre de este demonio! —gritó. —¡Sus fosas nasales anhelan el olor de la carne quemada! ¿Permitirán los Mohawk que viva un brujo?

Dos hombres ayudaron a Ohneya a ponerse en pie. A través de los labios ensangrentados, murmuró algo y luego se abrió paso entre la turba enfurecida.

—Este shawnee de piel blanca corrió el guante con deshonor —graznó Ohneya—. Dadme un cuchillo y le cortaré sus partes de hombre.

Dylan le silenció con una risa desdeñosa.

—¿Es éste el jefe de guerra de los mohawk? ¿Este vómito de perro meón que se esconde tras las faldas de su mujer?

El chamán siseó en señal de desaprobación y volvió a agitar su sonajero, pero muchos aldeanos lanzaron miradas de reojo a Ohneya.

—Sus insultos no son más que los tontos balidos de un muerto. Rompió las reglas —dijo Ohneya—. Me engañó con magia negra y me robó mi arma. No es digno…

—Oso Bailarín dirá quién es digno —dijo el viejo sachem en inglés. Se le abrió un camino y se acercó a Dylan—. Ohneya cree hablar en nombre de los mohawk. Cuando yo haya muerto, él podrá hablar en su nombre. Pero aquí estoy, y escucharéis mis palabras.

—Escuchad a Oso Bailarín —dijo Dylan—. No al indigno que busca el poder. Un cobarde que asesina infantes y lucha contra mujeres indefensas. Un cobarde que piensa tomar el bastón de Oso Bailarín. Un débil comedor de estiércol que no se atreve a luchar contra un hombre.

—¿Qué hombre? —Gritó la esposa de Ohneya—. No veo a ningún hombre. Sólo un brujo Shawnee. —Extendió las manos hacia Oso Bailarín—. Padre, soy tu única hija. ¿Verás a mi marido agraviado y no te vengarás? ¡Quemen al brujo, digo!

—Sí, quémalo —gritó uno de los partidarios de Ohneya.

—Oso Bailarín es viejo —dijo Ohneya—. El corazón del padre de mi esposa se ha vuelto tan blando como su cabeza. Escuchad a nuestro chamán, no a este despojo shawnee.

Oso Bailarín se volvió para fulminar con la mirada a Jit-sho.

—¿Qué dices, poderoso chamán? ¿Temes a este shawnee?

El hombrecillo se puso rígido; la máscara de madera se inclinó en un ángulo. Sus pies mocasinados empezaron a dar pasos adelante y atrás mientras un espeluznante torrente de garabatos salía de su boca gruñona. Luego, el escupitajo de sílabas se convirtió en un canto agudo.

—Jit-sho no teme a ningún brujo. Jit-sho no teme a ningún demonio. Jit-sho es más poderoso que la tormenta.

El círculo alrededor de Dylan se estrechó. Los guerreros y algunas mujeres se acercaron, mientras otras madres tiraban de sus hijos.

En lo alto, un trueno gruñó. Alguien miró hacia arriba y señaló. Lo que había sido un cielo sin nubes se había oscurecido.

—Brujería —gimió una mujer corpulenta—. ¡Mirar! La tormenta viene a dar batalla.

Susurró otra.

—Jit-sho desafía a los elementos.

El viento comenzó a levantarse, formando chorros de polvo arremolinado que se elevaron a la altura de una casa larga. Una pluma negra se desprendió de la máscara tallada de Jit-sho y salió volando. Una niña medio crecida gritó y huyó hacia las cabañas.

Unos truenos llegaron desde el norte. El viento arreció y empezó a soplar en serio, haciendo girar tendederos, esteras y artículos domésticos.

—¡Jit-sho se jacta de ser más poderoso que la tormenta! —gritó Dylan.

Los relámpagos estallaron. Al norte, un dedo ardiente descendió hasta destrozar un pino.

Más aldeanos huyeron de la plaza para refugiarse. El Viejo Oso Bailarín ignoró el viento y se quedó mirando fijamente a Ohneya.

—¿Tiene miedo el marido de mi hija de luchar contra el brujo shawnee? —preguntó—. Dice que soy viejo. Yo digo que un jefe de guerra mohawk no debe temer a ningún hombre ni fantasma.

Un lobo aulló cerca, tan cerca que los hombres miraron nerviosos a su alrededor y las mujeres aferraron a sus hijos.

—¡Lucha conmigo! —se atrevió Dylan—. Lucha conmigo, Ohneya, o demuestra que tu valor es agua y que no eres digno de llamarte mohawk.

—¡Morirás! —gritó Ohneya—. ¡No te librarás con trucos de la estaca de tortura! Tu carne...

—¿Le temes? —dijo Oso Bailarín.

—No, pero.

La cabeza de Oso Bailarín se giró y miró a Dylan a los ojos.

—Si eres un brujo, Shawnee, debes morir. No sé si lo que hiciste en el guantelete fue valentía o traición. Esto sí lo sé. Lucharás contra Ohneya hasta la muerte.

—¿Y si el brujo derrota a Ohneya? —chilló Jit-sho—. ¿Qué pasará entonces, noble Oso Bailarín?

El rostro delineado del viejo jefe se volvió severo.

—Entonces lo arrojaremos al fuego y nos comeremos su corazón asado para compartir entre nosotros el valor de un digno guerrero shawnee.

El rostro de su padre fue el primero que vio Sienna cuando abrió los ojos. Le rodeó con sus brazos, deseando desesperadamente el consuelo del contacto humano, olvidando por el momento que había jurado no mostrarle afecto. Olvidando que él nunca podría ser para ella más que un padre de nombre.

—Shhh, shhh —canturreó tranquilizador—. Todo va bien, lass. No pasa nada—. Sus brazos eran fuertes a pesar de sus años, y era fácil apoyarse en él. Las imágenes de su mente no eran tan fáciles de disipar—. Soñé... —tartamudeó—. Pero no fue un sueño. —Ella se echó hacia atrás y se encontró con su preocupada mirada—. ¿Estoy perdiendo la cabeza?

—¿Volviste a ver al lobo? —preguntó él.

—No... sí. —Ella sacudió la cabeza y se cubrió la cara con las manos—. Está todo

mezclado. Una pesadilla, pero estaba completamente despierta. Lo juro.

—Tuviste una visión despierta —dijo Pluma de luna, poniendo una mano fría en el hombro de Sienna. Sonrió—. No temas al poder. Es el don de tu amuleto. —Miró a Cameron—. Creo que es mejor que hable de esto a Sienna, ¿no crees?

Él asintió.

—Habla con Pluma de luna —dijo—. Si alguien puede aliviar tu alma, es ella.

Sienna lo soltó y dejó escapar lentamente el aliento.

Cameron le tocó la mejilla.

—Todo irá bien, muchacha. Te lo prometo. Escucha lo que tiene que decirte con la mente abierta. —Se levantó e hizo un gesto a los hombres para que se alejaran.

Sienna se frotó los ojos.

—Debes pensar que estoy loca —le dijo a Pluma de luna.

—No, no pienso eso. Cuéntame lo que ha pasado hoy. Cuéntalo todo —le instó la india—. Desde el principio. —Descolgó una piel de agua y se la ofreció a Sienna—. Ven, nos sentaremos aquí en esta roca a la sombra y me contarás lo que has visto.

A Sienna le temblaban las piernas y agradeció el sólido granito. Murmurando gracias, bebió un sorbo. El líquido estaba tibio, pero humedeció su boca seca.

—Puedo seguir —dijo—. Estamos desperdiciando la luz del día cuando deberíamos estar caminando.

—Esto es más importante —replicó Pluma de luna, estrechando la mano de Sienna entre las suyas—. Cuéntalo, sin omitir nada.

—Si estás segura —dijo Sienna. Miró hacia los hombres, pero se habían quitado sus jaurías y se habían acomodado para esperar a cierta distancia—. Comenzó con el lobo —dijo—. Lo vi

en el sendero...

La mujer de la paz escuchó sin hacer comentarios mientras ella relataba los extraños sucesos del día.

—Creo que estoy embarazada —dijo Sienna a modo de disculpa—. He oído que a algunas mujeres les adormece el cerebro.

Pluma de luna sonrió.

—No, no estás loca. Esto es algo muy diferente. Cuéntame más sobre el rostro que viste en tu visión. ¿Era humano o podría haber sido una máscara de madera? ¿Algo como esto? —Cogió un palo y dibujó una burda imagen en la arena.

—Sí —aceptó Sienna con entusiasmo—. Sólo que había... pelo. No pelo de verdad, sino una masa fibrosa roja alrededor de la cara. —Respiró hondo y lo soltó lentamente—. ¿Podría ser el calor, o creéis que estoy febril?

—No —le aseguró Pluma de luna—. No estás enferma. Tienes la visión. Seguramente, una escocesa ha oído hablar de...

—Sí, por supuesto. Pero nunca la había tenido.

—Tu amor por Dylan la habrá despertado.

—Quieres decir que vi algo en el futuro. ¿O fue en el pasado? —Un repentino escalofrío recorrió a Sienna—. Está muerto, ¿verdad? Le vi caer. —Ella sacudió la cabeza—. No, más que eso. Le sentí caer.

—Pasado, futuro, son lo mismo —murmuró Pluma de luna—. Tus lazos con él son muy fuertes. Por eso sentiste como si estuvieras allí con él. Pero no creo que esté muerto. Debemos darnos prisa. La cara que viste era una máscara iroquesa, probablemente la magia de un chamán.

A Sienna se le puso la carne de gallina en los brazos.

—Magia. Chamanes. ¿Qué es un chamán?

—Un médico. Un curandero. También se dedican a la magia, a veces lo que tú llamarías magia negra. Los buenos tienen poder.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par.

—¿Están aliados con el diablo?

Pluma Luna se rió.

—Los indios no creen en el diablo del hombre blanco. Eso no quiere decir que no tengamos algunos demonios propios. Pero si el Creador es todopoderoso, que lo es, ¿cómo puede un demonio robarle sus almas? Los Shawnee creen que el mal o el bien provienen del corazón del hombre. El Gran Espíritu sólo puede ser bueno y ofrecer el bien. Si elegimos dar la espalda a lo que sabemos que es correcto, podemos extraviarnos. Pero no podemos culpar de nuestra caída a un demonio. Cada hombre o mujer es responsable de sus actos.

Sienna se soltó la mano y se pasó los dedos por el pelo. Se sentía mucho mejor físicamente, pero toda esta charla sobre la vista y la magia era tan difícil de comprender como su sueño despierta.

—Pero dijiste que estos... chamanes... pueden hacer magia negra.

Pluma de luna se rió entre dientes.

—No hay magia negra o blanca. Sólo hay magia. Y algunos trucos. La mayoría de los chamanes que he conocido utilizan más el conocimiento de las debilidades de los hombres que la magia real.

—¿Y el lobo? Hubo un lobo real que vino a nuestra plantación antes de que construyéramos la casa. Al menos, yo creía que era real. Esto parece el mismo animal, pero es imposible. Y ahora, estoy soñando que la bestia me habla.

Los ojos de la india se entrecerraron.

—El lobo es real, pero creo que es el espíritu guía de Dylan, no un lobo de carne y hueso. Es un tótem poderoso.

—Un lobo fantasma. —Sienna sacudió la cabeza—. No lo creo.

Pluma Luna se encogió de hombros.

—No tienes por qué. —Ella vaciló y luego continuó—. Pero debes saber que Dylan soñó contigo... hace mucho tiempo, en su búsqueda de la visión.

—¿Cómo...?

—Es asunto mío saber esas cosas. Soy mujer de paz para los Shawnee. Todo niño debe buscar un espíritu guía para convertirse en hombre. Se marcha solo a un lugar elevado durante días para ayunar y rezar. A cada nuevo hombre le llega una visión y un espíritu protector. Dylan te vio.

—Imposible. Debió de ser hace años. Yo estaba en Escocia... aún era una niña.

—Sin embargo, vio a la mujer en la que te convertirías. Su viaje fue más largo que el de la mayoría, pero le condujiste a casa, a su espíritu lobo protector. Ahora el círculo está completo, la visión entera.

Sienna se levantó y sacudió la cabeza.

—Esto son tonterías. Superstición india.

—Tal vez —estuvo de acuerdo Pluma de luna. Extendió las manos con gracia—. Tal vez no. Sí viste al lobo y oíste sus palabras de sabiduría…

—Fue una pesadilla —insistió tercamente Sienna.

—En cualquier caso, el tiempo se acorta —dijo Pluma de Luna—. ¿Tienes fuerzas para caminar?

—Sí, por supuesto. Lo siento si mi debilidad me hizo…

—Las visiones llegan a los elegidos. No estás acostumbrada a verlas. La próxima vez, no será tan aterrador.

—No habrá una próxima vez.

—Tal vez —dijo Pluma de luna.

Los hombres se preparaban para continuar la marcha. Sienna miraba de un rostro de bronce a otro, preguntándose cómo había llegado tan lejos de las cañadas y los lagos de Escocia. Unos años más y empezaría a creerse todas esas tonterías sobre lobos fantasmas y amuletos que podían resucitar a los muertos.

Los primeros retumbos de un trueno rodaron por las colinas, y Cameron sombreó los ojos y miró a las nubes.

—Parece que se avecina una mala. Quizá sea mejor que busquemos refugio.

Sienna se acercó a él.

—Gracias... por lo que hiciste... antes. No sé qué decir. Nunca me había pasado nada parecido.

—¿Qué dijo tu ... ¿Qué dijo Pluma de Luna sobre lo que viste?

—Tonterías. Es tan supersticiosa como el resto.

El ceño de Cameron se arrugó.

—Es una mujer sabia. Tomaría la mayor parte de lo que dice como un evangelio.

Sienna forzó una sonrisa.

—Si la hubieras oído, no dirías eso. Lobos espirituales y...

Suspiró.

—Me enorgullezco de ser un hombre culto, pero he vivido lo suficiente para saber que la vida no es tan simple como parece. Hay muchas cosas bajo el cielo, muchacha. Pluma de luna es una persona poco común. En casa, la llamaríamos fey. Mi abuela era así. Nadie se atrevía a llamarla bruja, pero todos sabíamos que tenía algo. Ella predijo su propia muerte.

—Una anciana con la vista está muy lejos de los lobos fantasmas —argumentó Sienna.

Él se encogió de hombros.

—Vamos, muchacha, lloverá a cántaros en cualquier momento. Pongámonos a cubierto mientras podamos.

Todo el grupo se refugió bajo un saliente mientras arreciaba la tormenta. Pasó una hora, y luego dos. Sienna comió y durmió en breves siestecitas. La lluvia cayó durante la noche, pero finalmente, el viento dejó de soplar y el diluvio amainó.

Antes de ponerse de nuevo en camino, Pluma de Luna se puso un vestido de piel de ante blanca, adornado con pequeñas conchas y púas de puercoespín. Deslizó una cascada de diminutos cascabeles de plata en cada lóbulo de la oreja y se colocó una diadema blanca bordada sobre la frente. Kitate se echó la mochila al hombro para ir más desahogada mientras se dirigían hacia el norte a través del bosque empapado.

Sienna observó los árboles a ambos lados del sendero en busca de ojos de lobo en la noche, pero no vio nada. Caminaron con paso firme hasta la primera luz, cuando Sienna vio que seguían la orilla de un amplio lago.

—¿Nos estamos acercando? —preguntó a Pluma de Luna. La india asintió—. Unos días más si Inu-msi-ila-fe-wanu nos sonríe. Ahora estamos en el corazón del país iroqués.

—Pero no hemos visto un alma viviente.

Pluma de luna asintió.

—Y espero que no lo hagamos. Si nos cogen desprevenidos. Mi madre tenía un dicho:

«Mejor muerto que capturado por los iroqueses».

—Ese es un pensamiento reconfortante.

—Sí —estuvo de acuerdo Pluma de luna—. Lo es, ¿verdad?

Capítulo 23

Los frenéticos ladridos de los perros del pueblo despertaron a Dylan poco después del amanecer. Se tensó contra las cuerdas que lo inmovilizaban a la tierra y giró la cabeza para tratar de ver a qué se debía la conmoción.

Los mohawks empezaron a salir de las longhouses mientras los guardias de las murallas daban la alarma con pequeños tambores de mano. Guerreros armados cruzaron corriendo la plaza, y ancianos y mujeres reclamaron en tonos chillones y malhumorados por qué se les había despertado a esas horas. Los bebés chillaban y los niños gritaban, aumentando la confusión.

Jit-sho, el chamán, apareció sin su máscara, su escaso pelo parcialmente cubierto con un gorro de piel de búho, sus ojos hinchados por el sueño. Justo detrás de él venía una mujer alta y desaliñada que se trenzaba apresuradamente el pelo y miraba nerviosa a su alrededor.

—¿Están atacando el pueblo? —gritó Jit-sho—. ¿Quién viene?

Una pulga mordió el cuello de Dylan y maldijo a la criatura a un infierno de fuego.

Cuatro días había yacido aquí desnudo, quemado por el sol y el viento, ridiculizado por las mujeres y los niños del campamento. Cuatro días, tumbado en sus propios desperdicios, para que las heridas de Ohneya sanaran lo suficiente como para que pudieran librar la batalla.

Nadie había atendido las heridas de Dylan. Su cadera y su hombro eran las peores. Un dolor caliente le decía que los cortes se habían enconado, y sabía que sólo la fuerte lluvia del día

en que había corrido el guantelete había evitado que sus cortes y rasguños se convirtieran en llagas.

Ayer, había insultado a una anciana que llevaba un cubo de corteza con agua del río hasta que le tiró el contenido por encima. Si cerraba los ojos, aún podía saborear el agua en sus labios resecos y su lengua hinchada.

Unos días más y sería incapaz de mantenerse en pie, y mucho menos de luchar contra Ohneya. Si estaba demasiado débil para mantenerse en pie, no le darían la oportunidad de borrar la sonrisa burlona de la cara del jefe de guerra mohawk. Simplemente le atarían a la estaca, le despellejarían vivo, le harían tantas otras cosas desagradables como su cuerpo vivo permitiera y luego encenderían los montones amontonados alrededor de sus pies.

Había visto lo que quedaba de una mujer quemada en el país fronterizo escocés cuando servía en los dragones. Alguien había acusado a la pobre ingenua de ser una bruja. No era una visión ni un olor que le importara recordar. Sobre todo desde que Jit-sho había metido en su retorcida mente que Dylan era un brujo porque había conseguido sobrevivir al guantelete y asestar unos buenos golpes al mohawk.

Dylan no sentía especial curiosidad por la causa del alboroto entre los mohawk esta mañana. Dudaba mucho que fuera su amigo, Adam Hammond, quien dirigía una compañía montada de lo mejor de Su Majestad al rescate. Como no, los visitantes eran más bien iroqueses, venidos de excursión para presenciar la quema de un brujo blanca shawnee.

De una cosa podía estar seguro: la distracción impediría a sus cuidadores alimentarle en breve, o proporcionarle comida y agua en absoluto. No hacía falta mucho para disuadirlos; las comidas eran escasas para los esclavos cautivos. Decidió que ocupaba un lugar inferior a los perros en el orden social de la aldea. Ayer, le habían dado un poco de papilla de maíz quemado; era difícil de tragar sin sal ni azúcar. Esta mañana, se comería con gusto las gachas pegajosas y la piel podrida de ciervo que tenía debajo, si le dieran media oportunidad. Estaba lo bastante

hambriento como para devorar a Jit-sho, con máscara de madera y todo, aunque sospechaba que el hombrecillo sabría a estiércol de cuervo.

Cuando Dylan entendió lo suficiente de los gritos mohawk como para darse cuenta de que la agitación de la aldea se debía a la llegada de una delegación de shawnee, se quedó atónito. Nunca se había imaginado que alguien del pueblo de su madre vendría a intentar rescatarlo.

—Paz —gritó una de las mujeres iroquesas. No, razonó, no era paz lo que había dicho, era paz mujer. Seguramente, había entendido mal. No podía serlo, pero lo era. Hubo otro grito, y vio la pequeña y orgullosa forma de Pluma de Luna liderando una guardia de honor de guerreros Shawnee.

Detrás de ella... Dylan maldijo en voz baja y cerró los ojos. El sol le estaba afectando. Casi le había parecido reconocer otra figura esbelta entre los Shawnee. Se obligó a echar otro vistazo y gimió al darse cuenta. Era Sienna. Era imposible confundir aquella salvaje melena pelirroja que brillaba a la luz del sol.

Cerró los ojos.

Pasaron minutos hasta que la oyó pronunciar su nombre.

—Dylan.

Abrió los ojos y la vio de pie junto a él.

—¿Qué demonios haces aquí? —El calor le inundó el cuello y la cara. Estaba desnudo, sucio e indefenso. De todas las personas del mundo, la mujer a la que amaba era la que menos quería ver en ese momento—. Estúpida muchacha —le dijo—. Te dejé…

Sienna cayó de rodillas y le cogió la cara entre las manos.

—No digas lo que puedas lamentar, Sassenach —susurró. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No me toques —le espetó él. Por Dios. Tensó las cuerdas que lo sujetaban. Ni siquiera la idea de la tortura de Mohawk podía cortarle tan profundamente como tenerla aquí. Si le hacían daño, se derrumbaría... sabía que lo haría. Suplicaría... Besaría el flaco culo marrón de Jit-sho para salvarla. Y sería tan inútil como suplicar que mañana saliera el sol por el oeste.

Sienna aquí no. No podría soportarlo.

Era más de lo que un hombre podía soportar. Cerró los ojos y la dejó fuera, retirándose tras un muro de piedra donde su voz o su tacto no pudieran encontrarle. Oso Bailarín gritó una orden y dos guerreros mohawk tatuados se abalanzaron sobre Sienna. Ella se puso de pie y se enfrentó a ellos, preparándose para las duras manos sobre su cuerpo. Pero antes de que pudieran tocarla, Pluma de Luna habló.

—La mujer de pelo de fuego es mi hermana. Viaja bajo mi protección. Hazle daño y tentarás la ira de los espíritus.

—¡Espíritus Shawnee! —gruñó un hombre que llevaba una máscara de madera roja y negra—. ¿Qué motivo tienen los mohawk para temer a los fantasmas shawnee?

Pero los bravos mohawk se detuvieron en seco. Intentando no mostrar miedo, Sienna dejó a Dylan y se agachó para pasar junto a los guerreros enemigos y llegar al lado de Pluma de Luna. A pesar de la amenaza de los feroces bravos, no podía apartar los ojos del enmascarado. El rostro era el mismo que se había asomado en su sueño despierta. La mujer de la paz había tenido razón cuando había dicho que Sienna tenía la visión. A días y kilómetros de distancia, ella había visto esa máscara, tan horrible y brillante como hoy.

Sus entrañas se sentían como si hubieran dado un vuelco. Tenía la boca seca y las manos y los pies entumecidos. Tardó otro minuto en darse cuenta de que el hombre que llevaba la máscara era el que Cameron le había señalado cerca del muro de la empalizada como el infame chamán mohawk, Jit-sho.

Sienna trató de concentrarse en lo que Pluma de Luna decía, pero estaba hablando a los

líderes mohawk en su propia lengua, y Sienna no podía entender ni una palabra.

Cameron se acercó y le lanzó una mirada tranquilizadora. Ella quiso coger la mano de su padre y aferrarse con fuerza, pero no se atrevió. Permaneció inmóvil en el centro del claro con el sol de la mañana en la cara e intentó no mirar a Dylan mientras el palpitar de los tambores iroqueses le helaba la sangre.

¡Malditos sean! pensó. Dylan estaba delgado; su cuerpo estaba cubierto de verdugones y cortes. Estaba tirado en su propia mugre como un perro. Eran peores que los ingleses. Ni siquiera su terrible celda en el castillo de Edimburgo había sido tan asquerosa.

No le importaba que la hubiera maldecido. Que despotricara como un bedlamita si quería; lo único que ella quería era poder lavar su pobre cuerpo herido y darle de comer una comida caliente.

La voz del sachem mohawk había adquirido un hilo acerado, pero Pluma de Luna no se inmutó ante su diatriba. Parecía tan pequeña al lado del líder mohawk, pero su diminuta y erguida estatura no disminuía en nada el efecto que tenía sobre estos salvajes iroqueses. Era imposible mirarla y no sentir el poder que irradiaba de ella. A pesar de lo desesperado de su situación, Sienna estaba segura de que la mujer de la paz nunca había parecido tan hermosa ni tan peligrosa como en este momento.

Detrás de ella, los Shawnee de Pluma de Luna se erguían como soldados de plomo, con rostros severos y sin emoción, los hombros hacia atrás y la cabeza alta

Cameron se inclinó más hacia Sienna.

—Ella dice que los shawnee y los iroqueses son hermanos de la pipa de la paz, y que no permitirá que las insensatas acciones de un joven jefe de guerra pongan en peligro ese tratado. Ella dice que Oso Bailarín es conocido desde el Ohio hasta las montañas de los Cherokee como un hombre de honor. Y ella ofrece regalos de amistad para suavizar los ánimos de su gente. Dice que no viene a recomprar al cautivo sino a recuperar a un guerrero shawnee injustamente

apresado.

—¿Y qué dice él? —susurró Sienna. Le resultaba evidente que el jefe mohawk no estaba contento con el discurso de su invitado, y que el enmascarado estaba aún más enfurecido.

Cameron tragó saliva. Cuando miró a Sienna a los ojos, su mirada era apenada.

—Oso Bailarín dice que el Shawnee blanco mató a muchos guerreros mohawk. Dice que sus almas claman venganza. Insiste en que Dylan debe luchar contra Ohneya en una batalla a muerte. Y si sobrevive, el sachem le ha prometido que Jit-sho podrá quemarlo en la hoguera. Jit-sho ha convencido a los mohawk de que Dylan es una especie de brujo.

—Eso son tonterías —replicó ella—. Es tan buen cristiano como he conocido.

—Los indios se toman en serio la brujería. Mi iroqués está oxidado, pero Oso Bailarín dijo algo sobre un lobo y una tormenta que Dylan invocó sobre sus cabezas.

Una mano fría apretó el corazón de Sienna. Tuvo que esforzarse para respirar. La horrible amenaza de la quema de Dylan la había ensombrecido desde la incursión, pero había alejado el miedo una vez que habían llegado a la aldea y lo habían encontrado aún con vida. Había estado segura de que los mohawk habían cambiado de opinión. Ahora el terror regresaba con furia renovada.

—¿Y el lobo? —preguntó—. ¿De qué se trata?

—Más tarde. Shhh —advirtió—. Oso Bailarín parece estar tomando una decisión.

El sachem levantó una mano y dijo algo a los mohawks reunidos. Hubo gritos y refunfuños. Un indio mohawk tiró su arco al suelo y lo pateó con frustración. El chamán enmascarado agitó un sonajero de caparazón de tortuga y aulló de frustración.

Oso Bailarín cortó el aire con la mano en un último gesto que decía claramente que no habría más discusión. Entonces dio una palmada y dos indias vinieron corriendo. La más joven se acercó a Pluma de Luna, se tocó la frente en señal de saludo e hizo un gesto a la mujer de paz

shawnee para que la siguiera.

Pluma de Luna miró a su gente.

—Ven —dijo—. Vamos a ser honrados con un festín de carne de perro. —La cara de Sienna debió registrar su disgusto, porque la mirada de respuesta de la mujer de la paz no admitió discusión—. Te lo comerás y sonreirás —dijo.

Y una mierda que lo haré, pensó Sienna.

—¿Y Dylan? —dijo—. Está herido. Necesita...

—Se nos permitirá curarle sus heridas —respondió Pluma de luna—. Ven conmigo ahora.

Sienna miró de nuevo a Dylan. Estaba tendido tal como ella lo había dejado, con los ojos cerrados, inmóvil. Su corazón estaba con él. Nada deseaba más que cortar sus ataduras y bañarlo con sus propias manos.

—Pero...

La mirada severa de Pluma de luna la silenció. Con una última mirada a su marido, Sienna siguió a la mujer de la paz hasta la gran casa larga de troncos al final de la plaza abierta.

La mujer mohawk las condujo a través de la estructura de techos altos hasta una habitación parcialmente aislada en el extremo oriental del edificio. Un pozo de fuego en el centro de la habitación estaba forrado de rocas ennegrecidas y había una pila de leña seca, pero no había fuego encendido. El suelo era de arcilla dura, barrido tan limpio como cualquier cabaña de las Highlands, pero alfombras de piel curtida yacían esparcidas alrededor del hogar y amontonadas en una esquina.

Los Shawnee amontonaron sus mochilas en un lado de la habitación y tomaron puestos de guardia alrededor de Pluma de luna, Cameron y Sienna. Pluma de Luna les indicó que debían permanecer en silencio hasta que la india mohawk los dejara. En cuanto lo hizo, la mujer de la paz se acomodó sobre una piel de ciervo e hizo un gesto a Sienna para que se uniera a ella.

—Llevarán a Dylan al río y dejarán que se bañe, luego lo llevarán a un lugar donde podamos cuidarlo —dijo Pluma de Luna.

—¿No aquí? —preguntó Cameron.

Ella negó con la cabeza.

—Esta casa larga está reservada para invitados de honor. Consideran a Dylan... —Se encogió de hombros—. No confían en nosotros lo suficiente como para dejarnos tenerlo.

Sienna se lamió los labios secos.

—Pensé que estarían dispuestos a vendérnoslo.

Pluma de Luna suspiró.

—Normalmente, lo estarían. Pero esta charla sobre brujería los ha asustado.

Sienna tragó saliva ante la constricción de su garganta.

—Cameron... —Lo intentó de nuevo—. Mi padre dijo que amenazan con hacer que Dylan luche contra Ohneya. Y que... —No pudo decir el resto.

—Creo que tendrá que luchar. Oso Bailarín parecía impasible al respecto.

—¿No dejarás que lo quemen? —Suplicó Sienna.

Los ojos líquidos de Pluma de luna se llenaron de compasión.

—Ahí es donde diferimos: el sachem mohawk no tiene intención de dejar que eso ocurra. Jit-sho es nuestro mayor enemigo.

—Y Ohneya —dijo Sienna—. No te olvides de él.

—Sí, Ohneya. Es un guerrero formidable, pero Jit-sho es diferente. Presiona a Oso Bailarín para que renuncie a escucharme. Dice que debido a mi sangre blanca, no merezco el respeto de mi cargo.

—Si los mohawk no te aceptan como mujer de paz... —empezó Cameron.

Pluma de luna extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

—Entonces podría volverse muy incómodo para todos nosotros. Pero para hacer eso, él debe desacreditarme.

—¿Si lo consigue? —dijo Sienna.

Lachpi el Delaware golpeó su pipa de tabaco contra el marco de la cama.

—Entonces todos moriremos en la hoguera.

Kitate gruñó.

—¿Pero tienes poder? —preguntó Sienna. Ansiosa, miró de la mujer de la paz a su padre.

—Eso está en manos de Inu- msi-ila-fe-wanu, el gran espíritu que es abuela.

—¿Y Dylan? —suplicó Sienna.

Pluma de luna asintió.

—Su destino depende sobre todo de Inu-msi-ila-fe-wanu.



Más tarde, la misma mujer mohawk acompañó a Sienna a una longhouse con el tótem del oso sobre la puerta. Un huraño indio, armado con un rifle y un hacha, le cerró la entrada. Tras varios intercambios verbales entre la mujer mohawk y el guardia que Sienna no pudo entender, éste se apartó de mala gana para dejarles pasar.

Sienna observó que, a diferencia de la mayoría de las otras longhouses, la corteza de las paredes exteriores de esta choza estaba suelta y muy necesitada de reparación. Una vez dentro

del polvoriento interior, se dio cuenta de que este edificio se utilizaba como almacén más que como vivienda.

Dylan estaba en la última habitación, encadenado a un poste recién colocado por unas esposas de hierro. El pelo le colgaba por la espalda, enmarañado y chorreante, y seguía desnudo.

—Rápido —dijo la india mohawk, luego se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Sienna se arrojó al pecho de Dylan y susurró su nombre con voz ronca.

No lloraría, se prometió a sí misma. No lo haría.

Fue como chocar contra un muro de hielo. Él no la abrazó... no habló... no reconoció su presencia en absoluto.

Dolida, se apartó de él y le miró a la cara.

—Sé que estás enfadado conmigo, pero...

—¿Enfadado? ¿Enfadado? —El muro de hielo se rompió en un torrente de blasfemias tan originales que Sienna no pudo evitar reírse de él.

—Así está mejor —dijo—. Creía que te habían sacado la razón a golpes. ¿Cómo de herido estás?

—Me he sentido mejor —gruñó—. ¡Eso no excusa tu estupidez! ¿Cómo pudiste desobedecerme en esto? Eres una idiota. ¡Una completa lunática con cerebro de pluma!

Ella resopló.

—Un buen agradecimiento por haber venido a rescatarte.

—¿Rescatarme? —Su rostro se ensombreció hasta que ella pensó que le daría un ataque—. ¿Esto es lo que llamas un rescate? Nunca saldrás de aquí con vida. Ninguno de nosotros lo hará.

—Podía haber sabido que dirías eso —replicó ella—. Típicamente inglés. Rendirse en cuanto la soga empieza a apretar.

Durante un largo momento, se miraron fijamente, luego él apartó la mirada y volvió a maldecir.

—Di que te alegras de verme —murmuró ella—. Preferiría ver a Belcebú.

—Mientes descaradamente, Sassenach.

Un escalofrío le recorrió.

—Creía que estabas a salvo, mujer. ¿No lo ves? Pensé que estabas a salvo. No importa lo que me hicieran, yo...

Ella le tocó el hombro, pasando los dedos suavemente por la carne hinchada y desgarrada, acariciando su piel hasta que él se volvió y ella vio que las lágrimas brotaban de sus ojos oscuros.

—¿No sabes que preferiría morir aquí contigo que vivir sin saber si estás vivo o muerto? —dijo ella—. Te quiero, Dylan Ramsey. Corazón y alma, cuerpo y mente, te quiero. Y si fue estúpido venir aquí, entonces soy estúpida, pero tenía que arriesgarme.

—Sienna. —La agonía en su voz la cortó en seco—. Sienna... cariño—, continuó desgarradoramente.

Ella le echó los brazos al cuello y tiró de su cabeza hacia abajo. Su boca aplastó la suya y ella se aferró a él hasta desfallecer por falta de oxígeno.

—Te quiero —dijo cuando se separaron lo suficiente como para respirar—. Sigues siendo un idiota, pero te quiero.

—¿Y te alegras de verme?

—No. No lo estoy. Y si muero como un cobarde llorón, será por tu culpa.

—No vas a morir —prometió ella. Tenía miedo de besarle de nuevo. Una vez que él empezara a besarla, ella perdería la razón para pensar. Y ella necesitaba su ingenio si quería

sobrevivir.

—Pluma de luna va a comprar tu libertad. Estoy bajo su protección, todos lo estamos.

—¿Inmunidad diplomática? —Dylan hizo una mueca—. No busques las sutilezas del honor entre los Mohawk.

—Bueno, de momento estamos vivos. Nos están preparando un festín de perro, y han accedido a dejarme limpiar tus heridas. —Ella inspeccionó el furioso tajo que le bajaba por el muslo—. Por todo lo sagrado. Es una maravilla que no hayas cogido la enfermedad putrefacta. Mira esto. —Dio un paso atrás—. He traído medicinas, y algo de carne seca y agua. También he traído un taparrabos, si crees que te dejarán quedártelo.

—No es mucha protección, pero a un hombre le preocupa tener sus posesiones más preciadas colgando a la brisa.

Se rió entre dientes.

—Y yo que pensaba que yo era tu posesión más preciada. —Le entregó la piel de agua.

—Una esposa que no obedece a su marido. No es probable. —Dio un largo trago de agua —. El mayor error que he cometido fue robarte del verdugo en Edimburgo.

—Si ése es el peor que cometes, ambos viviremos para mecer a nuestros nietos —dijo ella. La inflamación de la pierna goteaba pus; habría que hacerle una punción y lavarla—. Esto va a doler —advirtió.

Él se encogió de hombros.

—Hazlo, mujer. No eres la primera que disfruta torturándome. Y los Mohawk han tenido más práctica en ello.

Ella le había atendido la pierna y le estaba dando los últimos puntos en la herida del hombro cuando la india mohawk regresó.

—Ahora vienes tú —dijo la mujer en un inglés rebuscado.

—Sólo un poco más. —Se entretuvo Sienna—. Necesito tiempo para…

—¡Ven ahora!

Sienna se giró y dirigió a la india su mirada más feroz.

—Iré contigo cuando venda esto, hija de Satanás de corazón negro.

—¡No! No esperes. Ahora.

Dylan asintió.

—Vete, muchacha. No hay necesidad de encender fuegos artificiales por unos minutos más.

Ella quiso besarle de nuevo, rodearle con sus brazos y no soltarle, pero su cara había vuelto a adoptar ese aspecto indio. En lugar de eso, sonrió y pronunció las palabras te quiero mientras le vendaba apresuradamente la herida.

—Ven a festejar —dijo la india—. Mañana, el brujo Shawnee luchará contra Ohneya.

—¿Mañana? —La mirada de Sienna se encontró con la de Dylan.

La mujer mohawk sonrió socarronamente.

—Ohneya es un gran guerrero. Mata al brujo y toma a su esposa como esclava.

—¿Qué? —preguntó Sienna—. ¿Qué has dicho?

La india se rió.

—Es la costumbre mohawk. Brujo gana, toma a la esposa de Ohneya. Ohneya mata al brujo Shawnee, se lleva a la mujer del enemigo a su cama. Es justo, ¿no? —Hizo un gesto hacia la entrada—. Vayan ahora. Come perro blanco. Mañana, cuando la cabeza de tu hombre cuelgue del lodgepole de Ohneya, comerás las sobras que dejen los perros. —Puso los ojos en blanco y

sonrió con satisfacción—. Si Ohneya no mantiene a la mujer blanca demasiado ocupada para comer.

Capítulo 24

—Mañana puede morir —susurró Sienna con urgencia a Pluma de Luna—. Debes ayudarme a encontrar la forma de ir a verle.

Las dos mujeres se alejaron del humeante hogar para hablar, para no molestar a sus compañeros dormidos. Sienna llevaba horas despierta; supuso que debía de ser algo más de medianoche, pero sólo podía pensar en Dylan y en el peligro que corría.

Salvo por la tos ocasional o el llanto de un bebé, el campamento iroqués estaba tranquilo. Un mohawk montaba guardia frente a la entrada de la longhouse ceremonial, y Lachpi el Delaware estaba en cuclillas dentro de la puerta con un rifle acunado en los brazos. Ambos guerreros estaban demasiado lejos para oír lo que ella y Pluma de Luna decían.

—Tu corazón está preocupado —respondió Pluma de Luna, poniendo una cálida mano en el hombro de Sienna—. El mío también. No confío en los mohawk. Son tan sinceros como los ingleses. Una promesa hecha hoy puede no cumplirse mañana.

La esperanza surgió en el pecho de Sienna.

—¿Entonces puede que no obliguen a Dylan a luchar contra Ohneya?

Pluma Luna emitió un sonido dubitativo con un chasquido de lengua.

—Esa es una promesa que espero que cumplan. Son gente sedienta de sangre. Las otras tribus de la Confederación Iroquesa no son tan crueles. Me sentiría mejor si Oso Bailarín fuera

un Oneida o un Onondaga. Tendría más control sobre sus guerreros. Veo que los jóvenes miran a Ohneya. Si la autoridad de Oso Bailarín como sachem es incómoda, puede que nos sacrifique a todos para mantener su posición. —Hizo un sonido de burla—. Los políticos débiles son peores que los malvados. Incluso un malvado a veces atiende a razones. Por eso prefiero tratar con un líder fuerte y malo como Ohneya que con uno bueno y débil.

—¿Cómo es que te escuchan? —preguntó Sienna—. Sois shawnee, no iroqueses, y... y eres una mujer.

Pluma de luna extendió las manos con gracia.

A la luz del fuego resplandeciente, Sienna se sorprendió de nuevo de lo regia que parecía la mujer de la paz. Podría ser una princesa española, pensó Sienna.

—Los iroqueses son una raza de conquistadores y nuestros enemigos de sangre —susurró suavemente Pluma de Luna—, pero no son bárbaros. Ni mucho menos. Reconocen el lugar de honor de las mujeres como no lo hacen los europeos. Sus mujeres han ejercido tradicionalmente un gran poder entre ellos. Normalmente, descartarían a una mujer Shawnee, pero…

—Sí —replicó Sienna con impaciencia—. Eres una mujer de paz, pero aún no entiendo qué significa eso. ¿Eres una chamán, como Jit-sho?

Pluma de luna rió entre dientes.

—Mejor.

—¿Eres una jefa?

—No. Un jefe puede ser reemplazado, mientras que una mujer de paz no. Ella nace para el título, no es elegida por los Shawnee. Ella es consejera, no sólo de un pueblo, sino de todos los que se llaman a sí mismos Shawnee. Sólo puede haber una, y ella debe morir antes de que se reconozca a otra.

—¿Pasará el cargo a su hija? —Forrest había mencionado a una hermana mayor, pero

Sienna no la conocía. Aún le costaba creer que Pluma de Luna fuera la esposa de un conde inglés. Había tantas preguntas que quería hacerle, pero no era el momento ni el lugar.

—Eso no me corresponde saberlo.

—Esa mujer mohawk que me llevó a Dylan dijo que pertenezco a Ohneya si mata a mi marido. ¿Es eso cierto?

—Así es. —La voz de Pluma de luna era pensativa pero sin compromiso.

Sienna empezaba a darse cuenta de que los Shawnee decían lo que querían y omitían el resto. Conseguir un sí o un no era a veces más difícil que caminar cuesta arriba a través de una tormenta eléctrica.

—Si Dylan gana el encuentro —continuó—, este Oso Bailarín dice que lo quemarán. No hay salida para nosotros. Debo estar con él esta noche.

Pluma de luna asintió.

—Eso es lo que puedo darte.

—¿Cómo? —preguntó Sienna—. Estamos vigilados, y él también.

—No es importante que sepas cómo se hace —dijo Pluma de luna—. ¿Recuerdas el camino al lugar donde lo tienen prisionero?

—Por supuesto, pero…

Pluma de luna la agarró del hombro con sorprendente fuerza.

—No hables. No emitas ni un sonido. No toques a los guardias mohawk. Y recuerda que debes regresar antes de la primera luz del alba. ¿Lo ha entendido? Debes seguir mis instrucciones al pie de la letra

—Pero ¿cómo voy a hacerlo? No puedes hacerme invisible.

La risita de la mujer de la paz fue baja y cálida.

—Sí, amiga mío. Algo así. Es una cosa india que no puedes comprender. Piensa en el lobo y pon los pies como él, en silencio. Ve con tu marido. Rápido. Pero regresa antes de que el cielo se aclare. Este encantamiento no se mantendrá a la luz del día

—Brujería —murmuró Sienna—. No puedo...

—Tranquiliza tu corazón, hermanita cristiana. Una mujer de paz no negocia con el príncipe de las tinieblas. Por encima de todo, ella debe seguir el camino de la luz. Tu alma está suficientemente segura. Vete ahora. Y ofrece oraciones a tu Jesús para que tu marido luche bien mañana.

Sienna negó con la cabeza. Lo que Pluma de Luna le estaba diciendo que hiciera era imposible.

Pero ella quería estar con Dylan, si era humanamente posible.

Apretando los dientes, respiró hondo y empezó a caminar por la oscura longhouse hacia la entrada del extremo este. Era una noche fría, fresca para ser verano, incluso húmeda, pero el sudor le goteaba en la cara y le resbalaba por los huecos de la garganta.

Ahora podía oír el sonido rítmico de la respiración de Lachpi, ver el resplandor del extremo de su pipa de arcilla, oler el tabaco indio. Pluma de Luna le había advertido que no hablara.

Sienna abrazó sus brazos cruzados contra su cuerpo y siguió caminando.

La luz de la luna brillaba en el rostro escarpado del guardia mohawk. Su coraza de metal reluciente brillaba con el fuego frío; la cabeza de acero de su garrote de guerra subía y bajaba con cada respiración profunda que hacía. Podía oler el pescado en su aliento, casi sentir la resbaladiza grasa de oso en su piel.

Su propia piel se erizó mientras esperaba su grito, mientras esperaba que levantara aquel terrible garrote y lo hiciera caer para aplastarle el cráneo.

Pasó el viento.

Sienna arrugó la nariz y se detuvo en seco, a punto de morir, demasiado agotada emocionalmente para dar un paso más.

Se estiró y bostezó, luego se rascó bajo el taparrabos. Sonó un ruido bronco.

Sienna encontró el valor para moverse. Contuvo la respiración mientras se escabullía por el extremo de la casa larga y se detuvo de nuevo para escuchar sus pasos en su persecución.

No oyó más que el débil crujido de un tendedero de pescado en la brisa nocturna.

Piensa en el lobo, había dicho Pluma de Luna. Pon tus pies como él...

La luz de la luna despejaba el camino. Se apresuró entre las viviendas comunales, pasando junto a los perros dormidos y los dormideros de pavos. Nadie la detuvo; ningún perro aulló una advertencia y ningún pájaro graznó.

Más adelante, vio al guardia de la entrada de la prisión de Dylan. Era un hombre alto y ancho, con la cabeza rapada y una barriga inmensa y flácida. Sienna lo reconoció como uno de los miembros de la partida de guerra original que había atacado la plantación.

¿La vería? La tensión la mareaba, pero había llegado demasiado lejos para rendirse ahora. Con la barbilla alta, segura de que él la vería y daría la alarma, caminó directamente hacia él.

Él no dio la menor indicación de que ella existía, y ella se escabulló junto a él y entró en el edificio de almacenamiento, que olía a moho.

Dentro, no había luz de luna ni fuego. Rezando en silencio, extendió los brazos hacia delante y puso un pie delante del otro, esperando contra toda esperanza poder permanecer en el pasillo central.

Cuando la habían llevado a Dylan antes, había tenido que abrirse paso entre montones de pieles curtidas, cestas apiladas, calderos de metal y otros enseres domésticos almacenados. En la

oscuridad, era difícil encontrar el camino sin tropezar con algo, pero la animaba saber que cada paso la alejaba del guardia de la puerta y la acercaba a Dylan.

Entonces, oyó el débil traqueteo de una cadena más adelante y supuso que Dylan debía de estar despierto. No gritó, pero ella intuyó que era consciente de que ya no estaba solo. Se quedó helada, esforzándose por ver en la negrura.

—¿Sienna? —susurró su nombre—. Sé que eres tú. Puedo oler tu pelo.

Ella no dudó. Corrió hacia él y se deslizó por debajo de sus muñecas maniatadas hasta el círculo de sus brazos. Él gimió suavemente y la apretó contra sí.

—Sienna, Sienna, ¿qué haces aquí?

Pluma de luna le había dicho que no hablara. Temía que si lo hacía, el hechizo se rompería y los descubrirían. Ella le respondió con sus labios, su tacto, su cuerpo amoldado al de él.

Él gimió y bajó la cabeza.

Su beso era lo más dulce que ella había probado nunca.

—Esto es una locura —protestó. Pero él la besó de nuevo y ella se agachó hacia él.

—Mujer, ¿qué voy a hacer contigo? —Él emitió un sonido de desesperación, pero siguió besándola hasta que su tacto y su olor la marearon y olvidó dónde estaba y lo que estaba por venir.

—¿Te das cuenta de lo que arriesgas por venir aquí? —ronroneó él.

A ella no le importaba lo que él dijera. Sabía que él la necesitaba aquí, entre sus brazos. Separó los labios y permitió que la lengua de él se deslizara profundamente en su boca.

—¿Por qué no dices nada? —le preguntó él más tarde, cuando ambos estaban sin aliento.

Ella le puso tres dedos sobre los labios.

—Maldita sea, te quiero —susurró—. Siempre te querré. Recuérdalo...

Ella se volvió, todavía dentro del círculo de sus brazos, y se apoyó de nuevo contra él. Agarrando su mano derecha, la levantó para besar el lugar donde el grillete de hierro mordía su carne.

Sus lágrimas cayeron sobre su carne magullada. Ella le abrió la mano y la giró para besarle la parte inferior callosa de la palma.

—No lo hagas —le dijo—. ¿Sabes cómo me revuelve las tripas que me veas encadenado a un poste como un animal? —Emitió un sonido que podría haber sido un sollozo—. No puedes pensar en mí, Sienna. Soy hombre muerto. Tienes que sobrevivir.

¡Dylan! ¡Dylan! Ella gritó su nombre en su corazón, pero ningún sonido salió de su garganta. No importaba. Ella estaba aquí, con él. Se giró para mirarle, le acarició el pelo, pasó los dedos por su mejilla y trazó las líneas de su boca y su nariz. Quería memorizar cada centímetro de él, marcar su imagen en su alma para que, pasara lo que pasara, nunca pudiera olvidarle.

Sus manos estaban atadas con crueles grilletes de hierro, pero las de ella eran libres. Libres para acariciarle el cuello y los hombros... para rozarle los pezones y seguir los contornos de cada cicatriz y bulto de su pecho... para trazar un rastro de besos abrasadores por su piel desnuda.

—Sienna —jadeó..

Quería decirle que era suya, que nada los separaría jamás. Quería presionar sus manos contra su vientre... para hacerle saber el regalo que allí albergaba.

En lugar de eso, dejó que la pasión la llenara de lánguida calidez y de una audacia casi. gratuita.

—Mujer... —Respiró entrecortadamente—. ¿Qué estás...?

Ella le hizo callar arrodillándose a sus pies y apoyando la mejilla en su pecho.

Dejó escapar un largo suspiro de anhelo.

Sabía que el tiempo pasaba... que debía marcharse, pero no podía.

Ésta podría ser la última vez que él pudiera abrazarla, la última vez que ella pudiera oírle susurrar palabras de amor en su oído.

—Amor de mi vida —le dijo—. ¿Sabes cuántas veces te he maldecido? —Su risita le calentó el corazón—. Fue tu imagen la que apareció durante mi prueba de hombría. No la quería. Intenté negarte, pero no pude. Quería un espíritu guardián animal: un oso, un puma, incluso una nutria. Los otros chicos presumían de sus espíritus, y yo sólo tenía la imagen de una mujer blanca con el pelo rojo.

Cerró los ojos y se acurrucó más, intentando imaginar a Dylan como un joven delgado e inseguro que esperaba una visión.

—Intenté olvidarte, pero fue imposible —continuó—. Después de que mi padre me llevara a Inglaterra, nunca dejé de buscarte —murmuró—. Nunca me cruzaba con una mujer por la calle a la que no mirara a la cara. Y cuando te vi en el campo de batalla, supe que no podía dejar que te me escaparas otra vez.

Suspiró. El amanecer llegaría pronto. Se preguntó si sería mejor quedarse y ser capturada para que pudieran morir juntos.

—Quería un guía, y los espíritus me dieron a ti.

Puso la mano abierta sobre su corazón y sintió el fuerte latido de la sangre de su vida.

—Tardé media vida en reconocer un don cuando lo tenía en la palma de la mano.

Quiso preguntarle cómo podía creer en semejantes tonterías supersticiosas, pero temió romper el hechizo del silencio. Y entonces estuvo a punto de reírse en voz alta al darse cuenta de que el hechizo que estaba tejiendo en ese momento haría asentir de aprobación a cualquier bruja.

—He aceptado el cristianismo —dijo—, pero no puedo desechar las viejas costumbres del pueblo de mi madre. Y no puedo creer que todas ellas sean malas. Después de todo, ellos te

trajeron a mí.

Se inclinó y besó sus labios amorosos.

—Los antiguos dicen que no puedes escapar del camino que los espíritus han elegido para ti —dijo.

Quizá no, pensó ella. Con el corazón dolorido, le besó por última vez y se apresuró a salir de la longhouse en el primer rubor púrpura del amanecer.

No había olvidado que Dylan podría morir hoy y que ella también podría morir, pero la comprensión de que era amada de verdad por un buen hombre borró su temor por su propia seguridad.

Si Dylan encontraba la muerte a manos de los mohawk, ella sobreviviría lo mejor que pudiera por el bien del niño que estaba segura que llevaba en su vientre. Viviría los días de su vida, cumpliendo su deber con el hijo o la hija de Dylan y con todos los que dependían de ella. Pero mientras tanto, sabría en su corazón que Dylan esperaba... y ningún poder bajo el cielo podría separarlos. Ni siquiera la muerte podría destruir un amor tan fuerte como el suyo o impedirles pasar una eternidad el uno en brazos del otro.

Pero... Oh, ¿cómo podría ella soportar las noches entre ahora y entonces? ¿Cómo podría soportar el vacío de los días, una vez que hubiera enterrado su corazón y su alma con el único hombre al que amaría... un hombre al que una vez creyó su enemigo mortal?

Cuando Sienna llegó a la seguridad de la casa ceremonial de troncos sin ser vista, Pluma de Luna la atrajo, sonriendo, hacia sus brazos. Y durante un breve instante, ambas mujeres lloraron, sin avergonzarse.

Capítulo 25

Sienna pensó que aquel día había sido el más largo de toda su vida. Después de volver de reunirse con Dylan, durmió a pierna suelta hasta media mañana, cuando Pluma de Luna le ordenó que se levantara y fuera al río a bañarse. Escoltadas por un grupo de risueñas muchachas, Cameron y los Shawnee, Pluma de Luna y Sienna volvieron sobre sus pasos hasta las afueras de la ciudad amurallada.

Los hombres les dieron la espalda mientras Pluma de Luna y Sienna entraban en el río para lavarse. El agua era fría y tonificante; despejó la cabeza de Sienna pero no hizo nada para aliviar su preocupación por Dylan. Al cabo de un rato, una de las mohawk condujo a las dos mujeres a un lugar privado cerca de la muralla para que atendieran sus necesidades personales.

Una vez que el grupo regresó a la casa larga ceremonial dentro de la empalizada, hubo más espera antes de que finalmente fueran convocadas por el consejo a una tarde de charla y banquete. Sienna tenía poco apetito a pesar del abundante banquete a base de pescado ahumado, anguilas, pato, alce, maíz, succotash, calabaza, judías, bayas y todo tipo de pasteles planos horneados con harina de maíz. Tenía el estómago revuelto; no podía pensar en otra cosa que en Dylan y en su próxima pelea con Ohneya, el mohawk al que todavía consideraba Cara de Calavera.

El hambre que tenía huyó cuando vio que el plato principal consistía en perro asado con la cabeza intacta. Pluma de luna y Cameron se comieron la repugnante carne, pero era todo lo que

Sienna podía hacer para no ponerse enferma.

El sol calentaba, pero eso no parecía molestar a nadie más. Los aldeanos se apiñaban tan cerca que ella podía oler la grasa de oso en sus cuerpos.

Sienna quería gritar. Si permanecía sentada más tiempo, se avergonzaría de sí misma y de los shawnee al ponerse histérica.

Entonces, antes de que pudiera perder completamente el control, el último orador mohawk extendió una mano hacia Pluma de Luna y ésta se levantó. A Sienna le pareció muy pequeña en medio de los curtidos guerreros mohawk y los viejos y canosos miembros del consejo.

Pluma de luna miró a cada uno de los dignatarios y los saludó en su iroquoian nativo. Cameron repitió sus palabras en inglés para que Sienna pudiera entender lo que se decía. Pronto se hizo evidente que Pluma de luna no tenía intención de divagar como habían hecho los demás.

—... una paz entre los shawnee y los iroqueses, una paz que todos juramos mantener —dijo Pluma de Luna en voz baja.

Su voz no era tan alta como las de los oradores anteriores, pero Sienna podía ver que los mohawk estaban escuchando atentamente.

—Ohneya y su grupo de guerra rompieron esa paz —continuó Pluma de Luna—. Nadie podría haber culpado a los Shawnee si hubieran desenterrado el tomahawk de plumas negras y buscado venganza contra la Liga Iroquesa. Pero los Shawnee no son tan rápidos para dar la espalda a una promesa. En cambio, esta mujer ha venido a ofrecer regalos por el regreso del Shawnee blanco, Corazón Guerrero. Es un hombre valiente, un hombre que corrió el guante mohawk, un hombre digno de ser liberado.

El curandero se puso en pie de un salto y gritó en contra. Inmediatamente, hubo un clamor de sus partidarios. Oso Bailarín fulminó con la mirada al chamán, pero el hombrecillo no se dejaría callar. Agitó su bastón de cuervo hacia el jefe y le devolvió una andanada de palabras

airadas.

Cameron se puso en pie y empezó a traducir al inglés la diatriba del curandero.

—¡Nuestro sachem prometió que el prisionero debía luchar contra Ohneya! ¿Puede seguir siendo alto jefe un hombre que miente a su propio pueblo? Yo digo que no puede. Yo digo que ya es hora de que Ohneya ocupe el lugar que le corresponde como jefe de esta aldea.

El rostro delineado de Oso Bailarín se oscureció hasta volverse pálido. Se levantó e hizo un movimiento de corte furioso con la palma de la mano. La multitud enloqueció.

Sienna miró a Cameron, pero éste negó con la cabeza. No necesitaba sus palabras para saber que el viejo jefe estaba cediendo ante el chamán.

Los hombres empezaron a empujarse. Alguien levantó un puño cerrado y entonó un grito de guerra mohawk. La Shawnee de Pluma de Luna cerró un muro de protección a su alrededor. Gritó en algonquiano y Lachpi hizo un gesto a Sienna.

Sienna no podía moverse. En el otro extremo de la plaza del pueblo, vio a dos bravos mohawk entrar en el claro del recinto con Dylan entre ellos. El pánico se apoderó de ella al ver cómo lo arrastraban hacia el poste de madera carbonizado.

Cameron agarró a Sienna del brazo.

—No podemos hacer nada más —dijo. Rápidamente, la metió en el círculo de Shawnee al lado de Pluma de luna.

Las ululaciones rasgaron el aire. El retumbar del gran tambor se sumó al clamor de los chillones mohawks. Ohneya dio un paso adelante y levantó las manos sobre la cabeza. Los vítores atravesaron el tamborileo. Las mujeres, excitadas, empezaron a recoger las bandejas y los cuencos de comida; los niños corrieron chillando y la jauría de perros de la aldea se sumó al alboroto con aullidos y ladridos frenéticos.

En cuestión de minutos, el centro del claro estaba vacío. El chamán enmascarado trazó un

amplio círculo en el polvo con la culata de su bastón. Los guardias de Dylan lo empujaron hacia el espacio abierto, y Sienna jadeó al verle bien la cara hinchada.

—Está herido. No está en condiciones de... —empezó, pero Pluma de luna la cortó.

—No —la amonestó la mujer de la paz—. No puedes hacer nada por él ahora. Debe luchar. No le muestres a una mujer lamentándose. Dale corazón. Muéstrale que crees que vencerá.

Sienna empujó entre Joseph y Ake. Los mohawks cedieron para dejarla llegar al borde del círculo. Dylan levantó la vista y la vio. Durante un instante, se miraron fijamente a los ojos. Unas lágrimas calientes amenazaron con abrumar a Sienna, pero ella las forzó a retroceder, le sonrió y le saludó con la mano, y gritó:

—¡Dale caña, Sassenach!

Un guerrero mohawk se rió y luego otro gritó con buen humor Murmullos de aprobación ondularon entre la multitud. Vagamente, Sienna fue consciente de que su padre se acercaba para situarse a su lado derecho y Pluma de Luna a su izquierdo.

Dylan observó al público con la altiva compostura de un gladiador romano. Cuando Ohneya entró en el polvoriento círculo, Dylan levantó el dedo corazón en un tosco gesto de desafío.

Ohneya gritó de furia. Extendió una mano y su mujer le clavó un cuchillo. Abrió el otro puño y cogió un tomahawk de doble filo. Cantando ferozmente, empezó a bailar, dejándose llevar por un fervor de sed de sangre.

Lachpi entró a hombros en el campo y entregó a Dylan su cuchillo de desollar y su tomahawk. Dylan levantó ambos en alto y dio un grito de guerra shawnee.

Otros tamborileros se unieron al ritmo del primero. Las mujeres llamaron a Ohneya y alzaron a sus hijos para que le vieran. El chamán enmascarado se subió a lo alto de una roca grande y plana y agitó su sonajero hacia Dylan. Entonces el curandero empezó a cantar un

galimatías agudo y sin palabras.

Dylan y Ohneya se acercaron el uno al otro. Ambos llevaban mocasines y taparrabos y estaban cerca en tamaño. Ohneya era unos dedos más alta y al menos una piedra más pesada, supuso Sienna. La cabeza de Ohneya estaba afeitada salvo por un mechón de cuero cabelludo envuelto en tela roja, mientras que el pelo de Dylan colgaba despeinado alrededor de sus hombros.

El rostro del jefe de guerra mohawk había sido pintado apresuradamente; el contorno de sus rasgos craneales estaba ligeramente torcido, y un anillo ocular caía por la comisura. Aun así, Ohneya era un espectáculo formidable mientras sacaba su musculoso pecho y se burlaba de Dylan en iroquoiano.

—No tienes por qué presenciar esto —susurró Cameron a Sienna. —Podría ser muy sangriento.

Ella sacudió la cabeza. No podía soportar quedarse aquí y mirar, pero esconderse sería peor. Pasara lo que pasara con Dylan, ella tenía que saberlo.

—Estaré bien —respondió.

—Eres dura, como tu madre.

Apartó los ojos de Dylan para mirar fijamente a su padre.

—No me parezco en nada a ella.

—No estés tan segura. Los jóvenes sois rápidos para juzgar. Hiciera lo que hiciera, amaba a sus hijos. Siempre se preocupó por vosotros, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensar.

Al instante, los ojos apagados de Cameron registraron dolor. Luego, ocultó sus sentimientos con una risita irónica.

—No puedo discutir eso, muchacha —admitió.

Sienna miró de nuevo a Dylan. Estaba agazapado, inmóvil, esperando, con un arma en cada mano. Ohneya no le decepcionó. Se abalanzó sobre Dylan, haciendo girar su hacha en un amplio arco sobre su cabeza. Dylan hizo una finta hacia la derecha y luego se agachó hacia la izquierda cuando el mohawk le golpeó en la cara.

Ohneya giró y se encaró de nuevo con Dylan. Una fina línea roja se abrió a lo largo de la cadera derecha del jefe de guerra. Sienna se quedó perpleja. ¿Había cortado Dylan al Mohawk con su cuchillo?

El indio volvió a cargar. Esta vez, Dylan no esquivó. Bloqueó el golpe del tomahawk de Ohneya con el suyo propio y acuchilló al mohawk con su cuchillo.

La muchedumbre rugió cuando ambos se golpearon y se trabaron, los tendones tensos, las armas de acero centelleando al sol. Dylan estaba de espaldas a Sienna. Cordones de músculo sobresalían por sus hombros y espalda, y bajaban por sus muslos. El sudor manaba de ambos hombres, y el pelo negro como la noche de Dylan se pegaba a su piel húmeda.

A Sienna se le heló la sangre. Inconscientemente, se acarició el amuleto que llevaba al cuello.

—No tengas miedo de usarlo. —La instó Cameron—. El poder del Ojo de Bruma es real. Puede salvarle la vida si lo invocas.

Sienna dejó caer el colgante como si le hubiera quemado. Esas habladurías eran tonterías supersticiosas, tan tontas como la historia de Pluma de Luna sobre un lobo fantasma. Ella no se permitiría creerlo.

Lo había intentado antes, cuando su madre agonizaba. Lo había intentado y había fracasado, y el sabor amargo del fracaso y la pérdida nunca la había abandonado.

No, no volvería a cometer ese error. Dylan debía vivir o morir por sus propias fuerzas.

Todo su amor y sus plegarias eran tan inútiles para salvarle como este pesado colgante de oro.

Los espectadores rugieron cuando Dylan cayó con Ohneya encima. El mohawk clavó el hacha en la tierra a centímetros del cráneo de Dylan. Entonces el cuchillo de Dylan cortó un tajo en el antebrazo de Ohneya. Hubo un breve y violento forcejeo, y los dos se separaron para levantarse y enfrentarse con los ojos llenos de odio.

La sangre impregnada de suciedad manchó la frente de Dylan. Sienna estaba segura de que el tomahawk no le había dado, pero un grueso camino rojo seguía deslizándose por el lado izquierdo de su sien. Las heridas de Ohneya también sangraban, y la visión de la sangre excitó a la multitud hasta un punto febril. Pisoteando y gritando, se apretujaron más, estrechando el área de combate.

Ohneya lanzó su tomahawk. Dylan se agachó, se enderezó y lanzó el suyo. Ninguna de las dos armas dio en el blanco, y el mohawk lanzó su cuchillo contra Dylan y se abalanzó sobre el tomahawk de éste. En la fracción de segundo que tardó en arrancarlo de la tierra, Dylan enterró su cuchillo en la parte superior del brazo derecho de Ohneya.

Ohneya cayó de rodillas y agarró la hoja para sacarla. Dylan se lanzó hacia delante y clavó su peso en la espalda del jefe de guerra.

Ohneya cayó con Dylan a horcajadas sobre su cuerpo tendido.

Sienna se tapó la boca con una mano.

De algún modo, en medio de su ataque, Dylan había agarrado el tomahawk. Lo levantó sobre la cabeza de Ohneya con la mano derecha y la inmovilizó contra el suelo con la izquierda. Los espectadores mohawk se quedaron en silencio, esperando a que cayera el golpe mortal.

—¡Mátale! —instó Lachpi.

—¡Acaba con él! —gritó Kitate en algonquiano—. ¡Acaba con él ahora!

Dylan miró a Oso Bailarín y el consejo.

—¡Reclamo esta vida! —gritó en la misma lengua—. Y cambio su vida por la de mi esposa.

La mujer de Ohneya chilló lamentándose y se arrastró hacia Oso Bailarín sobre manos y rodillas.

—Dame la vida de mi marido —suplicó—. El padre de tus nietos. Perdónale la vida.

Oso Bailarín asintió.

—Liberaremos a la mujer blanca ilesa.

Dylan se levantó con cautela y dio un paso atrás, con el tomahawk preparado por si había alguna treta por parte de Ohneya. La mujer del indio salió del polvo y corrió hacia él. Dylan retrocedió y arrojó el tomahawk.

—¿Por qué no lo mataste? —susurró Cameron con voz ronca.

Sienna ya no podía quedarse quieta. Corrió hacia Dylan, pero antes de que pudiera alcanzarle, un valiente arrojó a Ohneya una lanza. Sienna gritó cuando el mohawk levantó el brazo para lanzar la lanza a la espalda de Dylan.

El tiempo pareció detenerse para ella. Podía sentir la agonía de su propio grito, ver la confusión en los ojos de Dylan y oler el hedor de la muerte. Extendió la mano, pero el movimiento era tan lento que resultaba irreal.

Entonces oyó el aullido largo y prolongado de un lobo. No estaba lejos, sino aquí, en medio de la multitud. Dylan lo oyó. Ella podía leer el conocimiento en su rostro.

Y Ohneya también oyó al lobo. Sus ojos de bordes blancos se abrieron de miedo. La lanza se le cayó de los dedos. Se agarró la garganta y retrocedió tambaleándose.

El curandero gritó.

—¡El brujo Shawnee ha demostrado su valor! ¡Quémenlo!

De repente, todo sucedió a la vez. Sienna vio atónita cómo los mohawks rodeaban a Dylan. Ya no podía ver a Ohneya. Intentó llegar hasta Dylan a través de la multitud, pero Cameron la atrapó y tiró de ella hacia atrás.

—No le avergüences, ni a él ni a ti misma —le dijo.

Ella forcejeó contra él.

—Déjame ir con Dylan —insistió—. Déjame ir con él.

—No. Tirando de ella contra su pecho, la obligó a volver hacia donde Pluma de luna estaba de pie observando impasible.

—¡Deténganlos! —dijo Sienna—. ¡Deben detenerlos! —Haciendo una señal a sus hombres, Pluma de Luna les ordenó que le abrieran paso hasta la roca donde estaba el curandero. Con fuerza y valor, y las culatas de sus largos rifles, hicieron lo que ella les pedía. Kitate la agarró por la cintura y la levantó sobre la plataforma natural.

—Quémenlo si quieren —gritó en iroquoiano—, pero sepan que el precio es la guerra con los shawnee.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Sienna a su padre.

—Les dice que los Shawnee irán a la guerra si matan a Dylan —tradujo Cameron.

El enmascarado aulló, sacudió su cascabel y comenzó a reprender a Pluma de Luna en voz alta.

—Dice que ella no es una verdadera mujer de paz —dijo Cameron—. Dice que es una impostora y que no puede cumplir su promesa de guerra.

Oso Bailarín gritó algo.

—Le está diciendo al chamán que él sigue siendo el líder —explicó Cameron. Jit-sho señaló a Pluma de luna con su bastón y lanzó insultos.

—Bruja. —Cameron siguió traduciendo—. Ambos son brujos. Maten a todos.

Kitate, Lachpi y el resto de los shawnee de Pluma de Luna amartillaron los martillos de sus rifles y pusieron roca sólida a sus espaldas.

Los mohawk cesaron su clamor y miraron fijamente a Pluma de Luna y a Jit-sho.

Cuando la mujer de la paz habló, sus palabras resonaron con autoridad.

—Ella reta a Jit-sho a una prueba de fuego —dijo Cameron—. Si se atreve a aceptar, debe arriesgarse a perder su alma inmortal. Ella promete enviarle al lugar del hielo y la oscuridad eterna, más allá del... algo sobre un pantano fantasma.

La desdeñosa aceptación del chamán no necesitó traducción. Golpeó su bastón y sacudió su sonajero mientras Kitate ayudaba a Pluma de Luna a bajar.

—¿Qué significa? —preguntó Sienna a su padre—. ¿Qué es una prueba de fuego?

—Debo caminar sobre carbones calientes —explicó Pluma de Luna en voz baja.

—Lo mismo hará el chamán mohawk —añadió Koke-wah.

—Eso es imposible —replicó Sienna, preguntándose si se habrían vuelto todos locos—. Nadie puede hacer eso.

—Una mujer de paz puede —le aseguró Lachpi la Delaware—. Una verdadera mujer de paz tiene el poder.

—¿Y si este... este engaño no funciona? —preguntó Sienna.

—Entonces ella morirá —respondió Cameron—. Y también el resto de nosotros.

Capítulo 26

Los tambores mantuvieron su cadencia salvaje hasta que Sienna pensó que saldría corriendo chillando de la longhouse. Los gritos de guerra se mezclaban con aullidos y estallidos de cánticos mientras los mohawk se preparaban para el espectáculo de dos chamanes opuestos en combate público.

Había caído la noche. Sienna no había visto nada de Dylan desde que los mohawk lo ataron al poste de tortura y condujeron a la delegación shawnee de vuelta a sus aposentos. Incluso la tranquila sensatez de Pluma de Luna parecía haberla abandonado. No había dirigido más que unas pocas palabras a Sienna después de que ésta ofreciera a Jit- sho el desafío del fuego. Ahora, ella también se había ido. Había abandonado el edificio ceremonial con varias mujeres mohawk mayores, dejando a Sienna sola con Cameron y los indios.

Ella sabía que Cameron estaba muy disgustado por la decisión de Pluma de Luna. La preocupación estaba grabada en su rostro. Por primera vez, parecía lo que era, un hombre envejecido fuera de su elemento.

Los Shawnee se mostraban estoicos. Lachpi fumaba su pipa de arcilla y miraba fijamente al pequeño fuego; los demás estaban sentados con las piernas dobladas y los rasgos inexpresivos, esperando.

Dos veces, Sienna había intentado ir a Dylan. Había caminado audazmente hasta la puerta y había sido detenida por los guardias. Ninguna súplica o enfado les hizo cambiar de opinión.

Nunca se había considerado una persona violenta, pero quería golpear y herir a los matones que los tenían a todos prisioneros.

Cameron detuvo su paso, la miró a la cara y la atrajo suavemente contra su pecho. Durante largos segundos, se permitió el lujo del consuelo humano, luego se apartó.

—Esto es duro para ti —dijo.

—¿Alguno de nosotros saldrá vivo de aquí? —le preguntó ella—. ¿Lo hará Dylan? ¿Lo hará Pluma de luna?

Él sacudió la cabeza.

—Sólo Dios lo sabe. Rezo para que así sea. Esto sí lo sé. He hecho un nuevo testamento dejándote mi plantación, Scot's Haven.

—No quiero nada de ti.

—Tienes los ojos de mi abuela... y su hoyuelo.

Ella respiró hondo. No quería hablar de esto ahora. Él no había estado allí para cuidarla cuando era una niña; no lo necesitaba ahora.

—Todo esto es un poco tarde, ¿no? —dijo ella con frialdad.

—No, muchacha —dijo él con una suave sorna—. Nunca es demasiado tarde. Lo descubrí con tus hermanas.

Ella le miró atónita.

—¿Tengo hermanastras?

—Sí. —Se rió entre dientes—. Tres de ellas, todas vivas, aquí en las Colonias. La más joven aparte de ti, Fiona, se parece mucho a ti. Y es tan luchadora como tú.

Se apartó de él. Hermanas... tres hermanas más. Era difícil de imaginar.

—Tengo una hermana en Escocia —dijo—. No necesito ninguna más.

Él le puso una mano en el hombro.

—Lo que te he hecho no es obra suya. Y cuando tu temperamento se enfríe, lo sabrás —dijo, cayendo en un acento de las Highlands que no había usado en muchos años—. Siéntate, muchacha, y escucha lo que tengo que decirte. Con las cosas como están, puede que no haya otra oportunidad de decirte lo que deberías saber sobre mí.

—Ya te he dicho que no me importa —protestó ella.

—Soy tu padre y me escucharás —dijo él con firmeza, empujándola hacia atrás hasta que se sentó en la plataforma que corría a lo largo de la pared. Él tomó asiento junto a ella—. Escucha y no interrumpas. ¿Acaso ese padrastro al que adoras no te enseñó modales?

—Lo hizo.

—Bien. —Le dedicó una sonrisa que casi derritió la escarcha que rodeaba su corazón—. Desde tiempos inmemoriales, ésta ha sido la forma Stewart de casarse con la buena fortuna —comenzó—. Yo tenía dieciséis años y era la única esperanza de una madre viuda y unos hermanos y hermanas menores. Sí, tenía un título, pero éramos muy pobres. Muchas veces vi a mi madre irse a la cama con hambre. Así que cuando un primo arregló un matrimonio de conveniencia para mí, hice lo que mi madre me ordenó y acepté la mano de la dama y su gran riqueza.

—¿Y supongo que ella estaba tan contenta como tú con este arreglo? —preguntó Sienna con ironía.

—Los padres de Margaret eran ambiciosos. Habían adquirido oro y tierras a través del comercio, y querían que su única hija tuviera el título de condesa. Yo soy conde, por si eso te importa.

—No lo hace —respondió ella—. Nací en el lado equivocado de la cama, ¿qué me pueden

importar tus títulos?

—No fue un mal acuerdo para ninguno de los dos. Mi familia estaba segura, y Margaret tenía un marido varón que era demasiado ingenuo para interferir en su vida privada o cuestionar sus gustos.

—¿Tu esposa no fue un buen negocio?

—Margaret era una buena mujer —respondió sinceramente—. Nunca nos quisimos, pero llegamos a ser los mejores amigos. Me enseñó a complacer a una mujer y, por extraño que parezca, creo que hizo de mí un hombre.

Sienna se quedó mirando la pared de corteza y no dijo nada. No quería pensar en Cameron; quería concentrarse en Dylan.

—Yo tenía dieciséis años, Sienna. Dieciséis contra los treinta de Margaret. Ella quería un hijo y yo necesitaba un heredero. Lo intentamos, pero todos nuestros bebés nacieron muertos, pequeños ácaros azules y arrugados. Margaret sangró terriblemente con cada embarazo hasta que su médico me dijo que otro parto la mataría. Yo tenía entonces veinte años, casado con una señora mayor con la que no me podía acostar.

—Podrías haber anulado tu matrimonio —dijo Sienna. No pudo evitar imaginarse en su mente a un apuesto joven Cameron incapaz de mantener relaciones normales con su legítima esposa. Y no pudo evitar el ramalazo de compasión que la invadió.

—Hice los votos. Juré ser su marido mientras ambos viviéramos. —Suspiró—. He cometido mi parte de errores, muchacha, y he decepcionado a mucha gente, pero no podía deshacerme de mi estéril esposa como de un siervo desgastado.

—¿Permanecisteis juntos?

—En cierto modo. Mantuvimos la apariencia de una pareja respetable. Margaret podía agasajar y ser agasajada en los círculos más elevados, y yo disponía ilimitadamente de sus

fondos para mis propios placeres. A ella nunca le importaron mis amigas y yo nunca le envidié las suyas.

Sienna le devolvió la mirada para ver si había oído bien.

—No querrás decir...

—Sí. Guardé su secreto mientras vivió, y no la avergonzaré ahora. Margaret prefería las caricias de las mujeres a las de los hombres.

—He oído hablar de hombres así, pero nunca de mujeres. ¿Es cierto? —preguntó—. Margaret era inteligente e ingeniosa, y teníamos mucho en común. Dios la hizo como era. ¿Quién soy yo, un pecador que engendró cuatro hijas fuera del matrimonio, para juzgarla? Nunca traicionó a una amiga ni apartó a un hambriento de su puerta. Te habría caído bien; sé que sí.

—¿Ya no vive?

—Margaret murió por causas naturales. Yo no estaba con ella al final, pero su querida compañera de muchos años sí. Margaret dejó a Alice bien provista, y el resto vino a mí. A todas mis otras hijas les he dado riquezas y tierras. Por ti, no haría menos. —Se rió entre dientes—. Creo que Margaret aprobaría que su dinero pasara a manos de mujeres, ¿no?

—Dylan tiene tierras.

—Tierras vírgenes. Bosque virgen. Dentro de cien años será tierra fértil para el cultivo, pero no durante su vida. Scot's Haven está junto al Chesapeake. Dos mil acres de tierra limpia y rica y otros mil de bosque. Tendrá su propio muelle y tres barcos para llevar su tabaco y grano a Inglaterra. La casa es modesta para los estándares londinenses, pero lo bastante grandiosa para albergar al mismísimo gobernador real. Alivia el corazón y la conciencia de un anciano, muchacha. Tómala para tus hijos y nietos, si no para ti misma. Después de todo... —Sonrió y le apretó la mano—. Un marido puede amar a una esposa rica tanto como a una pobre…

Ella asintió.

—Supongo, pero tú mismo necesitarás tu casa durante muchos años.

Él sonrió.

—Sí, eso pretendo. Sólo quería que quedara claro entre nosotros que no te he dejado sin un céntimo.

—Me has dado mucho en qué pensar —admitió ella.

—Ya que estoy limpiando mi conciencia, quiero que seas menos dura con tu madre. Era muy joven cuando te concibió, Sienna.

—La querías, ¿verdad.

—De una manera especial. He amado a muchas mujeres, pero ninguna fue igual, y aprecié mi amor por cada una de ellas.

—Es mejor que se apreciaran mutuamente, supongo, a que yo naciera de un matrimonio que se despreciaba. —Ella hizo una mueca—. Pero conociendo a mi madre, apostaría a que no habría estado tan ansiosa por acostarse contigo si no hubieras sido un pícaro atractivo.

—En cuanto a eso, no puedo decirlo. Siempre pensé que mi encanto tenía algo que ver con ello —respondió con suavidad.

Lachpi se acercó a ellos y le dijo algo a Cameron en shawnee.

Cameron frunció el ceño y contestó en el mismo idioma.

Sienna miró de uno a otro. Estaban hablando de ella, estaba segura.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué estáis diciendo?

Kitate se unió al grupo y añadió sus duros comentarios. Como rara vez hablaba y casi nunca la miraba directamente, se quedó perpleja.

Cameron intercambió unas palabras más con los dos; luego asintió y se volvió hacia Sienna.

—Lachpi dice que, independientemente de lo que le ocurra a Dylan, tú sigues en peligro.

Ella resopló.

—¿Desde cuándo es eso nuevo? Creo que todos hemos estado en peligro desde el ataque a la granja.

Lachpi sacudió la cabeza.

—No —dijo con firmeza. Su inglés era suave y preciso, con un peculiar timbre melódico —. Este hombre de la tribu Lenape-Delaware. —Hizo un gesto hacia Kitate—. Todavía hay paz entre Mohawk y Shawnee y Delaware. No hay paz con Mohawk. Peligro para la mujer blanca.

—¿Por qué es diferente de Cameron? —preguntó ella—. Él es blanco. —Kitate hizo un chasquido con la lengua.

—No exactamente —dijo su padre, desabrochándose el puño de la camisa. Empujó hacia atrás toda la manga de lino blanco para revelar un tatuaje en la parte interior de su antebrazo, justo debajo del codo—. Hace muchos años, fui adoptado formalmente en la nación Shawnee.

—Sigo sin entender... —empezó ella. Lachpi la silenció con una mirada—. Mohawk golpea a Sienna. Tú Shawnee, él no hacer esta cosa —dijo.

—Lachpi te toma como hermana. Hazte Delaware. Dar mujer blanca... —Sacudió la cabeza y buscó las palabras correctas en inglés—. Hará que Sienna esté más segura.

—Lachpi ha perdido a toda su familia —explicó Cameron—. Cuando muera, su línea de sangre se extinguirá. Y tiene un mal presentimiento.

El delaware habló largo y tendido en la lengua india.

Cameron tradujo.

—Nació en el clan Tortuga de los lenape. En el camino hacia aquí, vio una tortuga y un cuervo juntos. Cree que la tortuga vino a avisarle de su muerte inminente. Quiere adoptarte en su

familia, darle el nombre y el clan de su hermana. Así, aunque estés prisionera, tendrás alguna posición. —Exhaló suavemente—. En otras palabras, los iroqueses dudan de que poseas alma. Si Lachpi te convierte en un Delaware, así es como llamamos a los Lenape, ganarás estatus y te convertirás en un ser humano.

—¿Quiere que me convierta en india? —preguntó ella.

—Sí. Normalmente, nacerías, más bien, serías traído a la tribu, por una mujer. Pero esto es una emergencia. Lachpi me asegura que tales adopciones se han hecho antes y han sido reconocidas por las tribus civilizadas.

Sienna negó con la cabeza.

—Aprecio lo que intentas hacer, Lachpi, pero soy cristiana. Nunca podría...

—No es sólo por ti —dijo Cameron—. Es para preservar a su familia. Sus hijos están muertos, su hermana y sus hermanos. Sus padres. Si aceptas el nombre de su hermana, su linaje continuará.

—Sigo sin ver...

Lachpi se puso dos dedos sobre los labios.

—Llevas un niño —dijo—. Esclava blanca de Mohawk. Hijo de esclava blanca debe ser entregado a una buena familia mohawk para ser criado como humano. Niño de Lenni Lenape, Primer Pueblo, permanece con la madre aunque esté cautiva. Si te conviertes en lenape, nadie te quitará a tu hijo.

Sienna se puso las manos sobre el vientre de forma protectora.

—¿Cómo supo lo del bebé? —preguntó. No podía imaginarse estar prisionera el tiempo suficiente como para tener a su bebé, pero la idea de que pudieran arrebatarle al bebé de Dylan era escalofriante—. Todavía no estoy segura de estarlo —titubeó—. ¿Te lo ha dicho Pluma de luna?

Lachpi sonrió.

—Tus ojos se lo dicen. —Le tocó la mejilla con un dedo—. La cara se lo dice. —Asintió —. Tú con niño. Debes pensar en el niño.

—Acepte su oferta —la instó Cameron—. No le hará ningún daño y no pondrá en peligro su alma católica. Muchos Delaware son cristianos.

Ella miró a cada rostro por turno.

—¿Por qué tiene que ser Delaware? ¿Por qué no Shawnee, si tengo que ser india? —preguntó.

—No hay diferencia —dijo Kitate—. Nuestros primos los Delaware se han unido a nosotros desde que los ingleses los expulsaron de su hogar junto al mar. Ser delaware es un gran honor. Además... —Se encogió de hombros—. Lachpi está dispuesto a responsabilizarse de ti.

Miró a Cameron.

—No veo por qué no podrías...

—La ascendencia se cuenta por línea femenina —dijo él—. Mi madre era escocesa. Ella no tenía clan. Tiene que ser Lachpi.

—De acuerdo —aceptó ella—. Lo que os haga felices. —Ella sólo había pensado en Dylan, no en lo que podría pasarle a ella si él moría. Ruega a Dios que nunca tuviera que hacerlo.

El ritual fue corto. Cameron le sujetó el brazo mientras Lachpi le rascaba el contorno de una pequeña tortuga en el hombro izquierdo. Sienna apretó los dientes mientras la afilada punta del cuchillo le mordía la piel. Cuando Lachpi estuvo satisfecho, Cameron frotó ceniza en la figura.

A continuación, el Delaware vertió una calabaza llena de agua sobre su cabeza.

—Debería darse un baño de sudor y una limpieza de río —dijo—. Pero Tortuga lo

entenderá.

Sienna se secó el agua de los ojos y se quedó de pie con el pelo chorreando mientras el viejo y nudoso guerrero le ponía la mano en la frente.

—A partir de hoy, ya no eres blanca, nacida sin alma —dijo solemnemente—. Eres Lenape n'hackey, india, de los Lenni Lenape, y tu nombre es Wing-an O-tah-ais, Dulce Primavera del Clan de la Tortuga, y hermana de Lachpi. —Sus ojos de párpados pesados se entrecerraron—. Y debes recordar mostrar el debido respeto por tu tótem.

—Nunca comas ni hagas daño a una tortuga —terminó Cameron. —De hecho, mostrarás más respeto por tu tótem si te abstienes de mencionar su nombre.

—Creo que puedo arreglármelas —dijo Sienna. Le dolía el hombro y se sentía tonta. Una tortuga, ella era una tortuga llamada Wing-an O-tah-ais. Intentó no sonreír. Su primo Caleb habría pensado que todo esto era divertidísimo. Al instante, la imagen de la cara pecosa de Caleb surgió en su mente y se rió en voz alta. Un sentimiento cálido la envolvió. Caleb estaba muerto, pero aún podía hacerla reír... y mientras ella lo recordara, no estaba realmente se había ido.

Miró a Lachpi. Era evidente que había querido a su hermana como ella había querido a su primo. E intentaba vivir con su pérdida como ella. Le sonrió.

—Gracias por el honor—, dijo sinceramente. —Intentaré ser digna.

Él asintió.

—Dulce Primavera ha adquirido sabiduría —dijo—. Háblale a tu hijo de Lachpi, para que no sea olvidado.

—Si es un niño, será tu sobrino —respondió Sienna—. Siempre serás bienvenido bajo nuestro techo y en nuestra mesa. Puedes decírselo tú mismo.

El delaware sacudió la cabeza.

—El viento llama a este hombre por su nombre —dijo.

—No... —empezó a decir, pero fue interrumpida por la brusca llegada de la hosca mujer mohawk.

—Ven —ordenó la india—. Vigila la muerte de tu mujer de paz.

Kitate condujo al grupo fuera de la longhouse ceremonial hacia la noche oscura.

Caminaron entre los cánticos y gritos de los mohawks, pasando junto a Ohneya y sus seguidores, hasta el lugar donde Pluma de Luna se encontraba cerca del centro del claro.

La frenética mirada de Sienna buscó a Dylan y vislumbró que seguía atado a la estaca. Tenía los ojos abiertos y parecía alerta. Quiso llamarle, pero sabía que él nunca oiría su voz por encima del atronador tamborileo y los gritos salvajes de los enardecidos iroqueses. En su lugar, susurró una plegaria en voz baja e intentó seguir el ritmo de Cameron, que la sujetaba firmemente por el brazo derecho. Lachpi caminaba directamente delante de ella, con su rifle acunado en el brazo.

Sienna se había preguntado por qué los mohawk no habían despojado a los shawnee de sus armas, pero Cameron le había dicho que era una muestra de arrogancia por parte de los iroqueses.

—No nos consideran una amenaza —le había explicado antes—. Nos superan en número veinte a uno. Un movimiento imprudente por nuestra parte y nuestras cabelleras decorarán una lanza mohawk.

A Sienna no le pareció que Kitate, Lachpi y los demás tuvieran un aspecto especialmente pacífico. Los shawnee se habían pintado la cara y parecían tan salvajes y sanguinarios como los mohawk.

Pluma de luna levantó la vista y sonrió cuando los vio venir. Sus rasgos eran tranquilos. No llevaba pintura y su pelo estaba cubierto con un chal de flecos azules y rojos. Sus pies estaban

desnudos.

Frente a la mujer de paz shawnee había un lecho de carbones encendidos de un metro de ancho y cuatro de largo. El curandero mohawk estaba de pie en el extremo más alejado del pozo de fuego. Iba ataviado con una sobrecogedora piel de oso y una máscara de madera negra y amarilla con mechones de pelo negro y dientes de hueso. La máscara tallada era enorme, al menos un tercio del tamaño de su cuerpo. Jit-sho levantó su bastón y lo agitó desafiante hacia Pluma de Luna.

Ella le ignoró y tendió una mano a Sienna.

—Hermana —dijo suavemente.

Sienna la abrazó.

—No puedes hacer esto —susurró—. Tiene que haber otra manera.

Pluma de luna rió entre dientes.

—Créeme, desearía que tuvieras razón. —Miró a Cameron a la cara—. No te preocupes —dijo—. Una mujer de paz puede caminar sobre el fuego. —Miró de nuevo a Sienna—. Oso Bailarín me ha prometido que Dylan y el resto de nosotros podremos marcharnos si se demuestra que Jit-sho está equivocado. —Asintió a Kitate y le dijo algo en shawnee.

Él gruñó una respuesta y Pluma de luna repitió su afirmación. Kitate se encogió de hombros y puso una pequeña pistola francesa en la mano de Sienna.

—Te cuiado —le advirtió—. Está cargada.

Pluma de Luna sonrió.

Oso Bailarín se abrió paso entre la multitud y se detuvo a medio camino entre la mujer de la paz y el chamán mohawk, al borde de las brasas al rojo vivo. Un grupo de dignatarios se le unió. Uno hizo un gesto al Shawnee.

—Ve —dijo Pluma de Luna.

Los cuerpos se apretujaron alrededor de Sienna. Las manos la empujaban y tiraban de ella; unos extraños ojos mohawk la miraban fijamente. Ella y Cameron fueron separados por la turba, y se encontró a sólo unos metros del líder mohawk, Oso Bailarín, en medio de los guerreros de Ohneya.

Una mano dura se posó en la nuca de Sienna. Se giró para ver al jefe de guerra Ohneya mirándola con desprecio.

—Aprenderás a que te guste mi tacto, Pelo de Fuego —le dijo—. Compláceme y te convertiré en mi tercera esposa.

—Vete al infierno —le espetó ella. Metiéndose entre una anciana arrugada y un guerrero mohawk con abrigo militar, buscó a su padre con la mirada.

—Aquí —llamó Cameron. Puso una mano en medio del pecho del curtido guerrero y lo empujó hacia atrás. Sienna se contoneó en el lugar entre su padre y Oso Bailarín. El mohawk se puso rígido. Sienna le mostró una amplia sonrisa y él parpadeó asombrado.

Oso Bailarín levantó los brazos por encima de la cabeza y empezó a hablar. Esta vez, sus palabras fueron pocas. Cuando bajó las manos, los iroqueses gritaron algo que sonó como

—¡Hoo! —y luego se callaron.

Los tambores se detuvieron.

Varios de los indios de Ohneya se abrieron paso hasta el borde del pozo de fuego. Otros rodearon a Oso Bailarín y a los miembros del consejo. La anciana a la que Sienna había empujado se perdió de vista.

Había tanto silencio que Sienna podía oír la brisa a través de los estantes donde se secaba el pescado, escuchar el siseo del fuego y la respiración de los mohawk a su alrededor.

Lachpi pisó los talones de un miembro del consejo y cuando el hombre se adelantó, la Delaware se colocó en el lugar vacante justo detrás de Sienna.

—Ánimo, hermanita —murmuró. Sienna miró hacia la alfombra de fuego.

Era imposible que Pluma de Luna caminara sobre aquello y no se quemara horriblemente. Sienna quería gritar, hacer cualquier cosa para detenerla. En lugar de eso, esperó con la respiración contenida y el corazón palpitante como el resto.

Kitate empezó a cantar, una voz shawnee en un mar de iroqueses hostiles.

El chamán mohawk agitó su sonaja.

Pluma de luna salió al lecho de brasas tan ligera como una bailarina. Sienna cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la mujer de la paz estaba justo enfrente. Tenía los ojos cerrados y los labios curvados en una tenue sonrisa.

A Sienna se le puso la carne de gallina en los brazos. ¿Por qué el fuego no abrasaba los pies descalzos de Pluma de Luna? ¿Por qué? ¿Qué estaba ocurriendo?

Entonces la mujer de la paz llegó al final del pozo de fuego, pisó tierra firme, abrió los ojos y sonrió.

Los mohawks gritaron en señal de aprobación. Oso Bailarín habló.

Los mohawks vitorearon.

—Es digna —dijo Cameron—. El jefe ha declarado que debemos ir en paz.

Un valiente mohawk empujó a Jit-sho. Su cascabel cayó sobre las brasas. Al instante, el aire se llenó del olor a caparazón de tortuga quemado.

—¡Jit-sho! —gritó una mujer.

—¡Jit-sho! —se hizo eco un hombre con un brazo. La máscara tallada tembló.

El chamán empezó a cantar con voz ronca, una voz que no hacía nada por ocultar el miedo

en el corazón del hombre. Un guerrero le dio un empujón. Jit-sho chilló y saltó al pozo de fuego.

Su grito llenó la noche. Sienna se estremeció cuando la piel de oso se prendió y se convirtió en una sábana de llamas. Intentó imaginar el agudo chillido como algo que no fuera humano, el horrible hedor de la carne carbonizada como carne de cerdo quemada. El malestar le subió a la garganta.

Cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, vio que Pluma de Luna estaba inclinada sobre algo negro y humeante. Sus manos tocaban lo que podría haber sido la cabeza de un hombre.

Los lamentos habían cesado, pero sus pies se agitaban. Cuando la mujer de la paz se levantó, se quedó quieto.

Los mohawks retrocedieron.

Sienna oyó un agudo silbido de aliento. Giró la cabeza y vio el brillo de una hoja de metal a la luz del fuego. Ohneya retorció el cuchillo en la espalda de Oso Bailarín y los ojos del viejo sachem se abrieron de par en par. Se desplomó hacia delante y uno de los indios de Ohneya lo atrapó.

Sienna agarró el brazo de Cameron y señaló.

Ohneya saltó al lugar de Oso Bailarín y levantó un puño cerrado.

—¡Los shawnee han asesinado a nuestro sachem y a nuestro chamán! —gritó—. ¡Quemadlos! ¡Quemarlos a todos!

Capítulo 27

Un grito de guerra iroqués estremeció la noche y los furiosos mohawks surgieron a su alrededor. Sonó un disparo. Una mujer gritó.

Cameron maldijo en gaélico.

Sienna no entendía las palabras de Ohneya, pero le había visto apuñalar a Oso Bailarín con su cuchillo. Y cuando el jefe de guerra la agarró por la muñeca izquierda y tiró de ella contra él, ella levantó la mano derecha y clavó el cañón de su pistola en el lugar blando bajo su barbilla.

—Respira y te volaré la cabeza —amenazó mientras amartillaba el arma.

El ominoso chasquido del martillo detuvo a Ohneya en seco.

Sienna vislumbró un garrote de guerra agitándose y oyó un gemido agónico. Otro mosquete retumbó. Alrededor del pozo de fuego estalló un combate entre guerreros shawnee y mohawk.

De repente, Cameron estaba junto a Sienna, apuntando con su pistola a la oreja del jefe de guerra.

—Diles que retrocedan —ordenó su padre sin aliento.

—¡No pueden escapar de mí! —gruñó Ohneya.

—Quizá no —dijo Sienna—, pero podemos intentarlo, ¿no?

Ohneya ladró una orden, y los mohawks a su alrededor detuvieron su ataque contra los shawnee. Poco a poco, los que estaban al fondo de la turba dejaron de gritar y se quedaron quietos.

Sienna pinchó la garganta de Ohneya con la pistola.

—Liberad a Dylan —dijo—. El Shawnee blanco —añadió Cameron con voz ronca—. Suéltenlo. Y que los demás se unan a nosotros. ¡Ahora!

Ohneya llamó a su gente en iroquoiano. Un grupo se separó y Sienna vio a Joseph y Kitate avanzando hacia ellos con Pluma de luna. El rostro de Joseph estaba cubierto de sangre.

—Este hombre se llevará a Na-nata Ki-tehi —gritó Lachpi. Con valentía, atravesó las filas enemigas hasta la estaca de tortura y cortó de un tajo las correas de cuero que mantenían prisionero a Dylan.

Kitate se colocó detrás de Ohneya y anudó sus delgados dedos en el mechón del cuero cabelludo del jefe de guerra. Inclinando la cabeza de Ohneya hacia atrás, Kitate apoyó el afilado filo de su cuchillo en la garganta expuesta del mohawk.

—Déjamelo a mí —gruñó.

Sienna miró a su padre a la cara. Él asintió.

—Kitate lo sujetará por nosotros.

Lentamente, bajó la pistola. Le temblaba la mano y sentía frío. La voz de Pukasee llegó desde la derecha. Mentalmente, empezó a contar a los Shawnee. Kitate, Pukasee, Joseph y Lachpi. ¿Dónde estaba Koke-wah? ¿Y Ake?

Entonces el fuerte brazo de Dylan rodeó sus hombros y ella gritó de alivio. Él murmuró su nombre y sus dedos se clavaron en su brazo.

—No me falles ahora, Highlander —le dijo.

Soltándola, cogió un rifle de un mohawk con el ceño fruncido.

—Kitate —llamó—. Dile que les haga arrojar sus armas. —Cuando Ohneya transmitió la orden y los mohawk obedecieron, Dylan cogió un tomahawk, un cuchillo y un cuerno de pólvora y una bolsa de perdigones del montón de recolección.

Utilizando al jefe de guerra como escudo humano, la partida shawnee comenzó a avanzar hacia la puerta exterior de la aldea. Lachpi se adelantó con Dylan y Ake a cada lado de las dos mujeres. Cameron y Pukasee les siguieron, con los rifles amartillados y apuntando a la multitud. Kitate y Joseph cubrían la retaguardia con Ohneya, Kitate sin soltar nunca su agarre sobre su rehén. En medio de los aullidos de rabia de los iroqueses, la pequeña banda pasó a toda prisa por delante de las oscurecidas longhouses.

Uno a uno, atravesaron la puerta. Cuando pasaron el muro y salieron a campo abierto, un guardia iroqués disparó desde lo alto de la empalizada. Lachpi recibió una bala de mosquete en el muslo. Dylan giró, apuntó con cuidado y abatió al francotirador. La herida de Lachpi sangraba abundantemente, pero no aminoró el paso. Cruzó el río y se metió hasta la cintura en el agua, vigilando si había otros tiradores en la empalizada.

Cuando Sienna vio que Dylan esperaba a que pasara el resto, se detuvo.

—¡Adelante! —gritó—. No me esperéis.

—No volveré a dejarte a su merced —advirtió ella.

—No tengo intención de quedarme. Haz lo que te digo, mujer. Quédate con Pluma de Luna, pase lo que pase. Quédate junto a ella. —Agitó los brazos y gritó en mohawk.

—Les está diciendo que si alguien cruza el río, Ohneya es hombre muerto —dijo Cameron. Le apretó la mano—. Ven, muchacha. Y espero que seas tan buena corredora como Pluma de Luna. Debemos movernos como el viento para mantenernos por delante de estos demonios.

Cuando todos llegaron al refugio del bosque en el lado más alejado del río, Kitate golpeó a

Ohneya en la nuca con la parte plana de su tomahawk. Ohneya se desplomó en el suelo y quedó tendido como muerto. Dylan se agarró al brazo de Sienna y empezaron a correr a través de la oscuridad total.

Corrieron durante casi media milla. A Sienna le ardían los pulmones y sentía las piernas como si fueran de plomo. No hizo ningún esfuerzo por hablar; se limitó a correr, manteniéndose en el sendero observando el débil resplandor del vestido blanco de piel de ante de Pluma de Luna por delante de ella.

Cuando llegaron a un afloramiento de roca suelta, Lachpi se detuvo.

—¡Allí! —dijo Cameron—. Está ahí arriba a la derecha.

Dylan la apartó del sendero y la agarró firmemente de la mano. Juntos, subieron una empinada pendiente hasta un lugar donde una extraña tormenta de viento el invierno anterior había derribado docenas de árboles gigantes. Recordaba que Pluma de Luna se lo había señalado de camino al pueblo mohawk.

—Es una fortaleza natural —explicó Cameron cuando llegaron a la cima—. Los mantendremos a raya aquí. —Respiraba con dificultad y Sienna se preguntó cómo un hombre de su avanzada edad había conseguido mantener el ritmo.

—No podemos luchar contra todos —protestó Sienna—. Los mohawks deben tener cerca de cien guerreros. Tenemos que seguir adelante. Nos quedaremos atrapados aquí.

—No vamos a seguir todos, muchacha —dijo su padre. Se sentó pesadamente detrás de un roble derribado y empezó a tantear con su cuerno de pólvora.

Pluma de Luna habló en algonquiano. Cameron le contestó en la misma lengua, entonces Kitate dijo algo.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Sienna a Dylan—. No lo entiendo.

—Silencio —ordenó. Entonces él también habló en la lengua india. Después de unos

intercambios, se volvió y la atrajo hacia sus brazos—. Escúchame con atención —dijo, hablando despacio, como a un niño pequeño—. Quiero que te quites la ropa y te pongas el vestido de piel de ante de Pluma de Luna.

—¿Por qué? Eso no tiene ningún sentido —protestó ella.

Pluma de luna se materializó de la negrura, envuelta en la manta de Lachpi. Su hermosa prenda ceremonial estaba colgada sobre su brazo.

—Vamos a separarnos —dijo—. Quiero que lleves mi piel de ante porque eso hará que los mohawk crean que eres la mujer de la paz.

—Eso es una locura —dijo Sienna—. No te pondré en peligro por mí. No puedo...

—Puedes y lo harás —dijo Dylan con dureza—. Pluma de luna me dice que llevas en tu vientre a nuestro hijo.

—Sí, pero eso no me convierte en una lisiada. Todavía soy...

—Kitate, Joseph y esta mujer huirán al este y luego al sur hacia los holandeses —dijo Pluma de luna—. Con tu vestimenta, puedo hacerme pasar por Lady Kentington y recibir un pasaje seguro a Annapolis. Vestida de Shawnee, ésta sólo sería un blanco para los rifles largos blancos.

—Entonces deberíamos permanecer juntas —insistió Sienna—. Yo puedo...

—Escucha a los que saben de lo que hablan —espetó Cameron—. Tú y Dylan iréis al oeste, a las tribus amigas de habla algonquina. Los mohawks esperarán que vayamos al sur. Si lo hacemos, estamos todos muertos.

—¿Y tú y los demás? —suplicó. Algo no sonaba bien. Esto le daba mala espina. No le estaban contando todo. Ella lo sabía—. ¿Por qué no vienen con nosotros?

—Pukasee, Ake, Lachpi y yo retendremos a los Mohawk aquí, lo suficiente para dar

ventaja a ambas partes —dijo Cameron.

El brazo de Dylan se tensó alrededor de sus hombros.

—Sé fuerte —murmuró.

—No —gritó ella—. Eso es un suicidio. No dejaré que te quedes...

—Lo que tú quieras no es importante —dijo Cameron fríamente.

Frenéticamente, ella se volvió hacia Pluma de luna.

—No puedes dejarle hacer esto. ¡Díselo! ¡Te escucharán! Diles que es una locura.

Pluma de luna le tendió el vestido.

—¿Cómo puedes ser tan despiadada? —Suplicó Sienna—. Es mi padre. Es un anciano.

—Y se está muriendo —dijo la mujer de la paz con voz gutural—. Le clavaron un cuchillo entre las costillas en el poblado.

—¿Muriendo? —Las lágrimas brotaron de los ojos de Sienna—. No puede estarlo —sollozó—. Es mi padre.

—Y el mío —replicó suavemente Pluma de luna. Cogiendo la mano de Sienna, la llevó a su propia garganta.

—Tú no puedes ser mi... —Sienna jadeó cuando sus dedos tocaron un collar tan parecido al Ojo de Bruma en peso y forma que lo soltó y agarró el suyo para asegurarse de que Pluma de luna no le estaba gastando una broma cruel—. Eso es imposible—, dijo—. ¿Cómo...?

—¿Es que nunca escuchas, muchacha? —dijo Cameron—. Hay poco tiempo. No podemos desperdiciar el que tenemos en hablar. Corté el Ojo de Bruma en cuatro trozos iguales. Si no estuviera tan negro como el culo del diablo en este bosque, lo verías por ti misma. El collar de Pluma de Luna hace juego con el tuyo. Encajan a la perfección. Cada una de mis hijas tiene uno; Anne, Pluma de Luna, Fiona y tú. Tú eres el bebé, Sienna... un regalo que nunca esperé recibir al

final de mi vida.

—Pero... pero... —Sienna luchó por comprender la realidad de lo que su padre acababa de decir—. ¿Pluma de Luna, es mi hermana? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería esperar hasta que fuéramos amigas... hasta que estuviera en tu corazón —explicó Pluma de luna—. Rápido, ahora. El vestido.

—No lo haré —respondió Sienna obstinadamente—. Si Cameron… si mi Padre está herido, debemos hacer algo. No podemos...

—Quítate esa ropa —ordenó Dylan—, o te la arrancaré.

—Debes hacerlo —dijo Pluma de luna.

—Pero si los Mohawks piensan que eres yo, te estoy poniendo en peligro —argumentó.

—¡Ponte el maldito vestido! —Dylan se agarró al dobladillo de su falda.

—Está bien, está bien. Me cambiaré contigo. Pero no dejaré a Cameron. Si el resto de vosotros son demasiado cobardes para quedarse con él, me quedaré sola. Sé disparar un rifle.

Pluma de luna no contestó. En su lugar, ayudó a Sienna a quitarse la ropa inglesa y a ponerse el vestido de piel de ciervo. Estaba tan oscuro que Sienna no pensó dos veces en desvestirse delante de los hombres. Sólo el vestido blanco con flecos era visible en la noche sin estrellas.

—No olvidéis el chal —les recordó Cameron. Pluma de Luna emitió un sonido de acuerdo y cubrió el pelo de Sienna con la tela.

Sienna cayó de rodillas y abrazó a Cameron.

—No voy a dejarte —prometió—. Podemos curarte la herida, llevarte y...

Los brazos de Cameron la rodearon. La abrazó con fuerza y luego la besó en la frente.

—Ve con Dios, niña. Y no te preocupes por mí. Prefiero encontrarme con mi creador

oliendo a pólvora que ser llevado al cielo en un carro de perros.

—No... no —protestó ella.

Pluma de luna se arrodilló junto a ellos y durante un largo minuto, Cameron las abrazó a ambas.

—Debes ir por el bien del bebé —le recordó su nueva hermana a Sienna—. La vida de nuestro padre se ha agotado; el pequeño que llevas aún no ha respirado. —Puso un brazalete de conchas en la mano de Sienna—. Ponte esto, para que todos los que no sean iroqueses sepan que eres pariente de una mujer de paz shawnee. Si algo le ocurre a Dylan, ese brazalete te traerá sana y salva a casa. Puedes ir a cualquier aldea. Mientras no ofrezcas violencia a las tribus, serás acogida como una hija y recibirás ayuda.

Dylan tiró de su brazo.

—Ya es hora, Sienna.

—No puedo —sollozó ella.

—Recuerda lo que dije de tu madre —le recordó Cameron—. Ella te quería como yo he llegado a quererte.

Mientras Dylan tiraba de ella para ponerla en pie, Sienna sintió otra mano en su otro hombro.

—Entre los Delaware no hay palabras para el adiós, hermana mía —dijo Lachpi en su inglés de acento pintoresco—. Sigue el camino del sol hacia el oeste y no olvides a otro que te amó.

—Lachpi... —Las palabras le fallaron.

—Este hombre se queda para dar buena batalla —dijo el delaware. —Mohawk cantará sobre este lugar y el Shawnee que lo sostuvo.

—¡No! ¡No! —gritó Sienna. Pero la mano de Dylan estaba soldada a la suya.

—Debemos irnos ahora —dijo Dylan con dureza—, o darán sus vidas en vano. Haz que valga la pena, mujer. Haz que su sacrificio cuente.

A ciegas, Sienna tropezó tras él.

—Ten cuidado —murmuró—. Cuídate.

—Y tú, hermanita —llamó Pluma de luna tras ellos—. No olvides el poder de tu amuleto. Úsalo para traer a tu nuevo hijo sano y salvo a Chesapeake. Esta mujer estará esperando.

Sienna no entendía cómo Dylan podía ver para caminar, y mucho menos correr, o tener idea de en qué dirección viajaban. No había habido tiempo para un reencuentro alegre con su marido, ningún momento en el que pudiera relajarse en sus brazos y decirle lo mucho que le quería. En lugar de eso, siguieron avanzando, intentando poner la mayor distancia posible entre ellos y la fortaleza de la cima de la colina antes de que los iroqueses la encontraran.

No sabía lo lejos que habían llegado Dylan y ella, pero aún estaban lo bastante cerca como para oír la primera andanada de disparos de fusil que resonó por los valles.

—¡Los Mohawks! —Se le hizo un nudo en el vientre y se balanceó sobre sus pies—. Dulce Jesús.

La única respuesta de Dylan fue estrecharla entre sus brazos y empezar a correr.

El amanecer encontró a Sienna y a Dylan vadeando entre los escombros de una sección quemada del bosque. Los árboles ennegrecidos y la ceniza amontonada le parecieron a Sienna demasiado apropiados. El paisaje que la rodeaba parecía tan sombrío como su esperanza de eludir a los mohawks.

—Estuvo mal —discutió con Dylan por quinta vez—. Estuvo mal dejarlos, y yo me equivoqué al coger el vestido de Pluma de Luna. Lo hice por mi seguridad, no por la de ella. Ella demostró su poder delante de todo el pueblo mohawk. Podrían tener miedo de dispararle.

—Eso es bastante cierto —admitió—. Pero lo que ella dijo sobre los holandeses también era cierto. Tendrá que parecer inglesa si quiere la ayuda de algún colono blanco.

—¿Por qué eligió a Kitate y Joseph para ir con ella? ¿Por qué Lachpi y Ake y Pukasee tuvieron que morir con mi padre?

—Lachpi no podría haber corrido mucho más con esa bala en la pierna. Joseph y Kitate eran los más fuertes y capaces de proteger a la mujer de la paz. Además, Kitate es su hijo.

Sienna se detuvo y le miró.

—¿No es Forrest Wescott su hijo?

—Estuvo casada con un guerrero shawnee, hace años, antes de conocer y se casara con Robert Wescott, Lord Kentington. Él era el vizconde Brandon cuando se casaron; por eso ella le llama Brandon. Más tarde heredó el título de su padre cuando murió el viejo conde. Kitate es hijo del matrimonio Shawnee de su hermana. Robert Wescott se llevó a Pluma de Luna a Inglaterra, y Kitate nunca ha perdonado realmente a Robert ni a los ingleses. Es Shawnee hasta la médula, pero siente devoción por su madre. Si alguien puede llevarla a casa, será él.

—Kitate es el nieto de Cameron entonces.

—Y su sobrino —dijo.

Ella sacudió la cabeza.

—Sabías desde el principio que era mi hermana, ¿verdad?

—Una vez que vi a Cameron, lo supe. La historia de Pluma de luna es de conocimiento común entre los Shawnee.

—Nunca me hablaste de su collar.

Dylan se encogió de hombros.

—No es la forma india de hablar de magia. Pluma de Luna lo mantuvo oculto. Igual que tú.

No lo habría visto si no me hubiera acostado contigo.

Sienna se tocó el amuleto.

—Ojalá hubiera tenido tiempo para amarlo —dijo—. No creía que hubiera sitio en mi corazón para otro padre, pero…

Un mosquete restalló desde la ladera detrás de ellos. Sienna se giró para ver una bocanada de humo blanco.

—Agáchate —le advirtió Dylan. La empujó detrás de un tronco carbonizado y disparó de vuelta a las pequeñas figuras que se movían en la distancia. Tras lo que pareció un retraso imposible, un indio se derrumbó y rodó ladera abajo.

—Parece que nuestra estratagema no funcionó demasiado —dijo Sienna.

Se sentía como si fuera a vomitar. Si los mohawks les habían seguido, eso significaba que sabían que ellos dos no estaban con Cameron. Su padre, Lachpi y los demás debían estar muertos o capturados.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Dylan—. Podrían rodearnos y venir hacia nosotros desde dos lados.

—Espero que Cameron esté muerto —susurró dulcemente—. Mejor muerto que ser llevado de vuelta a la aldea y quemado vivo.

Dylan la miró a los ojos.

—No se los llevarían —le aseguró—. Lachpi se encargaría de eso. —Dylan empezó a abrirse camino sobre sus manos y rodillas—. Hay un desfiladero un poco más adelante. Lo vi desde la cresta. Si podemos alcanzarlo, nos dará cobertura para salir de esta zona quemada.

Una vez que Sienna y Dylan llegaron al barranco, se pusieron en pie y esprintaron unos cientos de metros hasta un lugar bajo. Vadearon un arroyo y se internaron en el bosque más allá.

Una hora más tarde, dos mohawks saltaron del follaje delante de ellos. Ambos dispararon. En el mismo instante, Dylan se arrojó sobre Sienna, derribándola. Antes de que ella pudiera recuperar el aliento, él se había alzado sobre una rodilla, encañonó su pistola y disparó al primer guerrero en el corazón.

El segundo guerrero lanzó un grito de guerra iroqués mientras corría hacia ellos blandiendo un garrote de guerra. Dylan arrojó la pistola vacía a la cara del mohawk, dándose unos segundos para sacar su tomahawk del cinturón. El indio se balanceó sobre las puntas de los pies y se escoró hacia la izquierda.

Sienna escupió arena y tierra por la boca y levantó la cabeza. El bosque que les rodeaba estaba caliente y quieto. No piaba ni un pájaro; no parloteaba ni una ardilla. Sienna podía oler al Mohawk y oír su pesada respiración. Con cautela, sacó la pistola de su bolsa de caza y la amartilló.

Los ojos endrinos del mohawk se centraron en Dylan. En cuanto el valiente se movió lo suficiente a la izquierda para que Dylan estuviera fuera de su línea de tiro, ella apuntó al círculo negro pintado en el centro del pecho del guerrero y apretó el gatillo.

La escopeta de pedernal rugió y apareció un agujero limpio y redondo en el círculo negro. Los ojos del mohawk se abrieron de par en par, dio unos pasos y luego cayó con la sangre corriéndole por la comisura de los labios.

Dylan sonrió a Sienna.

—Buen disparo. —Agarró el rifle del muerto y lo estampó contra un árbol. Tras deshacerse del arma del primer indio de la misma manera, los despojó de pólvora y perdigones, y se clavó un tomahawk adicional en el cinturón. Luego se quitó uno de los mocasines del valiente y se los puso en sus ensangrentados pies descalzos. Haciéndole señas para que le siguiera, comenzó a bajar al trote por el sendero de los ciervos.

El sol estaba en lo alto cuando cruzaron otro río y se detuvieron a descansar en un refugio

natural de roca.

—Duerme un poco —le dijo—. Intentaré encontrarnos algo de comer.

—No me dejes —le suplicó ella.

—Tenemos que mantener nuestras fuerzas, Sienna. Tú especialmente. —Le puso dos dedos bajo la barbilla y le inclinó la cara hacia arriba—. Quiero que sepas que me alegro por el bebé. Siento que esto sea duro para ti. Una vez prometí que cuidaría de ti, y no lo he hecho muy bien, pero...

Ella le sonrió.

—No me estoy quejando.

—No, no te quejas. —Él sonrió—. Menuda luna de miel.

Asintió. Sus ojos oscuros brillaban de humedad.

—Llegaremos a casa —dijo—. Los tres.

Cubrió su mano con la suya y las llevó a su vientre plano.

—Según mis cálculos, nuestro hijo no nacerá hasta febrero o marzo. Seguro que estaremos en casa para cuando las hojas empiecen a cambiar de color.

Apoyó su rifle contra la pared de roca y la atrajo hacia sus brazos. Durante un largo rato, la abrazó y no habló. Y entonces dijo:

—¿Dónde está tu hogar, mujer? ¿El Chesapeake o Escocia? —Empujó hacia atrás el chal de Pluma de Luna y enterró la cara en su pelo—. No puedes esperar que salga del infierno y luego dejar que me abandones.

—Lo prometí, Dylan. Le di mi palabra a mi familia, pero no puedo dejarte. ¿Qué puedo hacer?

—Yo soy tu familia ahora. Podemos enviar por ellos. Demonios, iría yo mismo antes de

dejarte arriesgar tu vida para ir a Escocia.

Ella rió entre dientes y se soltó.

—¿Antes de que me dejaras arriesgar mi vida? —Miró a su alrededor—. Este no es exactamente el salón del diácono en el que estamos sentados.

—Lo que digo va en serio. No dejaré que vuelvas a cruzar el océano.

Ella le miró obstinadamente, luego se encogió de hombros e hizo un intento de aligerar su humor.

—Mírate —dijo—. Pareces más india que blanca.

Dylan bajó la mirada hacia la correa iroquesa de cuentas que sujetaba su bolsa de caza y su cuerno de pólvora, y hacia su escaso taparrabos y sus mocasines.

—Sin pintura de guerra —comentó irónicamente.

—Pareces más shawnee que inglés aquí fuera —dijo.

—Y yo pareceré más blanco cuando volvamos a los asentamientos. —Él volvió a sonreír, una sonrisa un poco torcida y diabólica que hizo que ella se ablandara por dentro—. No deseo criar a nuestros hijos en un wigwam. —Sus ojos se volvieron serios—. Pero intentaré inculcarles el respeto por el pueblo de mi madre y sus costumbres. Sólo soy en parte inglés, Sienna. Lo olvidé durante demasiado tiempo. Haga lo que haga con mi vida, seguiré teniendo dos herencias a las que recurrir.

—¿Eso incluye la magia india? —preguntó ella—. Cuando sea necesario.

Ella asintió.

—Todavía no lo entiendo. Vi a Pluma de Luna caminar por esas brasas calientes con mis propios ojos. Lo vi, pero no puedo creerlo.

Se rió entre dientes.

—Ella es una mujer de paz. Las reglas para la gente normal no se aplican.

Suspiró, se sentó y apoyó la cabeza contra la roca.

—Quizá tenga hambre —admitió—. Comeré carne asada, patatas doradas con cebolla y...

Se rió entre dientes.

—¿Qué tal suena la trucha cruda?

—Horrible.

—Un poco de cebolla silvestre y nunca notarás la diferencia.

—No te vayas mucho tiempo. Sólo soy valiente cuando estás conmigo —dijo—. Intenta dormir. No sé cuánto tiempo estaremos a salvo aquí, y caminaremos toda la noche.

—Ten cuidado —le amonestó ella—. Quiero que nuestro hijo tenga un padre vivo.

—Yo también.

Nada podía detener la constricción de su garganta mientras veía su ancha espalda desaparecer entre los árboles. Estaba decidida a no ser infantil y avergonzarse llorando de nuevo. Intentó ignorar el crujido de las ramas y los demás sonidos del profundo bosque que la rodeaba.

¿Habría osos ahí fuera? se preguntó. ¿Más lobos? Se estremeció. Se frotó los brazos desnudos para quitarse la piel de gallina y se juró permanecer bien despierta y alerta hasta que él volviera. Estaba demasiado asustada para dormir. Al menos, eso creía. Pero los párpados le pesaban en el calor de la tarde.

El sonido chirriante de la grava raspando bajo sus pies la despertó. Sienna abrió los ojos sobresaltada y vio a Ohneya de pie junto a ella, con un cuchillo de cabellera de dieciséis pulgadas en la mano y el asesinato parpadeando en sus negros ojos paganos.

Capítulo 28

Sienna gritó. La cara de calavera pintada de Ohneya brillaba blanca en la sombra de la roca saliente. Susurrando duras y guturales amenazas en mohawk, se abalanzó sobre ella. Ella se apretó contra la pared de granito, pero no había lugar donde correr ni donde esconderse.

Ohneya la agarró del pelo y tiró hacia atrás, clavándole su cuchillo para cortarle el cuello de oreja a oreja. Recogió un puñado de arena con la mano izquierda y se lo arrojó de lleno en su grotesco rostro. Aulló de rabia mientras la arena le cegaba los ojos.

Sienna se apartó retorciéndose. Su hoja de acero no le alcanzó la yugular y cortó un ardiente rastro de dolor a través de la sección superior de su brazo derecho. Ohneya retiró el brazo para golpear de nuevo.

Entonces se estremeció y cayó pesadamente hacia delante encima de Sienna, con el tomahawk de Dylan enterrado entre los omóplatos. Se convulsionó dos veces y emitió un gemido agónico. Dylan lo agarró por los hombros y lo arrastró. El cuerpo del mohawk se desparramó por el fondo de la cueva, con los ojos ya vidriosos.

—¿Estás bien? —exigió Dylan mientras tiraba de Sienna para ponerla en pie.

Vio la sangre que corría por su brazo e hizo un juramento soez.

Sacando su propio cuchillo, cortó una tira de tela de la camisa de Ohneya y la envolvió

fuertemente alrededor de su brazo.

—No es profundo —dijo—. Menos mal que gritaste como una loca.

Le castañeteaban los dientes.

—La próxima vez... la próxima vez, no seas tan lento.

—Ese bastardo. —Dylan puso su pie mocasín en el centro del pecho de Ohneya y agarró el mechón del cuero cabelludo del Mohawk.

—¡No! —gritó Sienna—. No lo hagas.

Dylan le devolvió la mirada y envainó su cuchillo.

—Por tu bien, mujer —aceptó—. Pero merecía perder su alma. Sin su cabellera, no le dejarían entrar en el cielo ni en el infierno, ni dondequiera que vayan los mohawks cuando mueren.

—No más sangre —le suplicó ella—. Ya hemos visto suficiente derramamiento de sangre. —Él asintió.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, Highlander, empezamos a correr de nuevo, hacia el norte, fuera del país Mohawk hacia Canadá. Tendremos que cruzar el río San Lorenzo y girar hacia el oeste alrededor del lago Ontario. Perder a su jefe de guerra además de la muerte de Oso Bailarín ralentizará a los iroqueses durante una semana más o menos. Pero una vez que elijan a un nuevo líder, todos irán a por nosotros.

—¿No podríamos ir a algún asentamiento francés y...?

Lanzó un sonido de burla.

—No si quieres seguir con vida. Los franceses se apresurarían a canjearnos de vuelta a los iroqueses. Están tan ansiosos por ganarse el favor de las Cinco Naciones como los ingleses. —La

envolvió en sus brazos—. Nos llevaré a casa de una pieza —le prometió suavemente—. Sólo que puede que no sea tan rápido como esperabas. Si no nos queda más remedio, iremos al oeste con los menominee. Han sido nuestros aliados tradicionales y acogerán a la hermana de una mujer de paz shawnee.

—Así que iremos al sur de Chesapeake caminando hacia el norte y luego tan al oeste que los mapas no muestren nada más que el vacío.

—Algo así —admitió—. Confía en mí.

Ella suspiró.

—Eso es lo que me metió en todo esto.



Las primeras hojas carmesí y doradas del otoño flotaban alrededor de sus hombros en un campamento de pesca de Ottawa, en Canadá. Como había dicho Dylan, los dos habían encontrado refugio entre los primos septentrionales de los shawnee tras semanas de marchas forzadas y casi de inanición.

Los mohawk los habían cazado ferozmente. Dos veces habían estado a punto de escapar de la muerte en una emboscada. Sienna había perdido la cuenta de cuántos guerreros había matado Dylan. Había matado a tres, y a uno, estaba segura, lo había rematado. Ella había visto su cuerpo pintado de guerra hundirse en el río San Lorenzo.

Los ottawa habían confirmado las sospechas de Dylan de que los franceses les traicionarían. Un cazador había contado que le habían ofrecido una recompensa de cincuenta libras por la cabeza de Dylan. Ella valía treinta libras, un detalle del que él se burlaba una y otra

vez.

Una vieja india, Kills Birds With a Sling, hizo un tinte de cáscaras de nogal para el pelo y la piel de Sienna, y la vistió de pies a cabeza con un vestido de novia otwa y mocasines que Kills Birds había cosido para su nieta.

El ritmo ya no era apremiante, y Sienna encontró la paz interior en los días y las noches de caminar por las vastas tierras boscosas junto a su marido. Ya no eran Dylan y Sienna, un inglés y una escocesa, sino el guerrero shawnee Corazón y su esposa india delaware Dulce Primavera. Ni siquiera el atisbo ocasional de una sombra peluda y gris moviéndose entre los árboles o el aullido lejano de un lobo la perturbaron.

Pronto empezó a entender frases básicas en algonquiano e incluso a aventurar algunas palabras a cambio. Sus vidas eran sorprendentemente sencillas y despreocupadas. De día, caminaban. Por la noche, se sentaban junto a una hoguera con nuevos amigos y compartían comida, cotilleos y risas. Cada noche, Dulce Primavera dormía en los fuertes brazos de su marido. Y cada mañana, era más consciente de la nueva vida que llevaba dentro.

Ninguno de sus anfitriones creía que Dulce Primavera fuera realmente india, pero no importaba. Invariablemente le mostraban una calidez y una hospitalidad que rara vez había conocido, ni siquiera en el seno de sus propias Tierras Altas.

Los días de otoño se deslizaban como cuentas de un collar. Y a medida que Sienna se ensimismaba con su bebé en camino, apartaba de su mente el final del viaje y se concentraba en vivir cada hora al máximo.

Dylan era un amante tierno y apasionado. Velaba por su esposa con compasión y una paciencia inagotable. A Sienna le gustaban sobre todo esos momentos, cuando estaban solos en una manta, compartiendo chistes tontos y planeando la alegre llegada de su hijo.

A finales de octubre, Sienna se despertó y encontró el bosque blanco de nieve. La primera espolvoreada se derritió a media tarde, pero la temperatura descendió día tras día. Dylan cambió

un cuchillo hurón por una capa de mujer de piel de nutria, y un cazador ojibwa regaló a Sienna unos mocasines altos de piel y un par de raquetas de nieve para niños.

Pronto el invierno se apoderó del país del norte. El último paso en canoa estaba plagado de peligros por los trozos de hielo flotante y los tramos de agua helada demasiado delgados para soportar el peso humano. El día de Navidad, Sienna y Dylan fueron recibidos en un poblado menominee por el joven jefe, Coiled Plume, y su risueña esposa, Heron.

En menos de una hora, Dylan y Sienna fueron agasajados con un festín de pato asado relleno de cebolla y arroz salvaje y escoltados hasta una wigwam impecablemente limpia cerca del centro del poblado.

—Deben de estar muy cansados —dijo Heron en una mezcla de inglés y algonquiano—. Mi hermana y su familia están fuera durante el invierno. Ella insistirá en que cuides de su casa y evites que los cuervos aniden en su hogar.

—Sí —insistió Pluma Enroscada—. Mañana, habrá tiempo suficiente para hablar. Hay muchas cosas que este hombre le preguntaría sobre los soldados ingleses y el precio del castor en el este. Mañana, fumaremos en pipa y compartiremos historias de caza. Debe considerar nuestro pueblo como suyo todo el tiempo que quiera.

Cuando se quedaron solos en la wigwam junto a un fuego crepitante, Dylan miró a los ojos cansados de Sienna y tomó sus dedos rígidos entre los suyos. Frotando sus manos agrietadas para calentarlas, le prometió que podría descansar allí hasta el nacimiento del niño.

—Pluma Enroscada me asegura que hay mucha carne y que los alces son numerosos este invierno. No iremos más lejos hasta el deshielo de primavera.

Sienna asintió. Era hora de parar, hora de esperar. La wigwam era cómoda y acogedora, y su vientre estaba lleno de comida caliente. Acurrucada en una gruesa alfombra de piel de oso, apoyó la cabeza en el regazo de su marido y cerró los ojos. Ni siquiera las vigorosas patadas del bebé pudieron impedir que se sumiera en un profundo sueño.

Sienna estaba viendo cómo Heron preparaba una papilla de arroz salvaje y bayas secas cuando le sobrevino el primer calambre del parto. A Sienna le dolía la espalda desde la noche anterior, pero atribuyó el dolor a un tropezón que se había dado en el hielo la mañana anterior. No había sido una mala caída, sólo lo suficiente para sacudirla. Ella ni siquiera se lo había mencionado a Dylan antes de que se fuera a cazar ciervos con el marido de Heron y varios otros indios menominee.

Sienna se apretó el vientre hinchado y se sentó.

—Oh —jadeó. Soltó el aliento y esperó. Al cabo de uno o dos minutos, se relajó y se encogió de hombros—. No es nada —le dijo en inglés a su amiga—. Sólo...

El siguiente calambre se apoderó de ella y la dobló.

—Nos preparamos para el pequeño —dijo Heron.

—No, no puede ser —insistió Sienna—. Estamos a finales de enero. No esperaba el bebé hasta dentro de tres semanas.

Heron se rió entre dientes.

—Heron dio a luz a dos. El bebé viene cuando viene. —Pasando un brazo robusto bajo el hombro de Sienna, la ayudó a volver a su propia wigwam.

—Dylan dijo que no volverían esta noche —dijo Sienna mientras se sentaba en su plataforma para dormir. Otro dolor la sacudió y se sintió mareada. Sabía que dar a luz era incómodo, pero no había pensado que el parto fuera tan rápido.

—Heron ve a por Pine Basket. Ella sabia. Trae muchos hijos al mundo. Pine Basket tener... —Usó una palabra que Sienna no pudo entender pero sospechó que se refería a una hierba en particular—. Hacen que duela menos —terminó Heron. Luego sonrió y apretó la mano de Sienna —. No tengas miedo, Dulce Primavera. Mañana serás feliz con un pequeño en brazos y un marido orgulloso.

Pasaron los minutos y las contracciones se hicieron más fuertes. Rompió aguas, empapando sus piernas con el líquido del parto.

Con la ayuda de otras dos mujeres, mantuvieron a Sienna caminando de un lado a otro.

—La tierra tira del niño —explicó—. Madre canta, baila. El té detiene el dolor.

El brebaje de Pine Basket sí alivió el dolor. Las contracciones continuaron toda la tarde y hasta la noche. Cuando Sienna ya no podía caminar, le quitaron la ropa y la tumbaron sobre la suave parte inferior de una bata de bisonte limpia.

En algún momento después de medianoche, las contracciones disminuyeron. Cuando amaneció, el niño no había avanzado más por el canal del parto y Sienna estaba cada vez más frenética.

El sol estaba alto en el cielo despejado cuando regresó la partida de caza. Cuando Dylan llegó al lado de Sienna, su rostro estaba sombrío de preocupación.

Ella no había gritado cuando el té de Pine Basket dejó de bloquear el dolor, pero no pudo evitar gritar cuando vio a Dylan.

—Shhh, shhh —la calmó—. Estoy aquí. —Ver a Sienna así fue un shock. Tenía el pelo empapado de sudor, los labios hinchados y sangrantes por los mordiscos y sus rasgos crispados revelaban la agonía que sufría—. Estoy aquí y todo va a salir bien —le prometió.

—No me dejes —suplicó ella.

—No te dejaré.

—No deberías quedarte —le advirtió Heron.

Las otras mujeres estaban claramente perturbadas por su presencia.

—Dicen que un hombre en el lecho de un niño trae mala suerte —murmuró Pine Basket.

—Eso es una locura —dijo—. Ojalá pudiera quitarte este dolor, Sienna. Ya que no puedo,

lo menos que puedo hacer es darte a alguien a quien aferrarte. —Le cogió las manos y se las estrechó. Algo iba mal. Lo sentía en los huesos; lo había sospechado durante horas. Por eso se había apresurado a volver a casa en lugar de quedarse fuera para intentar abatir unos cuantos ciervos más. Y ahora que estaba con Sienna, no tenía ninguna intención de dejarse llevar por una pandilla de mujeres.

Heron frunció el ceño y susurró algo que Dylan no pudo captar.

Luego le dio un golpecito en el brazo.

—Voy a salir —le dijo a Sienna—. Vuelvo enseguida. Necesito lavarme la sangre de ciervo.

—Vuelve —jadeó ella—. Por favor.

Fuera, él miró a Heron.

—¿Qué pasa?

La mujer menominee sacudió la cabeza.

—Mal. Muy mal. Pine Basket dice que el bebé se ha dado la vuelta. —Hizo un gesto con las manos—. No de cabeza, sino de espaldas y de nalgas.

—¿Un parto de nalgas? —Se le aceleró el pulso. No era un experto en obstetricia, pero incluso él sabía que un parto de nalgas era difícil y a menudo terminaba con la muerte del niño.

Heron negó con la cabeza.

—El bebé está atascado. No viene. Si el niño no gira por sí mismo, el bebé muere, la madre muere.

Dylan se negó a aceptar lo que decía.

—Eso es una locura. ¿No puedes girar al niño como harías con un ternero?

Heron rompió a llorar.

—El bebé está atrapado como un castor en una trampa. El pino canasta quiere matar al bebé.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Matar al bebé. Salvar a la madre. —Se secó la cara llena de lágrimas—. Canasta de pino dice, no hay elección. El bebé morirá. Si mata al bebé ahora, la madre tendrá la oportunidad de tener otro bebé.

—¿Me estás diciendo que quieres matar a nuestro hijo, y que puedo perder a Sienna también? —El miedo caliente se derramó a través de él—. A Sienna no —juró—. No la dejaré morir. Ni por cien bebés.

Entró en la wigwam con el corazón hundido. Heron susurró a las mujeres y todas salieron, dejándole a solas con su esposa. Se arrodilló junto a ella y le cogió las manos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella—. ¿El bebé no ha muerto?

Él quería mentir, decir que así era, tomar el camino más fácil. Pero no podía. Había hecho daño a Sienna demasiadas veces. Si la traicionaba ahora, ella nunca se lo perdonaría.

—El bebé está vivo —dijo—, pero las mujeres dicen que viene de nalgas.

—Nací de nalgas. Eso no es nada —protestó ella débilmente—. Mi madre me parió a mí y a dos más.

—Heron cree que Pine Basket sabe de esas cosas. Dice que este bebé morirá... y... —Un nudo le subió a la garganta y le ahogó—. Quieren llevarse al niño, Sienna ... para salvar tu vida.

—¿Llevárselo? —Otra contracción se apoderó de ella, arqueó la espalda y clavó las uñas en las manos de él—. ¿Qué quieres decir con «llevárselo»? ¿Quieren asesinar a mi bebé?

—Dicen que es cuestión de tiempo... que el bebé morirá de todos modos.

—¿Y les dejarías? —Sus ojos captaron el reflejo de la chimenea incandescente y ardieron

como tea.

—No puedo perderte, Sienna.

—¡No! No, te digo. No me importa si muero. Este es nuestro hijo. Lo tendré o moriremos juntos.

Dylan la rodeó con los brazos y la abrazó contra sí.

—Piensa lo que dices —le suplicó mientras temblores de emoción sacudían su cuerpo—. Podemos tener otro.

Ella volvió a ponerse rígida. Y cuando el dolor hubo seguido su curso, le susurró.

—No. No aceptaré. Y si de verdad me amas como esposa, me apoyarás en esto, Sassenach.

Él levantó la mano de ella hacia sus labios y besó el centro de su palma.

—Estaré a tu lado, Sienna, pero si te mueres, yo...

—No moriré, maldita sea —jadeó ella—. No lo haré. —Levantó la mano y agarró el amuleto que llevaba al cuello—. Esto es magia, recuérdalo —dijo—. Quien posee el Ojo de Bruma tiene un deseo. Lo recuerdas, ¿verdad? —le suplicó.

—Lo recuerdo, Highlander. —Nunca había sido un hombre de lágrimas, pero la imagen de ella vaciló ante él mientras sus ojos se llenaban de humedad.

—El poder de la vida y la muerte —murmuró ella—. Si hay un Dios ahí arriba, no me culpará. —Sus dedos apretaron con fuerza el colgante dorado hasta que sus nudillos se volvieron blancos como el sebo—. Yo, Sienna Kimbal Ramsey, te invoco —declaró con las últimas fuerzas que le quedaban—. Salva la vida de mi bebé.

—La magia no puede funcionar a menos que creas en ella —dijo él.

—Creo —insistió ella—. Maldita sea. Creo en el amuleto, en los lobos fantasma y en las hadas también, ¡si eso es lo que hace falta para salvar a nuestro bebé!

De nuevo llegó el dolor, y Sienna luchó por no gritar.

—Tiene que vivir —susurró con voz ronca—. Debe hacerlo.

Heron entró en la wigwam y se puso al lado de Dylan. Miró a la mujer menominee.

—Ella quiere seguir intentándolo —dijo Dylan—. No se dará por vencida.

La mujer india le entregó una taza de agua y un paño. Lo utilizó para humedecer los labios de Sienna, que asintió agradecida.

Heron puso otro tronco en el fuego. El resto de las mujeres entraron. Pine Basket consultó con sus compañeras y fue al lado de Sienna.

—Arriba —dijo en algonquiano.

—¡No! —gritó Sienna.

Heron puso una mano sobre la cabeza de Sienna.

—Ella te ayudará —dijo—. Nadie hará daño a tu pequeño. Déjanos ayudarte.

—¡Dylan!

—Pine Basket sólo quiere que Dulce Primavera vuelva a ponerse en pie —dijo Heron.

—Ellos no —dijo Sienna a Dylan—. Tú.

La ayudó a ponerse en pie y empezaron a caminar en un pequeño círculo alrededor de la wigwam. El viejo Pine Basket arrojó un puñado de hojas sobre las brasas y empezó a cantar. Heron cogió el otro brazo de Sienna.

Al cabo de una hora, Sienna cayó de repente de rodillas y gimió.

—Algo… algo... —consiguió decir.

Heron hizo un gesto hacia la plataforma para dormir. Dylan la recogió en brazos y la recostó sobre la piel de oso. Pine Basket miró entre sus piernas y empezó a reírse.

—Sujétale las manos. Ahora —ordenó Heron. Dylan hizo lo que le decían.

Sienna respiró hondo, hizo fuerza y empujó con todas sus fuerzas. Y el bebé ensangrentado se deslizó, con los pies por delante, hasta las arrugadas manos de la anciana.

—¡Un pequeño guerrero! —proclamó Pine Basket—. Un niño hombre.

—¿Está bien? —preguntó Sienna—. ¿Está...?

El fuerte gemido de un bebé enfadado respondió a su súplica. En segundos, Pine Basket ató y cortó el cordón palpitante, y colocó al bebé desnudo en los brazos de Dylan.

—Tu hijo —dijo con orgullo.

—Dámelo —suplicó Sienna—. Déjame verlo.

Acunando con cuidado la diminuta cabeza, recostó al niño gritón contra el pecho de Sienna. Hurgó hasta encontrar el pezón de su madre y empezó a succionar con lujuria. Sienna rió entre lágrimas.

—Tiene pelo —dijo—. Mira todo ese pelo negro.

—Al menos no es pelirrojo —se burló Dylan, acariciando con dos dedos la robusta espalda del bebé. Miró a la anciana con ansiedad.

Ella sonrió, dejando al descubierto unos dientes blancos desgastados casi hasta la encía.

—Tu mujer está bien —dijo—. Te dará muchos hijos.

Dylan se inclinó cerca del oído de Sienna.

—Te quiero —susurró.

—Y yo a ti —respondió ella. Sus ojos devoraron al bebé—. Míralo. ¿No es el bebé más hermoso que jamás hayas visto? ¿Cómo le llamaremos?

Él le sonrió.

—Estaba pensando en Cameron —admitió.

—Sí, ya somos dos —confió ella. Su risa alegre llenó el último resquicio de su corazón y le hizo sentirse completa.

Capítulo 29

El río Ohio Mayo de 1748

A la luz de una luna llena shawnee, el pequeño Cameron Ramsey cruzó el río Ohio con su madre y su padre en una canoa de corteza de abedul. El bebé no reparó en la brillante luna de mayo que colgaba baja en el cielo, ni en la selva virgen que se extendía a ambos lados del río, iluminada tan claramente como algún reino de hadas. Acurrucado en su tabla de cuna menominee y atado a la espalda de su madre, dormía, inconsciente de que cada milla lo acercaba más al mar y a su futuro hogar a lo largo del Chesapeake.

Dylan, Sienna y el bebé habían partido de la aldea menominee situada en el triángulo natural que forman los dos grandes lagos, Superior y Michigan, en una fresca mañana de abril. Como no querían arriesgar la salud de su hijo recién nacido, Dylan y Sienna habían viajado despacio, parando en pueblos amigos y pasando de una tribu a otra hasta llegar al primer pueblo shawnee situado entre las cataratas y el gran río Miami.

En el poblado de Chalahgawtha, la herencia shawnee de Dylan les aseguró la hospitalidad, pero fue el brazalete de cuentas de concha de Sienna el que les aseguró la escolta de catorce valientes armados y el préstamo de canoas y provisiones para llevarles al este, a la Gran Bahía de los Peces Concha, el Chesapeake.

—Una mujer hermana de la paz no necesita pedir —había dicho el chamán Shawnee—. Es

un honor ofrecerle ayuda.

Ahora, las mismas canoas que los habían llevado a través del caudaloso Ohio seguían el tortuoso curso del río Kentucky hacia el sur y el este hasta un punto cercano a la confluencia del río Konhawa.

Sienna se sentía como si hubiera estado viajando desde siempre. Había recuperado rápidamente las fuerzas tras el parto y, ahora, los largos días de viaje a pie y en canoa habían aumentado su sensación de bienestar. Por primera vez en su vida, era verdaderamente feliz. Culloden y la muerte de tantos de sus parientes ya no ensombrecían sus sueños. En algún lugar de la paz de los grandes árboles y el cielo infinito, había perdonado a Dylan por matar a Seamus MacDowell y por formar parte del ejército inglés.

La risa surgía con facilidad entre ellos y era igual de fácil compartirla con sus feroces compañeros. Era imposible que Sienna se despertara sin anticipación y asombro por el día que le esperaba. La carita diminuta de Cameron, su robusto cuerpo robusto y las travesuras de bebé eran una fuente inagotable de deleite para sus dos padres.

Y en algún punto del camino, Sienna y Dylan habían llegado a una decisión sobre los seres queridos de ella en Escocia.

—Una carta puede cruzar el océano de Annapolis a Glasgow en menos de tres meses —le había asegurado su marido—. Escribiré a amigos que conocí en el ejército y a familias cercanas a tu hogar que permanecieron leales al rey Jorge durante la rebelión, prometiendo una recompensa por información sobre tu familia. Y una vez que establezcamos contacto, les proporcionaré pasaje a Maryland si quieren venir. Si no lo hacen, podemos proporcionar apoyo a tu joven medio hermano hasta que sea mayor de edad. Puedo encargarme de que sea educado como corresponde al hijo de un laird.

—¿Y si nuestras cartas no llegan a nada? —había preguntado.

—Entonces tú y Cameron se quedarán en Maryland mientras yo voy a cazar a los granujas.

Los encontraré, Sienna —había prometido—. Lo juro. Si tu padre dijo la verdad sobre la herencia que te dejó, el dinero no será un problema. Si no lo hizo, venderé parte de mis tierras para conseguirlo.

El compromiso era lo que ella necesitaba para satisfacer el juramento que había hecho. Nunca arriesgaría la vida de Cameron llevándolo en un viaje por el océano, y dejarlo atrás era imposible de considerar. Él y Dylan eran su mundo, y si Dylan decía que encontraría a su abuelo, a su hermana y a Brodie, entonces lo haría. Había aprendido que Dylan era un hombre que cumplía su palabra, un tesoro poco común incluso en sus Tierras Altas natales.

—¿Reconstruiremos tu plantación? —le preguntó la mañana en que vadeaban el río Konhawa y empezaban a caminar hacia el este.

—No hasta dentro de unos años —había respondido él—. Los mohawk tienen una larga memoria. Ya tienen un nuevo sachem y un nuevo chamán, pero estoy seguro de que todavía hay una recompensa por nuestras cabelleras. Me gustaría manteneros a ti y a Cameron más cerca de los asentamientos hasta que pase el peligro de guerra con los hostiles. A menos que consideres quedarte en Annapolis mientras yo trabajo sola en la plantación.

Ella se burló de eso.

—No es probable, Sassenach.

—¿Por qué pensé que esa sería tu reacción?

—No sabría decirlo, ni por mi vida —respondió ella dulcemente. Los dos se habían reído con eso, y el pequeño Cameron había abierto los ojos, fruncido la cara y exigido que le dieran de comer sin rodeos.

—Si no eres una rica heredera, los tiempos pueden ser difíciles para nosotros —advirtió Dylan—. Me gasté todas las monedas que tenía en construir la primera vez.

—No te preocupes —dijo ella, con la mirada clavada en el precioso bulto que tiraba de su

pecho—. Nuestro hijo es nuestro tesoro, ¿qué más necesitamos?



Era junio cuando bajaron la colina hacia el puerto de Annapolis. Sienna no era ajena a las miradas y murmullos de los curiosos del pueblo. Los guerreros shawnee habían dado media vuelta la noche anterior, pero incluso sin una guardia de honor de salvajes, Sienna atraía suficiente atención con sus pieles de ante indias, su bebé de pelo oscuro en una tabla de cuna y su diadema de cuentas.

Para cuando llegaron a la plaza del mercado, a orillas del agua, un grupo de niños boquiabiertos y entrometidos iban tras ellos. Se estaba celebrando una subasta de caballos, en medio de una veintena de granjeros que vendían productos agrícolas, pollos vivos, pescado fresco, contratos de sirvientes y sacos de lana. La intención de Dylan había sido contratar un pequeño bote y una tripulación para llevarlos a la plantación de lord Kentington, pero mientras cruzaban el abarrotado común, Sienna se detuvo en seco, con su rostro bronceado tan repentinamente pálido como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dylan.

—Eso. Ese hombre —susurró ella en tono de asombro. Intentó mantener la voz normal, pero era imposible. Aquellos hombros, aquella cabeza cuadrada y el arrugado bonete escocés no podían pertenecer a nadie más en la tierra.

—¿Qué hombre? —preguntó.

Se sacudió la mano de Dylan y se acercó unos pasos al gigante que balanceaba un cerdo vivo sobre un hombro. El cerdo tenía las patas atadas y el hocico bien envuelto con bramante, pero pesaba cerca de cien libras y aún podía forcejear poderosamente.

—¡Gran Fergus! Gran Fergus, ¿eres tú? —llamó, cambiando inconscientemente al gaélico.

El gran hombre se dio la vuelta y una sonrisa partió su rostro hogareño de oreja a oreja. Y Sienna vio al chico que había quedado oculto por el enorme bulto de Fergus.

—¡Brodie! —gritó—. ¡Brodie!

El niño la vio y echó a correr. Pisándole los talones corría un perro pastor blanco y negro.

—¡Sienna! —gritó el niño por encima de los agudos ladridos alegres del perro—. ¡Sienna!

Forrest Wescott los llevó a casa en su balandro, no a New Westover, sino a la tierra que Sienna había heredado de Cameron Stewart, la plantación que él llamaba Scot's Haven. Allí, puso a su hijo pequeño en brazos de su abuelo y derramó lágrimas de alegría mientras escuchaba el relato de las aventuras de Brodie en su lucha por encontrarla.

—Cuando Brodie y Gran Fergus volvieron a Glen Garth, tu hermana y ese hombre suyo ya se habían marchado a Canadá. No había nada más que hacer que traerte al niño —explicó James Stewart.

No podía apartar las manos de Brodie ni de su abuelo. No dejaba de acariciarles el pelo y tocarles la cara para asegurarse de que eran reales y no un producto de su imaginación. Incluso le había dado un abrazo y un beso al Gran Fergus y se había arrodillado para abrazar al viejo Lance. El perro pastor no paraba de darle cabezazos y de enterrar su húmedo hocico en su mano.

—Buen chico, buen Lance —dijo ella—. ¿Cómo has llegado hasta aquí, abuelo?

—Fue bastante fácil, una vez que nos abrimos paso entre los soldados ingleses y salimos de Escocia —se jactó su abuelo—. Puede que no tenga vista, pero no soy estúpido. Sabía muy bien que Cameron Stewart era tu padre y que vivía en América. Contaba con encontrar a alguien en sus propiedades de Londres que nos encontrara pasaje a este páramo. Su abogado no perdió tiempo en embarcarnos, y desde entonces nos hemos quedado aquí esperando a que volváis a casa. Y ya es hora. El muchacho ha estado libre como un indio. Es hora de que tenga escuela.

—No vinisteis como prometisteis —le recordó Brodie—. Pensamos que podríais estar en peligro, así que decidimos venir a rescataros. Hubiéramos ido al bosque a buscaros, Big Fergus y yo, pero Grandda alegó su edad. Nos quedamos para vigilarle.

—También han hecho un buen trabajo —dijo su abuelo—. Esta casa es tan grande que me ha llevado un tiempo aprender a orientarme en ella.

—No le hagas caso —se burló Brodie—. Finge estar indefenso para que el ama de llaves, Mistress MacCarthy, atienda todos sus caprichos. Creo que la abuela está encantada con ella.

—¿Será verdad, Grandda? —le preguntó Sienna.

—Nada de tu descaro, muchacha —replicó él—. Un hombre nunca es demasiado viejo para que le guste un lugar suave donde recostar la cabeza. Cuando deje de sonreír a las mujeres será el día en que podréis depositarme en mi tumba.

Sienna apenas tuvo tiempo de recorrer los pasillos de Scot's Haven e inspeccionar los establos y dependencias antes de que la balandra de Forrest regresara a su muelle con Pluma de luna y un montón de otros parientes a los que no conocía. Sienna puso a Cameron en brazos de su padre y corrió por el camino de conchas de ostra para reunirse con su hermana. De nuevo, se dieron y recibieron lágrimas y abrazos, y ambas mujeres intentaron hablar al mismo tiempo.

—Tienes que ver a nuestro pequeño Cameron —dijo Sienna—. Le pusimos ese nombre por...

Pluma de luna se limpió las lágrimas de sus mejillas suaves y color miel.

—Padre estaría orgulloso —respondió—. Murió bien. Rápidamente, sin ser capturado por los iroqueses.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sienna—. ¿Estás segura?

—Me lo dijo un lobo en un sueño —respondió suavemente la mujer de la paz..

Dylan bajó por el sendero y le entregó el bebé a Pluma de Luna.

—Hemos traído a casa un pequeño recuerdo del país Menominee —dijo—. Cameron Ramsey, te presento a tu tía Pluma de Luna.

Ella se rió y sostuvo al bebé en alto. Extendió unas manos regordetas y le agarró el pelo oscuro.

—Tía Pluma de Luna es demasiado decir para él —respondió la mujer de la paz—. Mi padre me llamaba Leah. La tía Leah le irá muy bien a este jovenzuelo.

—El amuleto era real —dijo Sienna—. Casi lo perdemos, pero…

—Shhh —dijo Pluma de luna—. De la magia es mejor no hablar, sólo apreciarla... como nosotros apreciaremos a este pequeño. —Miró a los ojos de Sienna—. Lleva lo mejor de dos mundos en su línea de sangre. Indio y europeo. Con el tiempo, el hombre rojo desaparecerá, pero dejaremos algo en los corazones y las mentes de jóvenes como éste.

—¿Es cierto? —preguntó Dylan mientras rodeaba con un fuerte brazo los hombros de Sienna—. ¿Cameron Stewart le dejó esta plantación a Sienna?

—Lo hizo —les aseguró Pluma de luna. Besó las mejillas del pequeño Cameron y le acarició el cuello—. Tienes una esposa rica, si eso te importa... una esposa muy, muy rica.

Dylan sonrió a Sienna.

—No la dejaré por eso —bromeó.

—Espero que no —dijo ella.

—Si puedes soportar unas cuantas reuniones más, hay algunas personas que han estado deseando conocerte —dijo Pluma de luna con ojos brillantes—. Tu hermana Anne, tu hermana Fiona, mi esposo Brandon, el esposo de Anne, Ross, el esposo de Fiona, Sombra de Lobo…

—¿Tantos? —gritó Sienna.

—Sí, hermanita —respondió Pluma de luna—. Y muchos más. Están tus sobrinas y sobrinos y más pequeñines de los que puedas imaginar. Muchos han rezado por tu regreso a salvo.

Temblorosa, Sienna miró a Dylan. Por una vez, estaba demasiado llena de emoción para hablar.

Él se inclinó y besó su boca con lenta ternura, luego encontró las palabras para ella.

—Será mejor que vayamos y les demos la bienvenida, Sienna, Cameron y yo.

Sienna tendió los brazos al bebé. Él cacareó de emoción y extendió una diminuta mano de estrella de mar para agarrar el amuleto dorado de su madre.

—Una vez las piezas separadas del Ojo de Bruma fueron una sola —murmuró Pluma de luna—. Puede ser que el Gran Espíritu desee que vuelvan a ser uno.

—Sí —estuvo de acuerdo Sienna. Miró a Dylan.

Él asintió.

—Lo que tu padre dividió, tú puedes hacerlo entero. —Pluma de luna sonrió—. Entonces, el círculo está completo.

La mano de Dylan se apretó a la de Sienna. Y juntos, los tres bajaron la colina hacia las centelleantes aguas del Chesapeake y la familia americana que les esperaba.

Prólogo

Plantación Scot's Haven Colonia de Maryland

Mayo de 1758

Sienna permitió que su lacayo Guy la ayudara a bajar de su carruaje hasta los escalones de mármol de la entrada principal de la casa solariega.

—Trae primero ese cofre grande de piel de cerdo —instruyó al esbelto sirviente de pelo corto—. En él están mis regalos para Dylan y los niños. Dile a Robert que he dicho que te ayude a traer el resto de mis cajas. Ten especial cuidado con la vajilla, y recuérdale a Edgar que el nuevo poni blanco y negro hay que llevarlo al jardín mañana después del desayuno. Es un regalo para el cumpleaños del pequeño señorito Jasper, y quiero que sea una sorpresa. Ninguno de los niños verá el poni hasta entonces.

—Sí, ama, se lo diré. —Frunció sus finos labios—. No será fácil mantenerlos fuera de los establos. La Srta. Kelsie pasa tanto tiempo en el granero, que Edgar dice...

—Esta vez Edgar debe ser firme con mi inquisitiva hija. Él es el mozo de cuadra principal. No quiero que nada estropee el cumpleaños de Jasper.

Guy murmuró una respuesta apropiada, hizo una reverencia y se apresuró a pedir ayuda al cochero para descargar sus pertenencias.

Sienna se detuvo un momento y miró la casa con una repentina emoción. En casa, pensó vertiginosamente. Su visita a Williamsburg había sido emocionante, con una interminable ronda de fiestas y compras, pero después de dos semanas en la magnífica casa de su sobrina Cami en el río James, estaba lista para volver a los brazos de Dylan y al ruidoso clamor de sus hijos.

Los informes de Brodie de su segundo año en William and Mary eran excelentes y, a pesar de su tardío comienzo en una verdadera educación, el marido de Cami, Sir Miles, le había asegurado que Brodie tenía un verdadero futuro como abogado en Williamsburg. Brodie había decidido no volver a casa este verano, sino quedarse con Fergus y ayudar al abogado de Sir Miles en su despacho cerca del palacio del gobernador real. Cami sospechaba que parte de la atracción era una tal señorita Mary Randolph, pero había conocido a la chica y estaba muy satisfecha con la elección de su hermano pequeño en cuanto a las damas.

La hija mayor de Pluma de Luna y Brandon, Cami, había sorprendido a todos al casarse con una de las mejores familias de Virginia tras la muerte de su primer marido. A pesar de la distancia entre Scot's Haven y Williamsburg, Sienna y Cami se habían hecho tan amigas como cualquier hermana. Cami había estado entre los que habían venido a dar la bienvenida a Sienna a Scot's Haven diez años atrás. Las dos se habían llevado bien enseguida, y habían continuado su amistad mediante cartas y visitas regulares.

Cami había lamentado perderse la fiesta de cumpleaños de Jasper que se celebraba al día siguiente, pero una de sus hijastras estaba al borde de la muerte y Cami no podía escaparse. Prometió estar con ellas en agosto para la celebración del cumpleaños de su madre en New Westover. Anne y Fiona estarían allí, así como sus maridos, hijos y nietos, por no mencionar un surtido de parientes de los indios shawnee y delaware, la mayoría de los cuales Sienna nunca había sido capaz de clasificar.

Por supuesto, tanto Anne como Pluma de Luna y sus familiares directos se unirían a ellos para la fiesta de Jasper. Nunca dejaba de emocionar a Sienna lo queridas que se habían vuelto

para ella sus hermanas, sobrinas, sobrinos y suegros recientemente adquiridos, y lo importantes que eran en la vida cotidiana de la Colonia de Maryland. Especialmente Brandon y Pluma de Luna, musitó...

Las puertas dobles de la entrada se abrieron de golpe y la exclamación de Hannah puso fin a la ensoñación de Sienna.

—¡Señorita Sienna! ¿Qué hace aquí de pie como una pobre pariente? ¿Ha perdido Guy el sentido común para no abrirle la puerta?

—No es culpa de Guy —dijo Sienna.

Sally, la criada más nueva, se asomó alrededor del considerable bulto de Hannah y balbuceó un eco del cálido saludo del ama de llaves.

—Bienvenida a casa, señorita. —Hannah le dirigió una mirada fulminante, y Sally se ruborizó y se dejó caer haciendo una torpe reverencia.

Sienna entró en el espacioso recibidor y miró a su alrededor. Todo parecía en su sitio. No como la última vez, cuando había llegado a casa y se había encontrado al zorro mascota de Cameron persiguiendo a una gallina por la gran escalera, ni como la vez anterior, cuando un clan de indios Delaware de visita había fijado su residencia en el ala este.

Se quitó los guantes y los dejó caer sobre la mesa del recibidor. El acabado de nogal brillaba, libre de polvo y pequeñas huellas dactilares. Sienna sonrió. Hannah había estado muy ocupada en su ausencia.

—¿Dónde está el amo Dylan? ¿Y los niños?

Sally se encogió de hombros y parpadeó.

—No lo sé, señorita. —Sienna miró a Hannah.

—No la esperábamos hasta mañana, señorita. El señorito Jasper está al otro lado del río, en

New Westover. Pasó la noche con los nietos de Lady Kentington.

Sienna se quitó el sombrero de ala ancha y se lo entregó a Sally.

—¿Kelsie tampoco está en casa?

—No, señorita —respondió Sally—. Seguro que la niñera y las gemelas están…

—No, señorita Sienna —dijo Hannah—. El padre de la niñera Alice se puso malo la semana pasada y ella tuvo que cruzar la bahía para atenderlo.

—¿Quién ha estado cuidando a los niños? ¿Becky?

—Becky y Jane han hecho la mayor parte del trabajo de cuidar a los mayores —dijo Hannah—, pero Becky no puede hacer nada con los gemelos cuando se ponen de uno de esos humores. El amo se ha hecho cargo.

—¿De las gemelas? —preguntó Sienna—. ¿De Dylan? —No pudo reprimir una risita. —¿No se suponía que iba a reunirse con el barón Lee en Annapolis esta semana para hablar de los nuevos envíos de tabaco?

—Dijo que el barón tendría que esperar a que usted llegara a casa, señorita —dijo Hannah. Su propia diversión era evidente—. Dijo que sin la niñera Alice aquí, no pondría un pie fuera de este lugar hasta que usted volviera.

Sienna entró en el comedor. La mesa estaba puesta para la cena; un arreglo de flores frescas adornaba la tabla de caza irlandesa. El olor a pan horneado flotaba desde el ala de la cocina. La habitación estaba inmaculada, el latón de la chimenea brillaba y en los candelabros de plata había velas nuevas. Un gato atigrado amarillo dormitaba en una cesta tejida sobre el hogar. Ni una sola bota de niño o juguete desechado estropeaba la perfección de la habitación.

—¿Han sido todos mis hijos secuestrados por piratas? —declaró Sienna. El orden era un cambio agradable, pero la casa era demasiado perfecta, demasiado tranquila—. ¿Están todos bien, Hannah? ¿Nadie está enfermo? —Una punzada de culpabilidad le remordía la conciencia.

Las gemelas sólo tenían quince meses; nunca los había dejado más de una noche. Sólo se había ido sin los niños porque una de las hijas de Cami había tenido varicela, y Jasper había estado tan enfermo de varicela dos años antes, que no había querido que los más pequeños se expusieran todavía.

—No, señorita. —Hannah sonrió—. Están tan llenos de saliva y jengibre como siempre. La señorita Kelsie puso melaza en las botas de montar del señorito Cameron, y él pegó su sombrero nuevo a la mesa de la guardería. La pequeña Leah se comió media polilla ayer por la mañana, y la otra gemela…

—¡Basta, Hannah! —gritó Sienna exasperada—. No pasa nada en Scot's Haven que no sepáis. ¿Dónde está mi marido? ¿Y dónde están mis hijos?

—Oí algunos gritos procedentes del extremo más alejado del huerto —admitió Hannah—. Pero eso fue hace un rato.

—Ya veremos —respondió Sienna. Volvió al vestíbulo y se apresuró a atravesar la casa y salir por la entrada del jardín trasero. Bajó los escalones, luego siguió el camino pasando por el laberinto de boj y el paseo de las estatuas, y a través de la abertura en el seto hasta el carril que llevaba al huerto de melocotones.

Seth, el jardinero jefe, levantó su sombrero cuando ella pasó.

—Bienvenida a casa, ama —la llamó.

—¿Ha visto a mi marido? —preguntó ella.

Su sencillo rostro galés se partió en una sonrisa y señaló hacia el río.

—Yo tendría cuidado si fuera usted, señora —advirtió—. Parece que hay indios muy feroces ahí abajo.

Cuando empezó a atravesar los melocotoneros, dos cachorros blancos y negros medio crecidos y su madre, Flo, se acercaron corriendo para mover la cola y exigir su cariño. Sienna se

agachó y frotó las cabezas a su alrededor.

—Al menos alguien se alegra de verme —murmuró.

En lo alto, un ruiseñor trinaba su alegre canto. Levantó la vista para vislumbrarlo a través de las hojas nuevas. Las flores del melocotonero caían a su alrededor, posándose sobre su cabeza y su vestido y llenando el aire de un aroma celestial. Varias ovejas de cara negra pastaban en la base de los árboles. Ninguna parecía lo suficientemente preocupada por los perros como para levantar la vista de su constante picoteo.

—Me estoy acercando —dijo Sienna—. Dondequiera que estén los perros, mis hijos no están lejos. —Aceleró el paso, ansiosa por el abrazo de Dylan y los dulces y pegajosos abrazos y besos de sus nenas—. ¡Dylan! —llamó—. ¿Kelsie? ¿Dónde estáis?

Otro cachorro, aullando de excitación, salió de entre los árboles para unirse a la manada que seguía a Sienna. El más pequeño de la última camada, éste era negro puro con una mancha blanca en la nariz. Era el favorito de Kelsie. Ella le había puesto los nombres de Medianoche, Sedoso, Afortunado y Lancelot a su vez. Sienna se preguntó si el cachorro habría recibido otro nombre nuevo en su ausencia.

En el extremo del huerto había una suave pendiente y otro seto. Más allá, antiguos robles y hayas crecían hasta el río. Los árboles eran tan grandes que las ramas formaban un dosel entrelazado en lo alto, dejando el suelo del bosque cubierto de musgo libre de maleza y creando un parque natural.

Cuando Sienna atravesó el arco de setos, miró a su alrededor en busca de su familia. Para su decepción, el lugar parecía vacío.

—¿Dylan? —volvió a llamar.

Silencio. Entonces, oyó una risita infantil.

Un grito de guerra Shawnee chirrió en su oído mientras un Dylan emplumado y pintado

saltaba de detrás del seto y la agarraba. Inmediatamente, Kelsie y Cameron salieron de detrás de los árboles y se lanzaron sobre su madre.

—¿Dónde están mis bebés? —exigió ella, entre abrazos y gritos—. ¿Qué has hecho con...?

Una criada de aspecto tímido salió de detrás de un haya con un niño pequeño retorciéndose bajo cada brazo. Sienna echó un vistazo a la cara pintada de guerra y al tocado de plumas de gallina de Becky y se echó a reír.

—No fue idea mía, señorita Sienna —protestó Becky.

—¡Ven con mamá! —gritó Sienna, tendiendo los brazos a las gemelas.

Seamus divisó a su madre y empezó a reírse. La pequeña Leah chilló de placer. Becky las empujó a ambas al abrazo de Sienna. El peso añadido fue suficiente para desequilibrarlos a todos, y Dylan, Sienna y los niños cayeron sobre la gruesa alfombra de musgo en un revuelo de brazos y piernas.

Como de costumbre, al principio reinó la confusión, pero finalmente la masa que se retorcía se posó. Sienna se recostó en el círculo de los brazos de Dylan y apoyó la cabeza en su pecho. Bebés y crías les rodeaban, todos, se dio cuenta Sienna, manchados de pintura amarilla y azul y vistiendo diversas prendas de la indumentaria shawnee. Las gemelas tenían círculos de pintura alrededor de cada ojo y cuentas entretejidas en su pelo oscuro. La masa de cabello pelirrojo rebelde de Kelsie estaba confinada con una diadema de cuentas, y le pesaba una de las camisas ceremoniales de caza de Dylan.

—No me habéis echado nada de menos, ¿verdad? —se burló Sienna.

—¿Qué nos has traído, mamá? —preguntó Kelsie.

—Papá dijo que no vendrías hasta mañana —añadió Cameron, tirando de Seamus hacia su regazo. Leah tiró del pendiente de Sienna y su gemela empezó a mordisquear una pluma de pollo. De algún modo, un cachorro se retorció en el centro del montón y empezó a lamer la

mejilla de Kelsie.

—He venido hoy y he traído regalos —dijo Sienna—. ¿Me voy y vuelvo mañana?

—¡No! —gritaron las dos mayores al unísono—. ¡No! —cacareó Seamus.

—¡Sí! —gritó la pequeña Leah.

—Ya que estás aquí, mujer, supongo que nos quedaremos contigo —se burló Dylan. Inclinó la barbilla de Sienna y besó sus labios con ternura—. Hemos estado perdidos sin ti —añadió roncamente—. Eres el corazón y el alma de esta familia.

Suspiró, saboreando la alegría de tener a sus seres queridos cerca de ella. Lamentaba que Jasper no estuviera también en casa, pero volvería más tarde, y su visita a casa de Pluma de luna haría más fácil mantener en secreto su poni de cumpleaños hasta mañana. No sería el único que se sorprendería, pensó, tocándose inconscientemente la cintura que ya se le estaba engrosando. También tenía algo maravilloso que contarle a Dylan... pero eso podía esperar hasta que estuvieran solos en la cama esta noche.

—Os quiero a todos —dijo contenta—. Creo que os quiero a todos más cada vez que vuelvo a casa.

Dylan volvió a besarla.

—Papá —amonestó Cameron—. Mamá nos ha traído regalos. ¿No podemos…

—Todo a su tiempo —respondió Dylan—. Ahora mismo es tiempo de abrazos. —Rodeó a Sienna con ambos brazos y la estrechó contra él.

Eres la luz de mi vida, pensó apasionadamente. Siempre lo fuiste, desde el primer momento en que te vi en mi visión hace años. Eres mi fuerza y mi ángel de la guarda, y no querría vivir ni un día sin ti. Bajó la cabeza y le susurró al oído.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos alejemos de los niños durante una hora?

Ella se rió.

—Ni hablar —respondió.

—Más tarde —le prometió—, tengo algo para ti.

—Y yo tengo algo para ti —dijo ella.

Cameron tiró ansiosamente de su mano.

—Papá, vamos. Quiero ver qué...

Kelsie tiró de su madre.

—Queremos ver lo que nos ha traído mamá.

Sienna le guiñó un ojo con picardía.

—Más tarde —murmuró.

—Te tomo la palabra —dijo.

Todavía riendo alegremente, se levantó y alzó a Seamus en brazos. Dylan cogió al bebé Leah y siguió a Sienna y a los otros niños de vuelta por la subida hacia su hogar y a la plena luz de otro día.

Notas

[1] El Hospital Real de Bethlem de Londres, también conocido como Bedlam, fue fundado en 1247, con el propósito de acoger a enfermos mentales.

[2] Lass es n término escocés qe significa muchacha.

[3] El **Fo'c's**'le es una estancia exclusiva para los marineros.

[4] Un broadax es un tipo de hacha ancha